C H A R D
WINSOHN

EL DINERO EN
LA POLITICA

NIT: LAS REALIDADES
L CAPITALISMO

Felipe Gómez Cano

Dedicatoria 11 marzo 31

- Ministro interino de 'Trabajo y Previsión' durante la ausencia del titular, Pedro Sangro y Ros de Olano (8-15 abril 1930
26-1 junio 1930)
31 ene / 6 feb 1931
en el gobierno de Dámaso Berenguer (30 ene 30 / 18 feb 31)
- Biografía de Valentín Gómez, en *Obras selectas*, Fax 1945
- Sub~~director~~ secretario de Trabajo, Ministerio de Trabajo, España } 1924 1930
Subdirector General de Trabajo

Para mi querido jefe,
D. Felipe Gómez Cano,
en testimonio de admiración
y gratitud.

Emilio R. Sádia

11-3-31



El dinero
en la política

Primera edición

Richard Lewinsohn
(Morus)

El dinero en la política

Traducción del alemán por
Emilio R. Sádia

«Las realidades del capitalismo»

Editorial «Cenit», S. A.
Madrid, 1930

ARGIS. Talleres tipográficos.—Altamirano, 18.—Teléfono 40505.—Madrid

Con el presente libro inaugura CENIT una nueva colección de publicaciones: Las realidades del capitalismo. *Nueva en cuanto al formato y presentación, y nueva también en punto al contenido.*

En ella aspiramos a recoger obras de ámbito universal y seria documentación en que se enfoquen con actitud expositiva algunos problemas políticos, económicos, sociales, de este tipo de sociedad en que vive hoy el mundo, con la excepción de Rusia, y en fase más o menos avanzada de evolución, según los paises. Queremos reflejar y condensar en estas obras una realidad, *sin alardes críticos ni criterios enjuiciadores: que ella sola hable por si, pues tiene sobrada elocuencia de expresión.*

Mas esta aspiración objetiva no quiere decir que los propósitos seleccionadores de la nueva colección aparezcan desnudos de toda tendencia. Para nosotros, decir tendencioso *no es, precisamente y sin más, formular una acusación. Tendencioso es todo lo vital; lo que importa es saber cuál sea la tendencia. La nuestra, decidida y franca, es contribuir, en lo que nos toca, al mejoramiento de la humanidad. Y por muy sobrio, desapasionado y*

objetivo que haya de ser—y aspiramos a que lo sea en la medida de lo posible—el contenido de los libros de esta serie, ya hay una tendencia en el mero hecho de situarse ante una «realidad» en actitud observadora y no de abogado o colaborador.

* * *

El libro de Lewinsohn, que ha hecho popular en Alemania el pseudónimo de «Morus», ilustra perfectamente el designio de la nueva colección de nuestro catálogo. EL DINERO EN LA POLÍTICA, *en el engranaje de los partidos y las «instituciones», es un tema capitalista de innegable realidad, y el autor de esta obra lo documenta con hechos y con cifras de difícil apelación. ¡Lástima que en el capítulo dedicado a España no haya podido realizar, sin duda por falta de datos, un trabajo más preciso y concienzudo!*

Lewinsohn nos era ya conocido por otros estudios documentales de este género, entre los cuales se destaca su investigación sobre el reparto de las grandes fortunas europeas. Es uno de esos curiosos impertinentes a quienes gusta mirar entre bastidores y destripar los brillantes muñecos de la política y la historia para poner al descubierto los alambres de los números. Habrá quien se lamente de ver las solemnes figuras destripadas, añorando las galas y los trapos. Para los que se asustan de mirar de frente a las realidades no están hechos estos libros.

CENIT

Prólogo

La significación del dinero en la política ofrece un campo inmenso de estudio. Aun sin compartir el criterio materialista de la Historia, aun opinando que para explicar los procesos históricos no basta tener en cuenta los factores de la Economía, pues intervienen además la ambición y el azar, lo ponderable y lo imponderable, hay que reconocer la enorme fuerza impulsiva del dinero. Esta fuerza—inherente al dinero y al apetito del dinero—ha de manifestarse también en la esfera en que hombres y pueblos se reúnen para formar organizaciones nacionales y cooperan con ardimiento a la consolidación o reforma de la estructura del Estado: es decir, en la política.

Y si el dinero es la energía calorífica con que la máquina del Estado se mantiene en marcha, a su vez el Estado y la política son medios para alcanzar el dinero y asegurarse mayor participación en la renta y la fortuna de la masa. Así como el capitalismo, en la fase de mala conciencia en que se halla, ve su justificación en el beneficio que obtiene la masa popular, así los interesados en la política se justifican con el bien común. Un político austriaco, muy ducho, ha troquelado este pensamiento en una bonita frase: «La política es el arte de presentar los intereses personales como intereses de la comunidad.» Y esto ya no escandaliza a nadie, pues todo el mundo da por descontado que la política gravita en torno al dinero, y no tiene otro fondo ni otro fin que el dinero.

Lo difícil es determinar en qué forma contribuye el dinero

a la formación de la voluntad política, qué caminos recorre para convertirse en poder político, qué lazos visibles e invisibles cruzan entre las fuerzas económicas y políticas dentro del Estado. Es evidente que tales lazos existen. Es además perfectamente lógico. Pero cuando se desciende de la altura de las consideraciones generales a los llanos de la investigación concreta, surgen cosas, que propiamente debieran quedar en la penumbra, y cuya revelación constituye un ataque revolucionario al buen espíritu de nuestra época : surgen esos asuntos escandalosos, que de vez en cuando embargan la atención de los tribunales y de las Comisiones parlamentarias.

Para nosotros todos estos asuntos sensacionales son de orden secundario, a no ser que reclamen permanente interés por la significación de los protagonistas. Lo que nos importa saber ante todo es qué misión desempeña normalmente el dinero en el tráfago político, de qué manera contribuye a la conquista y conservación del poder político. ¿ Cuánto cuesta la política ? ¿ Con qué recursos y con recursos de quién se hace política ? ¿ Qué reporta la política a los políticos ? He aquí las preguntas que sistemáticamente se plantean en esta obra, por primera vez, que sepamos.

Las contestaciones variarán, no sólo según los distintos países, sino también según las distintas formas de Estado. Precisamente una de las notas distintivas, nada extrínseca, de las formas de Estado es la función que el dinero ejerce en la política. Pero también entre Estados de constitución casi igual, las respuestas serán muy diferentes. Hay que conocer el afianzamiento de la política, para ver de ella algo más que la fachada.

Primera parte

Alemania

Capítulo primero

El antiguo régimen

La tendencia a ocultar y disimular la transformación del dinero en poder político y del poder político en dinero es un fenómeno de la época moderna. En el Estado feudal no hay ese disimulo. La posesión de la tierra y la disposición de las personas que en ella habitan, forman la base del poder.

Sólo cambia la situación cuando, con el desarrollo de las formas capitalistas de la Economía, la propiedad mueble, el comercio y la industria, ganan en importancia y declaran sus pretensiones políticas. La propiedad territorial consolidada, es decir, la hereditaria, la dotada de privilegios, tiene que hacer concesiones, tiene que reconocer como factor político al nuevo poder «burgués» del dinero. Las antiguas dietas de los señores feudales se disuelven o se completan con parlamentos, en los que la renta y la fortuna, de cualquier clase que sean, dan la medida de la influencia política.

En ninguna parte se efectúa esta transición tan claramente, en ninguna parte perdura tanto este sistema mixto feudal-plutocrático como en Prusia. Aquí podemos observar la marcha del proceso a través de la mejor lupa, que es el tiempo. Como fruto de la revolución burguesa de 1848, se introduce para la Cámara prusiana de los Diputados un derecho electoral descaradamente plutocrático, que permanece en vigor hasta el otoño de 1918. Los indigentes están casi completamente excluídos de la vida política. El resto de la población se distribuye rigurosamente en tres clases, según su aportación contributiva. En cada distrito electoral, un par de ricos, que aporten la tercera parte de los impuestos, tienen el mismo derecho de voto que cientos de electores de la segunda clase, con menos ingresos, y que muchos miles de electores de la tercera clase. No puede estar más claro e inequívoco : la decisión corresponde al dinero.

Todavía es más palpable el sistema plutocrático hasta el fin de la guerra europea en los municipios prusianos. Aquí el derecho electoral, instaurado en tres clases, según el censo contributivo, lleva a los casos más grotescos. En la ciudad de Elbing, por ejemplo, todo el cuerpo electoral de la primera clase antes de la guerra se componía de un solo hombre, el consejero secreto de Comercio Carl H. Ziese, propietario de los astilleros

«Schichauwerft», quien, por sus ingresos de cinco millones de marcos, pagaba más de la tercera parte de toda la contribución de Elbing, por impuesto de utilidades, y tenía derecho, por lo tanto, a nombrar 20 de los 60 concejales del Ayuntamiento de Elbing.

A pesar de tales concesiones a la «democracia» del dinero, prevalece en la monarquía prusiana el elemento feudal. En el fondo es el mismo sistema de bizcocho y látigo, que Bismarck aplicó, con menos éxito, contra los obreros. Mediante concesiones, y luego mediante desplantes en sitio y momento oportunos, logra la antigua nobleza conservar su preponderancia frente al nuevo poder del dinero. La plutocracia está legalizada por la Constitución. Pero no logra imponerse del todo, porque la nobleza terrateniente sabe uncirla delante de su carro. Los señores feudales, los representantes de una época económica ya pasada, siguen siendo en lo político los amos, a sazón que la indutria y la alta finanza han sobrepujado ya a la propiedad latifundiaria en importancia económica.

La nueva nobleza del dinero

Es cierto que también los nuevos financieros procuran comprar poder con riqueza. A la larga, no cabe impedírselo. Pero se evita que la nueva riqueza cree nuevas formas políticas y elimine al régimen nobiliario. La nobleza acoge de buen grado en sus filas a una parte de la nueva clase capitalista, sin asimilarla por completo. Se mantiene a distancia. La nueva nobleza del dinero significa una renovación, no siempre grata, de la vieja sangre ; pero aporta nueva riqueza, y constituye así una compensación para la decadencia financiera de la nobleza antigua, para aquellas familias que han disipado su fortuna. Los nuevos ennoblecimientos sólo contribuyen a robustecer el prestigio de la vieja nobleza. Llegar a ser noble es la aspiración más alta ; la nobleza sigue siendo el ideal de los buenos y sensatos ricos burgueses. Ser «elevado» a la clase noble : ¿ quién no lo ambiciona, como no sean cuatro necios testarudos ?

Hace siglos que se permite compartir esa dicha a los ricos que la han merecido por especiales servicios y donaciones. Es cierto que Federico el Grande declaró que sólo la espada puede ennoblecer, pero tampoco reparó en otorgar la nobleza prusiana a su agente financiero en París, al banquero Rougeneot. En el siglo XIX se acumulan las concesiones de títulos a ricos banqueros y comerciantes. Todavía bajo Federico Guillermo III son admitidos los Bethmann, de Frankfurt, aparte de otros ya olvidados. Federico Guillermo IV otorga la gracia al banquero berlinés Magnus. Bajo Guillermo I se escatiman

mucho los títulos nobiliarios; pero de todas suertes los propietarios de la Casa de Banca Schickler reciben el título de barón, y además de Adolfo Hansemann, director de la Disconto-Gesellschaft, y del traficante en vinos Federico Guillermo Krause, fundador de la Casa de Banca F. W. Krause, escucha el redentor apelativo de noble, a pesar de algunos obstáculos, Gerson Bleichröder, banquero de Bismarck y de la corte prusiana. De la industria son ennoblecidos los jefes de la fábrica de colorantes «Höchster Farbwerke» y de la Compañía de gas «Continentale Gasgesellschaft», de Dessau.

En los noventa y nueve días del emperador Federico se abre un cuerno de la abundancia con títulos nobiliarios sobre la alta finanza y la gran industria; díganlo los Mendelsohn y los Stumm. Y la lluvia de mercedes se desborda, cuando Guillermo II sube al trono y, como soberano moderno, se propone dejar al gran capital «un puesto bajo el sol». Los banqueros de Frankfurt Metzler y Granelius, Goldschmidt, yerno del último Rothschild prusiano, Schwabach, consocio de Bleichröder, Rodolfo Koch, del banco «Deutsche Bank», los fabricantes de productos químicos Meister y Weinberg, los industriales carboneros de la Alta Silesia Caro y Friedländer y muchas docenas más fueron ennoblecidos. Tan sólo los grandes industriales del Ruhr, los Thyssen, los Stinnes, los Kirdorf, que se sentían señores absolutos en su comarca, renunciaron a las mercedes imperiales. El mismo Federico Alfredo Krupp, íntimo de Guillermo II, mantuvo su nombre burgués.

La nobleza en la Administración

En la monarquía prusiana la nobleza no constituye solamente un ideal social. Ser noble no se considera sólo como «elegante», sino también como útil, pues la nobleza es una realidad política. Los cargos más altos del Estado están ocupados por la nobleza; para escalarlos es condición indispensable el título nobiliario. La nobleza llena la primera Cámara prusiana, la Cámara de los Señores (*Herrenhaus*), y acapara los cargos más influyentes de la corte y los puestos preferidos del ejército. Pero sobre todo predomina la nobleza en la Administración, la columna vertebral del Estado. En el Consejo de Estado, organismo supremo del país, está reservada a la nobleza, por su misma estructura, una mayoría de dos tercios, pues pertenecen a él todos los príncipes de la Casa Real de más de diez y ocho años, los mariscales de campo y los generales con mando en Berlín. En el año 1904, de los 11 miembros del ministerio de Estado, 9 son nobles, y lo es además el subsecretario de Estado. De los 65 consejeros secretos efectivos, son

nobles 38. En el ministerio más importante de Prusia, en el del Interior, son nobles el ministro, el subsecretario de Estado, el director ministerial y 5 de los consejeros asesores. De los 12 presidentes superiores, son nobles 9, y de los 34 presidentes gubernativos, lo son 23. Los puestos administrativos más importantes del país, los de los Consejos cantonales (*Landratsämter*), están ocupados por 334 nobles y 265 burgueses.

Muy semejante es la estadística del año 1909 (1). A la sazón se cuentan entre los

12	Presidentes superiores prusianos......	11 nobles (de ellos 1 conde, 3 barones),
36	Presidentes gubernativos...........	25 nobles (1 príncipe, 2 condes, 5 barones),
12	Consejeros presidenciales superiores ..	6 nobles,
131	Consejeros gubernativos superiores...	35 nobles (1 conde, 3 barones),
690	Miembros presupuestarios del Gobierno (incluyendo los consejeros gubernativos superiores, 36 directores administrativos)	140 nobles (1 príncipe, 8 condes, 17 barones),
540	Miembros extra-presupuestarios del Gobierno (consejeros y asesores gubernativos)	217 nobles (16 condes, 41 barones),
278	Asesores gubernativos	121 nobles (7 condes, 28 barones),
467	Consejeros cantonales	271 nobles (28 condes, 51 barones, 192 gentileshombres sin título),

Cuanto más sube la escala de la Administración, más son los puestos reservados a la nobleza. Desde luego en los más altos puestos oficiales, por ejemplo entre los presidentes superiores, suelen encontrarse algunos hombres que no han recibido el apelativo de nobles sino como funcionarios. Por lo demás, tampoco es la antigua nobleza feudal exclusivamente la que acapara los puestos más influyentes del Estado. Dentro de la nobleza van avanzando las fuerzas financieras, aunque la nobleza territorial sigue siendo la base del estrato gobernante.

A la nobleza advenediza del dinero se le dejan de buen grado aquellos puestos oficiales, que requieren grandes dispendios, particularmente los del servicio extranjero, que están casi totalmente reservados a la nobleza. Diez años antes de la guerra europea son todavía nobles todos los embajadores, todos los enviados, todos los encargados de negocios del imperio alemán, con excepción de los representantes en Perú, Siam y Ve-

(1) «Frankfurter Zeitung», 1 agosto 1909.

nezuela. Para la nobleza empobrecida no hay sitio, desde luego, en la diplomacia, pues ya al entrar en la carrera diplomática se pregunta si el aspirante a los cargos de enviado y embajador lleva de su propia fortuna 24.000 marcos de renta anual. En cambio, pasan con gusto a la carrera diplomática los individuos pertenecientes a familias industriales recién ennoblecidas, que cumplen con holgura esa condición. Así son frecuentes en esa carrera los nombres von Hoesch, von Haniel, von Stumm. Por otra parte, la nobleza y la gran industria se entrelazan cada vez más por medio de casamientos con diplomáticos. La heredera de la Casa Krupp se casa con el embajador von Bohlen y Halbach ; la nieta del «rey» Stumm con el embajador von Kühlmann.

Fundadores de fideicomisos

La Corona procura, sin embargo, que el nuevo elemento capitalista no resalte demasiado dentro de la nobleza. Estimúlase a la joven nobleza del dinero, para que adquiera posesiones territoriales y repare así lo que sus padres dejaron de hacer. Mediante la fundación de fideicomisos, de grandes posesiones territoriales, que merced a un Derecho hereditario arcaico y económicamente muy poco práctico se han de conservar permanentemente en la misma familia, la nobleza financiera va ascendiendo a nobleza feudal.

La fundación de los grandes fideicomisos del Este del Elba no es anterior en su mayor parte a la segunda mitad del siglo XIX. Está en pleno florecimiento hasta la guerra europea. Todavía por los años 1900-1913 se añaden en Prusia 223 fideicomisos. En muchos casos el «fundador» recibe en premio un título más alto de nobleza ; simples gentileshombres son elevados a barones y a condes. Hombres ambiciosos, que se han hecho ricos con empresas industriales o negocios financieros, no dejan escapar la ocasión de penetrar en la «aristocracia territorial nativa», como la llama su defensor Otto von Gierke. Así el gran industrial Thiele-Winckler de la Alta Silesia vende sus valiosas minas de carbón y sus forjas y «funda» cuatro extensos mayorazgos : uno para él y sus descendientes varones, y tres para sus yernos. En cambio, esta ambiciosa familia avanza en pocos decenios hasta la categoría de condes.

Multimillonarios nobles

Ciertamente, ya en la Prusia de anteguerra, nobleza y riqueza no son sinónimos. Con todo, la mayoría de los nobles

son acaudalados, y una parte nada insignificante dispone de fortunas de muchos millones. Entre los 3.074 contribuyentes prusianos, que poco antes de la guerra pagaban impuestos por una fortuna de más de dos millones de marcos, pertenecen a la nobleza 856. De los 747 contribuyentes con fortunas de más de cinco millones de marcos, son nobles 319, y en este grupo más avanzado de millonarios se cuentan 49 duques y príncipes y 88 condes. Los príncipes reinantes son todos, desde luego, multimillonarios, y los Hohenzollern, los soberanos de Schaumburg-Lippe y Mecklenburg-Strelitz, son de las familias más ricas de Alemania.

La base de esta riqueza la constituye en todo tiempo la propiedad territorial. En Pomerania hay 1.180 fincas con 850.000 hectáreas, que pertenecen a nobles. En Brandemburgo, que por su proximidad a Berlín va perdiendo su carácter de «tierra hidalga» (*Junkerland*), hay todavía 923 fincas señoriales con 830.000 hectáreas. Estas 923 fincas corresponden a 260 familias, de las cuales 160 pertenecen a la nobleza primitiva, y unas 100, a la nobleza advenediza o forastera. Por término medio corresponde, pues, a cada una de estas familias una propiedad territorial de 3.200 hectáreas. Después de los Hohenzollern—la estadística procede de principios del siglo XX (1)—se hallan a la cabeza los Arnims, con 93 fincas y 76.000 hectáreas. Siguen después las familias Brühl, Bredow, Solms, Waldow y Eckardtstein, cada una de las cuales dispone de más de 20.000 hectáreas. Como las posesiones se distribuyen entre los distintos miembros de la familia, cada individuo es todavía de fortuna muy modesta en relación con los grandes propietarios territoriales del Este del Elba, por ejemplo en relación con el príncipe de Putbus, a quien pertenecen 57 fincas señoriales en la isla Rügen, o en relación con los magnates de la Alta Silesia : con el príncipe Pless, propietario de 51.000 hectáreas, que representan un valor de 30 millones de marcos ; con el príncipe Christian Kraft de Hohenlohe-Oehringen, dueño de 43.000 hectáreas ; con el duque de Ratibor, poseedor de 33.000, y con el príncipe Guido Henckel de Donnersmarck, amo de 22.000. Más importantes políticamente que estos propietarios aislados de enormes latifundios son los muchos cientos de propietarios nobles, que poseen más de 1.000 y 2.000 hectáreas y forman la verdadera columna vertebral del sistema político conservador, de cuyo seno se recluta la oficialidad feudal y la alta Administración.

Los impuestos que la nobleza rica tiene que pagar al Estado son mínimos. La legislación contributiva, que en Prusia

(1) Deutsches Adelsblatt, año 20 (1902) p. 521 y sigs., año 21 (1903), p. 4 y sigs.

y en casi todos los Estados federales de Alemania está hecha por parlamentos con derecho electivo plutocrático, la favorece. Como miembros hereditarios de la Cámara de los Señores y de las demás altas Cámaras, disponen los vástagos de la alta nobleza de amplias posibilidades para orientar en su favor la distribución de las cargas. Los antiguos deberes estatales de la gran propiedad territorial, por ejemplo, que los dueños de 100 fincas tienen que equipar un regimiento, han caído en desuso; pero, en cambio, queda en pie una gran parte de los antiguos privilegios. Hasta la contribución extraordinaria para la defensa nacional de 1913, pagada «espontáneamente» (léase: bajo la presión de la opinión pública), no sólo permanecen libres de impuestos las casas reinantes, sino también otras de menos alcurnia. Así, por ejemplo, la compañía minera de Silesia «Herederos de Georg von Giesche», consorcio industrial que ocupa 30.000 obreros y empleados y cuyo valor luego, durante la guerra, se tasa en 250 millones de marcos, está libre de todo impuesto frente al Reich y al Estado hasta el año 1914 por un privilegio imperial de 1690.

El poder de la nobleza se halla tan firmemente cimentado, que no es preciso hacer gasto alguno para mantenerlo en pie. Por eso la política es, en Prusia, un negocio sumamente barato. La Constitución, el derecho electivo y la coacción, que el día de las elecciones ejercen—el sufragio es público—el consejero cantonal y el señor feudal, bastan para sostener el sistema feudal plutocrático. La nobleza se siente tan dueña del país, que ni siquiera necesita recompensar muy bien a los funcionarios del Estado, que ejecutan su voluntad. ¿Por qué han de recibir mejor trato los administradores del Estado que los administradores de las fincas, los cuales, a poco que se les vigile, cumplen con su deber por un pequeño estipendio? Esta concepción de «L'Etat c'est moi» es, indudablemente, una de las causas de la proverbial tacañería prusiana.

La moneda de los títulos y condecoraciones

Por otra parte, la clase dominadora tiene un medio excelente de recompensar a los servidores fieles y castigar a los desleales. Para tener más dóciles a los funcionarios, y, sobre todo, para incorporar orgánicamente al sistema político en vigor a los sectores que carecen de jerarquía, a la burguesía y a los núcleos ambiciosos del pequeño y mediano capital, no se acostumbra a pagar en dinero contante y sonante, sino que se recurre a una moneda supletoria. La moneda, que aun en la época ma-

terialista de Guillermo II se adopta para suplir el pago es la condecoración. Un alto funcionario, de probada lealtad a la monarquía, el ex-presidente del Senado, Dr. Viezens, ha llamado a este procedimiento de metalizar la vanidad humana: «emisión de títulos de nobleza» y «emisión de condecoraciones». «Esta emisión de títulos—como no podía menos de ocurrir en Alemania——tenía por base entre los servidores del Estado un plan retributivo exactamente elaborado y establecido todos los años, por el cual cada individuo podía calcular cuándo le llegaba su turno» (1).

La otra emisión auxiliar del Estado, la de las condecoraciones, no estaba peor organizada. A ésta se dedicaba cada año hasta un día especial, la fiesta de la Condecoración del 18 de enero, día en que el Estado saldaba en grande todas sus deudas. El consumo de condecoraciones era muy considerable. En los últimos años anteriores a la guerra, sólo el 18 de enero, aniversario de la fundación del Aguila Negra, se repartían de cuatro a cinco mil condecoraciones, perfectamente escalonadas por categorías y clases. Sobre las condecoraciones de la fiesta de la Condecoración de 1911, por ejemplo, se publicó la siguiente estadística:

Gran Cruz de la orden del Aguila Roja con follaje de encina	1
Orden del Aguila Roja, 1.ª clase	7
Orden del Aguila Roja, 2.ª clase	82
Orden del Aguila Roja, 3.ª clase	201
Orden del Aguila Roja, 4.ª clase	1.111
Orden de la Corona, 1.ª clase	13
Orden de la Corona, 2.ª clase	174
Orden de la Corona, 3.ª clase	325
Orden de la Corona, 4.ª clase	324
Orden de la Casa de Hohenzollern	51
Distinciones corrientes	1.793
Total	4.082

Desde luego, la producción de condecoraciones no bastaba para el consumo, pues el Estado había introducido una medida especial de economía para esta moneda auxiliar. Después de la muerte de los caballeros de las Ordenes, después que las insignias habían producido su efecto por última vez ante todo el pueblo, tenían que ser devueltas al Estado. Los parientes podían conservar solamente el diploma. Guillermo II, que se complacía puerilmente en todas estas cosas que realzaban su esplendor, atizó la pasión por las condecoraciones con la creación incesante de nuevas Ordenes. No sólo era más pródigo que sus antepasados para otorgar las distinciones tradicionales, sino que en los primeros veinticinco años de su reinado fundó 28 nuevas Ordenes e insignias. Con todo, no logró saciar el hambre

(1) «Deutsche Allgemeine Zeitung», 28 febrero 1925.

de condecoraciones de sus vasallos. Después de la última fiesta de la Condecoración, anterior a la guerra, la del 18 de enero de 1914, el ministro prusiano del Culto tuvo que dirigir a las autoridades subalternas el siguiente comunicado:

«Al examinar las propuestas para la concesión de condecoraciones con motivo de la fiesta de la Coronación y de la Condecoración, se ha observado aquí que el número de propuestas hechas por las autoridades subordinadas aumenta de año en año, particularmente en lo que concierne a la Orden del Aguila Roja de tercera y cuarta clase y a la Orden de la Corona, como también en cuanto al Aguila para los poseedores de la condecoración de la Casa de Hohenzollern. Así, por ejemplo, para la fiesta de este año, se han hecho propuestas para los citados grados que superan unas cuatro veces el número de condecoraciones disponibles».

La jerarquía dentro del Estado

Como en todos los objetos y todas las monedas, el valor de las condecoraciones y títulos dependía de su rareza. Sólo respecto de la Orden «Pour le Mérite», clase de la Paz, la circulación estaba restringida. Federico Guillermo IV, tal vez a ejemplo de los cuarenta Inmortales de la Academia Francesa, había fijado el número de miembros en treinta. Como consecuencia, los miembros de esta Orden gozaban de especial prestigio. Otras condecoraciones y títulos, que poseían cierto valor de rareza, se depreciaron mucho por la inflación de títulos y condecoraciones que tuvo lugar bajo Guillermo II. Así, los títulos de Consejero de Justicia y Consejero de Sanidad, que se otorgaban a todos los abogados y a todos los médicos después de veinte años de práctica, acabaron por ser tan sólo una muestra de que el condecorado no había sufrido condenas criminales ni era social-demócrata; es decir, que se hallaba en plena posesión de sus derechos civiles y políticos.

Tampoco para los funcionarios constituía una distinción especial, sino la norma, el poseer cierta cantidad de títulos y condecoraciones. Y, sin embargo, la condecoración tenía su valor, pues era corriente condecorar en mucho más alto grado a los funcionarios y, sobre todo, a los oficiales que a los demás ciudadanos. Los poetas y compositores, los pintores e inventores, que habían alcanzado ya cierto renombre universal, así como los grandes comerciantes, los industriales y banqueros, solían empezar, a edad avanzada, por la Orden del Aguila Roja, y muchas veces por la Orden de la Corona de cuarta clase, cuando estas mismas condecoraciones las obtenían los oficiales sub-

alternos y los inspectores de Aduanas a los pocos años de servicio. Si eran ya muy viejos y célebres, llegaban, prescindiendo de un par de hombres singularmente favorecidos, hasta la Orden de la Corona de «tercera», distinción que podían alcanzar, antes de llegar el retiro, hasta los consejeros secretos de Cuentas. De este modo, el Estado había establecido una clasificación de sus súbditos, que ofrecía a los funcionarios la garantía de no descender bajo el nivel de la buena sociedad, a pesar de la modestia de los sueldos.

Condecoraciones y títulos se cuentan entre los recursos más importantes del sistema feudal plutocrático. La agrupación por condecoraciones y títulos es decisiva para la estructura del Estado. Algunos espíritus libres, muy contados hombres independientes y poderosos, podrán desentenderse y burlarse de tales distinciones. El ciudadano, el funcionario medio, tiene que avenirse a esta estructura. Bismarck cuenta en el tercer tomo de sus «Pensamientos y recuerdos», que hasta un hombre tan inteligente como el secretario de Estado von Boetticher rompió a llorar, porque no se le había tenido en cuenta para la Orden del Aguila Negra. Hoy esto nos parece algo cómico, pero no hay que olvidar que en el antiguo régimen las condecoraciones eran algo más que simples exterioridades. Ser preterido en una de las ocasiones solemnes, en que la lluvia de condecoraciones y títulos se derramaba periódicamente, era la señal más segura de que algo no estaba acorde, de que el alto funcionario había perdido la gracia de su monarca, de que se tramaba alguna intriga o la carrera estaba en peligro.

Tampoco para los no funcionarios son las condecoraciones y títulos algo indiferente, sino una realidad. Y, como toda realidad, tienen su precio. Para el comerciante o el industrial tienen un valor comercial efectivo, porque elevan su prestigio ante el público y le facilitan relaciones, y muchas veces hasta encargos, que de otra suerte no obtendría. Es decir, que las condecoraciones y los títulos resultan financieramente productivos; por eso se pagan.

Un país barato

El Estado lo sabe, como es lógico, y procura explotar financieramente las condecoraciones que tiene que otorgar. Oficialmente, sólo cobra por la concesión de títulos y dignidades una modesta indemnización: un impuesto del timbre, como hay que pagarlo siempre que se recurre a la máquina estatal. Para la concesión de la dignidad de duque—desde que la Cámara prusiana de Diputados duplicó las cuotas el año 1909—hay que pagar 10.000 marcos; para la categoría de príncipe, 6.000

marcos; para la de conde, 3.600; un barón sale ya del paso con 2.400 marcos, y el sello para la simple carta de nobleza cuesta sólo 1.200. Desde luego, hay que añadir otros impuestos y arbitrios, de suerte que la elevación a la clase noble requiere por lo menos 4.800 marcos. También la concesión de títulos burgueses, que antes estaba gravada con una cuota unitaria de 300 marcos, se halla sometida a un riguroso escalonamiento en los últimos años antes de la guerra. El consejero secreto de Comercio, para el sello de su diploma, tiene que pagar 5.000 marcos; el consejero de Comercio, sólo 3.000; el consejero secreto de Comisión, 1.000 marcos, y el consejero de Comisión, 500. Los empresarios, que son favorecidos con estas distinciones, obtienen, por lo tanto, oficialmente sus títulos a bastante bajo precio, puesto que aun los académicos no burocratizados, que llegan a la dignidad de profesor, de consejero de Sanidad o de consesejero secreto de Sanidad, de consejero de Justicia o de consejero secreto de Justicia, tienen que abonar por ello al Tesoro 300 marcos.

Y eso que Prusia es considerada como un país barato para los aficionados a títulos y cartas de nobleza. En el reino de Sajonia cuesta ya el «conde» tanto como en Prusia el «duque», y un príncipe sajón ha de pagar, por lo pronto, al Estado 25.000 marcos. Württemberg todavía es algo más caro, y exige de sus príncipes de nuevo nombramiento un impuesto del timbre de 40.000 marcos.

Pero estas cuotas oficiales de entrada al paraíso de los títulos y dignidades sólo constituyen una pequeña parte de lo que en realidad hay que pagar para el nombramiento de consejero de Comercio o incluso para la elevación al estado noble. Era sabido que se llegaba a consejero de Comercio, cuando se gastaban por lo menos 60.000 marcos en organizaciones benéficas o en otro fin grato al Estado. El público y los mismos partidos políticos de la oposición no se escandalizaban ya de ello. Es más; el público aplaudía estos pequeños ingresos del Estado y se alegraba de que los burgueses ricos se viesen obligados de este modo a un desembolso especial una o dos veces en su vida.

El asunto Mirbach

De antiguo se consideraba ya como delictivo que gente de buenas relaciones explotase industrialmente la negociación de títulos y condecoraciones. En este campo, indudablemente productivo, trabajaban en Berlín, antes de la guerra, cuarenta o cincuenta caballeros y damas de la buena sociedad. Por los muchos asuntos de esta índole, que se tramitaban en la época guillermina, llegóse a distinguir sutilmente entre los «Orden-

schieber» y los «Ordenschacherer». Los «Ordenschieber» eran timadores vulgares, que sacaban dinero a la gente rica fingiendo que podían obtener condecoraciones y títulos; los «Ordenschacherer», en cambio, eran intermediarios diligentes y activos, que hasta devolvían los anticipos, si no tenían éxito en la negociación de condecoraciones y títulos para sus clientes. El tráfico de distinciones era, pues, una industria confesable en su género. Lo que no se hizo público hasta el famoso escándalo Mirbach, es que el negocio de los títulos y condecoraciones estaba también organizado en grande por las más altas instituciones, con el objeto de recaudar fondos para determinados fines.

La piadosa emperatriz Augusta Victoria concedió especial importancia en los primeros decenios de su reinado, por razones de educación popular, a la construcción de iglesias. Naturalmente, se tomaron en consideración sus designios, y a la vuelta de siglo se habían construído, sólo en Berlín y sus alrededores, 55 iglesias. Para este fin se reunieron más de 30 millones de marcos por medio de colectas públicas y merced a donaciones particulares (1).

El principal depositario era el mayordomo mayor de la emperatriz, barón de Mirbach, quien en quince años reunió unos 12 millones de marcos (2). Pero los generosos donantes no solían desprenderse de su dinero, sino cuando veían en perspectiva como recompensa una condecoración, un título, un nombramiento de proveedor de la Corte, o bien la nobleza. El barón de Mirbach correspondía largamente a estos deseos, y así se repartieron para aquel piadoso fin dignidades y mercedes de toda índole, incluso a personas cuyos negocios particulares no siempre eran claros.

La cuenta K

Hacía mucho que se murmuraba del sistema de recaudación de Mirbach, pues se sabía que proporcionaba el título de consejero de Comercio, incluso a judíos acaudalados, con tal que contribuyesen a nutrir los fondos para la construcción de iglesias. Pero cuando el escándalo cundió abiertamente fué el año 1904, al hundirse el consorcio del Banco Hipotecario de Pomerania, por medio del cual administraba Mirbach el dinero. El Banco de Pomerania, que también había aportado impor-

---

(1) Kurt Heinig, Die Finanzskandale des Kaiserreiches, Berlín 1925, p. 32 y sigs.

(2) Zedlitz-Trützschler, 12 Jahre am deutschen Kaiserhof, 5.ª y 6.ª edición, Stuttgart 1924, p. 75 y sigs.

tantes sumas para la construcción de iglesias—se hablaba de un millón de marcos—, fué declarado Banco Palatino de Su Majestad la emperatiz en octubre de 1900, y Mirbach tenía en este centro, además de una cuenta propia, otra «cuenta K», en la que los piadosos donantes o los aspirantes a títulos ingresaban sus limosnas para la construcción de los templos.

En esto, ocurrió un enojoso incidente. Los dos directores del banco, Schultz y Romeick, se revelaron como hábiles *faiseurs*. Era inevitable la intervención judicial. Desde luego, las autoridades criminales procedieron muy circunspectamente contra el banco, en cuyo consejo de administración había príncipes, condes y chambelanes. La indagación previa duró no menos de dos años. Pero todo fué inútil. Al fin, fué necesario proceder públicamente, y Schultz y Romeick fueron condenados a presidio por sus fraudulentas manipulaciones.

Los secretos de la «cuenta K» fueron tratados, asimismo, por los tribunales con suma delicadeza. Pero se traslució lo bastante para confirmar los rumores de que uno de los más altos funcionarios palatinos había traficado en gran escala para fines eclesiásticos con las condecoraciones, y se había comprometido para ello con hombres de reputación muy dudosa. A esto se añadió que un bajo funcionario palatino y hasta un pariente de Mirbach fueron acusados de haber incurrido en irregularidades al aplicar el dinero para la construcción de iglesias. En suma, era ya un asunto muy feo, y los hombres más susceptibles de la Corte, como el gentilhombre de Cámara, príncipe Solms, llegaron a exigir que se procediese con energía y se destituyese a Mirbach. Pero como el mayordomo mayor no había caído en desgracia de la emperatriz, todo siguió igual que antes. Mirbach pudo incluso seguir recolectando, aunque los donativos afluyeron desde entonces con menos profusión.

La nobleza en la industria

La clase dominadora, la nobleza, no podía, desde luego, conferir dignidades y títulos de derecho público como los príncipes reinantes—aunque ya daba mucho tono ser guardabosques superior de un condado (*Oberförster*) o presidente de la cámara administrativa de un principado— ; pero los nobles podían transferir otra cosa muy útil, es decir, sus nombres.

Y no es que afirmemos que la alta nobleza, al pasar al campo de la industria, vendiese, sin excepción alguna, sus nombres, para obtener así cómodas ventas. Pero la nobleza alemana, y particularmente la prusiana, fué desde antiguo sumamente comercial, y era lógico que, al transformarse Alemania en una nación industrial, los nobles terratenientes, llevados de su an-

tiguo espíritu de comercio, no se quedasen de brazos cruzados, sino que interviniesen con todo empuje. Aun cuando la nobleza aprovechó también su fuerza política para proteger los privilegios de la gran propiedad territorial, no se opuso por ello al desarrollo industrial, salvo, naturalmente, algunas excepciones. Los problemas técnicos le interesaban menos que las posibilidades comerciales que ofrecía la industria. Pero cuando estas posibilidades se presentaban en el propio distrito, la nobleza terrateniente las aprovechaba de buen grado.

Caso ejemplar de esto es el desarrollo de la industria minera en la Alta Silesia, al que contribuyeron decididamente los príncipes Pless y Henckel con Donnersmarck, los condes Schaffgotsch y Ballestrem, y los demás primates de la nobleza silesiana, pues comprendieron muy pronto que en estos tiempos se pueden obtener, con los metales y el carbón, ganancias de millones, que no proporciona el grano ni la patata.

La actividad de la nobleza, en su estrecha demarcación, contrastaba, sin embargo, con su falta de espíritu de empresa, para invertir su dinero en nuevos negocios, nunca explorados. Es muy significativo que la gran industria del Oeste de Alemania tuviese que recurrir todavía, a mediados del siglo pasado, predominantemente a capital extranjero para levantarse, y que la nobleza feudal, el sector financiero más poderoso de Alemania aparte de un par de grandes banqueros, apenas contribuyese a este esfuerzo.

Los negocios de la época de los fundadores

En cambio, en la época de los fundadores, empezó a excitarse el sentido comercial de la nobleza, y ésta contribuía con gusto a nuevas fundaciones, con tal de no asumir ningún riesgo financiero. Los negocios que se hacían por los años del 70 con la fundación de nuevas sociedades por acciones, aconsejaban a los empresarios buscar para sus empresas el adorno de sonoros apellidos. Cuando en el comité fundador o en el consejo de administración de las sociedades anónimas había miembros de la alta nobleza, parlamentarios de prestigio o altos funcionarios, los pequeños rentistas, con cuyo dinero principalmente se hacía el ruido de la fundación, entregaban más fácilmente su capital. Los señores que daban su apellido, tenían participación en el negocio, y, antes de que las sociedades empezasen siquiera a trabajar, se hacían pagar por adelantado muchos miles, según el famoso «sistema Strousberg» (el gran fundador de empresas

ferroviarias Strousberg había desarrollado este método con especial destreza).

Aunque las irregularidades que se cometían en la fundación de sociedades eran bastante notorias, fué enorme la sensación que se produjo, cuando el 7 de febrero de 1873, y nuevamente en abril del mismo año, el diputado nacionalista liberal Eduardo Lasker reveló despiadadamente en la Dieta prusiana los métodos de la especulación financiera, y no se recató de citar a las personas que habían dado su apellido a tales negocios. Entre los que habían sobresalido en especulaciones ferroviarias de índole sospechosa, figuraban en primer término el príncipe Biron, el príncipe de Putbus, el jefe de la cancillería del Imperio, y el jefe conservador, consejero secreto von Wagener. Pero estos señores, que eran los más comprometidos, no constituían una excepción. Como se fué descubriendo, estaban también complicados en los negocios de especulación miembros de las más ilustres familias de la nobleza: un duque de Ratibor, un príncipe de Hohenloe, un príncipe Handjery, el conde Stolberg, el conde de Solms-Baruth, el conde de Maltzahn, el conde Lehndorff, el conde Quiletzky, el conde Praschma y toda una serie de barones y títulos. Entre ellos se contaban también algunos altos burgomaestres, consejeros cantonales y funcionarios ministeriales.

Los parlamentarios habían participado copiosamente en el negocio de las fundaciones, sobre todo los diputados de la derecha. Porque, como era natural, se procuraba atraer a los políticos que tenían verdadera influencia en el Gobierno. Entre los diputados de la Dieta prusiana, por los años de 1870-1873, de cada cinco uno parece que era fundador, primer suscritor de acciones o consejero en una o varias de la 1.309 sociedades anónimas. En el Reichstag la participación era todavía mayor. Allí se encontraban 105 fundadores entre los 382 diputados. Por lo tanto, el 30 por 100 aproximadamente de los representantes del pueblo habían sabido aprovechar la coyuntura. Pero tampoco los miembros de la Cámara de los Señores se habían quedado atrás en relación con los diputados de los parlamentos electivos. Al fin y al cabo, no había motivo para que los parlamentarios se retrajesen, cuando los mismos ministros activos creían poder conciliar su actividad de estadistas con el desempeño de cargos de consejeros en sociedadss particulares. Hasta el ministro de Justicia prusiano, von Bernuth, había prestado servicios de padrinazgo en algunas sociedades.

Siempre que era posible, se estrechaban más los lazos con el Estado. Así, por ejemplo, cuando la Sociedad de Construcciones Carsten regaló al Estado un gran solar para edificar una escuela de cadetes en Lichterfelde. Como recompensa, no faltó una carta del emperador; un general del séquito imperial, el

barón de Steinecker, ocupó la presidencia del consejo de administración, y el ministro de la Guerra aprobó la delegación de un hombre de su confianza en el consejo de la sociedad recién fundada. Como consecuencia de tan alta protección, las acciones de la empresa Carsten se pusieron por las nubes.

Desde luego, no todas las sociedades en que la alta nobleza, los parlamentarios y la alta burocracia intervenían, eran empresas de especulación. Por el contrario, muchas de las sociedades, que entonces tenían fama bastante dudosa, como las Fundiciones Laura, se convirtieron más tarde en empresas muy sólidas y bien cimentadas. Indudablemente, la crítica y la opinión pública iban demasiado lejos, cuando consideraban como estafador a cualquiera que tuviese la más mínima relación con alguna de las sociedades quebradas, como ocurrió cincuenta años más tarde con motivo del escándalo Barmat. Pero lo cierto es que en este primer período tormentoso del nuevo auge de la Economía alemana, la influencia y la protección desempeñaron un gran papel, y la unión entre la política y los negocios dió lugar a extraños maridajes.

Fundaciones coloniales

Otro segundo período, en que todo lo que tenía prestigio y nombre en el antiguo sistema pasó al campo de la Economía, fué la época de las fundaciones coloniales, a principios del nuevo siglo. La ocasión era más propicia que treinta años antes, en la época de los fundadores. Porque si bien, desde el punto de vista económicopolítico, parecía sumamente meritorio y respondía a las más altas intenciones que después de la victoriosa guerra de 1870-1871 circulase la riqueza en auge y se repartiese el caudal de 5.000 millones de indemnización, tampoco dejaba de ser tentador para los altos funcionarios del Estado el mezclarse en especulaciones de terrenos, ni para los grandes terratenientes nobles intervenir en fundaciones de compañías ferroviarias. Colaborar a la explotación económica de las nuevas colonias era, por decirlo así, un deber nacional, del que no podía desentenderse la clase dominadora.

Rápidamente fueron surgiendo unas doscientas compañías coloniales, de las cuales para el año 1912 habían quebrado unas cincuenta. En el marco de estas fundaciones coloniales se produjeron todos los enlaces, ya proverbiales en Alemania, entre la política y los negocios. Sobre todo, las tres formas más frecuentes : participación directa de personajes políticamente influyentes en empresas económicas, suministros al Estado por empresas de gran influencia y traslado de funcionarios a empresas particulares, con las que antes habían tenido éstos que

tratar oficialmente. Nota característica de los negocios coloniales era que, casi sin excepción, se desarrollaban sin consecuencias judiciales, aunque el público estaba convencido de su naturaleza hasta cierto punto escandalosa. Pero, a juicio de los abogados del Estado, por lo menos, casi nunca se tocaban los linderos de lo criminal.

Los verdaderos negocios de fundación se presentaban en la era colonial, sobre poco más o menos, como en los años del 70, en la era Strousberg. Nobles, generales, funcionarios palatinos, caudillos parlamentarios, ponían fácilmente su nombre al pie de los programas de fundación, entraban a formar parte de los consejos y daban con esto garantías de la solidez de las empresas. El público, sobre todo el pequeño ahorro, entregaba de buena fe su dinero, y muchas veces antes del año tenía que pagar ya los vidrios rotos.

Prescindiendo de los tan cacareados hallazgos de diamantes y de los milagros que habían de cumplirse, según los retóricos prospectos, con el aceite de palma y el algodón en las colonias alemanas, se prometían a veces enormes ganancias. Así, una compañía frutera y forestal, fundada el año 1912, prometía desde el año 1925 un dividendo anual del 66 por 100. Entre los primeros accionistas de la compañía se encontraban el rey de Württemberg y el presidente de su consejo de Hacienda, el gran duque de Sajonia-Weimar, el duque de Sajonia-Coburgo-Gotha y el príncipe heredero de Reuss. El príncipe Enrique XXXII de Reuss, de la línea más joven, intentó explotar económicamente el Africa oriental alemana por medio de una fundación propia, la Manga Marimba, S. A. En otras fundaciones tomaron parte los condes de Wartensleben, Baudissin, Dönhoff, Pfeil y otros altos dignatarios. La nobleza predominaba.

El caso Tippelskirch

Las Compañías coloniales, que pretendían enriquecerse con los tesoros de las colonias alemanas, tuvieron muy mal fin en su mayor parte. Si bien sus encumbrados fundadores, sus hombres de confianza y consejeros, perseguían fines especuladores, las especulaciones resultaron fallidas. Mucho más lucrativo fué otro ramo de los negocios, que estuvo muy en boga en la era colonial : el ramo de los suministros a las colonias. Para esto no se necesitaba invertir de momento grandes capitales, y a los pocos años o decenios se multiplicaba la ganancia. Más bien era una simple operación de caja, en la cual el consumidor era el Imperio, por lo tanto un buen pagador y de

toda solvencia. Todo el toque estaba en obtener los suministros, y para esto era necesario un poco de influencia.

Adónde iban a parar los fondos del presupuesto colonial, que casi de año en año aumentaba en muchos millones, era problema que sólo interesaba a un reducido círculo. El mismo Parlamento, que tenía que aprobar cada año el presupuesto, se preocupaba más de la cuantía en que habían de ser dotadas las colonias que de la manera cómo se empleaban los fondos coloniales. Sólo cuando para sofocar la rebelión Herero en el Africa alemana del Suroeste, por los años 1904-1906, hubo que aprobar un presupuesto de varios cientos de millones, se empezaron a compulsar con más exactitud en el Parlamento los detalles del presupuesto colonial.

Por lo pronto, la sorpresa fué enorme cuando el joven de veintiocho años Matías Erzberger, el Benjamín del Reichstag y al mismo tiempo el hombre más enterado en presupuestos, empezó a descubrir los secretos de las colonias. Aparte de otras historias más o menos negras y blancas, pero muy enojosas, se descubrió que la empresa «Tippelskirch y Compañía» había obtenido por contrato desde el año 1895 todos los suministros para las tropas coloniales alemanas, y que este monopolio le estaba reservado todavía hasta el año 1911. Como siempre en los monoplios privados, los consumidores, en este caso el Reich, eran los perjudicados. La oficina colonial tenía que pagar los suministros de la empresa Tippelskirch mucho más altos de lo que hubiera sido necesario con una subasta libre.

Pronto se descubrió también que en la cesión del monopolio de suministros a la empresa Tippelskirch y en la renovación de los contratos no se había jugado muy limpio. Al parecer, habían sido sobornados con dinero oficiales de las tropas de protección y altos funcionarios coloniales. Pero todas estas manipulaciones acaso no hubieran producido ningún resultado, si entre los interesados de la empresa Tippelskirch no hubiese habido un apellido, que a la sazón significaba una fuerza. La esposa del ministro de Agricultura prusiano, general de Húsares y ex-secretario de Estado del Cuerpo de Correos, von Podbielski, poseía, según se averiguó, el 40 por 100 de las acciones de la empresa «Tippelskirch y Compañía». Aunque los señores Podbielski vivían en régimen de separación de bienes, no tenía fácil defensa que un ministro en ejercicio hubiese participado, a costa del Imperio, en ganancias comerciales muy dudosas. Cambió desde luego su actitud personal, aunque quedó más comprometido aún el sistema político, cuando Podbielski manifestó que, antes de aceptar el puesto de secretario de Estado, había dado cuenta de sus relaciones con la empresa Tippelskirch al único centro competente, y que este centro no había tenido nada que oponer.

El Gobierno se resistió durante bastante tiempo a intervenir, pero el ministro von Podbielski acabó por verse obligado a presentar su dimisión. Para evitar hasta la apariencia de que la opinión pública pudiera haber ejercido presión sobre las decisiones de la Corona, al principio fué rechazada la dimisión. Sólo tres meses más tarde, en noviembre de 1906, se retiró el señor Podbielski, provisto, desde luego, de una carta autógrafa del emperador y de los brillantes para la Gran Cruz del Aguila Roja con follaje de encina y con espadas en el anillo. Los procesos entablados contra los funcionarios sospechosos de soborno fueron sobreseídos, y sólo el Mayor encargado de preparar los contratos de suministro para las tropas del Suroeste, hubo de expiar con el arresto culpas cometidas o no cometidas.

La campaña colonial y la intervención parlamentaria dieron por resultado que el jefe de la sección colonial, príncipe heredero de Hohenlohe, desapareciese de la escena y que su sucesor, el entonces director de banco, Bernardo Dernburg—el primer economista de la burocracia guillermina—, rescindiese los contratos desfavorables de monopolio e implantase la unificación en las colonias. La empresa Tippelskirch fué liquidada; la administración colonial se encargó de las existencias remanentes y el señor Tippelskirch, principal accionista, se compró un castillo junto al lago de Constanza, para descansar allí de sus desvelos y penalidades.

El monopolio Krupp

Empalmes parecidos a los que existían en la administración colonial, existían también en la administración del ejército entre las autoridades y las grandes empresas proveedoras. El ejército y la marina sólo se equipaban en muy pequeña parte por dirección propia; casi todo lo necesario se confiaba a empresas particulares. Para la industria de los armamentos en sentido estricto, para las armas y municiones, el Estado era el único consumidor, prescindiendo del extranjero (porque el negocio de los armamentos se explotaba de una manera completamente internacional, y las grandes fábricas de cañones y de planchas de blindaje de los distintos países estaban enlazadas por medio de contratos de cártel y asociación de intereses). Para una empresa de armamentos que quisiera hacer negocios, era, pues, lo más importante gozar de favor en los centros directivos.

El favorito en la esfera de los armamentos pesados, del material de artillería, era Krupp, y las buenas relaciones personales del emperador con la familia Krupp aseguraban ya a ésta

una ventaja sobre todos los demás competidores. Krupp no poseía, como Tippelskirch, un monopolio garantizado por contratos, pero tenía un monopolio de hecho, que nadie podía disputarle. Los intentos de la empresa Erhardt de Düsseldorf, para destronar a Krupp por la calidad de sus cañones de retroceso y por sus bajos precios, fueron tan inútiles como los esfuerzos posteriores de Thyssen para aventajar a Krupp como proveedor de armamentos.

La creciente oposición de la competencia y también del público contra la situación monopolizadora de Krupp obligó a éste a estrechar más los lazos con las autoridades. La amistad del generalísimo de los ejércitos, las honrosas visitas de Guillermo II a la residencia Krupp, Villa Hügel, junto a Essen, no parecían ofrecer a la larga una garantía absoluta ; por eso había que establecer contacto con centros menos elevados y hasta bajos, si se quería sostener el negocio. El método proverbial de ocupar los puestos directivos con antiguos funcionarios y oficiales de los departamentos correspondientes, era tanto más accesible para Krupp cuanto que los técnicos que él necesitaba tenían que ser en parte prácticos y teóricos militares. Así, no sorprendía ya que antiguos jefes de negociado del ministerio de la Guerra ocupasen cargos en la dirección de la casa Krupp, o que pasasen a prestar servicios en esta empresa oficiales de pirotecnia y otros subalternos.

Por último, en previsión de lo que pudiera ocurrir, se quiso en Essen tener informes sobre lo que ocurría entre la competencia y sobre las ofertas que ésta hacía a los compradores oficiales. Para este fin se montaron centros secretos de información, que habían de hacer las averiguaciones necesarias entre las autoridades. Los informes secretos, que llegaban a Essen bajo el extraño seudónimo «Kornwalzer», circulaban allí por la dirección y naturalmente se tenían en cuenta al calcular los precios para las autoridades.

En el proceso Kornwalzer contra Krupp, que ocupó durante muchas semanas a la opinión pública en el año anterior a la guerra, quedó demostrado cómo se habían obtenido aquellos informes secretos. El jefe de la oficina secreta de Berlín había sobornado con pequeñas propinas, regalos y convites, a una serie de funcionarios bajos y medios, que le suministraban los datos deseados sobre ofertas, proposiciones y correspondencia de otros proveedores de armamentos con la administración del ejército. El atestado, que el entonces diputado social-demócrata del Reichstag, Carlos Liebknecht, entregó al ministro de la Guerra prusiano y presentó luego al Parlamento, estaba confirmado hasta la saciedad : no se había descubierto ningún Panamá de la administración del ejército, pero se había demostrado con qué clase de medios explotaba su negocio la ma-

yor empresa industrial alemana. Naturalmente, ninguno de los directores de la casa Krupp quería ser el culpable, y el presidente del directorio Krupp, el ex-consejero secreto de Hacienda, Hugenberg, creyó incluso conveniente defender este sistema y despreciar las acusaciones como «mentiras» (en el sentido objetivo de la palabra, desde luego). En conclusión : a los directores de la casa Krupp no les ocurrió absolutamente nada. En cuanto a los funcionarios venales y el jefe de la oficina sobornadora, comparecieron, después de una indagación muy enérgica, ante un consejo de guerra, y fueron condenados a varios meses de prisión.

La inspección de los funcionarios

Episodios como el de Tippelskirch y el de Krupp no sólo despertaban gran atención porque descubrían al público una esfera que solía estar cerrada a los ojos profanos, sino más aún porque se relacionaban con impurezas de funcionarios. Y aunque ya se sospechaba que, dado el sistema dominante, la política y el negocio no podían estar muy desligados, había una convicción inquebrantable de la inviolabilidad de los funcionarios prusianos.

En realidad, la corruptibilidad y las irregularidades financieras eran en Prusia más raras que en todos los demás países del continente europeo, a pesar del escaso sueldo de los funcionarios. Como los altos puestos de la Administración estaban ocupados en gran parte por nobles acaudalados, era menor para el particular la tentación de procurarse ventajas personales por el camino de la política. Los funcionarios menos adinerados eran alejados de los intereses meramente pecuniarios por medio de condecoraciones y de títulos, como ya se ha descrito, y merced a la preferencia social se distraían de su situación financiera, muchas veces precaria. Sobre todo, para preservar de cometer faltas a los jóvenes del ejército y de la administración, se les imponían obligaciones, que llegaban hasta una esfera personal muy íntima, como, por ejemplo, la obligación de los oficiales subalternos de no casarse sino cuando pudiesen demostrar que ellos o su futura esposa poseían una fortuna de 60.000 marcos.

Aparte de esto, el Estado consideraba necesario ejercer una severa inspección sobre aquellos de sus funcionarios que tenían que administrar dinero. Todas las medidas, que en particular rozaban muchas veces con el ridículo (la doble y triple comprobación de los libros y el penosísimo sistema de inspección de la Alta Cámara de Cuentas de Potsdam, cuyas averiguaciones se formulaban siempre un par de años más tarde de los acontecimientos), en el fondo sólo tenían por objeto hacer sentir a los

funcionarios que estaban vigilados y amedrentarles de cometer irregularidades ante la certeza de que todo había de salir a flote. Este sistema de inspección, mantenido severamente durante dos siglos, es acaso el verdadero secreto de la integridad de los funcionarios prusianos.

Bismarck y Bleichroeder

Los bajos funcionarios rara vez se dejaban arrastrar al abuso de su cargo para procurarse ventajas financieras con perjuicio del Estado. En cambio, era harto frecuente que los altos funcionarios procurasen aprovechar su conocimiento de los procesos políticos para hacer negocios particulares. El camino indicado para ello era la especulación en la Bolsa, que estuvo muy en boga, sobre todo en la primera época del Imperio, entre la nobleza prusiana de militares y funcionarios. El número de personas que verdaderamente estaban orientadas sobre los asuntos políticos internos y sobre todo sobre los de política exterior, era, naturalmente, muy reducido; pero dentro de este círculo dominaban interpretaciones muy amplias sobre la mezcla de la política con los negocios. Aun cuando se hacía distinción, en cuanto a la forma, entre la profesión principal de político y la profesión secundaria de especulador de Bolsa, ambas actividades solían marchar paralelas, de tal suerte, que casi era inevitable la repercusión de la una en la otra. De un modo consciente podría sólo influir la especulación política en la especulación financiera; pero de un modo inconsciente no podía eliminarse la influencia de los compromisos de Bolsa en la política.

Entre los estadistas contra los cuales se suscitó la sospecha de que hermanaban la política y la especulación de Bolsa, se hallaba, en primer lugar, Bismarck. A mediados de la década del 70, cuando por las muchas quiebras de compañías se había dado a conocer la participación de la alta nobleza y de los altos funcionarios en negocios dudosos, se promovió contra Bismarck una violenta campaña desde el campo extremo conservador y antisemita. La acusación que se dirigía contra Bismarck consistía en que éste, con ayuda del banquero palatino Gerson Bleichröder, hacía constantemente negocios de Bolsa, que en ellos había ganado mucho dinero y que por estos vínculos comerciales había caído en una servidumbre, políticamente lamentable, respecto de Bleichröder y de la banca internacional.

El promotor de la campaña era Diest-Daber, antiguo consejero cantonal, hijo de un alto oficial prusiano, y hombre que sin duda había tomado muy en serio la empresa de descubrir y

eliminar los abusos cometidos por la nobleza y por la Administración prusiana. Siendo consejero cantonal de Elberfeld, había descubierto que en su distrito los hijos de las principales familias se evadían de las obligaciones generales del servicio sobornando a los funcionarios. También en la alta burocracia había comprobado enojosas amalgamas de intereses públicos y privados, pero no había logrado nada con sus quejas. En cuanto a Bismarck, creía saber que el canciller del Imperio había embolsado grandes ganancias especulando con las acciones prusianas del Central-Boden-Credit. Tenía también sospechas de que Bleichröder pagaba a Bismarck por sus imposiciones en el banco un interés del 18 por 100.

A causa de los ataques de Diest-Daber, que fueron apoyados por muchos de sus correligionarios, y que llegaron a su apogeo de publicidad con los famosos artículos anónimos de la *Kreuzzeitung*, sobre la «Era Bleichröder», se plantearon varios procesos. Diest-Daber fué condenado a tres meses de prisión por injurias contra el príncipe Bismarck. Pero cuando él mismo quiso hacer comparecer ante los tribunales al canciller por manifestaciones injuriosas, Bismarck declaró que para él, como general de Caballería—Bismarck no había sido nunca oficial en activo—, no eran competentes los tribunales civiles, sino sólo el consejo de guerra. Pero tampoco se logró hacer comparecer a Bismarck ante los tribunales militares.

Puesto que las acusaciones contra Bismarck nunca se llegaron a comprobar judicialmente, hemos de suponer que, por lo menos en aquella forma, eran injustificadas. Bismarck, que por su casa más bien estaba cargado de deudas que de riquezas, reunió ciertamente en el curso de su vida una fortuna considerable, que no podía proceder solamente de ahorros hechos con su modesto sueldo; pero era demasiado cauto y circunspecto para exponerse personalmente hasta tal punto y mezclarse en tan burdos negocios de especulación y de interés como los que le imputaban sus enemigos políticos.

En realidad, sus relaciones comerciales con Bleichröder consistían en que le había dado plenos poderes sobre su fortuna personal. Bleichröder, que a la sazón tenía gran influencia sobre el canciller en todos los asuntos financieros, como banquero de la Corte y del Estado, trataba desde luego mucho a Bismarck, y era, durante temporadas enteras, el único que pasaba a su despacho sin anunciarse. «El Pálido», como le llamaba Bismarck, traía y llevaba informaciones políticas, que había de lanzar a Londres y sobre todo a París, al grupo Rothschild, afín a él, y desde allí al Gobierno francés; pero Bismarck evitaba por lo visto cuidadosamente en todas estas reuniones, tan frecuentes, el tratar de sus asuntos financieros particulares. Sabía que su fortuna estaba colocada en buenas condicio-

nes de seguridad y rentabilidad en manos de Bleichröder, y no le preocupaban los detalles de la administración. Desde que arreciaron los ataques contra él, parece que se hizo todavía más cauto. En 1875 dió a Bleichröder la orden de vender sus valores rusos, a la sazón objeto preferido de especulación, y en lo sucesivo, como aseguró muchas veces, no volvió a adquirir efectos extranjeros, pues «un ministro del exterior no debe poseer valores que no sean nacionales» (1).

La alta nobleza especula

El grupo Diest-Daber pudo haberse equivocado respecto a la persona de Bismarck, pero los ataques contra la «era Bleichröder» estaban justificados en el fondo. Desde luego, los banqueros no eran, como se los quería presentar desde la derecha, unos seductores diabólicos, ni los políticos unos cordero inocentes ; pero es indudable que entre la clase dominadora y los banqueros bolsistas existía tan estrecha conexión, que la política no podía escapar inmune. Los menos influyentes y menos hábiles no se contentaban, como Bismarck, con poner su fortuna en manos de un banquero solícito, sino que se preocupaban muy intensamente de que su capital produjese rápidos frutos y de que no se escapase ninguna ocasión de obtener ganancias. El negocio bursátil era muy corriente en los círculos de la nobleza. La especulación se practicaba casi como un deporte. Un observador bien situado, el barón de Eckardtstein, describe muy al vivo con cuánto afán y descaro se entregaba a las especulaciones de Bolsa la sociedad cortesana de Berlín allá por los años del 70 al 80. Por la mañana, entre las diez y las once, solían encontrarse muchos personajes en casa del peluquero palatino Gilbert, donde charlaban animadamente. «Desde los salones de Gilbert se trasladaban casi todos los que allí se habían reunido a casa de sus banqueros particulares para enterarse de las cotizaciones con que había abierto la Bolsa» (2).

Cuanto mejor orientado estaba un personaje en la política, tanto mayores eran sus probabilidades de ganar, y no eran raros los casos, en que caballeros, y también damas de la Corte, tan pronto como sabían confidencialmente alguna novedad política importante, corriesen a casa de su banquero para dar las consiguientes órdenes de Bolsa. Hace algún tiempo se ha dado a conocer la correspondencia que un mariscal de la Corte sostuvo con un banquero berlinés durante el asedio de París en el

(1) Eduard Cohen, Erinnerungen an Bismarck, Stuttgart 1926, pág. 330.
(2) Herm. Freih. von Eckardtstein, Persönliche Erinnerungen an König Eduard, Dresden 1927, pág. 122.

invierno de 1870 a 1871. Muy de antemano estaba convenida una consigna para hacer compras en Bolsa tan pronto como fuese inminente la paz. La consigna era : «Le ruego me mande cigarros». De pronto, un día, después de haber llegado al cuartel general alemán el delegado francés Jules Favre—las negociaciones se llevaban todavía en Berlín con riguroso secreto—, le llega al banquero un telegrama de Versalles, que dice : «Le ruego me envíe cigarros para Su Excelencia». Un teniente general de la alta nobleza, que se encontraba también en el cuartel general, mandó un despacho todavía más explícito al mismo banquero : «Si los cambios no han subido mucho, compre hoy para mí lo más que pueda».

Un personaje nebuloso

Los negocios de Bolsa de la sociedad cortesana de Berlín podían apoyarse más o menos en informaciones políticas ; pero todavía eran menos reprobables, porque en la época de Bismarck los cargos cortesanos ejercían escasa influencia en la gran política. Lo grave era que la especulación bolsista se practicaba también en el centro oficial, desde donde se dirigía la política exterior. Es cierto que Bismarck había inculcado a sus colaboradores la buena doctrina de que era completamente ilícito aprovechar el conocimiento de la situación política para especulaciones. Un ministro que tomase ese rumbo había de caer en la tentación de buscar ventajas personales y no podría, por lo tanto, hacer buena política. Pero esta advertencia sirvió de poco. El hombre que más pertinazmente pecó en este sentido, el que transformó durante varios decenios la política en especulación de Bolsa, fué un discípulo y protegido de Bismarck : el barón Fritz von Holstein.

Verdad es que Holstein no llegó a ser ministro, pero este consejero secreto, que todo lo sabía y no dejaba saber nada a los demás, y que, por consiguiente, dominaba la política exterior de Alemania desde la caída de Bismarck, fué casi durante dos decenios más poderoso que un ministro. Aquel hombre tenebroso, que esquivaba la sociedad cortesana de Guillermo II, con su estruendo de timbales y trompetas, con sus centelleantes y sonoras espuelas y sus dulces trovadores, laboraba en el silencio de grises despachos oficiales e intrigaba. Holstein fué objeto de severa condenación entre sus contemporáneos y, más aún, entre los historiadores de la época guillermina. A él se le imputaba la culpa principal de todos los errores de política exterior de aquella época. Pero no sólo su amigo y defensor Harden, sino también sus más acerbos críticos, creían en la honradez personal y en el desinterés del barón de Holstein.

Negocios bolsísticos de Holstein

Tanto mayor fué el asombro cuando quince años después de su muerte se averiguó, por los artículos de Ernst Feder en el «*Berliner Tageblatt*» (1), que el verdadero director de la política exterior guillermina había sido un especulador de Bolsa, en el cual la política y los negocios particulares se habían confundido más etrechamente que en ningún otro hombre de su esfera. Hoy está demostrado que Holstein, aprovechando noticias políticas secretas que a él afluían y que muchas veces él averiguaba para ese fin, intervino, durante muchos años, casi diariamente en las operaciones de Bolsa.

Los financieros, de los cuales se servía para transformar sus informaciones políticas en moneda contante y sonante, eran los propietarios de la casa de banca Meyer-Cohn. El consejero secreto de comercio Meyer-Cohn, cuyo negocio, establecido en la avenida de Unter den Linden, se transformó más tarde en la «Disconto-Gesellschaft», era el hombre de confianza de la alta nobleza. El duque de Ujest, el príncipe Putbus, el príncipe Radziwill, los condes Lehndorff y Perponcher y otros astros de la sociedad cortesana, se contaban entre sus clientes. El barón de Holstein solía tratar con el cuñado del viejo Meyer-Cohn, con el banquero Emilio Heymann, hombre frío e impasible, a quien evidentemente importaba mucho menos la distinción de sus clientes que el valor de las informaciones, que día tras día recibía por medio de Holstein sobre todos los procesos de la gran política.

Desde luego, la «Eminencia Gris», como se llamaba a Holstein, no era precisamente un consocio simpático. En la correspondencia, que el consejero secreto Holstein mantuvo durante tres decenios con su banquero, predomina un tono muy vivo y áspero. Si las especulaciones resultaban de otro modo que como se había pensado—y esto ocurría con harta frecuencia—, el estadista y su acreedor se hacían mutuamente los más violentos reproches. Tratándose de pérdidas de miles de marcos, el lenguaje diplomático tiene también sus límites. En una ocasión se habla de quiebra. «Estamos arruinados—escribe entonces Holstein— ; no he podido dormir de rabia ; probablemente lo mismo le habrá sucedido a usted. Así se paga a los hombres por dar esas noticias tan sustanciosas». Mas, por fortuna, al día siguiente vuelve a abrirse la Bolsa, con nuevas informaciones secretas y nuevas probabilidades de ganancia. Hay que aguantar el mal humor y las impertinencias. El juego de Bolsa es para Holstein una cosa endiabladamente seria, casi más seria aún que para su banquero, que siempre tiene gana de viajar. «Considero

(1) «Berliner Tageblatt» del 16, 17, 19 y 24 diciembre 1926.

inoportuno—le advierte Holstein—que nos larguemos ahora en medio de la coyuntura, y le propongo, por lo tanto, que no salgamos de viaje hasta el jueves». En otra ocasión le dice: «Yo no me marcho, por lo pronto, aunque mejore el tiempo. Después de tanto aguardar, si desperdiciamos el momento psicológico, sería para tirarse de los pelos.»

Las especulaciones de Holstein arrancan de los comienzos de su carrera diplomática. En sus años juveniles había tenido trato con Strousberg, el fundador de compañías ferroviarias y gran especulador, y este maestro le inició en los secretos de la magia bolsista. Claro es que cuando llega la hora de las bancarrotas, el exacto conocimiento de los papeles bancarios e industriales no le preserva de graves pérdidas más que al propio Strousberg. Pero Holstein no pierde por eso su afición al juego bolsista. Desde que se coloca en la embajada alemana de París como vigía especial de Bismarck, tiene a su alcance las mejores fuentes de noticias. Al principio, usaba todavía para su banquero claves secretas, como lo habían hecho los señores del cuartel general en 1870. «Si le telegrafío: *Je vous ai adressé la lettre hier soir par Emile Asherson,* quiere decir que la emisión de bonos es segura. Compre usted entonces un lote para nosotros dos; para mí unos 10.000 francos o más, de modo que quede la cuenta en 200.000 francos.»

Más tarde, cuando Holstein puede disponer a su antojo en la oficina de Asuntos Exteriores, utiliza la política con la mayor naturalidad para sus negocios particulares. Tan pronto como llegan las comunicaciones de los embajadores, pasan al socio de la Unter den Linden, para que éste pueda basar en ellas sus manipulaciones de Bolsa. A veces, ni siquiera se altera el contexto. Ya se trate de casos de cólera en Rusia, de empréstitos internacionales o de asuntos de alta política, como el conflicto hispanoamericano, la guerra de los boers o la cuestión de los Balcanes, siempre domina el mismo pensamiento: ¿Qué efecto producirá en Bolsa el nuevo episodio? Si la ocasión se presenta favorable, Holstein es extraordinariamente pródigo en encargos y solicitudes, y no teme comprometerse en muchos millones. «No deje usted pasar la coyuntura que ahora comienza—escribe a su banquero—. Si usted tomase un millón de rublos en lugar de 600.000, a mí no me parecería peligroso.» Otra vez se trata de 50.000 libras esterlinas. En otra ocasión, de un «gran lote de valores chinos». No hay moneda ni valor internacional con que no se especule.

El golpe más afortunado

El *leitmotiv* de esta activa correspondencia entre Holstein y su banquero, que se completa con frecuentes visitas y citas confidenciales, lo constituyen los rublos y los valores rusos. La valuta rusa, que a la sazón estaba sometida a grandes oscilaciones, y los empréstitos rusos, costosa secuela de la política zarista de alianzas, son terreno propicio para la gran especulación. En este sector puede Holstein lucirse especialmente, porque averigua más pronto y con más certeza que los demás lo que se planea en San Petersburgo y se proyecta en París.

Y en este sector se logra también el golpe más afortunado que dieron Holstein y su banquero. Cuando Bismarck, en el verano de 1887, prohibe a la «Reichsbank» y a la «Preussische Seehandlung» (Banco de Estado Prusiano) descontar valores rusos, como represalia contra las inquietudes guerreras de Rusia, cuando como consecuencia se produce el pánico y los valores rusos se derrumban, la casa de banca Meyer-Cohn es una de las poquísimas que «quedan a flote». Sospechábase que el conde Guido Henckel de Donnersmarck, uno de los hombres más expertos en negocios entre la alta nobleza, había sido quien tan brillantemente había informado a su banquero. Pero esta suposición era equivocada. En realidad, fué el barón de Holstein, el primero que conoció la medida de Bismarck en la oficina de Asuntos Exteriores, quien dió a su socio Heymann la verdadera «pista», y ambos ganaron, con ese motivo, considerables sumas.

Es cierto que en otros negocios, a pesar de sus buenas informaciones, sufrió también Holstein grandes pérdidas, y parece que, a pesar de haber heredado de su familia una fortuna de 400.000 marcos, solía tener en su cuenta corriente más deudas que beneficios. Pero las pérdidas no procedían de que se abstuviese de ninguna manipulación de Bolsa por escrúpulos políticos, sino más bien de que mezclaba demasiado la política en los negocios de Bolsa. Como especulador político creía en la lógica política de la Bolsa, y sufría, por ello, frecuentes naufragios. Verdad es que a veces fracasaban sus especulaciones bursátiles precisamente porque sus especulaciones políticas eran equivocadas y descaminadas.

El derecho del amo

Se ha querido presentar al especulador Holstein como un fenómeno patológico excepcional, y hasta cierto punto lo era. Pero prescindiendo de que este consejero secreto constituía una de las figuras más vigorosas e importantes de la época

guillermina, hay que tener en cuenta que, a veces, en los fenómenos excepcionales suele reflejarse lo característico de una época. Desde luego, lo patológico siempre es una redundancia, una exageración de lo normal; pero, en la estructura fundamental, lo normal y lo patológico no se distinguen tanto.

Si el barón de Holstein no trazó una línea divisoria entre su actividad oficial y la privada, entre la política y los negocios; si en su fuero interno no reconoció valladar alguno entre uno y otro campo, hay que considerarlo meramente como la última consecuencia de un pensamiento, que se descubre en todos los sectores bajo el antiguo sistema. La clase dominadora, que moldeó el Estado a la medida de sus necesidades, se sentía en ese Estado como en su casa. La especulación es para ella la política dentro de casa. El provecho personal constituye un perfecto derecho del amo, a quien en el fondo le pertenece todo. Así como la nobleza nativa no se aviene a que un gendarme le imponga normas cuando va de caza, tampoco tiene consideraciones ciudadanas de ninguna clase, cuando mangonea en la Wilhelmstrasse de Berlín. Y si guarda esas consideraciones, es un acto de cortesía, de condescendencia, hacia una gente con la que sólo tiene un deber que cumplir: gobernarla. Ya es bastante que la nobleza respete innumerables derechos, que los poseedores de los nuevos títulos de propiedad van exigiendo poco a poco; ya es bastante que se admita en la vida del Estado a elementos que han conquistado su puesto por otro camino que el de la propiedad feudal. Pero el armazón del Estado ha de permanecer invariable si el sistema no ha de hundirse. Porque no sólo para el rey, sino también para la nobleza, rige el principio: «El Estado soy yo».

Capítulo segundo

El dinero en el Parlamento

Con la revolución de Noviembre del año 1918 se acaban los esplendores del antiguo régimen. La sublevación del pueblo, que por su origen es, como casi todas las revoluciones, un verdadero motín de hambre y de soldadesca, tiene, políticamente, sólo un objeto definido: la eliminación de los antiguos poderosos, de la corona, de la nobleza, de los instrumentos que la aristocracia feudal ha forjado en la administración y en el ejército. Los antiguos poderes, que son los responsables de la guerra y han sido los culpables de la miseria, tienen que desaparecer; eso es evidente. Lo que no es tan evidente es lo que ha de ponerse en su lugar.

Poco antes del 9 de noviembre, el antiguo régimen accede, como última y tardía concesión, a que se derribe uno de sus pilares de apoyo, a que se establezca en el Reich y en Prusia el parlamentarismo democrático; pero a eso apenas se concede ya importancia. Los grupos socialistas, que llevan la dirección, saben, aleccionados por el pensamiento marxista, que un nuevo Estado sólo puede surgir si se cambia al mismo tiempo la forma económica. En lugar del antiguo sistema capitalista feudal ha de imperar, no el capitalismo burgués, sino el socialismo. La cuestión está en si el socialismo ha de apoyarse tan sólo en la fuerza de la clase trabajadora o si se le ha de dar el fundamento democrático del sufragio universal.

La asamblea de los consejos de obreros y soldados, reunida en Berlín el 16 de diciembre de 1918, se declara Asamblea Nacional constituyente sobre la base de un derecho electoral extremadamente democrático. Los socialdemócratas creen, unos por miedo, otros por exagerada estimación propia, y todos por principio, que al socialismo sólo se puede llegar por la democracia.

La elección resulta muy distinta de lo que han esperado la mayoría de los socialistas precisamente más moderados. Una mayoría, aunque pequeña y probablemente producida solamente por la implantación del voto femenino, se había declarado por los partidos no socialistas. Se hacen algunos intentos de anular esta decisión por medio de motines en la calle, pero fracasan. La cuestión de la socialización queda, pues, zan-

jada de hecho. El socialismo se había estrellado contra la alambrada de la democracia.

Una segunda asamblea de consejos, que tiene lugar en Berlín, en abril de 1919, a la vez que se celebra en Weimar la Asamblea Nacional, trata de llevar adelante, en forma ennoblecida y aburguesada, el pensamiento político ruso: «Todo el poder a los Soviets», a los representantes del proletariado. La democracia política, se dice ahora, ha de completarse y fundirse con la democracia económica. De los consejos de los obreros y empleados, delegados de las distintas explotaciones y de todas las industrias, se ha de formar, por lo tanto, una «Cámara del Trabajo», que funcione como segunda cámara junto al parlamento reunido por elecciones generales. De acuerdo con el cambio de situación política, se quiere conceder ya completa igualdad de derechos dentro del organismo profesional a los empresarios.

De este sistema, que entronca con las ideas de Rathenau, nace luego el consejo económico del Reich, una asamblea compuesta paritariamente por patronos y obreros.

El parlamento oficial alemán de clases, basado en la Constitución, queda impotente; y por fuerza había de quedar así, puesto que ninguno de los dos grupos, ni el de los obreros ni el de los patronos, tenía gran interés político en su existencia. Los obreros, dada la composición esquemática del consejo económico del Reich, no podían realzar a las masas del proletariado, como es posible realzarlas en el Parlamento político, por lo menos teóricamente. Pero los empresarios, después de la victoria parlamentaria de los partidos burgueses, no tenían ya necesidad de establecer una base paritaria para tratar y hacer leyes con los trabajadores. El intento de establecer la relación de fuerza entre el capital y el trabajo como 1 : 1 había fracasado, lo mismo que el intento del proletariado de arrebatar la fuerza política por un golpe de audacia.

El resultado de la revolución de Noviembre

¿Qué se había logrado, pues, con la explosión de Noviembre? La revolución había triunfado en todo aquello en que se dirigía contra el antiguo régimen. Los poderes feudales quedaban radical y totalmente eliminados; la corona había desaparecido de la escena y la nobleza se veía privada de sus privilegios dentro del Estado. Es cierto que se le habían dejado sus bienes; pero se le había quitado el poderío tradicional, que hacía mucho tiempo no le correspondía ya por virtud de sus posesiones.

El dinero y la fuerza habían vuelto a equilibrarse. Los derechos singulares anticuados ya y desplazados por la evolución económica, que se venían reservando a una forma específica de capital, es decir, los derechos del capital territorial, habían sido arrojados por la borda. El capital industrial y financiero había adquirido igualdad de derechos merced a la revolución. Ya no era necesario, para hacerse valer, arrastrarse hasta conseguir un título nobiliario. Desde ahora, era tanto la fuerza cuanto era el dinero.

Nada tiene de extraño que la emancipación del capital la llevase a cabo el proletariado. Es la marcha de casi todas las revoluciones. La lucha contra la clase más alta suele decidirla la clase más baja. La revolución de Noviembre de 1918 había completado lo que sólo en pequeña parte había conseguido la revolución de Marzo de 1848: el triunfo del capital burgués sobre los poderes feudales. Este es su resultado histórico, y, si se quiere, su significación histórica.

El campo, en que el capital tiene que debatirse políticamente para consolidar su fuerza, es, desde ahora, el Parlamento. En los círculos de los empresarios y sobre todo de la industria, no se siente inclinación alguna hacia el sistema parlamentario democrático. Aunque en los países de Europa occidental y en América se ha demostrado, hace mucho tiempo, que la democracia y el capitalismo son perfectamente conciliables, en el sistema parlamentario se ve un peligro para la economía capitalista, una estufa para experimentos de socialización, o, por lo menos, un terreno abonado para la ambición y las exigencias de las masas proletarias. Por eso todos los esfuerzos antiparlamentarios encuentran apoyo financiero en la industria, como iremos exponiendo en detalle. Pero mientras el Estado democrático-parlamentario subsiste, hay que intentar atraerse el poder y aprovecharlo dentro de la forma de Estado establecida.

La Constitución democrática de la República alemana ofrece para ello abundantes ocasiones. Precisamente porque aspira a realizar en su forma más pura el principio democrático, la igualdad de derechos políticos de todos, no se preocupa mucho de los hechos económicos. El Estado ha de ser gobernado por el pueblo, con la mediación del Parlamento. De propósito se quiere ignorar cómo el pueblo está estructurado económicamente y cómo está organizado políticamente. Aunque la Asamblea Nacional, que refrenda la Constitución, se compone de fracciones muy diversas y procede de elecciones partidistas, no quiere enterarse de la existencia de partidos políticos. Esta Asamblea arranca de la ficción de que el pueblo alemán, mediante libre formación de su voluntad, envía al Parlamento a los hombres y mujeres de su confianza, y de que también los diputa-

dos toman sus acuerdos con libertad e independencia de sus electores.

Al Estado no le interesa saber cómo se realiza la formación de la voluntad del elector ni qué influencias actúan sobre el diputado. Sólo tiene que emplear sus medios coactivos, para que el acto de la votación en sí mismo se ejecute correctamente, para que el elector pueda entregar sin molestias su papeleta y para que con estas papeletas no se hagan falsificaciones.

El Estado como policía electoral

Con relación al antiguo sistema, ya esto significa un gran avance, porque el secreto de la votación preserva de inmediatas represalias al elector de escasos recursos económicos, represalias tan frecuentes en las votaciones públicas de Prusia. Es cierto que los artículos del Código garantizaban exteriormente la libertad electoral, pero el colono del Este del Elba corría el peligro de perder su pan, si no votaba como su amo le mandaba. En las ciudades pequeñas y medias, la clase poderosa ejercía violenta presión, en la forma más descarada, sobre el comerciante y el artesano. Votar sin claudicaciones significaba para todos los mediatizados económicamente jugarse la existencia.

Hasta en las elecciones para el Reichstag, que ya desde la Constitución de la Federación alemana del Norte, desde 1867, eran secretas, se procuraba en los distritos provinciales comprobar cómo habían emitido el voto los electores mediante un ingenioso apilamiento de las papeletas en las urnas, con el fin de descargar sobre los recalcitrantes una penalidad económica. Por eso no ha de considerarse como pedantería burocrática ni ordenancismo prusiano, sino como procedimiento derivado de experiencias muy enojosas, el que en el Reglamento electoral de 1924 se den las reglas más escrupulosas respecto a la altura y anchura de la urna y al número de centímetros que ha de tener la boca de la tapa.

Aun hoy se demuestra en casi todas las elecciones que todas estas medidas preventivas son necesarias, pues todavía persiste en las granjas del Este del Elba el recuerdo de los buenos tiempos antiguos y la esperanza de que actualmente se puede proceder todavía como cuando predominaba el derecho electivo de las tres clases. Así, antes de las elecciones para el Reichstag, en mayo de 1928, la dirección del partido nacionalista alemán repartió en el distrito silesiano de Nimptsch entre los propietarios de fincas una circular secreta, en la cual se daban los siguientes consejos para influir en las elecciones:

«*Es cuestión de honor para todo gran propietario procurar que sus trabajadores voten por el partido nacionalista alemán.*

No se pueden escatimar un par de marcos, porque son muy grandes los intereses que se ventilan. Esta vez se trata de la existencia misma de las explotaciones... Cuanto más importancia tenga el propietario, más presente ha de tener que su fuerza sólo descansa, dentro del nuevo derecho electoral, en que le sigan las gentes de su distrito. Hay que recurrir a repartos de dinero entre los trabajadores, pero también a la amenaza de descontar cuotas extratarifarias. El asignar a cada familia un escudo, si las elecciones resultan bien, produce maravillas. No cabe cicatería en este sentido. Las elecciones para el Reichstag no se celebran todos los años.»

Cuando se tuvo conocimiento de esta circular, el Gobierno prusiano divulgó en seguida un enérgico edicto contra el terror en las elecciones y contra la amenaza de *boycott*. Al mismo tiempo, el ministro de Justicia ordenó a los fiscales que procediesen sin demora contra tales delitos. Aunque con esto no se daba una garantía absoluta contra la compra de votos ni contra las formas groseras de influir en las elecciones, cabe decir que la libertad electoral y el secreto del voto están perfectamente asegurados en la República alemana y que los electores pueden dar expresión a sus convicciones políticas sin obstáculos y sin miedo a represalias económicas. Externamente, la democracia electoral, en cuanto es posible en lo humano, está garantizada.

Gastos oficiales para las elecciones

El Estado invierte grandes sumas para que las elecciones se hagan con pureza. He aquí un ejemplo :

ELECCIONES	GASTADO R. M.	PRESUPUESTADO R. M.
Del Reichstag, 4 Mayo 1924	1.135.417	1.600.000
Del Reichstag, 7 Diciembre 1924	1.079.419	—
Del Presidente del Reich, 29 Marzo 1925 / Del Presidente del Reich, 28 Abril 1925	3.330.667	1.500.000
Del Reichstag, 20 Mayo 1928	1.556.789	2.000.000

La mayor parte de estas sumas se invierten en la preparación de las listas electorales, en los anuncios oficiales y en el alquiler de locales para las elecciones. En cambio, las mesas, por imposición legal, han de ocuparse honoríficamente. Pero además, el Reich, lo mismo que casi todos los países confederados, hace otra aportación para las elecciones, que no es usual en el Extranjero : el Estado adquiere los 40 millones de papeletas con sus sobres correspondientes, gasto de varios cientos

de miles de marcos que de lo contrario tendrían que afrontar las organizaciones electorales privadas.

Mucho se ha criticado que el Estado suministre las papeletas, pues siempre hay el temor de que con esta subvención pueda fomentarse la fundación de nuevos partidos y la presentación de candidaturas improbables. Algunos países, como Wurttemberg, han procurado evitar la formación de tales grupos y grupitos electorales, exigiendo una fianza para el reconocimiento de las listas. Pero los tribunales públicos han declarado anticonstitucional la exigencia de fianza, y los esfuerzos del Reichstag, para coartar la formación de nuevos partidos escisionarios o cismáticos mediante disposiciones legales, se han estancado en los principios. En realidad, sería inicuo obligar a que la formación de nuevos partidos dependiese de acreditar que hay un portamonedas bien repleto. Podrá ser muy incómodo y perturbador que en todas las elecciones se encuentre el elector en la papeleta oficial con dos o tres docenas de partidos; pero todos los partidos han tenido pequeños comienzos, y hasta el partido socialdemócrata fué, en 1871, un partido escisionario con un solo diputado.

La papeleta oficial tiene por objeto hacer las elecciones todo lo uniformes y correctas posible. El Estado republicano hace cuanto haría un celoso administrador y un consumado polizonte. Pero no hace más. La propaganda electoral y con ella el afinanzamiento de las elecciones, se sustraen a toda clase de trabas legales. Las antiguas disposiciones penales sólo prohiben la compra inmediata de votos y la coacción del elector con amenazas de *boycott* económico. Por lo demás, la potencia del dinero puede actuar a mansalva en la lucha electoral. La democracia política cierra los ojos ante la desigualdad económica.

El nimbo de los partidos

Al exterior, la economía se mantiene retraída y circunspecta en las elecciones políticas. Se queda en último término. La organización de las elecciones, sobre todo la proclamación de los candidatos, está en manos de los partidos, de grandes organizaciones centralizadas y extendidas por todo el Reich, o, al menos, por grandes comarcas. La presentación de candidaturas individuales carece prácticamente de toda probabilidad de éxito. La preponderancia de los partidos es una consecuencia del sistema de las listas electorales forzosas, que, a su vez, se deriva del sistema partidista alemán.

La palabra partido, por odiosa que pueda resultar y por mucho que contra ella se declame, tiene en Alemania un acento místico. Detrás del partido, se suele decir, están las ideas.

Alemania es considerada como el país de los partidos de ideas, que se distinguen unos de otros por sus profundos principios, metafísicamente fundados. De ahí la eterna desavenencia y la aspereza de la lucha política.

Mirando las cosas más de cerca, este prejuicio se desenmascara como una bella leyenda. Ya históricamente esta concepción es insostenible. En Alemania tampoco hay partidos en sentido moderno, es decir, organizaciones coherentes con un programa político definido, sino desde que hay Parlamento. A la Asamblea Nacional de Frankfurt, celebrada en la iglesia de San Pablo, acudieron los diputados, todavía sin organizar. Los primeros nombres de las fracciones en la historia parlamentaria alemana se derivan de las casas de huéspedes donde se juntaban los diputados de iguales idearios. Las organizaciones partidistas no surgieron hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando ya existía el Parlamento. Con esto se demuestra que la organización política por ideas no es cosa que lleven los alemanes muy en la sangre. El partido es en Alemania, lo mismo que en los demás países, una organización de intereses, que está subordinada a la formación del Parlamento.

Los partidos existentes tienen mucho interés, como fácilmente se comprenderá, en conservar el nimbo que les rodea, en aparecer como los representantes de ideas inmutables. Pero en realidad casi todos los partidos son meramente los alambres por donde pasa la corriente política, pero no las estaciones centrales de donde brota. Probablemente las masas electoras se hubieran percatado de esto hace mucho tiempo, si los partidos hubieran dado cuenta públicamente de su contingente de socios y de dinero. Pero, con excepción de la socialdemocracia, todos los partidos son enemigos de la publicidad. Ninguno, exceptuando siempre al partido socialdemócrata, se atreve a declarar con exactitud su contingente, y ya esta reserva constituye de por sí un indicio seguro de que no es muy grande el contingente de la mayoría de los partidos.

El ejército militante de los miembros de partido

El ejército militante de los socios inscritos en los partidos es numéricamente muy pequeño, comparado con las reservas que se movilizan para las elecciones. Incluso el partido socialdemócrata, la mayor y mejor organización partidista de todas, sólo contaba en 31 de diciembre de 1928, después de un período de auge, con 937.381 socios, mientras que en mayo de 1928, para las elecciones del Reichstag, se emitieron a favor de la So-

cialdemocracia 9.151.059 votos. Aun en este caso, sólo estaban organizados el 10 por 100 de los electores, y en los demás partidos el porcentaje ha de ser, indudablemente, mucho menor. Desde luego, en comparación con el extranjero, sobre todo con Francia, una organización partidista de cerca de un millón de socios es una estructura imponente; pero si se tiene en cuenta que los Sindicatos Libres abarcan cinco millones, que la Alianza Alemana de Funcionarios y, según sus propios datos, la Alianza Provincial del Reich (*Reichslandbund*) comprenden más de un millón de socios, tiene que parecer muy modesto el número de miembros del partido político más grande de Alemania. Los demás partidos siguen a gran distancia a la Socialdemocracia, En conjunto, acaso no haya dos millones de alemanes, organizados en partidos políticos. Esto significa, puesto que hay más de 40 millones de inviduos con derecho al voto y más de 30 millones de electores efectivos, que apenas si pertenece a un partido político el 5 por 100 de los hombres y mujeres adultos y sólo el 6 por 100 de los que van a las elecciones.

Pero también las cifras engañan. Porque tan fácil como es ser incluído en la lista de un partido, tan difícil es también ser borrado de ella. Es un bello eufemismo decir, como se dice, por ejemplo, en los estatutos del partido popular nacionalista alemán, que todo miembro «se obliga a pagar la cuota». En realidad, en ninguno de los partidos burgueses toman sus miembros muy en serio semejantes obligaciones, y hasta las juntas directivas han transigido, hace ya mucho tiempo, con que no se pague, porque, de lo contrario, el ejército de los socios se esfumaría rápidamente.

Para recaudar, por lo menos, una parte de las cuotas vencidas, los partidos burgueses se sirven de medios muy dudosos. Así, en lugar de recaudadores honorarios o asalariados normales, se ha formado un sistema de viajantes a comisión, que, a fuerza de subir y bajar escaleras, recogen las cuotas de los socios, cobrando el 15 por 100 de la suma recaudada. Es frecuente que estos recaudadores a comisión no sean personas de mucha confianza, sino desocupados que ejercen este oficio un par de meses mientras no encuentran otro mejor. No pocas veces, las organizaciones partidistas descubren más tarde que los viajantes se reservaron más del 15 por 100.

El ejemplo de Lasalle

El único partido que ha logrado reunir un gran ejército militante y mantenerlo en activo, es la Socialdemocracia, y aun ella lo ha logrado solamente porque desde el principio

se estableció como partido proletario de clase, con el fin expreso de aprovechar la política como medio para mejorar de situación material. Con toda fidelidad ha sustentado este partido la fórmula que Fernando Lasalle le dió en su «Carta abierta de contestación». La «Carta abierta de contestación al Comité central para la convocación de un Congreso general de trabajadores alemanes en Leipzig», del 1 de marzo de 1863, puede considerarse todavía hoy como modelo para la formación de una organización de masas:

«Organizaos como una sociedad general alemana de trabajadores con el propósito de una agitación legal, pero incansable, incesante, para introducir el sufragio universal y directo en todos los países alemanes. Desde el momento en que esta sociedad agrupe aunque sólo sea a 100.000 trabajadores alemanes, será ya una potencia con la que habrá que contar. Propagad este grito por todos los talleres, por todos los pueblos, por todas las chozas. Que los trabajadores de las ciudades lleven su ilustración más alta a los trabajadores del campo. Disputad, discutid diariamente, en todas partes, incesantemente, como aquella gran agitación inglesa contra las leyes cerealistas en reuniones pacíficas públicas y privadas, la necesidad del sufragio universal general y directo. Si el eco de vuestra voz repercute muchos millones de veces, la presión que vuestra voz ejerza será irresistible. Fundad cajas, para las cuales todo miembro de la sociedad alemana del trabajo ha de pagar cuotas y para cuyo establecimiento se os pueden facilitar proyectos de organización. Junto con estas cajas, que, a pesar de la pequeñez de las cuotas, constituirían una potencia financiera formidable para los fines de la agitación—con una cuota semanal de sólo unos céntimos y contando con 100.000 socios, podría gastar la sociedad anualmente más de 160.000 escudos—, fundad también periódicos, que inculquen diariamente esta exigencia y demuestren que se han fundado con fines sociales. Difundid con los mismos medios y con el mismo fin hojas volantes. Con los recursos de esta sociedad pagad agentes que lleven estas ideas a los últimos rincones del país, que hagan resonar el mismo grito en el corazón de cada obrero, de cada aldeano, de cada bracero. Con los recursos de esta sociedad indemnizad a todos los trabajadores que, por trabajar en favor de este programa, sufran perjuicios y persecuciones. Repetid diariamente lo mismo, incansablemente lo mismo, siempre lo mismo. Cuanto más se repita esta idea, tanto más se consolidará, tanto más vigorosamente crecerá su poder.»

En este programa clásico de organización se inculca a los obreros que no podrán lograr nada sino aportando dinero para la lucha política. La masa hace la fuerza. Pero, no sólo la masa de los puños y la masa del número, sino también la

masa de las monedas ahorradas, que, apiladas unas sobre otras, contituyen una fortuna. Así lo advirtió la clase obrera alemana, y en eso descansa en gran parte el éxito de la Socialdemocracia.

La tarde de paga

Desde el principio, los socialdemócratas rodearon de una aureola idealista el pago regular de las cuotas al partido. Este pago regular se considera como elemento esencial de la honorabilidad del obrero organizado. La tarde de paga constituye desde antiguo el centro de la vida partidista. En las tardes de paga, en que el obrero se junta con sus correligionarios y oye hablar a sus jefes, se convence éste de que pertenecer al partido es cosa obligada para representar algo, y de que la cuota constituye al mismo tiempo una especie de matrícula de club, una especie de contribución para diversiones y fomento de la cultura.

Aunque, al ir creciendo el partido, no comparecen ya todos los miembros en las tardes de paga ni depositan con esta ocasión su óbolo, lo hacen luego, cuando el compañero llama a la puerta y recuerda la obligación de pagar la cuota. Aun técnicamente, el cobro de las cuotas está organizado de la mejor manera. Los puestos de cajero suelen estar ocupados honoríficamente por funcionarios políticamente interesados. El partido trabaja hace mucho tiempo, lo mismo que el Seguro social, por medio de sellos, sistema que sólo en algunos distritos electorales ha sido imitado por los partidos burgueses. El mismo sentido de orden del obrero alemán exige que la cartilla de sellos esté al corriente.

El éxito es relativamente grande. En el año 1928 se colocaron 38 millones de sellos de cuotas. Sin embargo a pesar de la severa disciplina y de la excelente organización de la caja, tampoco en la Socialdemocracia se recaudan las cuotas completamente. Pero, en conjunto, se recogen unas cuatro quintas partes de las cuotas vencidas, y las mujeres son todavía más celosas en este punto que los hombres.

Es curioso que la Socialdemocracia todavía no haya implantado en su propia organización los principios político-sociales que propugna en cuestión de política financiera. Las cuotas sociales—veinte *pfennigs* a la semana—se recaudan de una manera uniforme, sin atender a la cuantía de los ingresos. Indudablemente, si las cuotas se escalonaran en un partido, que en gran parte se compone de obreros y empleados calificados, con sueldos anuales de 4.000 a 5.000 marcos, aumentarían aún más los ingresos. A pesar de todo, el partido reunió el año 1928, sólo por cuotas, 6,8 millones de marcos.

Las empresas comerciales del partido, casi exclusivamente editoriales de periódicos y de libros, que actualmente están agrupadas, según el modelo capitalista, en la «Konzentration-AG», no aportan al partido, en conjunto, ningún rendimiento. Pero hay otra fuente de la que el partido socialdemócrata obtiene todavía ingresos normales, que actualmente no significan ya mucho en comparación con los demás ingresos, pero que representan una reserva segura para caso de necesidad. Esta fuente de ingresos la constituyen las dietas de los diputados. Los diputados socialdemócratas tienen que entregar de sus dietas—750 marcos mensuales—el 20 por 100, si residen en Berlín, y el 10 por 100, si son de fuera. Un tercio de esta cantidad se aplica para la oficina y los demás gastos de la fracción, pero los otros dos tercios pasan al fondo general del partido. De esta manera, en el año 1928, ingresaron en la caja del partido, como entrega obligatoria de los parlamentarios, 104.000 marcos de la fracción del Reichstag y 75.500 marcos de la fracción del Landtag prusiano. En los últimos años de inflación, cuando, por los jornales desproporcionadamente bajos, se redujo el contingente de miembros del partido y apenas podían pagarse las cuotas, las aportaciones de los parlamentarios fueron la columna vertebral financiera del partido. Entonces las fracciones, desde luego a costa del Estado, sostuvieron el partido socialdemócrata y salvaron la organización hasta estabilizarla.

Con más rigor todavía que la Socialdemocracia impone contribución a sus diputados el partido comunista. Los parlamentarios comunistas, siguiendo el ejemplo de la Rusia soviética, tienen que entregar sus dietas enteras a la caja del partido, y, en cambio, reciben de ella el sueldo de un secretario, o sea 450 marcos. En realidad entregan, pues, al partido el 40 por 100 de los 750 marcos que reciben de la caja del Estado.

Funcionarios a sueldo

Los gastos corrientes de los partidos, fuera de la época de elecciones, son bastante pequeños. Más que en los partidos, la vida política se concentra hoy en las asociaciones políticas, en los *clubs*, en las sociedades económico-políticas y político-culturales, y sobre todo en las organizaciones profesionales. Desde luego hay grandes diferencias locales. Allí donde existe un jefe local activo de grupo, el partido establece organizaciones regulares, que luego se afianzan también localmente. Pero en conjunto los partidos, y sobre todo los partidos burgueses, de un modo semejante a lo que ocurre en Francia, adoptan cada vez más el carácter de meras organizaciones electorales. Su misión es man-

tener el tinglado partidista desde una elección a otra y organizar la campaña electoral.

El número de funcionarios asalariados que han de cumplir esta misión no es tampoco grande. En el partido socialdemócrata, que desde luego puede contar, más que los partidos burgueses, con la actividad gratuita de sus miembros, hay unos 300 funcionarios retribuídos. Entre los nacionalistas alemanes el número de funcionarios con sueldo fijo es algo mayor, incluyendo a los funcionarios de las asociaciones políticas que se hallan en estrecho contacto con el partido nacionalista alemán y no pocas veces se relacionan con él por unión personal. En los demás partidos, el armazón permanente es todavía mucho más esquemático. El partido demócrata sostiene unos 40 funcionarios a sueldo.

Por lo demás, los gastos de los partidos en época de paz son bastante reducidos. La Socialdemocracia—partido de casi un millón de miembros—gastó el año 1928, prescindiendo de los gastos de las elecciones y de los desembolsos para la agitación y la Prensa, unos seis millones de marcos. En los partidos burgueses los gastos corrientes son todavía mucho menores. Porque es una verdadera excepción que un partido, como, por ejemplo, lo hizo el nacionalista alemán durante el escándalo Barmat, dedique 10.000 marcos para comprar documentos secretos, con el fin de comprometer así a los enemigos políticos, en este caso la Socialdemocracia.

El funcionaminto político del partido no se encarece sino en la época anterior a las elecciones, cuando empieza la movilización de los miembros organizados y de los no organizados. Los gastos más importantes proceden de los impresos que se necesitan para la agitación : volantes, carteles, proclamas electorales, anuncios en los periódicos. Estos gastos constituyen por lo menos el 50 por 100 de los gastos totales. Luego vienen los gastos para las asambleas electorales, el alquiler de salones, no pocas veces también la preparación de una guardia fuerte para defender la sala, es decir, la contrata de un grupo fuerte de gendarmes o bien núcleos políticos de jóvenes derechistas, que han de evitar la oposición turbulenta. Por último, se añaden los gastos personales de los candidatos parlamentarios, que en los partidos burgueses suelen ser sufragados por cuenta de cada candidato.

«Jarres en la bandera imperial»

Además de estos gastos inevitables, el movimiento electoral de todos los partidos impone otros desembolsos, porque la agitación se ha hecho más ingeniosa en los últimos años. En

lugar de recurrir al tradicional escanciado gratuito de cerveza que se practicaba en el Este del Elba, y que ha llegado a ser denigrado por un tribunal de justicia como compra punible de votos, se trabaja hoy con todo el confort de la técnica moderna. El plan de propaganda de los nacionalistas alemanes para las elecciones de presidente del Reich en la primavera de 1925 puede dar idea de cómo se desarrolla modernamente la lucha electoral. En un pequeño folleto, redactado por la central de Berlín, se describe el método de avance. La propaganda se dirige desde Berlín como centro, «según la distribución de fondos acordada por el Comité financiero». Un Comité especial de Prensa, formado especialmente para las elecciones, «ha de apoderarse de la mayor parte de los periódicos por medio de conferencias para la gran Prensa de Berlín y la gran Prensa de provincias, como también por medio de las oficinas de correspondencia de los partidos y organizaciones y por medio de las oficinas de correspondencia privada». Además, se trabajan desde Berlín las revistas, los almanaques y los periódicos ilustrados. Para que en Berlín se esté al corriente, los Comités de distrito han de informar a Berlín con la mayor rapidez posible sobre la actitud de la Prensa neutral y adversaria en cada provincia.

Con la propaganda de Prensa se desarrolla la propaganda por carteles. Desde Berlín se reparte un cartel especialmente llamativo, titulado «Jarres en la bandera imperial»—se trata todavía del primer turno para las elecciones de presidente, en las que Jarres era candidato por la derecha—. Simultáneamente, se recurre a una amplia propaganda por el cine. Dos sociedades cinematográficas han de preparar diversas cintas de Jarres. También se entablan negociaciones con otras Compañías. Los Comités de distrito han de organizar en cada localidad, aparte de las asambleas nacionalistas alemanas y en inteligencia con otros grupos derechistas, «vistosas veladas nacionales» con música y canto. «La protección de la sala y el reclutamiento se han de organizar en común... No debe ocurrir en modo alguno que pase inadvertida ni una calle, ni una manzana de casas». Pero el punto culminante de la propaganda, el «golpe de gracia», como se dice en el folleto, lo han de constituir las «fiestas primaverales de color negro, blanco y rojo», el último día antes de la votación. Para este fin se hacen las siguientes advertencias:

1. *Contratar en seguida todos los salones de la ciudad y de la comarca para el día antes de la votación.*

2. *Comprometer en el movimiento electoral a cuantas personas se pongan al alcance.*

3. *Organizar en todos los locales la noche antes de la votación veladas familiares, veladas alemanas, fiestas de primavera, etc. Si por alguna razón la víspera no fuese día indi-*

cado señalar una noche de la última semana para los festejos.

4. *Hacer que asistan todas las sociedades filarmónicas, gimnásticas, dramáticas, etc. Trazar un programa lo más variado posible sin matiz político. Despachar billetes con anticipación en contaduría, para que la gente acuda sin dejar a nadie en casa.*

5. *En la sala, buena decoración en negro, blanco y rojo, marchas militares, canciones populares alemanas, representaciones dramáticas adecuadas, torneos gimnásticos, cuadros vivos.*

6. *Imprimir una breve arenga y leerla aquella noche o repartirla para que cada uno se la lleve a casa. Cordialidad, buen humor, nada de política.*

7. *A las comarcas del campo, donde no sean posibles tales organizaciones, enviar oradores, que vayan en auto de pueblo en pueblo, que hablen de cinco a veinte minutos y puedan así dar al día por lo menos una docena de mítines. Anunciar el mitin tres días antes por medio de hojas impresas, y excitar la curiosidad de la población; que por curiosidad irán todos.*

8. *Desde luego, no han de faltar camiones con muchas banderas, trompetas y otros reclamos.*

Aun cuando el tono de la propaganda es distinto según el público a que se dirige, en todos los partidos se trabaja aproximadamente con los mismos medios: películas, altavoces, camiones, banderas, música y aire de fiesta. Quien se sustraiga a la retórica de las asambleas de partido, quedará interesado y prendido por los otros medios. Por desgracia, la agitación, que no recurre ya simplemente al razonamiento seco ni a la persuasión, sino que llama directamente a las puertas del alma, resulta mucho más cara que la forma antigua de propaganda mitinesca.

Concursos de premios para la propaganda electoral

A veces se ha intentado idear otros medios nuevos para atraer al hombre de la calle. Aquellos partidos que en la práctica representan con más pureza el punto de vista del señor y los intereses del patrono, son los que antes de las elecciones se esfuerzan con más celo por proclamar su sentido social. Los más solícitos en este orden son los nacionalistas alemanes. La dirección del partido nacionalista alemán llegó a organizar una vez antes de las elecciones un concurso de premios para la propaganda electoral. El resultado fué muy precario. La única iniciativa nueva que salió del concurso fué la de suprimir en lo sucesivo la propaganda de carteles y hojas volantes y gastar el dinero que así se

ahorrase en repartir golosinas por la calle. Pero esta iniciativa no llegó a ponerse en práctica.

En cambio, antes de las elecciones del Reichstag, en la primavera de 1928, se adoptó otro medio curioso de hacer prosélitos : se repartieron volantes, en los que, a la indicación de votar por los nacionalistas alemanes acompañaba una invitación para hacer uso del seguro de vida, particularmente favorable, del partido popular nacionalista. El memorable manifiesto decía así :

¡ *Votad por los nacionalistas* !

Propagad este grito y solicitad al mismo tiempo el seguro de vida del partido nacionalista alemán. Mediante insignificantes cuotas mensuales, ofrece extraordinarias ventajas. Mirad el reverso y acogeos al seguro de vida.—Deutschnationale Volkspartei, Landesverband Berlin.—Berlín W 35, Lützowstrasse 89/90.—Fernsprecher: Lützow 8946.—Postschekkonto: Berlín 36904.

Todos estos métodos requieren dinero. Los preparativos electorales de los partidos se encarecen también, porque en los últimos años se han prohibido sistemáticamente las asambleas en plazas al aire libre, debiendo, por tanto, alquilarse salas y jardines para todos los actos. En cambio, se ahorran los gastos de las papeletas, pues los sufraga el Estado.

Lo que cuesta un voto

Pero en conjunto, los gastos de las elecciones siguen una línea ascendente en todos los partidos. La Socialdemocracia, único partido que rinde cuentas públicas, da la siguiente estadística sobre sus gastos electorales en los años 1924-1928 :

1924-1925 .... (Dos elecciones del Reichstag)	Distritos	2.057.002'21 R. M.	
	Presidencia del partido	340.009'84 »	=2.397.012'05 R. M.
1925 .... (Elecciones de Presidente del Reich)	Distritos	796.544'37 »	
	Presidencia del partido	80.038'30 »	=876.582'57 »
1926 .... (Plebiscito de transacción con los Príncipes)	Distritos	1.378.985'91 »	
	Presidencia del partido	457.380'75 »	=1.836.366'66 »

1927 (Preparativos electorales)	Distritos	337.202'97 R. M.		
	Presidencia del partido	368.096'31 »	=	705.299'28 R. M.
1928 (Elecciones del Reichstag)	Distritos	1.917.364'05 »		
	Presidencia del partido	652.258'70 »	=	2.569.612'75 »
		Total	=	8.384.873'31 R. M.

En esta estadítica no se contienen todavía los gastos corrientes de agitación, que precisamente en la Socialdemocracia son muy elevados. En el año 1928 la Socialdemocracia gastó 2.275.000 marcos para la agitación. Además, hay que tener en cuenta que la Socialdemocracia puede mezclar en la lucha electoral a los periódicos e imprentas pertenecientes al partido. Los mismos socialdemócratas calculan que la propaganda electoral no debe costar más de 50 *pfennigs* por cada voto. En circunstancias favorables el voto resulta, naturalmente, más barato, pero en épocas, en que el viento político sopla del lado contrario, la propaganda resulta más cara, computada por el número efectivo de votos. En las elecciones del Reichstag de 1928, en las que la Socialdemocracia obtuvo más de nueve millones de votos y 22 actas de diputados del Reichstag, correspondieron a cada voto solamente 27 *pfennigs*, y a cada acta de diputado, 16.500 marcos, si se computan solamente los gastos inmediatos de las elecciones. Todavía más económicamente trabaja el partido del Centro, que puede contar con un contingente fijo de electores y al que, más o menos declaradamente, ayuda la Iglesia católica. Pero a los demás partidos burgueses los votos les cuestan mucho más, sobre todo a los partidos moderados, a los que les falta la fuerza atractiva del partido de masas, y que tienen que solicitar cada voto por separado. Según una encuesta de un periódico, hecha poco antes de las elecciones de mayo de 1928, resulta la siguiente situación (1):

El Centro calculaba a razón de 25 hasta 30 *pfennigs* por voto, suponiendo que obtuviese tantos votos como en las elecciones del Reichstag de diciembre de 1924. Los nacionalistas alemanes, a quienes las elecciones de diciembre de 1924, en circunstancias políticas muy favorables, les habían costado 3 3/4 millones de marcos, o sea 60 *pfennigs* por voto, calculaban los gastos para 1928 notablemente más altos, tanto que se hizo un presupuesto de cinco millones de marcos por lo menos. Los demócratas, siempre basándose en el resultado de las elecciones

(1) «Berliner Montagspost», de 21 mayo 1928.

anteriores, calculaban el voto aproximadamente a un marco; el partido popular alemán, a 1,25 marcos. De suerte que los gastos electorales de los demócratas sumaban en total unos dos millones, y los del partido popular, unos 3 3/4 millones.

Al día siguiente de las elecciones, el cuadro se presentaba de otro modo, porque no todos los gastos electorales habían producido rendimiento. Según los resultados efectivos de la votación y según la distribución de las actas, resultaba el estado siguiente:

PARTIDO	Gastos electorales RM.	Por voto RM.	Por acta RM.
Demócratas	2.100.000	1'40	84.000
Partido popular alemán	3.750.000	1'40	83.000
Nacionalistas alemanes	5.000.000	1'15	68.500
Centro	1.250.000	0'33	20.000
Socialdemócratas	2.570.000	0'27	16.500

Por término medio, los gastos electorales se evalúan, según esto, a razón de unos 40.000 marcos por acta del Reichstag en los partidos de donde han salido los gobiernos en los últimos años. Pero esta suma ha de considerarse todavía demasiado baja, porque no contiene los gastos corrientes de los partidos para la agitación, gastos que, al fin y al cabo, sólo se hacen con miras a las elecciones. Tampoco contiene los gastos electorales, muy elevados, sobre todo en los partidos de la derecha, de las asociaciones amigas, que también contribuyen. Ni contiene tampoco los gastos oficiales de las elecciones. En conjunto se puede suponer, por lo tanto, que las elecciones de los 490 diputados del Reichstag, que desde luego se combinaron con las elecciones del Landtag, costaron de 25 a 30 millones de marcos.

Las colectas

Salvo la Socialdemocracia, como se ha dicho, ningún partido se halla en situación de afrontar los gastos de una elección para el Reichstag con las cuotas corrientes de los miembros. Por lo tanto, todos los partidos tienen que pasar la bandeja antes de las elecciones y apelar al buen corazón o a la conciencia política de sus adeptos. También la Socialdemocracia lo hace, aunque con menos energía y con mediano resultado. En las elecciones del Reichstag de 1928, ingresaron 695.000 marcos procedentes de listas de suscripción, de fondos electorales y de pequeñas colectas, mientras las cajas de los distritos y de la presidencia del partido aportaron 1,8 millones de marcos. Por consiguiente, el procedimiento de las colectas especiales sólo pro-

porcionó una cuarta parte de los gastos. Hoy apenas puede contar un partido con ingresos tan importantes como los que obtenía a veces el partido Socialdemócrata antes de la guerra por donativos de socialistas ricos. Además este partido se ha hecho más cauto para aceptar semejantes donativos, sobre todo desde el escándalo Barmat, pues los 20.000 marcos, que Julio Barmat puso a disposición de la Socialdemocracia para las elecciones del Reichstag de 1924, le salieron al partido demasiado caros.

Con mayor actividad que los socialdemócratas baten los comunistas el tambor, a fin de recoger dinero para las cajas electorales. Porque es un error pensar que el partido comunista alemán está financiado exclusivamente, ni siquiera preponderantemente, desde Moscú. Son absurdos los rumores de que el Komintern, la Internacional comunista, pusiese a disposición de los comunistas alemanes cuatro millones de marcos para las elecciones de 1928. Es cierto que la central de Moscú proporciona a veces dinero para grandes campañas, pero el Komintern no se desprende fácilmente de tantos millones, porque sus medios son también limitados, y las grandes subvenciones de Moscú suelen encauzarse solamente a los puntos donde hay todavía masas radicales de trabajadores sin organizar. En comparación, por ejemplo, con el partido comunista inglés, el partido comunista alemán es fuerte y poderoso; por eso, antes de las elecciones parlamentarias, tiene que moverse sin esperar ingresos de Moscú.

Siguiendo fielmente el ejemplo de las colectas de la Rusia soviética, la dirección del partido comunista alemán procura estimular el espíritu de sacrificio de sus adeptos. A los diferentes distritos se les encarga, antes de las elecciones, que reúnan una cantidad determinada. Por medio de una propaganda pública y secreta se procura entonces que los distritos compitan por ver cuál llega primero a la meta deseada. Catorce días antes de las elecciones del 20 de mayo de 1928 la «Rote Fahne» puede ya comunicar que en Berlín se han reunido 12.547 marcos y además 6.627 marcos de la «Alianza roja de los luchadores del frente» (Frontkämpferbund). Muchos distritos han aprontado ya casi la mitad del presupuesto, como revela un gráfico; otros, en cambio, no han llegado todavía ni al 1 por 100. ¡Loor a los buenos... y oprobio a los negligentes! Como un dómine severo, pero justo, la dirección del partido reparte las calificaciones: por la comparación de los resultados recaudatorios en los diversos distritos administrativos se puede ver «que algunos distritos han acopiado ya mucha pólvora para las elecciones, mientras otros, y algunos de importancia, todavía

no han hecho los esfuerzos necesarios para llegar a la meta que se les ha señalado» (1).

Aunque en los partidos burgueses las formas de recaudar dinero son algo distintas (así, la colecta por bandeja y la cartilla de sellos se sustituyen por la exhibición de listas y por la circulares), en principio sucede lo mismo. Antes de las elecciones todos los partidos tienen que echarse a buscar dinero. Pero malos vientos soplarían para las cajas electorales y, por lo tanto, para las elecciones en los partidos burgueses, si éstos hubieran de limitarse a las colectas generales. Precisamente los partidos, que pueden contar con una numerosa clientela, ni siquiera se lanzan al intento de unificar las colectas desde la central. Más bien trabajan de un modo descentralizado, siguiendo un sistema lo más local y lo menos aparatoso posible.

En el partido popular alemán es donde se ha formado este sistema de la descentralización en una forma más consecuente. El sostenimiento de los gastos electorales corresponde aquí ante todo a los grupos locales y a los hombres de confianza, que salvaguardan los intereses del partido en los municipios pequeños. No pocas veces un miembro del partido se encarga de todos los gastos de imprenta o por lo menos de los anuncios de prensa que resultan necesarios en la lucha electoral. Cuando el grupo local no aporta el dinero necesario, entra en acción la junta directiva cantonal, a la cual pertenece ya un jefe comercial, pagado por el partido. Si aun dentro del cantón, que suele abarcar ya un distrito urbano o agrario de cierta importancia, no se encuentran los donantes indispensables, en ese caso el secretario general del distrito electoral ha de cuidarse de equilibrar el afinanzamiento entre los sectores mejor y peor dotados. Como un distrito electoral comprende por término medio diez cantones, suele lograrse el resultado apetecido. Sólo en casos especiales tiene que acudir con dinero la dirección central de Berlín, como, por ejemplo, cuando el jefe del partido Stresemann rompió el fuego a favor del partido popular alemán en el distrito adversario de Baviera.

En busca de candidatos acaudalados

Por lo regular, las cajas de los partidos burgueses se hallan tan exhaustas, que hay que lanzarse a la desesperada en busca de candidatos acaudalados que financien por su cuenta las elecciones. Los distritos electorales más seguros, y por lo

(1) «Rote Fahne», de 6 mayo 1928

tanto más baratos, y los distritos opulentos, donde se puede contar con un par de leales protectores, se reservan para los jefes y los funcionarios antiguos y beneméritos del partido, a no ser que los magnates de la organización prefieran asegurarse un buen puesto en la lista del Reich. Los advenedizos y novatos, que aspiran a un acta, han de empezar por dejar en el partido, por decirlo así, su cuota de entrada en el Parlamento, como no sea que aporten un nombre muy popular. El pago puede hacerse de dos modos : en metálico o en especies, es decir, en este caso, en votos. Un presidente de asociación que pueda acreditar que cuenta con una copiosa clientela—lo mismo si se trata de asociaciones profesionales que de sociedades mecanográficas o filarmónicas—, suele quedar exento del pago en metálico, aunque siempre se supone que los amigos de la sociedad no han de regatear a su presidente un par de miles de marcos en la hora del apuro.

Pero más gratos son para el partido los candidatos que aportan en metálico su cuota de entrada, porque éstos no sólo pueden prestar servicio a su propio distrito electoral, sino también a la dirección del partido y a los distritos electorales de menos solidez. Protectores como Carlos Federico Siemens, que en el primer Reichstag de la República ganó el acta de los demócratas en Berlín, sin haber figurado antes en política, son para un partido algo más que una conquista moral. Y cuando tales hombres se cansan de la política y de dar dinero, el partido sufre un considerable quebranto.

Como la idea de que con dinero se puede llegar a ser diputado está muy difundida, no faltan tampoco casos curiosos en que un «partido» o sus fundadores tratan de explotar tal idea y se lanzan de la manera más desaprensiva al comercio de actas. Antes de las elecciones del Reichstag de 1928 un gran periódico de Dresden publicó el siguiente anuncio :

«Carrera parlamentaria ofrece partido prestando por lo menos 5.000 marcos para propaganda electoral. Ofertas a I. 18148, Adre. Compt.»

Esta amable oferta procedía de un grupito que se llamó pomposamente «Partido del Progreso y de la Cultura». A los curiosos que contestaban al anuncio, les enviaba el fundador del partido esta halagadora comunicación :

«Le ruego que lea el programa y medite si puede tomarlo con entusiasmo. Los tiempos son favorables para un extenso partido con nuevos problemas políticos y económicos. En caso de que el programa le interese, le ruego se adhiera al Comité fundador y a la presidencia y se presente como diputado para los Parlamentos. Pero como la agitación electoral requiere gran-

des sumas de dinero, si ha de ser eficaz, los señores interesados tendrán que anticipar al partido un préstamo de 5.000 marcos. Sobre el empleo de este capital tiene usted libre disposición. En el fondo, el anticipo sirve, sobre todo, para sus propios intereses. Han acudido ya varios señores con capital y se buscan más aún, para que se presente a las elecciones un gran núcleo de candidatos y nuestra fracción resulte así desde el principio bastante nutrida, con el fin de lograr los fines del programa.»

Naturalmente, los grandes partidos políticos serios no pueden proceder de una manera tan primitiva como el «Partido del Progreso y de la Cultura», que no llegó a constituir ni una fracción ni logró siquiera un acta. La compra de actas es mucho más difícil que lo era en el antiguo régimen la compra de títulos nobiliarios. Las elecciones para el Parlamento pasan por el filtro del cuerpo electoral, y un partido que haga demasiadas concesiones a sus protectores y, al elegir los candidatos, atribuya demasiada importancia al dote, no hará sino perjudicarse a sí mismo. Aunque sería posible—y de hecho ocurre muchas veces—colocar favorablemente en las listas electorales a candidatos de particular solvencia, pero de poca atracción política, en otros sitios se notaría la escasez de votos. Todos los partidos creen que la Democracia tiene la culpa de que tengan que hacer en las listas de candidatos, como cebo para los electores, una mezcla social adecuada. El honrado artesano, el empleado medio y hasta el secretario de organizaciones obreras, no pueden faltar ni aun en los partidos marcadamente capitalistas. Tampoco se puede olvidar a la mujer de la burguesía, que aparece en segundo lugar en las listas de candidatos de casi todos los partidos, como deferencia para con las electoras.

Pero también por la otra banda se ha echado un cerrojo a la plutocratización externa del Parlamento. Porque los ricos no suelen atropellarse unos a otros para presentarse candidatos. El Parlamento, por lo menos en cuanto tiene en sus manos la legislación, se considera como cosa de importancia, pero no como cosa de buen tono. Ir en persona al Parlamento y exponerse a los ataques de los enemigos políticos y del público, casi revela poco gusto en la esfera de los grandes ricos. En los primeros tiempos, después de la revolución, hubo un par de grandes industriales, como Hugo Stinnes, que consideraron oportuno intervenir personalmente en la política, y aportando sumas proporcionadas para las elecciones, hicieron que sus partidos les llevasen al Reichstag. Aun cuando los dueños de las grandes fortunas no sacrificaban su tiempo para el Parlamento, iban, por lo menos, al Reichstag directores generales, como Alberto Vögler, de la Compañía Minera Ger-

mano-Luxemburguesa, y Kurt Sorge, de la Empresa Krupp. Pero en esto han cambiado mucho las ideas en los últimos años. Se ha comprobado que para los negocios por los que hay que velar en el Parlamento no hay necesidad de comparecer personalmente, sino que basta con enviar a un representante. Así, pues, también por parte de la economía domina en nuestro parlamentarismo el sistema representativo. Preponderan los delegados, los representantes de intereses, los testaferros.

Para las elecciones, esto significa que cada vez entran menos millonarios en el Reichstag. Hasta en los partidos más estrechamente ligados con el gran capital, probablemente ni la cuarta parte de los diputados estaría en situación de aportar de sus propios recursos cada par de años los 50.000 y 100.000 marcos que cuesta su elección. Muchas veces los diputados aportan el dinero ; pero no porque lo posean. Los gastos electorales no salen de su bolsillo.

La Economía mediatizadora

Como no está al alcance de los partidos, en la mayoría de los casos, esta forma más cómoda de financiación electoral, la adquisición de candidatos ricos, y como ni los elegidos ni los electores sufragan los gastos, la política está haciéndose cada vez más mediatizada por la Economía. Dentro de los partidos hay, ante todo, comités industriales, que establecen y mantienen la unión con los protectores. Estos comités recaudan el dinero, pero no lo entregan de una vez, sino que hacen que los demás centros del partido, necesitados de apoyo, acudan a pedirlo una y otra vez, y tiran de la cuerda lo más posible. Con esto crece naturalmente la influencia de los comités en el partido. A veces, existen también enlaces personales, que aumentan la influencia. Así, entre los demócratas, el presidente del comité industrial, el diputado Hermann Fischer, es al mismo tiempo cajero del partido.

Está muy de acuerdo con la estructura de la economía alemana que no sean los empresarios particulares en primer término los que financian la política, sino la economía organizada, las asociaciones y los grandes consorcios. A veces, ocurre que los partidos se dirigen directamente a empresas particulares para pedirles apoyo en las elecciones. Este procedimiento se siguió particularmente en las elecciones «superpartidistas» para presidente del Reich, el año 1925. Así el hijo del presidente de la Cámara de Comercio de Bielefeld envió entonces requerimientos a las 50 casas más importantes del distrito urbano y agrario de Bielefeld «para que aprontasen en el espacio de una semana los 50.000 marcos urgentemente necesarios para los trabajos». También los

candidatos parlamentarios suelen dirigirse a sus empresarios amigos, para obtener de ellos un par de miles de marcos con destino a su fondo electoral. Pero la recaudación no suele ser grande. Son ya raros los mecenas, que por interés político ideal apoyan a los partidos, y que, como lo hicieron antes de la guerra los socialdemócratas Pablo Singer y Hugo Hermann, entreguen al partido casi toda su fortuna. El afinanzamiento de las elecciones en los partidos burgueses, con excepción tal vez de los demócratas, que precisamente por eso sufren especial carestía de dinero, suele seguir el camino de las organizaciones económicas.

Los fondos electorales se recaudan en forma lo más unificada posible desde puntos centrales. En Berlín la recaudación está en manos de un comité, que dirige el director financiero del Consorcio Siemens, Max Haller. Las demás asociaciones contribuyen a prorrateo, según el número de los obreros empleados, pero también teniendo en cuenta el rendimiento económico. Muchas asociaciones son malas pagadoras o se limitan a poner su dinero a disposición de candidatos aislados, con los que tienen afinidad. La economía berlinesa suele ser poco dadivosa para fines políticos. Hasta las aportaciones de la mayor organización industrial de Berlín, de la Asociación de Metalúrgicos Berlineses, quedan muy por bajo de los 100.000 marcos. En la provincia, y sobre todo en los distritos de la industria pesada, suele haber más esplendidez, cuando se trata de las elecciones.

Pero esta manera de financiar las elecciones significa que los partidos han caído en una dependencia de sus protectores aún mayor que antes. Porque las asociaciones económicas no tienen el prurito de presumir de mecenazgo ni de entregar el dinero por amor a la causa, ni aun por orgullo. Cuando financian a los partidos políticos, presentan una contrapartida de exigencias. No regalan nada al político ; le pagan para que se gane la paga. En los primeros años después de la revolución ocurría aún que las asociaciones económicas, por resentimientos generalmente políticos y por la creencia de que con ello combatían el bolchevismo, apoyaban bastante a bulto a todos los partidos burgueses y a todos los candidatos de estos partidos. Hoy, la economía entrega de una manera más consciente y sistemática el dinero que invierte en la política. Los directores de las asociaciones, que hacen la entrega de los fondos políticos y son responsables de su distribución, suelen mirar mucho, no sólo a qué partido se destinan, sino también a qué candidatos. Y no se recatan de comunicar a los centros del partido sus deseos en sentido personal, declarando a un candidato deseable y a otro indeseable.

Los fondos electorales de la industria

El sistema de selección de candidatos es practicado y recomendado por las primeras organizaciones industriales, por la Confederación de la Industria Alemana y la Unión de las Asociaciones de Patronos Alemanes. Para no ofrecer ningún punto vulnerable ni exponerse al reproche de influir en las elecciones, pero también para no hacer gastos inútiles, estas asociaciones-cumbres de la industria han desarrollado un sistema muy bien meditado. Han fundado un *kuratorium* especial, que administra fielmente los fondos y se encarga del afinanzamiento de las elecciones. Pero con el fin de que este *kuratorium* no se desacredite, no es él quien propone los candidatos, y sólo interviene como repartidor de fondos después de presentada la lista electoral. El *kuratorium* comunica a los partidos cuáles de los candidatos presentados son gratos a la industria y cuáles no. Para los candidatos deseables ofrece entonces una subvención. Las subvenciones alcanzan a 10.000 hasta 20.000 marcos para el candidato que ha merecido la aprobación de la industria. Las cantidades se escalonan según el grado de necesidad y de aceptación. Con este fondo industrial se ayuda a candidatos de todos los grandes partidos burgueses, pero sobre todo a los del partido popular alemán, luego a los nacionalistas alemanes, y también al Centro, e incluso a algunos demócratas.

Este procedimiento fué empleado por vez primera para las elecciones del Reichstag del 7 de diciembre de 1924. Como quedó muy acreditado, volvió a emplearse en las elecciones de mayo de 1928. Es cierto que desde el campo de la gran industria se hicieron objeciones en el sentido de que al distribuir los fondos industriales se iba demasiado hacia la izquierda y se favorecía incluso a los demócratas, indeseables para la gran industria ; pero se abrió camino la tendencia más liberal, y así también en 1928 pudieron volver a sentarse a la gran mesa de la industria todos los partidos burgueses. La Confederación de la Industria Alemana y la Unión de las Asociaciones de Patronos Alemanes no conceden importancia a que vayan sólo industriales al Parlamento. También son considerados como buenos amigos incluso diputados de profesiones completamente distintas, que nunca han desarrollado actividad industrial, incluso funcionarios, que no han tenido nada que ver con la economía privada.

Las ramas particulares de la industria no ensanchan el círculo de los partidos y candidatos deseables tanto como las organizaciones cumbres. Sobre todo la industria pesada insiste mucho en que sólo merecen apoyo los partidos de la derecha.

En las elecciones obtienen apoyo los nacionalistas, el partido popular, y desde luego un par de diputados del Centro. Los demócratas no reciben dinero alguno de la gran industria. Donde la distribución de dinero está mejor organizada, es en el grupo noroeste de la Industria de Hierros y Aceros, que, bajo los auspicios del director general Fritz Springorum, del Consorcio Hoesch, tiene establecido un opulento fondo electoral para Renania y Westfalia.

La industria manufacturera aplica sus recursos financieros particularmente al partido popular alemán, con el que está ligada de la manera más íntima en muchos distritos por relaciones personales. Así, antes de las elecciones de mayo de 1928, la Asociación de la Industria Centroalemana estableció en Weimar un prorrateo para afrontar los gastos electorales, según el cual cada miembro de la Asociación había de aportar un marco por obrero. A las grandes empresas industriales les correspondieron, por lo tanto, varios miles de marcos. Pero además varias asociaciones subordinadas, como la Asociación de Patronos de Gotha, establecieron prorrateos locales. Uno de ellos llevaba el nombre de «Escote-Pimienta», con lo cual no se aludía en modo alguno a una contribución arcaica en especies, sino a un fondo especial para el candidato del partido popular, Dr. Pfeffer (Pimienta), de Gotha, que al mismo tiempo es miembro de la junta directiva de la Asociación de la Industria Centroalemana.

Aun cuando los distintos grupos industriales se especializan políticamente y prefieren un color u otro para el afinanzamiento, dentro de la industria se acentúa cada vez más la tendencia a no ligarse políticamente a un partido ni a una orientación política. En la época de la inflación, cuando la industria y sobre todo la organización-cumbre, la Confederación, se hallaba completamente bajo la soberanía de la industria pesada, cuando Hugo Stinnes era el jefe omnipotente y universalmente admirado, parecía natural que la industria se inclinase a la derecha. Así, se prestó apoyo al partido popular, y, cuando Stresemann inclinó a este partido más a la izquierda, con más intensidad todavía a los nacionalistas alemanes. La industria enviaba sus representantes a los partidos de la derecha y procuraba imponer desde allí políticamente su voluntad.

El sistema Duisberg

Entre tanto se ha realizado una importante transformación en la estructura interna, política y económica, de Alemania. Desde que la embriaguez de los «valores inmuebles» se disipó y se volvió a conceder más importancia al rendimiento que al

número de las chimeneas, la industria pesada ha perdido mucho de su influencia. En su lugar, desde la fundación del primer *trust* multimillonario, de la «I. G. Farbenindustrie», entró la Química. El mágico respeto, que antiguamente producían en público nombres como el de Krupp o el de Thyssen, pasó al *trust* de los colorantes, con sus incalculables posibilidades para el futuro. Pero también dentro de la organización industrial se advierte este cambio. Es muy significativo que el año 1925 no volviese a ser elegido como sucesor de Kurt Sorge, director de la casa Krupp, para la presidencia de la Confederación de la Industria Alemana, un representante de la industria pesada, sino el presidente del consejo de administración de la «I. G. Farbenindustrie», el consejero Duisberg.

Bajo la dirección de Duisberg se ha transformado, a ejemplo americano, el sistema que sigue la economía para influir en la política. En América las grandes empresas han desistido hace mucho tiempo de aferrarse políticamente a un sólo sector y jugárselo todo a una carta. El gran capital industrial y financiero, como explicaremos en particular más adelante, suele apoyar a los dos partidos, que se disputan la presidencia y la formación del Gobierno: los republicanos y los demócratas. Con esto se está a salvo para todas las eventualidades de las elecciones. Las favorables experiencias que la economía ha hecho en América con este sistema, animaron a Duisberg, en sus viajes de estudio, a trasplantarlo también a Alemania. Desde luego, no puede aplicarse de primera intención al complicado sistema de los partidos alemanes, pero el pensamiento fundamental es tan plausible, que pronto encontró también adeptos entre los empresarios de Alemania.

En los últimos años, Duisberg se ha esforzado sistemáticamente por llevarlo a la práctica. A fines de noviembre de 1926, fundó la «Unión Política Nacional», a la que se adhirieron algunos señores de la Confederación de la Industria Alemana y los directores de otras grandes asociaciones económicas. En la asamblea fundacional, que se celebró en el Hotel Continental de Berlín, se expusieron los propósitos de la nueva asociación en la siguiente forma:

«*Es preciso cambiar de rumbo en la manera de tratar las cuestiones económicas importantes. América nos puede enseñar lo que hay que hacer. Allí toda la política la hace un gremio de economistas. Cuando están pendientes grandes cuestiones, estos economistas se reúnen, las discuten y establecen las normas según las cuales se trabaja luego. ¿Pero cómo se ha de proceder en Alemania? Todas estas cosas se deciden en el Reichstag. Por eso podemos y debemos influir en la política de partido. Pero influir en los partidos por vía de razón, es cosa*

que ya está generalmente abandonada. Sólo por una acción sistemática se pueden vencer todas las dificultades. Para fundar una unión como esta, hay que reunir hombres de todo el Reich. Es necesario que aquí estén representados todos los Estados. Por consiguiente, la multiplicidad de Estados tiene que terminar. Mas para imponer los pensamientos y planes de la «Unión Política Nacional», hace falta dinero. En América se han aportado las sumas necesarias. Por eso todos los socios deben hacerse cargo de que tienen que aportar dinero» (1).

La «Unión Política Nacional» no llegó a tener significación política. El «intento de equilibrar intereses y criterios contrapuestos»—así se formulaba oficiosamente el fin de la asociación—no prevaleció por el camino trazado. Pero el pensamiento, que informaba aquel intento, ha echado raíces en amplios círculos de la industria. Donde el consejero Duisberg lo ha realizado hasta ahora más perfectamente es en su propio campo, en la «I. G. Farbenindustrie». En todos los grandes partidos burgueses, después de las elecciones del Reichstag de mayo de 1928, había diputados que pertenecían al mismo tiempo a los consejos de la «I. G. Farbenindustrie» o de sus compañías subordinadas. En particular pertenecían : al partido nacionalista, el Dr. Hasslacher, director general de los Talleres Siderúrgicos del Rhin, subordinados a la «I. G. Farbenindustrie» ; al partido popular, el Dr. Kalle, miembro del consejo de la «I. G. Farbenindustrie», y el profesor Dr. Moldenhauer, miembro del mismo consejo ; al Centro, el abogado Lammers, miembro del consejo de la «I.G. Farbenindustrie», y al partido demócrata, el profesor Dr. Hummel, miembro del mismo consejo.

El cuadro quedó incompleto más tarde, cuando el diputado del Centro, Lammers, que hasta entonces había sido también presidente de la encuesta económica entablada por el Reichstag, dimitió su acta y también la presidencia de la encuesta, aunque siguió siendo delegado alemán en el Consejo de Economía de la Sociedad de las Naciones. El diputado Moldenhauer, del partido popular, fué nombrado en noviembre de 1929 ministro de Economía, después de haber sido designado primeramente para este cargo Albrecht, de la industria potásica, y poco después pasó a ser ministro de Hacienda, con lo que tuvo que renunciar a sus cargos de consejero.

Como la Química, suelen también otras industrias mantener relaciones amistosas con el mayor número posible de partidos y prestarles servicios en las elecciones. Así procede la industria del papel y de la celulosa, la cual, por cierto, recobra sobradamente sus desembolsos electorales por el mayor consumo de

(1) «Der Deutsche», 4 diciembre 1926.

papel que se hace antes de las elecciones. Entre los más apreciados capitalistas de los distintos partidos burgueses, muy particularmente del partido económico, se cuenta la industria del alcohol, el capital que financia la fabricación de bebidas espirituosas y de cerveza.

Los Bancos como financiadores

Mucho peor que en la industria está organizado en los bancos el sistema político de subvenciones. También allí hay ya conatos de un procedimiento unificado y de una distribución sistemática de los fondos electorales. Así, antes de las elecciones del Reichstag de 1928, se celebraron conversaciones entre los representantes de los grandes bancos de Berlín sobre los auxilios electorales, sin que se llegase a un acuerdo acerca de la subvención. Algunos bancos, como la «Berliner Handelsgesellschaft», se mantienen alejados totalmente de la política. La «Disconto Gesellschaft» pertenecía antes de su fusión con la «Deutsche Bank» al número de sociedades financieras de la derecha, mientras que otras instituciones facilitaban dinero más bien a los partidos del Centro y de la izquierda burguesa. Generalmente, es completamente casual que un director de Banco o banquero se incline a favor de un partido o de otro. Así, en el Banco Alemán, apoya al partido popular el miembro directivo von Stauss, mientras que su colega Fehr se cuenta entre los financiadores del partido demócrata. Una cosa parecida ocurre en la casa de banca Warburg, de Hamburgo, donde el dadivoso propietario Max M. Warburg afinanza al partido popular, mientras que su socio, el Dr. Melchior, apoya a los demócratas. En las elecciones burguesas de Hamburgo la casa de banca Warburg amplía más aún el radio de las subvenciones.

El comercio participa en el afinanzamiento de las elecciones menos que los bancos, ante todo porque no está tan inflexiblemente organizado y las organizaciones centrales no son tan solventes. El gran comercio, que después de las elecciones del Reichstag de 1928 estaba representado en el Parlamento por tres miembros y más tarde por cuatro, entre ellos por Keinath, miembro de su presidencia, mantiene relaciones, en primer término, con el partido popular. Sus fondos los entrega al *kuratorium* de la Confederación de la Industria Alemana.

«¿Están libres de impuestos las películas?»

Además de las grandes asociaciones e industrias, contribuyen también cada vez más a subvencionar las elecciones otras

organizaciones económicas más pequeñas, con el fin de obtener así poderío y ventajas, o, por lo menos, hacer sentir su peso en el Parlamento. Estas asociaciones pequeñas suelen ser más desaprensivas que las grandes para pregonar las exigencias y descubrir los propósitos, que quieren imponer con su dinero. Como en política son principiantes, y a los directores de la organización les suele faltar el tacto para apreciar hasta dónde cabe aventurarse en el terreno político sin excitar el enojo público, no suelen rodear de misterio sus ideas político-comerciales.

Así la Confederación de Propietarios de Cinematógrafos anunció, en la primavera de 1928, que la industria cinematográfica estaba resuelta a recordar a los partidos y a los electores desde la pantalla en sus 4.600 teatros, durante la lucha electoral, que el público no sólo tenía derechos para con dicha industria, sino también deberes. Los deberes del pueblo alemán se compendiaban en este pareado:

«Eh du sie wählst, frag die Partei:
Werden Filme steuerfrei?»
(Pregunta al votar a tu partido:
¿Están libres de impuestos las películas?)

Más médicos al Parlamento

En la lucha electoral del Reichstag de 1928 dió un paso más la Alianza de Médicos Alemanes. Los médicos renunciaban ciertamente, por oposición a los propietarios de cinematógrafos, a conquistar a sus pacientes para determinadas exigencias económicas; pero, en cambio, la organización médica impuso a sus miembros una medida extraordinaria. Según una resolución de las organizaciones supremas, la Gran Alianza Médica de Berlín envió a sus miembros, poco antes de las elecciones, la siguiente circular:

Gross-Berliner Aerztebund. E. V.
Berlín SO 16.
Cöpenicker Strasse 88, II.
1189. L./E.

Berlín, 30 abril 1928.

Distinguido colega:

Como ya sabrá usted por el Boletín Médico, *núm. 1449 del 11 de abril de 1928, página 185, el Comité Comercial de la Alianza de Médicos Alemanes, la Presidencia ampliada y la Asesoría de la Alianza Hartmann, han acordado unánimemente imponer a sus miembros un escote de 20 marcos por individuo, con el fin de llevar esta vez a los Parlamentos a un número de médicos mayor que el que antes desgraciadamente iba, con gran*

detrimento del bien común y de la clase médica. Esta resolución ha merecido la aprobación general entre las organizaciones médicas. Por ejemplo, nuestra organización vecina, la Asociación Provincial de Brandemburgo, ha recaudado el escote de todos los colegas con solas dos excepciones. Esperamos que la organización «Gross-Berlin» no se quedará a la zaga de las demás organizaciones médicas de Alemania, y le rogamos, por lo tanto, que abone, antes del 10 de mayo de 1928, la cantidad de 20 marcos, que puede ingresar en la cuenta corriente del «Gross-Berliner Aerztebund», núm. 70.299, Oficina Postal de Berlín, NW 7. Si para esa fecha no hubiese usted ingresado esa cantidad, supondremos que está conforme con que se le descuente de sus honorarios de la Caja Médica, o se le cobre contra reembolso.

Le saludan atentamente,

Gross-Berliner Aerztebund, E. V.

I. A. Kirchberg.

Recurriendo a esta fuerte presión, la Alianza Médica y la organización médico-económica, la Alianza Hartmann, esperaban recaudar de sus 42.000 miembros más de 800.000 marcos. Cuatro miembros de la presidencia de ambas asociaciones habían de disponer de los fondos electorales, «cumpliendo sagrados deberes». Al mismo tiempo, se dirigieron a los partidos y les preguntaron si pensaban presentar médicos como miembros del Parlamento. Pero los partidos políticos eran más cautos que las organizaciones médicas. La gaceta oficial de la asociación, «Aerztliche Mitteilungen», cuyo director es Haedenkamp, antiguo diputado nacionalista del Reichstag, tuvo que hacer esta observación melancólica : «Los partidos políticos no han contestado hasta ahora si piensan presentar médicos como candidatos para las próximas elecciones del Reichstag y de las Dietas». En realidad, casi todos los partidos burgueses presentaron médicos, y los candidatos fueron apoyados financieramente, como estaba previsto, con los fondos de la clase médica. A los médicos demócratas sociales, que se presentaron candidatos para el Reichstag y el Landtag, no se les prestó auxilio, porque no estaban conformes con las exigencias político-profesionales de la organización médica suprema.

La clase media y los sindicatos

Mientras los médicos procuran sacar adelante sus intereses profesionales, introduciendo en los partidos burgueses el mayor número posible de colegas, en la clase media industrial se acentúa cada vez más la tendencia a conferir su representación

política a un partido propio de interesados. El partido económico, que persigue abiertamente el fin de salvaguardar los intereses económicos de la clase media, es financiado casi exclusivamente por las organizaciones de la citada clase. Este partido ha sabido atraerse una serie de asociaciones profesionales, que antes de las elecciones abren suscripciones entre sus miembros y entregan íntegra la recaudación al partido económico, sin considerar con qué partido político simpatizan los distintos miembros.

Las mayores y más sólidas organizaciones profesionales de Alemania, los sindicatos, se muestran retraídas en las elecciones, en comparación con las demás organizaciones económicas. Como tienen tras de sí millones de obreros, no necesitan disparar con balas de plata para infundir respeto en los partidos políticos afines. Ni organizaciones socialistas ni derechistas de obreros y empleados entregan dinero directamente a los partidos. Los sindicatos libres, desde que los comunistas criticaron duramente una vez que se hubiese apoyado en las elecciones a un candidato socialdemócrata, tienen por norma inflexible que la central no proporcione recursos para fines político-electorales. Sin embargo, dada la estrecha relación personal de los sindicatos con la Democracia Social, siempre hay sitios donde aquéllos apoyan a ésta. El partido demócrata social tiene también una fuerte salvaguardia financiera en el Instituto Bancario de los sindicatos libres, que es el banco de los obreros, empleados y funcionarios.

En mayor grado suelen utilizar los recursos de sus asociaciones para reñir la batalla electoral los jefes de otros sindicatos, cuando aspiran al Parlamento. De ahí que los obreros y empleados organizados, que solicitan un acta en los partidos burgueses, se cuenten entre los candidatos «baratos», pues no sólo llevan los votos, sino también el equipo financiero.

El poder de la Confederación agraria

La organización electoral más poderosa de todas las de Alemania es tal vez la Confederación Agraria. Tiene sobre las demás organizaciones económicas la ventaja de que se propone salvaguardar sus intereses por vía política de un modo consciente y franco. En realidad los organizadores lograron después de la guerra transformar la gran «Alianza de los agricultores» del Este del Elba en una organización en que están representados, o por lo menos creen estarlo, todos los sec-

tores de la agricultura, patronos y obreros, grandes terratenientes y pequeños labradores y hasta las demás profesiones radicadas en el campo. Por medio de una artificiosa estructura, se da por fuera la impresión de una perfecta paridad entre los distintos grupos de intereses agrícolas, entre la grande y la pequeña propiedad, entre los patronos y los obreros ; pero en el vértice de la pirámide preponderan luego en realidad los grandes terratenientes, y los braceros quedan completamente excluídos. Es cierto que la presión de los sectores labriegos dentro de la Confederación determinó en el verano de 1928 una transformación de la presidencia a favor de la propiedad media ; pero la estructura fundamental de la Confederación no ha variado por eso.

Para abrirse camino políticamente, la Confederación agraria hace acopio de grandes recursos, que luego invierte en la agitación y en las campañas electorales. Las fundaciones económicas de la Confederación, sobre todo las cooperativas, sirven también como fuentes de dinero para fines políticos, y las aportaciones son tan grandes, que en muchos sitios han acarreado la ruina de las mismas cooperativas. Como la Confederación no cuenta con el robusto apoyo que tienen las organizaciones industriales en algunos grandes protectores, se lanza a buscar créditos, cuya restitución le cuesta después muchas angustias. Es muy significativa una circular de la Federación de Prenzlau a sus miembros después de las elecciones de Presidente del Reich de 1925, para las cuales la Confederación desplegó una agitación activísima. Decía la circular :

«*Muy señores nuestros : En las elecciones para Presidente del Reich de la primavera pasada, quedaron vacías las cajas de todos los partidos comprendidos en el bloque nacional.*

Sólo merced al crédito de la Federación fué posible afrontar los gastos de la elección de Hindenburg, sin recurrir entonces directamente a los distintos miembros. Como en la época de las elecciones la penuria económica de la agricultura era cada día más clara y también más agobiadora, el presidente creyó que la mejor manera de mirar por los intereses de nuestros consocios era recurrir primeramente al crédito de la organización.

Pero este crédito tiene ahora que reponerse. Actualmente se ha empezado ya en todas partes con la trilla, y nuestra profesión experimenta con ese motivo cierto alivio en su economía pecuniaria. El momento nos parece, pues, oportuno para invocar el acuerdo de la asamblea general del 24 de abril

y rogar que se ingresen las cantidades entonces aprobadas en nuestra cuenta del «Märkische Bank» de Prenzlau o en la caja del distrito, añadiendo esta observación expresa: «Para la Federación, Fondo electoral», con el fin de evitar el asiento en la cuenta de cuotas.

Para cubrir los gastos, el presidente se ha visto obligado a fijar la tarifa en el 20 por 100.

A ustedes les corresponden según esto...... marcos.

Les rogamos, por lo tanto, nos giren lo más pronto posible la cantidad correspondiente a todo el año 1925.»

Aunque pertenecían al partido popular miembros directivos de la Confederación agraria, y hasta uno de los presidentes de la Confederación, Hepp, figuró hasta la primavera de 1928 como diputado del Reichstag en la fracción de Stresemann, la agitación y el subsidio electoral de la Federación agraria favorecieron principalmente al partido nacionalista. En varios distritos electorales, los funcionarios asalariados de la Federación desempeñaron antes de las elecciones el papel de secretarios de dicho partido. En la central de la Confederación protegía los intereses del partido nacionalista principalmente el director de la sección de organización y de prensa, el antiguo general de Estado Mayor, Kriegsheim.

Los contrapuestos intereses, que un partido como el nacionalista agrupa, produjeron antes de las elecciones del Reichstag de 1928 una escisión política de los núcleos de la Confederación agraria. Empezando por Turingia, se formó un partido popular agrario cristiano-nacionalista, al que se adhirieron el presidente de la Federación, Hepp, y el director de la Confederación, von Sybel. Con esto tenía asegurado el apoyo financiero de la Federación. El nuevo grupo obtuvo nueve actas del Reichstag. Después de la disolución del Reichstag, en julio de 1930, adquirió este grupo todavía mayor incremento. Todos los jefes de Federación se apartaron de los nacionalistas, y la Confederación agraria resolvió independizarse para la lucha parlamentaria y declararse a favor del partido popular.

El antiguo ministro de Subsistencias del Reich, Dietrich, tenía mucha razón, cuando en el curso de un debate agrario (1) declaraba, dirigiéndose a los hombres de la Confederación: «Si los campesinos sólo estuviesen adheridos a grupos especiales agrarios y no tuviesen su representación en los grandes partidos políticos, poco podría conseguir la agricultura».

(1) Sesión del Reichstag, de 26 junio 1929.

Diputados de la industria

La distribución por grupos económicos de intereses y por organizaciones profesionales, que se manifiesta en la financiación de las elecciones, persiste luego en el Parlamento. La disposición platónica de la Constitución del Reich, según la cual los diputados sólo están sometidos a su conciencia y no están ligados a ningún compromiso, no la toma muy en serio la economía, como se puede comprender. Las asociaciones y los comités económicos, de cuya benevolencia dependió previamente la fuerza de ataque de los partidos, no pueden ni quieren avenirse tan rápidamente a que los diputados, en gran parte de su propia designación, se conviertan luego de pronto, como se dice en la Constitución, en «representantes de todo el pueblo».

Recibir dinero de un solo grupo económico y servir después a todo el pueblo es algo difícil en la realidad. Los diputados podrán llevar a cabo este milagro de metamorfosis o por lo menos convencerse, como los multimillonarios norteamericanos, de que todo lo que hacen favorece a la humanidad entera; pero los que desembolsan el dinero piensan en esto con mayores reservas. Para ellos es natural, aun después de las elecciones, que los parlamentarios, a quienes prestaron apoyo, tengan que representar sus intereses particulares. Esta idea es hoy tan corriente que se habla en público de «diputados de la industria», de «diputados de la clase media», de «diputados de la Federación agraria», sin pensar siquiera en que tales denominaciones se opongan estrictamente al sistema del parlamentarismo político ni al texto de la Constitución.

Así, por ejemplo, la Unión de Asociaciones de Patronos Alemanes publica oficialmente en sus «Mitteilungen» del 31 de julio de 1928 una lista de los parlamentarios de la industria:

(V/18 389). Publicamos a continuación una lista de los diputados del Reichstag y del Landtag prusiano que se pueden considerar como afines a la industria. Son los comprendidos en el grupo A). En el grupo B) se incluyen los que pertenecen a la economía en sentido más amplio o se acercan a ella. Desde luego, no se puede trazar entre ambos grupos una línea divisoria neta, y puede ser dudoso en algún caso si un diputado pertenece al grupo A) o al grupo B). Los representantes de la agricultura no se han tenido en cuenta; en cambio, los representantes del artesanado están incluídos en el grupo B). La relación está hecha en lo esencial por partidos.»

Entre los diputados de la industria pertenecen al:

PARTIDO	REICHSTAG		LANDTAG PRUSIANO	
	Grupo A)	Grupo B	Grupo A)	Grupo B)
Nacionalista alemán	9	9	3	7
Popular alemán	15	8	4	7
Centro	3	6	4	8
Demócrata	8	3	1	8
Popular bávaro	1	1	—	—
Económico	1	12	1	10
	37	39	13	40

Según esta relación, de la asociación más alta de patronos, pertenecen a la industria 76 de los 490 diputados del Reichstag, o sea el 16 por 100, y 53 de los 449 diputados del Landtag prusiano, o sea el 11 por 100. Los partidos donde hay más diputados afines a la industria son el partido popular alemán y el demócrata. A gran distancia sigue, en relación con su amplitud, el partido nacionalista alemán. Desde luego, la lista contiene para el profano inclusiones muy sorprendentes. Así, por ejemplo, entre los diputados particularmente afines a la industria se cuenta, del partido del Centro, al maestro albañil Bielefeld, presidente de la Cámara de Artesanos de Münster; del partido demócrata, al ministro del Reich, Dietrich, que antes fué alto-burgomaestre, y del partido económico, al profesor de Derecho eclesiástico y ministro de Justicia, Bredt. En realidad, los diputados no protestaron nunca contra esta lista, que se publicó inmediatamente después de la lucha electoral.

La actividad política de estos diputados de la industria no satisfizo evidentemente a las influyentes asociaciones que habían desembolsado el dinero. Sobre todo la industria pesada estaba muy descontenta, y en abril de 1930, en la asamblea del «Langnam-Verein»—Asociación para la salvaguardia de los intereses económicos comunes en Renania y Westfalia—, en la que predomina la industria del hierro y del acero, se formularon amargas quejas en el sentido de que la clase patronal estaba insuficientemente representada en el Parlamento con relación a otras clases, sobre todo a los obreros. Los «representantes de la economía», es decir de la industria, habían de establecer enlaces «transversales» entre los distintos partidos políticos, lo mismo que los demás grupos de interesados, y habían de cuidar de que para los grandes problemas formasen un solo frente todos los parlamentarios de la industria. Las sociedades principales de la economía habían de redoblar su actividad política, para ejercer mayor influencia en la formación política de las voluntades. El director del «Langnam-Verein», doctor

Schlenker, insinuó que para este fin las grandes empresas sostuviesen, al lado de los directores comerciales y técnicos, otros directores políticos especiales, cuya misión fuese salvaguardar los intereses de la industria en la lucha política.

Lo mismo que los patronos de la industria, señalan también muchas organizaciones obreras «sus» diputados en los Parlamentos. Así, la Asociación Nacional Alemana de Dependientes de Comercio, en la exposición Gesolei de Düsseldorf, de 1926, publicó un cuadro estadístico titulado: «La Asociación Nacional Alemana de Dependientes de Comercio en todas las corporaciones». Según este cuadro, la asociación tenía en el Reichstag 8 miembros; en las Dietas, 22; en las corporaciones comunales, 455, y... en las organizaciones de la Iglesia, 56.

Diputados de la Confederación agraria

Todavía con más desenfado habla la Confederación agraria de «sus» representantes en los Parlamentos políticos. Semana por semana anota el órgano de la Asociación, «Reichs-Landbund», las mociones que los «diputados de la Confederación» han presentado en el Reichstag y en el Landtag prusiano. Estas campañas se tramitan todas en la más estrecha connivencia con la dirección de la Confederación. Esta sostiene una sección especial parlamentaria, sobre cuya actividad se dice en un informe anual de la presidencia (1):

Enlace con los Parlamentos.—La diaria comunicación, durante las sesiones del Reichstag y de las Dietas, con los diputados de la Confederación, ha permitido establecer una íntima colaboración entre la Confederación agraria y los Parlamentos. Por medio de la sección parlamentaria se transmitieron directamente a los diputados afines del Reichstag y del Landtag innumerables peticiones... No se trata aquí solamente de peticiones o asuntos de la Confederación agraria; la sección parlamentaria ha transmitido también gran número de peticiones de las federaciones provinciales bajo el amparo de la Confederación.

Dirigidas por el señor presidente, se celebraron varias reuniones con los diputados para tratar de las cuestiones económicas más apremiantes de la agricultura, de los peligros extraordinarios de la actual situación político-comercial, de las cargas político-sociales de la agricultura y de los pro-

(1) «Reichs-Landbund. Agrarpolitische Wochenschrift», 24 Oct. 1925.

yectos aduaneros, en inteligencia al mismo tiempo con las representaciones de consumidores y particularmente con las de madres de familia de las ciudades.

La unión diaria con los diputados fué particularmente activa durante el año 1925.

Claro es que no hay que tomar demasiado a la letra estos informes, que al mismo tiempo sirven como reclamo de la organización. Pero concedamos de barato que las organizaciones económicas exageran algo su influencia sobre los Parlamentos y sus buenas relaciones con los distintos diputados para justificar los gastos sociales y presentarse ante los socios como singularmente beneméritas. Siempre estos informes, sobre todo los de la Confederación, demostrarán hasta qué punto las organizaciones extraparlamentarias intervienen en la vida del Parlamento y por qué conductos entran a mangonear en el Parlamento las representaciones de intereses económicos. Los «diputados de la Confederación», una vez sentados en el Parlamento, podrán tener mayor autoridad frente a la Asociación y, en casos particulares, hasta desentenderse de las exigencias que se les impongan. Pero no pueden perder de vista que en la lucha electoral siguiente estarán materialmente abandonados a la misma representación de intereses. También en la lucha electoral siguiente estarán materialmente supeditados a la Confederación agraria el que sean elegidos. Esas son las cadenas que el dinero pone al político.

Parlamentarios, consejeros de empresas

El enlace más visible del Parlamento con los distintos grupos de intereses económicos lo constituye el hecho de que haya diputados que ejerzan simultáneamente el cargo de consejeros de empresas. Según la Constitución, el diputado es representante de todo el pueblo y no está ligado a ningún compromiso. La colisión de intereses que puede resultar por el doble mandato de un parlamentario, que al mismo tiempo sea miembro del Consejo de una sociedad anónima o de una sociedad de responsabilidad limitada, ha dado por resultado en varias naciones el que se prohiba a los diputados legalmente el ejercicio de los cargos de consejero. Así, en Austria, en Checoeslovaquia y en Polonia, se ha prohibido a los diputados aceptar estos cargos o únicamente se les permite ejercerlos en determinadas condiciones. También en Francia se ha votado una

ley en este sentido, después de largas luchas en el Parlamento.

En Alemania no hay ninguna disposición legislativa en este sentido. Es cierto que también aquí se considera como vicioso y muchas veces se critica el que los parlamentarios desempeñen cargos de consejeros. Cuando, al quebrar alguna empresa económica, llega a saberse que algún diputado pertenecía a su Consejo, se produce siempre un escándalo político mayor o menor. Así sucedía ya cuando las quiebras de los fundadores por los años del 70 y cuando los negocios coloniales de la última época imperial. El caso volvió a repetirse después de la guerra, con motivo del escándalo Barmat. El inocente elector experimentaba siempre profunda sensación y un ligero escalofrío, cuando sabía que algún diputado ejercía además puestos productivos de consejero.

A veces, el enojo encontraba resonancia en el mismo Reichstag, y los partidos radicales presentaban la moción de prohibir a los miembros del Parlamento el ejercicio de cargos de consejero en sociedades privadas. En el verano de 1927 se hizo un ligero ensayo en este sentido por el lado socialdemócrata. Los socialdemócratas querían remediar el mal, no con prohibiciones, sino por medio de la publicidad. Todos los miembros del Reichstag debían obligarse a comunicar al presidente del mismo si ocupaban puestos de consejeros y dónde. El presidente del Reichstag debía dar a conocer cada medio año una lista de los parlamentarios consejeros. Así se quería retraer un poco a los parlamentarios demasiado aficionados a los negocios o, por lo menos, ilustrar al cuerpo electoral. Sobre esta moción nunca llegó a decidirse nada. También fuera del Parlamento volvió a repetirse el ensayo de arrebatar a los diputados los cargos de consejero. Con particular insistencia trabajó en este sentido la Orden de la Juventud Alemana. Pero todos estos conatos no han tenido hasta ahora resultado alguno. Los parlamentarios alemanes pueden aceptar y ejercer cargos de consejero con toda amplitud y sin ninguna cortapisa.

Los diputados del Reichstag y del Landtag hacen espléndido uso de este derecho. En el período legislativo de 1924 a 1928 había en el Reichstag 65 diputados que ocupaban, en total, 269 puestos de consejero. Con las elecciones de mayo de 1928, el nivel de los consejeros se elevó todavía algo. Entonces había 68 diputados con 275 puestos de consejero. Pero aun esta cuenta no aspira a ser completa, pues sólo abarca los puestos de consejero que se contienen en el «Manual de los Directores y Consejeros». En particular, los parlamentarios consejeros se distribuyen por partidos en la siguiente forma :

PARTIDOS	Número de diputados	De ellos consejeros	Puestos de consejeros
Partido popular alemán	45	16	77
Centro	61	15	41
Demócratas	25	11	87
Nacionalistas alemanes	78	11	43
Socialdemócratas	152	7	11
Partido económico	23	3	8
Partido popular bávaro	17	3	4
Campesinos nacionalistas cristianos	9	1	3
Hannoveranos-alemanes	4	1	1
Comunistas	54	—	—
Socialnacionalistas	12	—	—
Partido campesino alemán	8	—	—
Partido derechista popular	2	—	—
	490	68	275

En relación con el número de actas de diputado, ocupan, pues, en la estadística de consejeros el primer lugar, con mucho, los demócratas. La cifra *record* de los demócratas procede, desde luego, principalmente de que el diputado demócrata Hermann Fischer, que particularmente ejerce la profesión de abogado y pertenece a la Disconto-Gesellschaft, ocupa él solo 49 puestos de consejero. Después viene, entre los demócratas, el antiguo ministro de Hacienda del Reich, Reinhold, con 12 puestos. En el partido popular, el diputado von Raumer marcha a la cabeza, con 19 puestos de consejero. En el Centro prevalecía, con 19 puestos el abogado Lammers, hasta que dimitió su acta de diputado en la primavera de 1929 (desde entonces ha disminuído, por lo tanto, en esa cifra el número de consejeros señalado al Centro en la tabla adjunta), y luego viene el diputado Florián Klöckner con 10 puestos. Entre los nacionalistas alemanes se halla en primer lugar Hugenberg con 11 puestos de consejero.

Las cifras absolutas no dicen mucho, sin embargo, sobre la verdadera esfera de influencia. Indudablemente, el director de un consorcio tan amplio como el presidido por el consejero secreto Hugenberg podría duplicar sin esfuerzo sus cargos de consejero. Además, una parte, desde luego pequeña, de los puestos de consejero se refiere a empresas públicas, que tienen la forma de sociedad por acciones o de una sociedad con responsabilidad limitada. Los diputados socialdemócratas, desde las penosas experiencias del escándalo Barmat, no ocupan ya puestos de consejero en compañías industriales privadas. Los 11 puestos de consejero, que se reparten entre siete diputados socialdemócratas, se refieren todos a empresas públicas, a organizaciones de partido o de sindicato.

La industria en el partido popular alemán

Para darse cuenta de los enlaces económicos y de las obligaciones de los parlamentarios, hay que considerar en particular su radio de acción. Así se descubre que las potencias industriales más firmes se hallan en el partido popular alemán. A este partido pertenecen Albrecht, de la industria potásica, Kalle, de la industria química, y el director de sociedades de la industria eléctrica, von Raumer. Con la industria pesada se establece el enlace por medio del director de Minas Hueck, de los Talleres Unidos de Siderurgia, y por medio del antiguo ministro de Economía del Reich, Johann Becker.

Desde las elecciones de 1928 la fracción del Reichstag del partido popular alemán cuenta también entre los suyos al director general Köngeter, del Consorcio Stumm. Esta unión personal es de particular interés, porque el más íntimo colaborador del presidente del partido, Dr. Stresemann, y secretario de Estado en la Oficina de Asuntos Exteriores, von Schubert, pertenece a la familia Stumm, y seguramente también es uno de los principales accionistas del Consorcio Stumm. El padre del secretario de Estado, el teniente general von Schubert, se halla todavía al frente de la Sociedad Editorial Alemana, a la que, en cuanto a la forma, pertenecía hace mucho tiempo el «Berliner Lokal-Anzeiger», y el abuelo del secretario de Estado, von Schubert, era el famoso «Rey Stumm», que en las décadas anteriores a la guerra figuraba como diputado conservador libre entre los hombres de temple más enérgico y entre los más acerbos enemigos de la Socialdemocracia. Con esta transformación política de la casa Stumm corre parejas el desplazamiento del Consorcio Stumm, que tiende a dejar de ser una empresa industrial de armamentos pesados para convertirse en una industria manufacturera.

La industria pesada, que en los primeros años antes de la guerra tenía un fuerte punto de apoyo en el partido popular alemán, merced a los diputados del Reichstag Hugo Stinnes, a su director general, Vögler, y a Kurt Sorge, del Consorcio Krupp, tiene ahora principalmente sus representantes en las filas de los nacionalistas alemanes. Allí se encuentra al director de asociaciones de la industria del hierro y del acero, Reichert, al director general Hasslacher, de los Talleres de Siderurgia del Rhin—que por cierto entroncan, en cuanto a capital, con la «I. G. Farbenindustrie»—, a los directores de Minas Rademacher y Leopold y, no en último lugar, al presidente de partido Hugenberg, que por cierto dimitió hace algunos años la presidencia de la Asociación Minera, pero todavía

ocupa un puesto en el consejo de la sociedad minera Gelsenkirchen y mantiene estrechas relaciones personales con la industria pesada.

Entre los hombres que pertenecen por su casa a determinados grupos económicos y generalmente han llegado al Parlamento con el apoyo financiero de estos grupos, el cargo de consejero no es la consecuencia, sino más bien la causa de su acta de diputado. Estos hombres llegan al Parlamento como financieros, con los atributos de la gran finanza, muchas veces sin ser precisamente políticos apasionados. En la política protegen los intereses económicos que les afectan, pero se abstienen de ensanchar más el círculo de sus intereses ni de aumentar los puestos de consejero sólo por cobrar los dividendos. Para las relaciones económicas no significaría nada el que a estos diputados se les prohibiese legalmente el ejercicio de cargos de consejero. Seguirían siendo representantes de intereses, a pesar de todo.

Diputados decorativos

Pero hay también parlamentarios que probablemente nunca hubieran llegado a un Consejo de Administración si no hubieran sido diputados ni hubieran proporcionado a su sociedad buenos enlaces políticos. Las sociedades que se pueden permitir este lujo, y que no están juramentadas a favor de una tendencia partidista por razones particulares, suelen buscar al mismo tiempo hombres de enlace en los distintos partidos. Para esto proceden como lo hace en grande la «I. G. Ferbenindustrie». Quien tiene amigos en todas partes es invulnerable contra las eventualidades de la coyuntura política, o por lo menos se figura serlo.

A diferencia del *trust* de colorantes, las empresas más pequeñas, que imitan la fórmula, proceden de una manera mucho más descarada. Los encargos que confían a los consejeros políticos pesan más en su presupuesto, y por eso quieren sacar también un rendimiento visible. Llegada la ocasión, juegan con los triunfos que tienen en la mano y adornan sus prospectos con los nombres de los parlamentarios consejeros o utilizan de otro modo a sus amigos en el Reichstag y en el Landtag como bandera. Los diputados suelen quedar entonces muy sorprendidos y se quejan del abuso que se hace de su buen nombre. Pero, en realidad, no hay motivo para la sorpresa ni para el lamento. Quien acepta una letra, ya sabe que tiene que pagarla.

Un ejemplo de esta clase de enlaces político-comerciales nos lo dió en Berlín, hace algún tiempo, el Banco Internacional de Comercio. Al frente de este banco se halla el cónsul Salo-

món Marx, que en los primeros tiempos después de la revolución organizó un «Consejo Nacional Burgués» para combatir el socialismo. En el otoño de 1928, el banco repartió invitaciones, para que los patronos abriesen a sus obreros como regalo de Navidades, en el banco, una curiosa «cartilla social de ahorros», la cual habría de contribuir extraordinariamente a la paz social entre patronos y obreros y les proporcionaría otras muchas ventajas. Como prueba de la bondad de su ofrecimiento y de su solidez, invocaba el banco que en su consejo de administración se contaban algunos políticos conocidos, entre ellos algunos miembros de la fracción democrática y de la popular del Reichstag.

Las sociedades de seguros Hovad, que están íntimamente ligadas con las sociedades de propietarios de casas, se escudan en sus diputados de otro modo. En el invierno de 1928, el Consorcio Hovad repartió la siguiente invitación :

Berlín W. 50, 1 diciembre 1928.
Nürnberger Platz, 1.

Tenemos el deseo de presentar a una serie de personalidades directivas de la clase media las organizaciones y los fines de nuestras sociedades, y preparamos con este fin para el día 12 de diciembre de 1928, a las siete de la tarde, una reunión, con su correspondiente «cervezada» (Bierabend), *en nuestro domicilio social, Hochhaus am Knie, Charlottenburg, Hardenbergstrasse, números 42 y 43.*

Los diputados de la clase media por el Reichstag y el Landtag de nuestro Consejo de Administración, pertenecientes a los más diversos partidos burgueses, ruegan al señor ... que asista a esta reunión.

Por el Consejo de Administración y la presidencia de las sociedades Hovad,

HERMANN HILLGER, *M. d. L., Presidente.* — DR. BEYER. *Direktor general.*

De los diputados de la clase media que tan amablemente han aceptado la propaganda de un consorcio particular de seguros, pertenecen : Hermann Hillger y Johannes Janssen, a la fracción nacionalista del Landtag prusiano, el diputado del Reichstag Reythien, al partido popular alemán ; el diputado del Reichstag Jörissen, y el diputado del Landtag prusiano Ladendorff, al partido económico, y a éstos se añaden todavía un diputado del Landtag de Baden y otro diputado del Landtag de Brunswick. Con este rico ornato parlamentario, el Consorcio Hovad constituye tal vez un caso único entre las sociedades alemanas por acciones en cuanto al número de diputados.

Peritos cerilleros

Mientras los directores de las organizaciones económicas suelen defender en el Parlamento, harto cándidamente, los intereses del grupo económico al que particularmente están ligados, los miembros de consejo, que al mismo tiempo se sientan en los Parlamentos, suelen practicar cierto retraimiento. Es cierto que no pocas veces intervienen industriales en el Reichstag para lograr la subvención de determinadas industrias o de determinados sectores, de los cuales obtienen luego ventajas directa o indirectamente. Los más prudentes suelen preferir, sin embargo, echar por delante a sus colegas de fracción, y sólo se lanzan a manifestar sus deseos en círculos más reducidos, por ejemplo en la Comisión. El mal no puede evitarse del todo, porque en el Reichstag y en las Dietas, tan pronto como se trata de cuestiones especiales, los interesados y los expertos suelen ser las mismas personas. Desde luego, ningún diputado puede juzgar sobre cuestiones de minas de carbón con más competencia que el director de Minas, y nadie está tan familiarizado con el trabajo en las tahonas como el maestro panadero, que por casualidad se sienta en el Parlamento. Esto se sabe y se consiente..., aun cuando por los informes parlamentarios usuales el público no puede darse cuenta de que en cada caso habla un interesado experto o un experto interesado.

Algo varían las circunstancias, cuando alguno de los parlamentarios consejeros, que, gracias a su posición política, han penetrado en alguna sociedad ajena a su círculo de intereses, defiende en el Parlamento con demasiada franqueza a esta sociedad o bien al ramo correspondiente. El Reichstag, sobre todo, ha llegado a ser hasta tal punto una asamblea de interesados en la economía, casi puede decirse un Parlamento de especialidades, que, por lo menos en todas las cuestiones económicas, el zapatero tiene que dedicarse a sus zapatos. Sobre las cuestiones agrícolas ha de manifestar su parecer el agricultor organizado, y sobre los cuestiones obreras, el secretario de sindicato. Desde luego, se deja también tomar la palabra, como compensación, al consumidor organizado, al jefe de cooperativas o al representante de la organización patronal; pero siempre se concede poco valor a estas disquisiciones dialécticas de los distintos grupos de interesados.

Dada esta rigurosa distribución por especialidades, sorprendió en el Reichstag que en la primavera de 1927, al entablarse un debate sobre el monopolio de la industria de cerillas, interviniese tan celosamente en las deliberaciones, por los nacionalistas alemanes, un obrero agrícola, el diputado Behrens. El diputado socialdemócrata Heinig siguió la pista a tan extraño proceder y pudo comprobar que el jefe nacionalista alemán

agrario pertenecía además al Consejo del *trust* internacional de Suecia, al que había de garantizarse por la ley de Fósforos el monopolio en Alemania, y al Consejo del Banco Hipotecario Prusiano, entroncado con el *trust* sueco.

Como exige el espíritu de cuerpo, los camaradas nacionalistas alemanes se parapetaron delante de los diputados obreristas, seriamente comprometidos, y abogaron por que Behrens siguiera siendo ponente de la ley de Fósforos. También el ministro de Economía del Reich, Curtius, perteneciente al partido popular, que a la sazón formaba parte del Gobierno con los nacionalistas alemanes, expresó a los desenmascarados amigos de la coalición que el diputado Behrens, «a pesar de sus especiales relaciones personales», había desempeñado objetivamente en todos sentidos su ponencia sobre la ley del monopolio de cerillas. Sólo los demócratas y los partidos socialistas opinaban que un interesado no podía colaborar dentro del Parlamento en una ley que afectaba especialmente a una empresa allegada a él.

Un diputado nacionalista hizo con este motivo la proposición algo irónica de que los diputados debían comunicar al presidente del Reichstag sus puestos de consejero y de que el Consejo de decanos del Reichstag pudiese entonces decidir en cada caso si el respectivo diputado podía intervenir o no en este o el otro trabajo legislativo. «Pero entonces tendríamos que prescindir muchas veces de gran número de dignísimos miembros del Reichstag.» Así terminó el debate sobre el asunto Behrens, y las aguas siguieron corriendo por el mismo cauce.

El representante ideal del pueblo

La crítica sobre la actividad de los diputados como consejeros y la desconfianza del público frente a este maridaje del negocio con la política no procede propiamente de que se tema una perniciosa influencia en la política por la acumulación del cargo de consejero al mandato cerca del Reichstag o del Landtag. Desde luego, cuando se divulgan casos especialmente burdos, surge fácilmente la palabra «corrupción» ; pero, en general, se alza bastante el brazo. Ya se supone que la política no es otra cosa que la lucha y la transacción de distintos grupos de intereses. Por eso no produce asombro que en el Reichstag los representantes de intereses se combatan con tanta violencia y tanta franqueza como particularmente en sus organizaciones económicas.

Mucho mayor que el miedo de que el diputado pueda dejarse sobornar, con perjuicio de sus electores, es el temor de que el diputado pueda enriquecerse personalmente y ganar demasiado

como parlamentario y político. Aunque el elector alemán ve en el diputado con más vehemencia que los electores de otros países al representante y protector de sus intereses económicos, se ha formado, sin embargo, una idea catónicamente severa, casi romántica, de la personalidad del diputado. Todo el mundo comprende que se pague decorosamente al representante de sus intereses, al funcionario del sindicato o al síndico de la asociación. Pero el caso es muy distinto, cuando se trata del representante de los intereses en el Parlamento. En rigor el diputado debiera vivir del aire y del amor a la patria, en general, y al grupo de intereses que le elige, en particular. La preocupación de que los diputados puedan llevar una vida exuberante y perezosa y de que gentes astutas puedan hacerse elegir para el Parlamento con el solo fin de regodearse allí, está difundida de un modo sorprendente.

Esta idea se corrobora, porque el público, al dirigir una mirada al Reichstag, sólo ve el lado externo del Parlamento, el salón de sesiones, generalmente poco frecuentado, el despreocupado vagabundeo y las abandonadas conversaciones de los diputados, y porque dondequiera que hay una butaca de club, se sorprende echando la siesta en ella a un digno miembro del Reichstag. Del verdadero e intenso trabajo del Parlamento que se lleva a cabo en las comisiones, el visitante del Reichstag no ve nada, y, aun cuando lo viera, probablemente quedaría también defraudado. Porque el elector medio exige de «su» diputado, además de otras cosas, el que tenga también ademanes y prestancia de tenor de opereta...; lo único que no le concede es que cobre los gajes del tenor. En su distrito electoral el diputado ha de comportarse como hombre del pueblo. Pero al llegar al Parlamento el cuadro cambia y tiene que trocarse en la figura ideal del elector, y uno de los requisitos de la figura ideal es que no cueste dinero.

Las dietas de los diputados

Esta idea que el elector tiene de su diputado es la causa de que la cuestión de las dietas deje siempre un regusto desagradable. No importa que desdiga del prestigio del Parlamento el que el diputado, poco antes de que termine la sesión, acuda presuroso a inscribirse en las listas de presentes para no perder su jornal diario de 25 marcos. En realidad, una administración hábil puede utilizar las dietas como aliciente para conseguir resoluciones rápidas y para sostener reunido al Parlamento, aun con el calor del verano, hasta las vacaciones, pues en las votaciones nominales la ausencia se paga con la pérdida del jornal.

Antes de la guerra, el Gobierno propendía ya a servirse del torno de las dietas para regular la actividad del Parlamento a su discreción. Cuando el año 1906, siendo canciller von Bülow, se introdujeron las dietas en el Reichstag, porque en el Parlamento no se reunía casi nunca el *quorum* y, aun tratándose de votaciones muy importantes, sólo acudían al pleno 70 u 80 diputados, las dietas eran de 3.000 marcos al año. Pero esta indemnización, nada principesca, que aun entonces sólo se equiparaba al sueldo de un joven funcionario subalterno, se pagaba además de una manera muy curiosa. En diciembre recibían los diputados 200 marcos; en enero, 300; en febrero, 400; en marzo, 500, y en abril, 600. Los últimos 1.000 marcos se reservaban para la terminación de las sesiones. Con este artificio procuraba el Gobierno estimular al Parlamento para acabar sus tareas lo más pronto posible y acelerar las vacaciones, con el fin de que la burocracia pudiese desentenderse, por lo menos durante medio año, del enojoso y odiado Parlamento. Hasta los últimos meses de la Alemania imperial, en el verano de 1918, teniendo en cuenta el creciente encarecimiento de la vida, no se elevaron las dietas del Reichstag de 3.000 a 5.000 marcos al año.

La introducción de las dietas, que había sido concedida por el Gobierno con mucha resistencia para lograr una asistencia más asidua a las sesiones del Reichstag, se consideró ya como un gran triunfo de la democracia. Durante muchos decenios, todos los esfuezos del Parlamento por introducir las dietas habían tropezado con la resistencia de Bismarck. Ya al discutirse la Constitución de la Confederación nortealemana, hubo enconadas luchas por la cuestión de las dietas, en las cuales Bismarck, de acuerdo con los representantes de los demás Estados confederados, se pronunció de la manera más enérgica por la inexistencia de las dietas de los diputados (1), hasta que, por último, se incluyó en la Constitución el «artículo de la gratuidad»: «Los miembros del Reichstag no pueden cobrar como tales ningún sueldo ni indemnización.» Otras cuarenta proposiciones de retoque del proyecto de Constitución fueron aceptadas por Bismarck. Pero las dietas del Reichstag constituyeron para él una cuestión de gabinete. Incluso llegó a manifestar al jefe nacionalista liberal Bennigsen que no permanecería ni una hora más en el ministerio, si el rey le ordenase conceder dietas a los diputados. La gratuidad había de servir como dique contra el «parlamentarismo profesional», pero también como compensación contra la democratización del Parlamento sobre la base del derecho electivo universal, pues había de pro-

(1) Richard August, Bismarcks Stellung zum parlamentarischen Wahlrecht, Leipzig 1927, pág. 149 y sigs.

porcionar a las clases propietarias mayor influencia en el Parlamento que a las desheredadas.

La única concesión que Bismarck hizo al Reichstag fué la de los pases gratuitos en todos los ferrocarriles alemanes durante los períodos de sesiones, desde ocho días antes hasta ocho días después, aunque era una época en que los ferrocarriles todavía no estaban incautados por el Estado. Pero esta misma concesión fué retirada en parte, cuando los diputados empezaron a utilizar los billetes de libre circulación para fines de propaganda. Desde 1884 sólo tenían pase los miembros forasteros del Reichstag entre Berlín y su residencia. Y aun este beneficio sólo se concedió, porque, a causa de los grandes gastos que pesaban sobre los forasteros, crecía cada vez más el número de diputados residentes en Berlín, y Bismarck tenía mucho empeño en que «el Reichstag no se berlinizase».

Las dietas particulares de la socialdemocracia

Pero el rigor de Bismarck en la cuestión de las dietas llegó aún más lejos. No sólo impidió que los diputados recibiesen del Estado indemnización por sus trabajos parlamentarios, sino que consideraba ilícita la aceptación de «dietas particulares», es decir el apoyo normal, de cualquier origen que fuese, a los diputados sin recursos. Ya siendo canciller, había sostenido la opinión de que «el diputado que cobra dietas de cualquier fuente, si esto se comprueba de un modo oficial, pierde *ipso jure*, según la Constitución, la calidad de diputado».

Pocos meses antes de la muerte de Bismarck se llegó en el Reichstag a un violento choque sobre el mismo problema. Bebel y Singer, los dos jefes socialdemócratas, habían confesado paladinamente que los diputados socialistas estaban remitidos al apoyo de su partido. Pablo Singer, el antiguo millonario, que había entregado toda su fortuna al partido, añadió además que sus amigos tenían que aceptar dietas, puesto que no podían tomar parte en fundaciones de sociedades. El gran industrial barón de Stumm increpó a este propósito en el Reichstag a los socialdemócratas en esta forma : «Vosotros no tenéis propiamente derecho para sentaros aquí. Vosotros, según propia confesión, cobráis dietas y faltáis con ello a la Constitución». Esta fué para Bismarck la consigna que le lanzó de nuevo a la lucha. Fué una de las últimas polémicas que sostuvo el octogenario Bismarck en sus «Hamburger Nachrichten».

«Este problema, como relacionado que está con la Constitución, es de tanto alcance, que bien merece la pena estudiarlo

más detenidamente que lo han hecho los mencionados diputados en sus livianas negociaciones. Como quiera que el Reichstag contrasta por sí mismo, según el artículo 27 de la Constitución, la legitimidad de sus miembros, es para él un deber de honor y un deber de justicia procurar que a los miembros, que como tales cobran indemnizaciones, no se les consienta ejercer su función.

La inexistencia de dietas fué, al aprobarse la Constitución, el contrapeso del derecho electivo universal y privado. Si este contrapeso no lo mantiene el Reichstag, habrá qu retroceder de nuevo a la situación anterior a tal compromiso. Habrá que ventilar si un Reichstag que no cumple la Constitución está autorizado para ejercer las funciones de Reichstag y si los Gobiernos confederados no se hallan en el caso de rechazar el trato con un Parlamento que por su parte no se amolda a las obligaciones constitucionales. Otra misión de los Gobiernos en este sentido sería comprobar cuáles son los miembros del Reichstag que, atropellando el artículo 32 de la Constitución, cobran dietas, y por lo tanto pierden su derecho a intervenir en el Reichstag.

Como el ejercicio de la Constitución está encomendado, según el artículo 32, al Reichstag y a su Presidencia, y como la Constitución es una de las leyes del Reich cuya ejecución compete vigilar el emperador, según el artículo 17, cabe preguntarse si no estaría indicado que el emperador, en nombre de dicho artículo 17 de la Constitución, enviase un mensaje al Reichstag en que le invitase al estricto cumplimiento de dicho artículo 32.»

El deseo de Bismarck de alejar del Reichstag a los socialdemócratas por cobrar dietas, no llegó a cumplirse. Los socialdemócratas mantuvieron sus cargos, aun cuando, dado el creciente número de diputados socialistas, las dietas particulares significaban una pesada carga para el partido. Verdad es que los sueldos se redujeron al mínimo. Todavía a fines de siglo los diputados residentes en Berlín recibían de la caja del partido socialdemócrata tres marcos diarios, y los forasteros, seis marcos. Por cierto que el cajero del partido, un viejo *factotum*, se disgustaba mucho cuando iban a reclamar su jornal demasiados diputados forasteros, y preguntaba a los parlamentarios qué era lo que tenían que hacer en el Reichstag, pues no ocurría nada de particular en el país.

Esta edificante situación no cambió hasta que, el año 1906, fué revocado el artículo de la Constitución referente a la gratuidad, y los diputados empezaron a cobrar dietas oficialmente. Con esto había pasado para los socialdemócratas la época de mayor penuria, y los diputados pudieron desquitarse, apoyando al partido con parte de sus 3.000 marcos.

El acta de diputado como negocio

Tampoco bajo la República, donde el Reichstag es el más alto cuerpo de la nación y puede sin obstáculos fijar la indemnización de los diputados, han llegado a ser las dietas parlamentarias ninguna fuente caudalosa de ingresos. Las dietas se han fijado en la cuarta parte del sueldo de un ministro, es decir, en 9.000 marcos al año, que desde luego están libres de impuesto de utilidades y corresponden por lo tanto a un sueldo de unos 10.000 marcos. Pero con los 750 marcos que los diputados cobran mesualmente, tienen que contribuir a los gastos, nada insignificantes de la oficina de la fracción, y esto en todos los partidos, no sólo en los socialistas ; de suerte que a los diputados les quedan por lo general de sus dietas no más de 550 a 600 marcos. El sueldo líquido de los diputados, por su mandato en el Reichstag, corresponde por lo tanto aproximadamente al sueldo de un consejero de Gobierno. Aun sin tasar muy alto el rendimiento de los parlamentarios en otras esferas distintas de la política, hay que confesar que las dietas de diputado no constituyen por sí mismas un gran aliciente para dedicarse a la carrera de político.

Además, no hay que perder de vista que el diputado que por atender a su mandato en el Parlamento abandona o descuida su anterior profesión, corre con ello notable riesgo. Porque los distritos electorales seguros y las candidaturas principales de la lista del Reich suelen reservarse para los jefes de partido y para los que financian a éste. Por eso no es raro que los políticos que fracasan en la lucha electoral sean eliminados, no sólo de su carrera parlamentaria, sino también de su profesión civil. La lucha por el acta de diputado se equipara entonces a la lucha por la existencia.

Pero en otros muchos casos las dietas de diputado significan un ingreso complementario que no es de despreciar. Así ocurre con los funcionarios activos y retirados, de los cuales había 126 en el Reichstag elegido en 1928, incluyendo los sacerdotes y los antiguos oficiales. También para la mayor parte de los empleados particulares significan las dietas de diputado un ingreso complementario, aun cuando, por ejemplo, los funcionarios de sindicato, que llegan al Parlamento, han de renunciar a parte de su sueldo social.

Otra ventaja material más amplia y más considerable del acta de diputado sonsiste en la probabilidad de obtener cargos oficiales remunerados. Aunque no todos los diputados llegan directamente a un ministerio, siempre tienen mayor facilidad para alcanzar un puesto de funcionario político, una plaza

permanente en un ministerio o bien una delegación especial por breve tiempo, como comisario del Estado para cuadquier Exposición, para las regiones fronterizas amenazadas o cosas parecidas. El Reichstag del período electoral 1924-1928 contaba 13 funcionarios, y el elegido en 1928 hasta 29, que no habían recorrido la carrera profesional acostumbrada, sino que habían entrado en la jerarquía de funcionarios a través del partido, y en parte ya como parlamentarios. En Prusia consiguieron puestos en la Administración pública durante una coalición gubernamental, que no se modificó durante varios años, hasta 43 diputados del Landtag, que no eran funcionarios por derecho. Desde luego esta penetración de la política en la administración está muy de acuerdo con el sentido del régimen democrático, y no dejará de ofrecer aliciente a más de uno para aspirar al acta de diputado.

Para los funcionarios profesionales, que al mismo tiempo son diputados, las probabilidades de progresar son mucho mayores que para los profanos, que entran en la carrera de funcionarios por el camino político-parlamentario. Apenas hay un parlamentario-funcionario, que no haga carrera y a los pocos años de figurar en el Reichstag o en el Landtag no suba con ritmo acelerado la escala de la jerarquía administrativa. De los funcionarios medios salen, aunque sólo sea raras veces, los funcionarios más altos ; de los consejeros de Gobierno salen rápidamente los consejeros ministeriales, y de los consejeros cantonales, los presidentes de Senado.

Otra fuente de ingresos, aunque más rara, la suministran los cargos de inspección que el Estado confiere a los diputados. Ancho campo ofrecen para esto las compañías industriales, pertenecientes al Reich y a los Estados confederados, las empresas comerciales y otras instituciones, a las que el Estado grava con impuestos, y en las que, por lo tanto, han de ejercer la inspección representantes del Parlamento, como consejeros o bajo cualquier otro título. Los ingresos que así se obtienen suelen ser en particular muy limitados. Cuando se trata de grandes prebendas en empresas públicas, como, por ejemplo, en el consejo de administración de la Compañía Nacional de Ferrocarriles, no se deja ningún puesto a los parlamentarios. Pero también en este campo hay buscavidas, que en su afán acaparador logran reunir una respetable serie de cargos accesorios con los correspondinetes sueldos complementarios. Mucho más productivos son los puestos de consejeros en sociedades privadas por acciones, que se acumulan en una serie de diputados durante el curso de su carrera político-parlamentaria.

Pero en conjunto no puede decirse que el pertenecer al Reichstag o al Landtag signifique un buen negocio para el diputado, ni directa ni indirectamente. En Alemania no merece

la pena, como por ejemplo en los países latinos, ir al Parlamento para hacer por ese medio una fortuna. Cuando se es rico, como Hugo Stinnes, se puede llegar al Parlamento sin gran esfuerzo. Pero nadie va al Parlamento para hacerse rico. Hay que tener antes fuerza económica o representarla, para ejercer fuerza política por el camino del Parlamento. La economía es en Alemania lo primario, y la política lo secundario. Por eso las grandes potencias económicas se limitan cada vez más a enviar al Parlamento, no a sus verdaderos jefes, sino sólo a sus representantes, a sus directores y síndicos sociales.

La plutocracia en el parlamentarismo

Cuando se habla de la plutocracia en el parlamentarismo alemán, no cabe referirse a los parlamentarios mismos. El Reichstag no es un Parlamento de hombres ricos, si se atiende a los ingresos y fortuna de sus miembros, sino una asamblea en que predominan con mucho los individuos de la clase media. La docena de grandes industriales, los dos o tres grandes terratenientes y los pocos propietarios de grandes fortunas, quedan contrarrestados en cuanto al número por los muchos diputados que provienen directamente del proletariado, de los sindicatos y de la burocracia de partido, y a los que las dietas sólo les ofrecen la posibilidad de mantener un nivel de vida burgués.

Pero este aspecto externo del Reichstag dice muy poco sobre la verdadera distribución de las fuerzas. El gran capital, y en primer término el capital industrial, procura antes de las elecciones, trabajando al cuerpo electoral y presentando sus candidatos, y después de las elecciones, estableciendo estrecho contacto con sus diputados, haciendo constante presión financiera sobre el partido, asegurarse una influencia política, a la que nunca llegaría por el puro principio democrático del número de individuos. El gran capital procura contrarrestar el peso de la multitud con el peso del dinero. Y efectivamente, se descubre que en Alemania, lo mismo que en todas las demás democracias parlamentarias, el dinero pesa mucho más. El dinero, que las clases capitalistas invierten para fines políticos, ha bastado hasta ahora para alejar los peligros derivados de la democracia formal, que pudieran amenazar teóricamente al sistema capitalista en un país obrerista.

Las sumas que se invierten en propaganda general, en la lucha electoral y en el sostenimiento de los partidos, podrán parecer altas, si se toman aisladamente ; pero resultan insignificantes en comparación con el efecto útil que se logra. ¿Qué sig-

nifica el que la industria, los bancos y demás representantes del gran capital gasten antes de unas elecciones para el Reichstag diez o quince millones de marcos en junto, para influir en los electores y en la elección de los candidatos? Una sola ley, la modificación de un impuesto, la elevación de las tarifas aduaneras o cualquier medida económico-política, puede resarcirles diez y cien veces de los gastos de las elecciones. Y no digamos nada de las gratificaciones extraordinarias y de las subvenciones que de vez en cuando alcanzan el Gobierno y la mayoría parlamentaria para los grupos económicos afines.

El reparto de la renta nacional cada vez está más subordinado a la legislación, por la creciente concentración de la economía y la necesidad de una sistematización uniforme. Actualmente pasa ya por las cajas públicas aproximadamente una cuarta parte de la renta nacional al cabo del año. En su mayor parte, todos los debates políticos giran alrededor de este tema: ¿quién ha de apronta esta cuarta parte y quién ha de volver a recibirla? Las leyes en que no se trata de valores materiales, en que el Estado sólo tiene que aprobar o prohibir por razones culturales o éticas, constituyen una minoría insignificante. El dinero en su más amplio sentido, la lucha por la participación en el producto social, en el debe o en el haber, es el contenido principal de lo que se llama política. Comparadas con los miles de millones que se ventilan, resultan despreciables las cantidades que se invierten en la lucha política. Así considerado, el dinero en la política, el dinero como medio de fuerza, desempeña un papel parecido al de los fermentos en la Química: es una de esas substancias catalíticas, que aun en pequeñísimas cantidades suelen determinar los mayores efectos.

Las defensas contra el gran capital

Aunque los efectos del fermento dinero en la política se hallan muy a la vista, los intentos de defensa contra él son relativamente pequeños. Sólo los partidos extremos, los comunistas, y, con menos franqueza y lógica, los socialnacionalistas, combaten la democracia parlamentaria, porque ven en ella una plutocracia disfrazada. El mayor partido de masas, la socialdemocracia, ha transigido con este vicio del parlamentarismo democrático, y se esfuerza por derrotar a la plutocracia con sus propias armas. A la fuerza del gran capital, a la fuerza del dinero, contrapone los céntimos de ahorro de un ejército de millones de hombres, rigurosamente disciplinados, y las sumas, que de este modo reúne, pueden ya parangonarse en realidad

con los fondos políticos del gran capital. Aunque la socialdemocracia, haciendo el cálculo por votos aislados, hace más baratas las elecciones que los partidos financiados por la industria, los gastos totales de la clase obrera para fines político-parlamentarios no son mucho menores que los de sus adversarios. Los ingresos de millones del partido socialdemócrata llenan de orgullo a los obreros y robustecen en ellos la creencia de que, a la larga, han de llegar a ser dueños de la producción, merced a la papeleta electoral.

En este cálculo, que ha servido de gran acicate al movimiento obrerista en Alemania, se oculta un error : la clase obrera organizada, embriagada con los resultados obtenidos, pasa por alto fácilmente las reservas financieras de que dispone la parte contraria. El gran capital puede invertir, e invertirá en cualquier momento, más dinero, si la situación pareciese políticamente amenazadora. La clase obrera, aun cuando siga gastando una parte tan considerable de sus ingresos para fines políticos, no podrá nunca competir con las posibilidades financieras de la clase empresaria. Sólo puede fundar sus esperanzas en que también para la propaganda política hay un resultado óptimo, y que este óptimo se halla al alcance de sus fuerzas financieras. Con una determinada suma tiene que ser posible hacer comprender a los políticamente indiferentes dónde se hallan sus intereses. Gastar más es inútil, es tirar un dinero que sólo aprovecha a los propagandistas profesionales. Pero hasta llegar a este óptimo hay un largo camino. También la fuerza de la idea cuesta dinero.

Donde la resistencia contra la plutocratización del sistema parlamentario se acentúa con más intensidad es a través de los miembros de aquellos partidos en que se dejan sentir especialmente las influencias plutocráticas. Entre los nacionalistas alemanes, el diputado del Reichstag, Lambach, jefe de la Asociación Nacionalista Alemana de Dependientes de Comercio, no se ha cansado de clamar en sus escritos contra las potencias económicas, que hacen presión sobre la dirección del partido y sobre las fracciones parlamentarias, pero también contra los «enlaces transversales», que se establecen dentro del Parlamento, entre los pertenecientes a distintos partidos, para mirar por los intereses profesionales. La claridad y rudeza con que ha defendido sus ideas, con que se ha expresado acerca del poder de la industria, que «ofrece al Estado agobiado e inerme el cebo de sus ofertas de crédito», le ha merecido, como se puede comprender, el enojo de los industriales. Cuando Lambach se arriesgó demasiado en otra ocasión, sus camaradas de partido, por instigación del diputado Hugenberg, le formaron expediente, y sólo a duras penas se libró de ser expulsado del partido

nacionalista alemán, que más tarde lo abandonó él por propio impulso.

Stresemann y las potencias del dinero

Dentro del partido popular alemán, que es donde más claramente se manifiesta la influencia del dinero, su fundador y presidente, Stresemann, procuró cortar el paso a las potencias plutocráticas. Este intento fué tanto más extraño, cuanto que el mismo Stresemann había llegado a la política por el camino y con los medios contra los que ahora se defendía. Porque Stresemann llegó muy joven al Reichstag siendo síndico industrial de pocos recursos personales, y desde luego no hubiera llegado tan rápidamente a diputado si no hubiera contado con el apoyo financiero de los industriales sajones. También como miembro del Reichstag siguió figurando Stresemann mucho tiempo en las filas de los parlamentarios industriales típicos. Era notorio cuán estrechamente unido estaba a la industria manufacturera. Hasta que en el verano de 1923 llegó a ser canciller del Reich, pertenecía al consejo de administración de varias sociedades de la industria, y sus amigos industriales le apoyaron mucho financieramente en la consolidación del partido popular. Con motivo de un proceso, que se ventiló en Plauen en la primavera de 1927, se averiguó que el industrial Litwin, en cuya sociedad «Evaporator» era Streseman sustituto del presidente del consejo de administración, había abierto durante la época de la inflación una cuenta de divisas «S. Gustav» por valor de 5.000 libras esterlinas a favor del partido popular. Pero, cosa extraña, el presidente del partido, Stresemann, no sabía nada de esta cuenta. También afinanzaba Litwin la «Editorial Cívica», relacionada con Stresemann.

Gracias a sus relaciones industriales, proporcionó también Stresemann más tarde muchas ventajas financieras a su partido. Cuanto más destacada era su posición política, tanto más difícil resultaba desairar su ruego, cuando a los postres de un banquete o después de una velada política exhortaba al sacrificio en favor del partido popular. Sin embargo, Stresemann fué uno de los pocos políticos procedentes de la profesión de síndico que se emanciparon interiormente de sus protectores industriales. Casi todos sus antiguos colegas utilizan la política tan sólo para obtener en la industria misma una situación más influyente. Stresemann nunca intentó elevarse de síndico politiqueante a director general. Como el espíritu industrial capitalista estaba

en él muy poco desarrollado, guardaba la distancia crítica con relación a los potentados de la industria.

Como jefe del partido en que estos potentados más desembarazadamente actúan, precisamente porque faltan las fuerzas económicas contrarias, vió muy de cerca la influencia aplastante del dinero en la política, y la experimentó en sí mismo muchas veces. Durante muchos años, tuvo Stresemann que luchar en su partido con la oposición de la industria pesada, y no pocas veces tuvo que ceder ante su preponderancia. Pero no podía desentenderse de estos peligrosos y embarazosos amigos, porque eran los protectores más acaudalados, y sin ellos el partido hubiera perdido su apoyo financiero.

Estas pesadas luchas y trabas internas hacen muy comprensible que el jefe del partido específicamente más plutocrático trazase poco antes de su muerte un plan, para destruir o por lo menos contener el poderío del gran capital en las elecciones. Su plan consistía en que el Reich las financiase, para hacer independientes de sus mecenas a los partidos. En cierto modo, los partidos no tendrían más que anticipar los gastos electorales, y, una vez decidida la batalla, rescatar de la caja del Estado estos gastos, según el número de diputados que hubiesen resultado elegidos de sus listas. Por consiguiente, los partidos sólo necesitaban correr el riesgo financiero para aquellos candidatos que fracasasen en las elecciones, y bastaría que tomasen prestados los recursos pecuniarios para el período electoral, pues el Estado aprontaría luego los gastos de los candidatos vencedores.

Desde luego, tampoco este procedimiento habría de estar exento de dificultades. Probablemente los partidos discreparían sobre la tasación de los gastos electorales para cada diputado, y sería muy posible que precisamente los partidos que ahora disponen de medios más abundantes en las elecciones, tasasen más barato el coste de las mismas, y abogasen por una aportación del Estado lo más baja posible. Y aún quedaría pendiente la cuestión de si había de hacerse el intento de limitar legalmente las subvenciones particulares, además de las del Estado. Sin embargo, es indudable que esta idea de Stresemann puede llevarse a la práctica. Y aun cuando de ese modo no se eliminase de la política el dinero, la financiación de las elecciones a cuenta del Estado sería preferible a la situación actual.

En público no habló Stresemann sobre su plan sino una vez en un discurso que pronunció en marzo de 1928 ante la Prensa extranjera en el Consistorio de Schöneberg. En aquella ocasión manifestó poco antes de las elecciones del Reichstag: «Nos interesa que en esta época, en que los poderes capitalistas ejercen una influencia mucho mayor que nunca, no llegue a prevalecer esta influencia en la composición del Reichstag». En el

mismo Reichstag no llegó Stresemann a poner a debate su plan, por lo cual su insinuación no tuvo eco.

Hasta ahora han sido, pues, infructuosos todos los intentos de eliminar de la política el poder del dinero. Ni está limitada legalmente la aportación de subvenciones electorales, como hace varios decenios lo está en Inglaterra y últimamente también en el Japón, ni se hace, como en Francia y en Norteamérica, una cierta contrastación de cómo han sido financiadas las elecciones después de celebradas. En este sentido Alemania tiene el derecho electoral más libre del mundo. En ninguna de las grandes democracias puede el dinero actuar de un modo legal con tanto desembarazo como en el parlamentarismo alemán.

Capítulo tercero

El dinero en las organizaciones políticas

La lucha por el poder se desarrolla en la República alemana sólo en parte dentro de la zona parlamentaria. Paralelamente irrumpe desde el principio un movimiento político de masas, que quiere imponer las resoluciones fuera del Parlamento y del sistema partidista. A veces estas alianzas y asociaciones políticas se acoplan con la máquina de los partidos. Los partidos parlamentarios procuran encadenarlas a su itinerario y servirse de ellas como de huestes extraparlamentarias para la lucha y la propaganda. Cuando estas huestes de choque no existen, los partidos parlamentarios las crean y alientan—como ocurre con la «Bandera Negrirrojioro del Reich»—, para contrarrestar a los grupos de la parte contraria. Pero lo característico de estas asociaciones es que no quieren recabar la decisión política meramente con la papeleta del voto.

Generalmente resulta oscuro qué es lo que quieren poner en lugar de la democracia parlamentaria. Para ellas lo único evidente es que «así no se puede seguir» y que, para llegar a nuevas y mejores formas de convivencia, hay que servirse a veces un poco de la fuerza de los brazos. En esto hay muchos grados de acometividad : desde la manifestación de masas con cinturón de cuero, pero sin armas, y el aparatoso desfile de banderas, pasando por el tiroteo con armas de pequeño calibre, hasta el atentado político y el motín militarmente organizado.

Los miembros de estas asociaciones son principalmente hombres jóvenes, en parte muchachos que ni siquieran han llegado a la edad necesaria para votar. La juventud alemana, como dice la nueva fórmula, es de complexión «federalista» (*bündisch gesinnt*). Y aunque su federalismo reviste aún formas muy románticas, lo que la une no es tanto la misma ideología política, cuanto el mismo temperamento ; todo menos la igualdad de intereses económicos.

Los afiliados a las federaciones, salvo unos cuantos funcionarios sociales, no aspiran en general a ventajas materiales. A pesar de todo, esta forma de actuación política resulta muy cara, pues requiere cierta ostentación de uniformes y reuniones muy frecuentes. La *windjacke,* las polainas, el viaje para asistir a la asamblea regional, no cuestan ciertamente ninguna

fortuna, pero sí lo bastante para que no pueda soportarlo el bolsillo del padre, el jornal de un aprendiz de cerrajero o el sueldo de un oficial de peluquería. Son muy raros los casos en que las cuotas de los socios llegan para sostener el inevitable aparato de una organización de masas. La consecuencia es que en estas asociaciones, lo mismo que en los partidos parlamentarios burgueses, tienen que intervenir los protectores.

Los Consejos de burgueses

La primera fuente apreciable de dinero para estas organizaciones extraparlamentarias la formaron los Consejos de burgueses. Surgieron en muchas ciudades durante el invierno revolucionario de 1918 a 1919, principalmente en la esfera de la burguesía media, con el propósito expreso de combatir el movimiento de Consejos radical socialista, usando las mismas armas. Mientras existieran los Consejos de obreros, se quería contrarrestarlos con los Consejos de burgueses. Si los obreros pretendían imponer sus fines políticos con huelgas, había de declararse en huelga también la burguesía. Si los obreros se lanzaban a la calle, también los burgueses habían de hacerlo. Pero además, los Consejos de burgueses querían servirse de un medio que no estaba tan al alcance de los obreros radicales : del dinero.

Los donantes se reclutaban al azar entre los más diversos grupos de la burguesía ; sin embargo, al principio contribuyeron con más esplendidez los Bancos que la industria, por entonces todavía muy agobiada. Sobre la forma y la cuantía de las subvenciones se hicieron indicaciones explícitas a fines de marzo de 1919, en la segunda asamblea del Consejo Nacional de Burgueses, organismo culminante de los Consejos locales : «En enero de este año fué cuando comenzamos propiamente nuestra actividad financiera—declaró el tesorero, el banquero berlinés Salomón Marx—. El Consejo Nacional de Burgueses vino a la vida desnudo, como un gorrión, sin medios de subsistencia, y por lo pronto sin posibilidad siquiera de conseguir nada. Por eso en el Consejo de Burgueses de Gross-Berlin consideramos como nuestra obligación dotar debidamente ante todo al Consejo Nacional de Burgueses y le entregamos por lo pronto un donativo de 50.000 marcos».

Las provincias habían enviado muy escasas cantidades a Berlín, y como Marx calculaba el presupuesto de gastos del Consejo Nacional de Burgueses provisionalmente en 140.000 marcos, debían los Consejos locales—de 400 a 500 en número—enviar en lo sucesivo a la central por lo menos 300 marcos. Para que la burguesía no fuese veleidosa con estas sumas—se trataba de un dinero todavía poco depreciado—, el presidente

del Consejo Nacional de Burgueses, un párroco de Berlín, hizo una declaración tranquilizadora: «He de advertir que yo no comparto esta gran preocupación por el presupuesto. En primer lugar, creo en cierto idealismo y espíritu de sacrificio de los Consejos de burgueses... Pero además siempre dispondremos de abundantes recursos para nuestros fines con los donativos personales voluntarios... Yo espero que mientras tenga el gusto de asumir los cuidados financieros con estos dos señores—el cónsul Marx y el presidente de la Comisión financiera del Consejo de Burgueses de Berlín, director Buschmeyer—, no habrá para mí ningún cuidado, como no lo ha habido hasta ahora».

Existía, pues, a todas luces para estos fines dinero suficiente, que principalmente se empleaba en la propaganda contra el bolchevismo, es decir, contra la socialización. En los círculos de la burguesía recogían subsidios comités para la represión del socialismo, como la «Liga en pro de la cultura alemana». Estos comités inundaban las calles de las grandes ciudades con horribles carteles y hojas volantes, y producían así cierta sensación, sobre todo en la pequeña burguesía. Pero en conjunto, la influencia de los Consejos de burgueses en la política fué mínima, y la misión que se habían impuesto caducó, desde el momento que se implantó la Constitución democrática y se hundió el movimiento de los Consejos proletarios.

Pero, como suele ocurrir con tales organizaciones, la abdicación es para ellas más penosa que para un monarca, y en lugar del fin primitivo buscan y encuentran otras posibilidades de actuación. El Consejo Nacional de Burgueses, de cuya presidencia se había encargado entre tanto el ministro guillermino del Interior von Loebell, arengó a la burguesía a la lucha contra el tratado de Versalles, y a este propósito difundió un folleto con este pensamiento fundamental: «Más de año y medio ha pasado desde que hombres insensatos, olvidados del pueblo, echaron sobre su conciencia la firma del vergonzoso tratado de Versalles». Para la difusión del folleto se desplegó un gran lujo de reclamos, y a los propagandistas se les dieron estas instrucciones:

Hay que ir a buscar:

a) Explotaciones industriales, principalmente las de mayor número de obreros; pero también otras más pequeñas, porque a veces éstas son dadivosas y luego ponen a disposición del Consejo un número de ejemplares que rebasa el de sus obreros.

b) Comerciantes que trabajan con buenos beneficios (informes por medio de autoridades, hoteles, almacenes, etc. y cámaras de Comercio).

c) Particulares de buena posición, sin olvidar a las damas de edad avanzada.

d) Presidentes de asociaciones comerciales y patronales.
e) Cámaras de Comercio (que señalarán también cuáles son las casas más indicadas).
f) Grandes y pequeños Bancos, pero no sus filiales.
g) Cervecerías.
h) Personas de la alta nobleza, en cuanto sean accesibles.
i) El reclamo en el campo suele consumir mucho tiempo; por eso, meditarlo en cada caso.
Hay que establecer contacto con:
Ministerio de Ferrocarriles,
Ministerio de Correos,
Ministerio del Interior,
Presidencia Superior, Gobiernos, Diputaciones, Municipios, alcaldes y otras personalidades directivas, autoridades académicas.
La posible ganancia líquida proporcionará al Consejo Nacional de Burgueses recursos para trabajar eficazmente por la ilustración y otros fines patrióticos.

La presentación externa del folleto era muy distinta de estas instrucciones internas, y así el Consejo Nacional de Burgueses logró efectivamente repartir cientos de miles de ejemplares. Sólo en Berlín, los almacenes, las casas de modas, las tabernas, las fábricas de chocolate encargaban centenares y millares, y la «Asociación de interesados en la industria potásica alemana» contribuyó especialmente a la ilustración del pueblo, encargando 10.000 ejemplares. El Consejo Nacional de Burgueses encontró la ayuda buscada.

Todavía más tarde dió qué hablar en varias ocasiones el Consejo Nacional de Burgueses. Su presidente, von Loebell, formó el Comité Electoral de la derecha para la candidatura de Hindenburg como presidente del Reich. Pero, en realidad, el Consejo Nacional de Burgueses nunca llegó a tener importancia político-electoral.

La organización Escherich

Más importantes que la central de Berlín eran a veces los Consejos locales de burgueses para la vida política. Porque de ellos salían las llamadas milicias burguesas, que en los últimos años de la inflación, sobre todo en Alemania del Sur y del Centro, pero también en Prusia oriental, constituían el núcleo de la reacción y comprometían seriamente al Gobierno republicano parlamentario. La más fuerte de estas asociaciones de combate, militarmente montadas, que pretendían mantener la tranquilidad y el orden en el país, era la organización creada por el consejero

forestal bávaro Escherich, la «Orgesch». En muchos distritos, como en Chemnitz, el Consejo de burgueses intervenía directamente como financiador y cajero de la «Orgesch». En la dirección del centro de mando Nordeste (Berlín-Hamburgo) había, junto con los jefes militares, von der Osten y conde Goltz, un representante del comercio y otro de la industria.

A imitación de la «Orgesch», surgieron pronto organizaciones semejantes; así, en Baviera, la «Orheuss», la «Orzentz», la «Orkh». A la cabeza de la «Orheuss» estaba un rico llamado Heuss, que no era de Baviera. La «Orzentz», la milicia patriótica bávara, estaba organizada y afinanzada por el consejero de Comercio, Zentz, que ya antes había sobresalido en el movimiento de los Consejos de burgueses. La «Orka» derivaba su nombre de su jefe Kanzler. Cada una de estas asociaciones tenía su matiz político: la una quería solamente que prevaleciesen los Wittelsbach; la otra, hasta los vecinos Habsburgos. Pero todos estos grupos estaban de acuerdo en luchar contra el Gobierno de Berlín y contra la República alemana. Por su estrecho enlace con el potentado bávaro, von Kahr, fué principalmente la «Orgesch» durante mucho tiempo una hueste peligrosa y temida, que defendía los conatos de dictadura en el Sur de Alemania.

La «V. V. V.» en busca de dinero

Del círculo de las milicias burguesas salieron por último las Asociaciones Patrióticas Unidas de Alemania (V. V. V. D.), que durante algún tiempo figuraron como la organización suprema de todas las federaciones nacionalistas, aunque en realidad nunca llegaron a serlo. Comprendían estas asociaciones principalmente la parte burguesa de las federaciones, es decir, los grupos que sacaban armas de la ideología de los Consejos de burgueses, los grupos que veían su misión principal en la lucha contra el bolchevismo y que combatían la República democrática, ante todo porque veían en ella un peligro para la propiedad privada. Por la ambición de mando y las recíprocas envidias de los jefes de la Confederación, no logró la organización suprema arrebatar realmente el papel directivo.

Los financiadores sabían esto, y como evidentemente no estaban dispuestos a entregar grandes recursos para una superorganización vacía, las Asociaciones Patrióticas ofrecieron al público el espectáculo, cada vez más lamentable, de verse sorprendidas en busca de dinero. Alguna vez eran niñerías monárquicas, para las que hacían sonar la bolsa de recaudación. Así, por ejemplo, cuando el jefe de un distrito berlinés dirigió en abril de 1927 a todas las Empresas a su alcance el ruego de que «obsequiasen al emperador con un regalo de Pascuas»:

«El obsequio de su Casa llegaría a la mesa de regalos pascuales del emperador, y, por mi parte, estoy dispuesto a imprimir gratuitamente en mis talleres una tarjeta con una dedicatoria o la dirección de su Casa sobre un cartón, para que Su Majestad el Emperador sepa de quién procede el regalo. La Intendencia de Palacio le enviaría desde Doorn un resguardo de su obsequio.»

Junto a estas colectas, tan enternecedoras, se alzaban quejas más serias desde el campo de los «patrióticos». Apenas se recaudaban cuotas, y las otras fuentes, más importantes, de dinero no manaban con tanta abundancia como hubiera sido necesario para la prosperidad de la organización suprema. En una Memoria de junio de 1925, el presidente de las Asociaciones Patrióticas Unidas, el general conde de Goltz, ya conocido por las «Heimwehren», se lamentaba amargamente de que su organización no estuviese ya suficientemente alimentada por la «Reichswehr». Desde luego la «Reichswehr» recibe dinero de fuentes privadas, pero no lo distribuye de una manera justa. Se guarda demasiado para sí.

«Los donantes quieren más bien que estos fondos sean dedicados por la Reichswehr a las Asociaciones Patrióticas... Por consiguiente, los recursos de origen particular deben ser distribuídos de antemano por los donantes en fondos para las Asociaciones y en fondos para la «Reichswehr». No podemos estar ya supeditados simplemente a las limosnas eventuales de ésta.»

¿Qué hacer? «Con aportaciones apreciables de las Asociaciones—declara el conde de Goltz—no podemos contar. A la caja central le faltan los recursos, hasta tal punto, que hace mucho tiempo no puede ya cumplir bien sus obligaciones... Ya que el ministro de la «Reichswehr» dice en su discurso del Reichstag que las asociaciones se disuelvan en el mismo momento en que no se disponga de dinero, hemos de confesar paladinamente que ese momento está muy próximo, si no intervienen los elementos de la derecha.» Por último queda siempre la apelación a la economía. ¿Teme acaso la gran industria que el dinero caiga en malas manos y no se aplique según sus deseos? En ese caso, los «patrióticos» están dispuestos a someterse a un control financiero. «Declaramos expresamente—escribe el general—que estamos conformes, si así lo desean los donantes, con que se añada a nuestra presidencia, para la administración de tales recursos, un hombre de confianza de los donantes, por ejemplo, el burgomaestre superior, Dr. Jarres.»

La Liga pangermanista

El puente que conduce hasta los grandes protectores de las «V. V. V.», puente, como se ve, muy vacilante, lo constituye la Asociación Pangermanista. Es una antigualla del movimiento nacionalista anterior a la guerra, fundada en 1890, inmediatamente después de la destitución de Bismarck y del cambio de Zancíbar por Heligoland, cuando los «indomables» temían que Guillermo II, con sus veleidades obreristas, pudiese ser demasiado flojo en la política interior y exterior. Hasta bien entrada la guerra, pertenecían a la Liga Pangermanista Stresemann y otros jefes nacionalistas liberales. Comprendía esta asociación todos los elementos imperialistas, que no apuntaban directamente a su carrera ni sus negocios. Y como la asociación representaba el pensamiento del poder imperialista más consecuentemente que los gobiernos de Guillermo II, los pangermanistas solían ser mal mirados en la Corte. Del dinero no necesitaban preocuparse. Una ideología tan útil encontró desde luego completa aprobación en la industria pesada, directamente interesada en los armamentos. Aunque esta industria no estaba de acuerdo con todos los actos de los pangermanistas, ni gustaba siempre de presentarse en público con ellos, el pangermanismo constituía para ella un eficaz organismo de propaganda, que llegaba a dilatados círculos de la burguesía, al profesorado, a las Universidades, a las profesiones libres, y ya esto merecía una remuneración.

Al acabarse la guerra, los propósitos imperialistas de la Liga Pangermanista perdieron, por vez primera, todo fundamento real, y así el movimiento quedó acallado. Pero no había desaparecido por eso. Si antes el sistema del pangermanismo era promover agitaciones lo más ruidosas y estruendosas posible, ahora los jefes pangermanistas, ya envejecidos entre tanto, se dedicaron a un trabajo silencioso de zapa. Cuando, después del fracaso de la lucha del Ruhr, la Liga Nacional de la Industria Alemana se puso cada vez más claramente de parte de la política de cumplimiento de los compromisos y la dirección de la asociación se pronunció públicamente por la aceptación del plan Dawes, los pangermanistas consideraron llegada su hora. Bajo la dirección del consejero superior de finanzas sajón, Bang, confidente de Hugenberg, intentaron disolver la Asociación Nacional, que a la sazón se hallaba en la cumbre de su poderío, y fundaron para ese fin la Unión Industrial Alemana. En ese empeño sobresalió especialmente Gok, director de los mayores astilleros particulares alemanes, de Blohm & Voss de Hamburgo. También se logró reclutar algunos hombres fogosos de la industria media para la fundación pangermanista. Pero desde que industriales política-

mente tan inclinados a la derecha como Ernst von Borsig comunicaron su renuncia, la empresa naufragó por completo. Algunos grandes industriales seguían dispuestos a emprender escaramuzas políticas ; pero la gran industria, en conjunto, era demasiado hábil para entrar por el cauce pangermanista, y prefirió el camino de la política real.

Aunque los pangermanistas rechazaban de la manera más decidida la forma de gobierno democrático-parlamentaria, se vieron obligados a orientar su actividad cada vez más hacia el Parlamento, y a trabajar contra el Parlamento dentro del Parlamento. Encontraron su sitio en el ala derecha de los nacionalistas alemanes, donde a la sazón preparaban el camino a la hegemonía de Hugenberg hombres como Bang, como Gok, como el báltico von Freytagh-Loringhoven. En calidad de auxiliares para las elecciones fueron requeridas las Asociaciones Patrióticas Unidas, aunque estos aliados no se impusieron demasiados sacrificios. Por lo menos el conde de Goltz, en la memoria ya citada, se queja duramente de que la caja central de las Asociaciones ni siquiera estaba en disposición de «pagar una indemnización a los auxiliares de las asociaciones, heridos durante la última propaganda electoral».

El capitán Ehrhardt moviliza sus huestes

Como grupo de combate de los pangermanistas figura la O. C., la Organización Cónsul, que, con distintos disfraces, había participado en todos los motines de la trasguerra de una manera preponderante. Su jefe, el capitán Ehrhardt—durante algún tiempo se ocultó bajo el nombre «Cónsul Eichmann» ; de ahí Organización Cónsul—, se halla en las más estrechas relaciones con el presidente de la Liga Pangermanista, el consejero de justicia Class. Para la financiación de sus empresas subversivas, Ehrhardt nunca se arredró, sino que, como buen lasquenete, sacó siempre dinero de todos los sitios de donde podía sacarse.

Ehrhardt, que de oficial activo de Marina había llegado a capitán de corbeta, fué, después de la entrega de la flota a los ingleses, uno de los primeros oficiales que respondieron al llamamiento del Comisario del pueblo Noske y organizaron, para protección de la República, un cuerpo voluntario. Los gastos de la milicia Ehrhardt los pagó, naturalmente, el Estado. Los hombres de Ehrhardt lucharon en Munich, en Brunswick y en Berlín contra los comunistas, y en la Alta Silesia contra los polacos ; y cuando habían llegado a ser una

falange protectora de la República, el capitán Ehrhardt los llevó otra vez hacia Berlín, para derribar al Gobierno constitucional y establecer, aunque sólo por unos días, la dictadura militar bajo el mando del director general provincial Kapp.

Ya el nombre de Ehrhardt se había hecho famoso por el golpe Kapp, cuando moviliza sus huestes desde Viena para nuevas hazañas. A fin de procurarse los medios necesarios, lanza al mercado un mecanismo sumamente ingenioso. Juntamente con algunos antiguos oficiales alemanes, funda Ehrhadt en Budapest una «Compañía Fiduciaria Húngara por Acciones (Dirección telegráfica, Fiducia)». El antiguo presidente de la policía de Budapest, Bela von Gabor, se encarga de la presidencia del Consejo de administración. Por lo demás, el Consejo se adorna con sonoros apellidos de la nobleza, y en seguida salen circulares, en que se invita a suscribir acciones de la flamante sociedad. No ha de ser ni más ni menos que un gran Banco húngaro-alemán, «que, por su parte, participará en todas las industrias posibles, para dar así colocación y pan a cientos y miles de alemanes». En tono conmovedor se indica que las acciones adquiridas se quedarán en Hungría ; por consiguiente, se sustraerán a la dura legislación fiscal alemana. Pero, naturalmente, la exención de contribuciones no es lo definitivo : «Suscritores que adquirieron acciones hace seis meses han ganado en este tiempo, sólo por el cambio, hasta 200.000 marcos y tienen, por lo tanto, la satisfacción de haber estimulado una obra cristiana, rigurosamente nacional». El «gran Banco» establece también en Munich un centro propio de suscripción, y se contenta en Berlín por el momento con una pequeña casa de Banca amiga : la casa Müller & Co. La Empresa va prosperando, evidentemente, hasta que un día se sabe que uno de los directores del «gran Banco» de Ehrhardt acaba de ser condenado en Suiza, por repetidas estafas, a un año de reclusión. Inmediatamente la policía practica registros domiciliarios y surgen otros incidentes desagradables. Así fracasa el atrevido proyecto, y el capitán imperial de corbeta, Ehrhardt, tiene que proseguir su carrera heroica sin un «gran Banco» propio.

Por fortuna, se encuentran otros protectores para sus planes patrióticos. Para la «marcha sobre Berlín», que él se propone emprender en el otoño de 1923, desde Franconia, para derribar al Gobierno del Reich, la industria del Norte de Baviera pone a su disposición sumas considerables. Sólo desde Nuremberg recibe Ehrhardt 20.000 dólares, en la época más grave de la inflación, cuando cada dólar representa una fortuna, una suma inaccesible. Por supuesto, este conato revolucionario, en que se le adelanta su gran competidor popular Hitler, se prepara bajo los auspicios de los centros oficiales bávaros más altos. El jefe superior de policía, von Seisser, equipa de armas a las

tropas de Ehrhardt, que por entonces llevan el inocente nombre de «Policía bávara de urgencia». Los gastos necesarios para los 700 hombres de la policía de urgencia tiene que pagarlos el Estado bávaro; el resto de las tropas de Ehrhardt lo sostienen particulares.

Ehrhardt sigue siendo pensionado del Estado

Después del fracaso de la intentona de Hitler, disminuye la munificencia de los protectores bávaros. Pero el afán de hazañas de Ehrhardt no se paraliza, como tampoco su habilidad para recaudar dinero. Desde luego la organización del «Cónsul» Ehrhardt, que ahora se llama «Alianza Wikingia», ha de contentarse con pequeñas sumas. Para recaudar fondos por mil conductos, se implanta una «postulación de dinero suelto». Los «wikingios», simulando a veces, como en Brunswick, listas falsificadas de suscritores, emprenden su peregrinación para sonsacar a los acomodados burgueses veinte o cincuenta marcos. Alguna que otra vez se encuentran todavía influyentes protectores, que ayudan a financiar las tropas de Ehrhardt. Así, en la primavera de 1927, un confidente de Ehrhardt es recibido por el presidente del Estado de Württemberg, Bazille, y, aunque la Alianza Wikingia ha sido prohibida entre tanto desde Berlín como ilegal, el presidente del Estado de Württemberg asegura al enviado de Ehrhardt que se proporcionarán fondos: «Directamente, no puedo hacer nada. Pero pueden ustedes confiar en que influiré personalmente para que se les faciliten recursos» (1).

El mismo Ehrhardt se procuró una renta permanente de una manera todavía más sencilla. Después de haber recibido durante muchos años de la República su pensión corriente de oficial, a pesar de haber participado en la intentona Kapp, el ministerio de la Guerra le comunicó, en el verano de 1927, que su pensión no podía pagarse, pues él mismo estaba obligado a indemnizar de perjuicios al Reich. En efecto; por las disposiciones que había tomado durante el motín Kapp, el Reich se había perjudicado por lo menos en 6,3 millones de marcos oro, y de esa pérdida tenían que responder, en lo posible, Ehrhardt y los demás jefes militares de la algarada. Ehrhardt no se conformó con esta decisión, sino que se querelló, y el Tribunal de Primera Instancia I de Berlín emitió el 1 de marzo de 1928 esta sentencia salomónica: «Ni aun en este caso tiene el Fisco

(1) «Frankfurter Zeitung», 5 abril 1928.

nacional derecho para retener su pensión al capitán retirado de corbeta Ehrhardt. Sólo es embargable una cuarta parte de su pensión». Así, pues, el revoltoso Ehrhardt siguió siendo pensionado de la República alemana.

Entre los caudillos adversarios de la República es Ehrhardt, sin disputa, el más importante y el más tenaz organizador, el hombre de grandes alientos, de mayor fuerza sugestiva y de mejores relaciones. Con los financieros trata como con sus iguales. Claro que ellos saben perfectamente que tienen en Ehrhardt un apoyo de singular garantía. Los demás oficiales jóvenes, que tratan de atentar contra la República en los años 1920 a 1923 a la cabeza de sus falanjes de voluntarios y asociaciones defensivas, parecen, en cambio, subalternos. No son hombres, con los que la economía pueda sentarse a una misma mesa. Pero como proceden con más audacia y menos escrúpulos que el cónsul Ehrhardt, encuentran también el apoyo de los grandes terratenientes y de los capitalistas industriales que quieren derribar el nuevo Estado y ampliar violentamente su esfera de influencia.

Cómo está financiada la «Reichswehr» negra

En el Norte de Alemania son, ante todo, los jefes de la Confederación agraria, los que apoyan a las asociaciones de combate, los que las aprovisionan y recaudan fondos para ellas. Las tropas de combate se disfrazan como obreros del campo, y aun cuando han establecido estrecho contacto con la «Reichswehr» y reciben subsidios ilegales de los fondos secretos de la República, a título de «Reichswehr negra», las diferentes milicias viven a pupilaje en las grandes heredades de Mecklemburgo, Pomerania, Silesia, Brandemburgo. El organizador de la «Reichswehr negra», el primer teniente Paul Schulz, dispone de una «cuenta para la ilustración nacional», que es alimentada por los terratenientes del Norte y del Este de Alemania. Particularmente espléndido se muestra el hidalgo propietario von Oppen, y entre las organizaciones de la Confederación agraria actúa, como recaudador de fondos, el mayor Hagemann.

Pero también la industria aporta en favor de las asociaciones ilegales de combate su granito de arena. La Empresa Hugo Stinnes, de Hamburgo, envía reiteradas veces dinero por medio de los «Talleres de remache y esmalte del Este de Alemania», dinero que va a parar a manos del primer teniente Schulz y del mayor Buchrucker. El jefe de dichos talleres justifica

estos pagos, diciendo que en el Este se temía una invasión de los polacos y había que protegerse contra ella de algún modo. El destinatario del dinero, el mayor Buchrucker, interpreta, en cambio, de otro modo su misión político-militar, y emprende, en septiembre de 1926, un asalto audaz contra la fortaleza alemana de Küstrin.

Como banqueros de los fondos de la «Reichswehr negra» intervienen el Banco de la Industria Textil y la casa de Banca Burchardt & Co. Dado el laberinto de números de la última época de la inflación, apenas es posible formarse clara idea de la cuantía de las subvenciones que recibieron las organizaciones subversivas. Pero parece que ya en 1922, expresadas en marcos oro, llegaron a cientos de miles, y en noviembre de 1923 tiene lugar el primer pago efectivo en marcos oro, por valor de 83.000 marcos, en la cuenta del cajero del grupo Schulz.

El espíritu de sacrificio de muchos distritos agrarios e industriales a favor de los héroes del movimiento subversivo nacionalista, se mantuvo todavía, de un modo extraño, cuando hacía ya mucho tiempo era notorio que dentro de las huestes de legionarios se habían cometido los más horrorosos crímenes. Como Schulz fuese detenido preventivamente, llegaron a sus manos por los más variados rodeos, con ayuda de los diputados nacionalistas, 5.000 marcos de la caja de la Unión de las Asociaciones Patronales Alemanas, sobre la «cuenta para la ilustración nacional». En la investigación parlamentaria que se entabló sobre este episodio, salieron a flote muchos detalles relacionados con la financiación de la «Reichswehr negra» y con las federaciones nacionalistas a ella afines.

El «Casco de acero» en marcha

Cuando habían ya fracasado las sediciones y habían pasado los turbulentos días de la inflación y de la ocupación del Ruhr, tuvieron que acostumbrarse también las federaciones nacionalistas a un paso algo más lento y tranquilo. Por medio de la fusión y la fundación de un cartel defensivo, intentaron nuevamente adquirir mayor fuerza de choque. Pero las rivalidades de los jefes y las diferencias de opinión sobre los fines y la táctica del movimiento nacionalista, como también los factores financieros, contribuyeron a la dispersión. El «Casco de Acero», la «Alianza Wikingia», el «Ogro», la «Federación Oberland» y varias docenas más de pequeñas asociaciones, que habían intervenido más o menos activamente en la época de la intentona, procuraron abrirse camino por su propia cuenta.

La asociación que alcanzó mayor éxito, con mucho, en cuanto a número, fué el «Casco de Acero». Esta organización

se fundó poco después de la guerra, como alianza de los soldados del frente, con la consigna de cultivar el espíritu de las trincheras. Como nueva misión de las antiguas uniones de combatientes, procuraba también penetrar en las capas más bajas del pueblo, que en lugar de la lucha de naciones sólo querían reconocer ya la lucha de clases. Pero sociológicamente el «Casco de Acero» se cuenta, a pesar de todo, entre las organizaciones burguesas del movimiento federalista nacionalista, y no tiene nada de extraño que el capitán Ehrhardt, confidente de la burguesía pangermanista, llegase a representar un papel preponderante en la dirección del «Casco de Acero» hasta el año 1927.

Después de muchas transformaciones, en cuyo curso los «Cascos de Acero» tan pronto se pronunciaban a favor del restablecimiento de la monarquía, como a favor de una dictadura fascista, la dirección de la alianza dió la siguiente voz de mando: «Al asalto del Estado». Y tras violentas invectivas del sistema parlamentario, el «Casco de Acero» se precipitó a la batalla electoral. Después de las elecciones parlamentarias de mayo de 1928, pudo el «Casco de Acero» comprobar con satisfacción que entre sus miembros se contaban 42 diputados del Reichstag y 40 diputados del Landtag prusiano. Entre ellos, además de una larga serie de nacionalistas, había también algunos diputados industriales del partido popular; así Albrecht, de la industria potásica, y el que más tarde fué ministro de Economía del Reich, Moldenhauer, de la «I. G. Farbenindustrie». Sólo cuando el «Casco de Acero» empezó a promover agitaciones contra la política exterior de Stresemann y a pactar con Hugenberg y con los grupos radicales de la derecha, para hacer fracasar por un plebiscito popular el plan Young y acusar al Gobierno del Reich de traición al país, se separaron de las filas del «Casco de Acero» los diputados del partido popular, con lo cual se perdió también para el movimiento una parte de la industria.

Pero, entre tanto, el «Casco de Acero» se había convertido en una organización de masas, que según los datos oficiales de la dirección abarcaba un millón de miembros, y según otros cálculos, basados en buenas fuentes—la memoria del magistrado del Tribunal Supremo, Hermann Martin, «Diez años de Casco de Acero»—comprendía solamente 350.000 socios inscritos. Una organización de tal amplitud ocasiona grandes gastos, aun cuando se pongan voluntariamente a su servicio tantos hombres políticamente interesados. Una organización así ha de sostener una plantilla de funcionarios, y, como en casi todas las alianzas políticas, hubo también en el «Casco de Acero» malversaciones y negocios turbios. El intento de sostenerse meramente con las cuotas de los socios hubiera sido desatinado. Por eso el

«Casco de Acero» se esfuerza de una manera muy variada y, en parte, pintoresca, por allegar fondos entre sus miembros, para lo cual junta lo útil con lo ameno y ofrece a sus miembros toda clase de primores. Así se fundan las cooperativas de construcción del «Casco de Acero», que ofrecen a los miembros de esta asociación la probabilidad de llegar a tener pronto casa propia. Así se fundan, primeramente en el distrito del director de minas nacionalista, Leopold-Halle, cooperativas de consumo. Así hay miembros significados del «Casco de Acero», que se dedican a trabajar entre sus camaradas las pólizas de seguro, cobrando desde luego importante comisión. Así, en Munich, se organiza una feria del «Casco de Acero», donde se pueden comprar desde objetos de arte y soldados de cinc, con pintura auténtica a mano, hasta ungüentos para la piel, todo a favor del movimiento patriótico.

A pesar de tales negociejos accesorios, siempre hay que recurrir, como último remedio, para salir de la eterna miseria financiera, a la munificencia de los grandes protectores. Pronto encontramos al «Casco de Acero» haciendo una postulación entre la flor y nata de la nobleza de Silesia. El Banco Provincial, instituto financiero de los terratenientes silesianos, ha financiado hasta entonces al «Casco de Acero» ; pero ahora ha padecido también graves pérdidas, y es necesario cubrir, lo más rápidamente posible, una cuenta de crédito del «Casco de Acero», abierta a nombre del «Conde Waldersee, barón de Wrangel». Hay necesidad de fiadores, y esta necesidad la deben remediar los propietarios, porque «la existencia, y, naturalmente también, el sostenimiento de una organización defensiva, dispuesta al choque, es de tanta trascendencia económica como, por ejemplo, el seguro contra el fuego o el granizo».

Pronto vuelve el «Casco de Acero» a pasar la bolsa de recaudación por los distritos urbanos e industriales, y entonces se tocan otros registros. El sector del Noroeste de Alemania se dirige a los directores de fábricas y les explica la significación que el «Casco de Acero» tiene en la lucha contra la «teoría marxista del Estado» y el «monopolio sindicalista rojo». El «Casco de Acero» trabaja por la paz en la economía, y promueve entre los obreros el pensamiento corporativo ; por consiguiente, la sumisión sin lucha a la voluntad de los empresarios. En vista de eso :

«Suscriba usted cierta cantidad para apoyar nuestra actuación. Las cantidades no se cobran en metálico, sino que se ingresan en la «Cuenta del Casco de Acero» abierta en la casa de Banca Bieberoth, Brühl. Dejamos a su elección el que entregue una cantidad por una sola vez o se apunte en la lista de «Protectores de los fines económicos y políticos del Casco de Acero»

para contribuir con una cantidad mensual, que se pagaría trimestralmente».

La activa agitación del «Casco de Acero», incluso en el campo de las finanzas, produjo, con el tiempo, abundante frutos. Poderosos magnates de la industria pesada, como Fritz Thyssen se cuentan entre los miembros militantes de la organización. Pero también en la industria manufacturera y en el ramo de transportes hay hombres de altura, que se preocupan del bienestar financiero y espiritual del «Casco». Así, a principios de 1930, el «camarada» Dr. E. Lübbert planteó al «Casco de Acero» un programa económico detallado, bajo el título «Paso a la libertad económica». Tras de este sencillo camarada Lübbert se oculta el director general de la «Compañía de Tráfico» y de la «Compañía General de Construcción Lenz & Co.» (Compañía colonial), el cual figura como consejero en una docena de compañías de ferrocarriles. Desde luego en estas manifestaciones públicas no se habla para nada de la consigna antisindicalista, bajo la cual hace postulaciones el «Casco de Acero» entre los patronos.

Los somatenes austriacos

Imitación del «Casco de Acero» son las «Heimwehren» austriacas, que están ligadas íntimamente con el círculo de Ehrhardt por lazos personales. Se formaron en Tirol y en Estiria como transformación de asociaciones locales, en parte de tipo clerical, en parte de tipo racista pangermanista. Hasta el asalto de los obreros al Palacio de Justicia de Viena, en el verano de 1927, no tuvieron importancia política. Desde entonces, adquirieron rápido auge y ejercieron a veces un poder dictatorial sobre Austria como milicias nacionalistas armadas. Aunque las «Heimwehren» se componen principalmente de humildes campesinos, de humildes elementos burgueses, y también de algunos obreros de la provincia austriaca, se han dejado uncir completamente al carro del gran capital por sus protectores, la industria y los bancos. La consigna, en que coincidieron con sus financiadores, fué: el aplastamiento del austromarxismo, la lucha contra la Viena roja.

A diferencia de las asociaciones nacionalistas alemanas—si prescindimos del episodio bávaro del año 1923—, gozan las «Heimwehren» austriacas de la protección del más poderoso partido gubernamental, del social cristiano, y sobre todo del más importante político de este partido, del prelado Seipel. Por eso las «Heimwehren», aunque sean una organización declaradamente anticonstitucional y subversiva, se presentan a veces como una reserva legal del gobierno parlamentario. Su auge

y decadencia, especialmente en el orden financiero, depende del grado de sus relaciones con los hombres del partido social cristiano, que gobiernan en cada caso.

Al principio, la industria y los Bancos se muestran muy reservados frente a las organizaciones de combate, que se agitan allá en las comarcas alpinas. El jefe de las milicias patrióticas de Estiria, el antiguo capitán provincial Rintelen, que está seriamente comprometido por diversos escándalos bancarios, tiene que aprovechar al principio las relaciones, que como director de la Compañía «Fuerza Hidráulica de Estiria» tiene con Italia. También en Berlín procura encontrar apoyo, por cierto en el campo nacionalista. Pero la bolsa de la industria no se afloja, ni el movimiento adquiere base financiera, hasta que el canciller Seipel da su bendición a las «Heimwehren», En noviembre de 1927 el jefe supremo de la «Heimwehr», el abogado de Innsbruck Dr. Steidle, puede comunicar a sus jefes subalternos que la Asociación de la Industria, la organización suprema de la industria austriaca, ha entregado a la «Heimwehr» de Estiria, como donativo extraordinario para equiparse, 55.000 chelines, unos 30.000 marcos, y se ha mostrado dispuesta a contribuir mensualmente con 4.000 chelines.

Otro protector, todavía más importante, es la «Compañía Minera Alpina», la mayor Empresa minera de Austria, que, por conducto de Castiglioni y de Stinnes, ha llegado a la posesión de los «Talleres Siderúrgicos Unidos». El mayor *trust* de la industria pesada alemana, a cuya cabeza se hallan Fritz Thyssen y Albert Vögler, contribuye, pues, indirectamente, a financiar en gran escala las «Heimwehren» austriacas. La «Minera Alpina» financia el armamento de la «Heimwehr» de Estiria; entrega dinero para costosos desfiles, como el de Graz, al que contribuye con 10.000 chelines, y garantiza los gastos de ferrocarril para la movilización.

Una vez que la gran industria, con la aprobación del Gobierno, ha dado el primer paso, no tienen por qué arredrarse los demás sectores propietarios. La financiación de la «Heimwehr» llega a ser una especie de compromiso de honor para todos los que toman en serio la lucha contra el socialismo. La gran propiedad territorial, hoy poco extendida ya en Austria, les ayuda a la adquisición y custodia de armas y municiones. Así, en el castillo del príncipe Starhemberg se guardan 500 equipos completos, incluso cocinas de campaña para caso de guerra. También los Bancos contribuyen poco a poco a la financiación, sobre todo porque creen agradar con ello al canciller Seipel. Así, entre los protectores de las «Heimwehren» se cuentan los Rothschild de Viena. Todavía más dadivoso en la lucha política contra la Socialdemocracia es el omnipotente director del Instituto de Crédito Hipotecario Austriaco, Sieg-

hart, quien, ya como alto funcionario de la vieja Austria, administró los fondos secretos y está muy enterado del negocio político, pero también del financiamiento de la política. Las hojitas impresas que la «Heimwehr» reparte por el campo, hacen desde luego abiertamente propaganda antisemita. Sin embargo, para no suscitar antipatías en los círculos de la Banca y la Bolsa de Viena, el doctor Steidle declara solemnemente que el movimiento de las «Heimwehren» está muy ajeno a las tendencias antisemitas, y los banqueros y comerciantes judíos se apresuran a remunerar al generalísimo esta confesión, verdaderamente liberal, con espléndidas aportaciones.

Así, de todas partes afluye dinero a las milicias de la reacción nacionalista, dinero que se invierte en compras de armas en gran escala y en la sistemática preparación de la guerra civil. En el otoño de 1929 había preparados en Estiria 20.000 fusiles, 800 ametralladoras, 24 lanzallamas, 6 lanzaminas, 30 cañones y 2 aeroplanos. Hasta con gases asfixiantes están equipados los milicianos de la «Heimwehr». Actividad igualmente fecunda despliega en Tirol el mayor prusiano Pabst, antiguo compañero de armas de Ehrhardt, quien sobresalió ya en la intentona Kapp y todavía sigue en contacto con las federaciones alemanas, sobre todo con la liga «Oberland» de Baviera. Los retos de la «Heimwehr» son cada vez más amenazadores; el llamamiento a las masas, cada vez más intenso; la marcha sobre Viena parece inminente.

El movimiento de las «Heimwehren» se paraliza

Pero Austria es un país pequeño, un país impotente, a pesar de que en Innsbruck y en Graz hay todavía tantos fanfarrones. No importa que las «Heimwehren» se hayan asegurado la amistad de la Italia fascista por buenos conductos. Hay grandes potencias ante las que Austria tiene que inclinarse. En Inglaterra la prensa advierte los peligros que amenazan en Austria, y el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno laborista, Henderson, lanza desde la Cámara baja una enérgica amonestación a Viena. En situación política tan insegura no hay que pensar en obtener en Inglaterra ni en Norteamérica los empréstitos exteriores que Austria necesita urgentemente. También sobre la economía privada austriaca se hace sentir el retraimiento de los financieros de fuera. Cuando, en octubre de 1929, quiebra el Instituto de Crédito Hipotecario Austriaco y el orgulloso poderío de Sieghart se hunde en el ocaso, los sectores burgueses, que veían en la «Heimwehr» su

salvación, vuelven sobre su acuerdo, y, uno tras otro, se dispersan los protectores.

Como por la extensa organización de la «Heimwehr» los gastos corrientes son muy elevados—sólo la «Heimwehr» de Estiria necesita mensualmente 20.000 chelines—, pronto se advierte un gran apuro de dinero. En Innsbruck, cuartel general de Steidle, los ingresos apenas llegan para sostener la oficina de la dirección agraria del Tirol. Hay desavenencias entre los jefes. La Federación Agraria Austriaca se separa de las «Heimwehren», y el nuevo canciller, Schober, no piensa en recibir de ellas órdenes. El Gobierno se arriesga incluso a expulsar de Austria al prusiano Pabst, como extranjero indeseable. El poderío de las «Heimwehren» está manifiestamente en decadencia. El gran capital infló a esta milicia, y ahora se desploma como un globo al que se le ha salido el aire.

La orden de la Juventud contra la plutocracia

Para la gran masa de partidarios y secuaces, todas estas conexiones y relaciones de dependencia son desconocidas. Incluso muchos jefes no las ven o no quieren verlas. Cuando llaman a la puerta de los ricos, tienen que figurarse que son ellos mismos los que empujan hacia fines nacionales más altos a los consejeros de comercio y directores de fábricas. Pero los más avisados y perspicaces saben, naturalmente, dónde está el juego, quién es el que tiene en la mano los hilos del partido, quién posee la fuerza y quién dice la última palabra. Oficialmente no puede propalarse cuán grande es la influencia del dinero, incluso en la política de las alianzas. Pero cuando se está en confianza y se puede hablar con franqueza, nadie se entrega a vanas ilusiones. Así, el ayudante personal de Ehrhardt, el teniente de Marina Liedig, escribe a otro wikingio: «¿Qué adelantamos con gritar tanto contra la plutocracia en una época en que la base de nuestra vida depende de la gracia o desgracia de esos hombres que tienen el dinero en sus manos?» (1). Ante el poder del dinero tiene que resignarse también el nuevo lasquenetismo alemán.

El único grupo burgués, entre las asociaciones nacionalistas, que se revuelve furioso contra la prepotencia de la plutocracia es la «Jungdo», la Orden de la Juventud alemana. Como las «Heimwehren» y las asociaciones patrióticas, surgió en calidad de organización defensiva contra el bolchevismo, y es, en

(1) Dor Abend (Vorwarts), 27 febrero 1928.

su ideología y en sus propósitos, románticamente difusos, y desde luego especialmente oscuros, de índole puramente burguesa.

Los miembros de la Orden de la Juventud alemana luchaban al principio al lado de la «Orgesch». La Orden aparecía en público solamente como una sección y una mascarada especial de la organización «Escherich». Por eso fué también prohibida en Prusia, juntamente con la «Orgesch». Pero, en 1921, rompieron ya la «Orgesch» y la «Jungdo», y la primera consecuencia de ello fué que la «Orgesch», entonces más fuerte, quitase a la «Jungdo» todo apoyo pecuniario (1). Los hombres de las «Heimwehren», y luego los patrióticos suscitaron sospechas contra los jóvenes alemanes, como cantonistas peligrosos, entre los grandes protectores. La «Jungdo» experimentó en su propio cuerpo el poderío de la plutocracia, y así los antiguos hermanos de armas se convirtieron poco a poco en acerbos enemigos.

La enemistad de la Orden de la Juventud alcanzó sobre todo a Hugenberg, que se convertía cada vez más en el protector supremo de las asociaciones pangermanistas. Como la Orden de la Juventud se recluta entre las mismas capas sociales que el contingente federalista del pangermanismo, la «Jungdo» se convirtió en un enemigo extraordinariamente bien orientado, y precisamente por eso más peligroso, de las demás alianzas burguesas nacionalistas. El esclarecimiento de todo el movimiento nacionalista antiparlamentario y de sus conexiones con los grandes financieros es, en gran parte, la obra del «gran maestre» Arturo Mahraun y de los demás jefes de la «Jungdo».

La lucha contra Hugenberg y contra la reacción nacionalista, sostenida por la industria pesada, llevó a la Orden de la Juventud cada vez más cerca de los partidos democráticos del centro, y, después de la disolución del Reichstag, en julio de 1930, determinó también la fundación del «partido de Estado» por medio de la «Jungdo», de los demócratas y de los miembros jóvenes del partido popular. Las cinco «aspiraciones fundamentales», que la «Jungdo» publicó en el otoño de 1928, califican a los miembros de la Juventud de puritanos de la república. Ellos exigen la igualdad política de todos los ciudadanos y el derecho de coalición de todas las clases y profesiones, de patronos y obreros, y se dirigen contra todas las maniobras monarquizantes «en el terreno del legitimismo». En particular, exige la «Jungdo» que se elimine, sin miramiento partidista, la influencia plutocrática sobre la representación del pueblo y el dominio de los *trusts* y consorcios sobre los parti-

(1) Arthur Mahraun, Gegen getarnte Gewalten. Berlin, 1928, pág. 29.

dos, y que los consejeros de Empresas industriales privadas no puedan ser representantes del pueblo.

No cabe duda que los «jóvenes alemanes» toman muy en serio esta lucha contra la plutocracia. Incluso han despertado con sus propagandas en los círculos de la burguesía media cierta aversión contra el influjo del gran capital en la política. Otra cuestión es hasta qué punto la «Jungdo» misma ha logrado librarse de las influencias capitalistas. La dirección de la Orden intentó, poco después de la separación de la «Orgesch», crearse una base financiera con los medios de la organización misma. Durante la inflación, esto era imposible. Pero después, desde la estabilización, la Orden se hizo también independiente en el dominio financiero. El jefe de la Orden fundó la «Editorial de la Juventud Alemana» y la «Prensa Alemana, S. A.», que edita en Berlín un diario y por algún tiempo poseía la mayor parte de las acciones de una empresa periodística de Kassel. Ambas sociedades unidas, y con ellas la Orden, disponían, según sus propios datos, ya el año 1925, de una fortuna de más de 200.000 marcos.

Para ensanchar su radio de acción, el jefe de la Orden, Mahraun, se echó a buscar un Banco nacional. Pero le ocurrió una desgracia que, en un hombre tan bien informado, a duras penas puede considerarse como fatalidad del destino. Se dirigió al «Banco Oriental de Comercio e Industria», uno de los muchos institutos financieros dominados por Hugenberg. El negocio no se llevó a cabo. Pero Hugenberg no dejó de explotar en momento oportuno aquella petición de crédito de su enemigo, y la prensa de Hugenberg consignó triunfalmente que, después de sus infructuosas negociaciones crediticias, Mahraun se había inclinado hacia la izquierda. Naturalmente no se puede comprobar una relación causal en esta coincidencia de tiempo. Tampoco es muy probable que los jefes de la «Jungdo» entrasen por vez primera en conocimiento de Hugenberg con motivo del crédito del Banco Oriental. Sin embargo, es un caso típico, que demuestra cómo hasta en los círculos «antimarxistas», cuando se nubla el tiempo y se dicen las verdades, el dinero se presenta como la fuerza motriz de la política.

Mahraun y Rechberg

A la posición de la «Jungdo», extramuros de las coaliciones, corresponden sus relaciones industriales. Mientras los sectores de la industria, que apoyan el movimiento federalista, rechazan a la «Jungdo» por su propaganda antiplutocrática, se ha unido a ella un profano: Arnold Rechberg. En el Extranjero se habla a veces concretamente del gran industrial Rechberg. Pero, en

realidad, Arnold Rechberg, amigo de Mahraun, jefe de la «Jungdo», nunca ha ocupado una posición preponderante en la industria alemana. Es meramente hermano de un importante industrial del ramo potásico, con el cual posee, por herencia de familia, grandes paquetes de acciones, y se gasta el dinero en defender sus intereses políticos. Eso es todo.

Arnold Rechberg viene preconizando ya desde la guerra, en conversaciones particulares de salón, la coordinación económica de la industria alemana y de la francesa, como ha llegado a efectuarse entre la industria potásica y la industria siderúrgica bruta. Esta sería la base para la inteligencia política de Alemania con Francia, y entonces sería posible dar en la cabeza con más eficacia al bolchevismo de Moscú. En este camino se encontró con los jefes de la «Jungdo». A ellos se unieron también políticos militares del tipo del general Hoffmann, que, no contento con hacer política de salón, pretendía, con ayuda de magnates ingleses del petróleo, emprender desde luego una campaña blanca contra la Rusia roja.

Nadie negará consecuencia y lógica en la política interior y exterior a estos antibolchevistas encarnizados. Pero marchan siempre por la vía política lateral, y su mayor hazaña consiste en que a veces hacen descarrilar un tren que viene en dirección contraria.

El origen de los socialnacionalistas

También el grupo más fuerte e importante de la derecha, el de los socialnacionalistas, saltó a la liza en los comienzos al grito de combate: «Contra el bolchevismo». Su matiz especial consistía propiamente en que, según sus observaciones, el bolchevismo era una invención de los judíos y probablemente hasta un arma engañosa del capital judío universal, destinada a arruinar a los demás pueblos. Esto rimaba muy bien con las antiguas tendencias antisemitas de la extrema derecha, no sonaba directamente a nada contrario al capital y parecía, por otra parte, un medio cómodo de atraer a las masas y apartarlas del socialismo. Los distintos grupitos racistas, que se congregaron en torno a distintos jefes, difícilmente podían distinguirse unos de otros. Todos los miembros parecían hombres rectos y austeros, que nada tenían que perder, y que, por lo tanto, podían muy bien ser utilizados como palanca contra el nuevo Estado.

Así se explica que el capital industrial haya alimentado y sostenido durante muchos años en Alemania un movimiento

que en su mismo escudo lleva la palabra «socialista». El grupo socialista nacionalista de Adolfo Hitler, a que nos referimos, se organizó desde el comienzo exteriormente como partido, y desde 1924 intervino también en las elecciones parlamentarias, pero sólo para combatir el parlamentarismo dentro del Parlamento. Por su esencia, se cuenta entre las ligas y asociaciones extraparlamentarias. Como su jefe, Hitler, procede de las comarcas fronterizas de la Baviera austriaca. En su primera época de esplendor, que encuentra ruidoso, pero deslucido epílogo, con el alzamiento de Hitler en Munich, está ya tan empapado de tintas bávaras que su cruz esvástica se destaca muy poco sobre el matiz azul y blanco de los monárquicos de Baviera. Nobles ambiciosos, pequeños burgueses, obreros y campesinos, todos en revuelta maraña, parecen estar dispuestos a marchar juntos sobre Berlín. Evidentemente, no hay allí contrastes sociales de clase. Con llaneza bávara, se sientan todos en el mismo banco ante el *bock* de cerveza, murmuran en el mismo dialecto contra los judíos y los cochinos prusianos y celebran en común consejo de guerra.

También la caja de guerra de los clericales y de los cruzados, de los «monobávaros» y de los «pangermanistas», se alimenta de las mismas fuentes. Los principales protectores son industriales bávaros. Estos sólo necesitan enviar sus donativos al presidente, que se cuida de todo lo demás. El jefe de la Asociación Industrial Bávara, el consejero secreto Aust, y su yerno el síndico Kuhl, proporcionan por sí mismos los fondos para el movimiento nacionalista. El fabricante Hornschuch de Kulmbach y la familia de industriales muniqueses Maffei trabajan en la misma dirección. Desde luego, parecen preferir financieramente a las huestes de Hitler, mientras el consejero secreto de Comercio Zentz apoya a las «Heimwehren» de matiz católico-bávaro, y el consejero de Comercio Seitz y el cónsul general Scharrer se esfuerzan por ganar todavía para la causa nacionalista a la prensa burguesa independiente de Munich.

Los protectores políticos se encuentran también, casualmente, en las mismas empresas económicas. Es la época de la gran inflación, y todo hombre de negocios cabal se preocupa de fundar su pequeño «consorcio Stinnes». Así, en la «Compañía de Comercio Exterior Eugen Hoffmann» se repite, bastante completa, la lista de nombres de los financieros nacionalistas bávaros. Es un grupo escogido, que se dedica a la importación y a la exportación : junto a los consejeros de Comercio de Munich figuran el barón de Cramer-Klett, el conde Einsiedel de Starnberg, el príncipe Guido Henckel-Donnersmarck de Rottach y hasta el duque Luis Guillermo de Baviera. Pero, como gala especial del consorcio nacionalista racista alemán, figuran

algunos monárquicos rusos: el general zarista Wassilj Biskupskj y el barón Koeppen.

Desgraciadamente, ni aun los nombres más ilustres bastan para proteger contra catástrofes económicas. Cuando la inflación toca a su fin, la «Compañía de Comercio Exterior Eugen Hoffmann» se hunde. Al mismo tiempo, quiebra en Berlín la «Compañía Landlicht para la Industria Cinematográfica», en la que están muy interesados financieramente Hugo Ritter von Maffei y el consejero secreto de Comercio Zentz, de Munich.

Los protectores extranjeros de Hitler

Mientras el ala clerical bávara del movimiento nacionalista de Munich se replegó a la vida diaria burguesa, bastante libre de daños y de preocupaciones, los revoltosos partidarios de Hitler tuvieron que soportar algunos procesos e indagaciones judiciales. Con este motivo se comprobó que Adolfo Hitler contaba también fuera de la zona industrial bávara con muchos protectores. Desde Berlín le apoyaban las fábricas Borsig y, con más insistencia, el entonces copropietario de la fábrica de pianos Bechstein, Edwin Bechstein; desde Sajonia, el consejero secreto Phillipps; desde la cuenca del Ruhr, la «Asociación de Fundidores de Hierro», y desde Württemberg, la industria de maquinaria. Por último, tampoco faltaban damas nobles, que favorecían a Adolfo Hitler con modestos donativos.

Pero lo más sorprendente era con cuánta munificencia se afinanzaba al rebelde Adolfo Hitler desde el Extranjero. Sus amigos de Suiza pusieron a su disposición 330.000 francos; el profesor universitario barón de Bissing, abrió en Holanda una suscripción de florines para la empresa nacionalista, y los americanos alemanes le expresaban su simpatía con donativos en dólares. Pero también en Checoeslovaquia contribuían a las suscripciones de dinero para Hitler los industriales Duschnitz, Arthaber y hasta directores de la mayor Empresa de armamentos, de los Talleres Skoda, controlados por los franceses. Es cierto que la industria de los armentos se prometía muchas cosas del avance de Hitler, adondequiera que se dirigiese por lo pronto. De acuerdo con el espíritu de la gran Alemania, Hitler recogía de buen grado los auxilios que se le enviaban de todos los puntos de la frontera, porque los preparativos de la guerra civil consumían grandes sumas. A pesar de todo, como el depositario del partido obrero socialnacionalista declaró una vez ante los tribunales, se tuvo mucho cuidado en que los judíos no metiesen de matute dinero en el partido.

La afirmación, muchas veces formulada, de que Hitler recibía también dinero de los fascistas italianos, nunca se ha demostrado de una manera contundente.

Después de una pausa de varios años, durante la cual Adolfo Hitler tiene que pasar algunos meses en una fortaleza, el movimiento socialnacionalista vuelve a tomar auge desde 1927, desalojando a otros grupos racistas más pequeños. Como los nacionalistas alemanes tienen que hacer en el Gobierno del Reich mucho de lo que han censurado como partido de oposición, los descontentos de la derecha se acogen a los socialnacionalistas. Pero el mismo grupo Hitler se va convirtiendo ahora cada vez más en un partido parlamentario político y va perdiendo el carácter de liga extraparlamentaria de combate. Con esto se ensancha su base financiera.

Sin embargo, no ha variado mucho su sistema de recaudar dinero. Algunos leales de la industria bávara siguen todavía ayudando a Hitler. Así, el consejero secreto Aust, el doctor Kuhl y el director general Wacker. También de la comarca del Ruhr le llegan recursos, como, por ejemplo, del viejo Emilio Kirdorf. Desde luego, hay zonas compactas de industriales que se niegan ya a apoyar financieramente al partido obrero socialnacionalista, sospechoso de concomitancias rojas. En algunas grandes explotaciones, en Siemens, en Borssig, no se ve con desagrado el que los socialnacionalistas ganen terreno entre los obreros y empleados y constituyan así un contrapeso contra las huestes marxistas. Pero, aparte de esto, la industria en conjunto no quiere relacionarse con las gentes de Hitler. La Asociación Nacional de la Industria Alemana se opone, por consiguiente, a subvencionar a candidatos socialistas nacionalistas con sus fondos electorales. Sin embargo, Hitler obtiene un fuerte apoyo económico desde que Hugenberg, en 1928, coincide abiertamente con los socialistas nacionalistas para emprender acciones políticas comunes, por ejemplo en la demanda popular y en el plebiscito contra el plan Young. De este modo los socialnacionalistas recuperaron la capacidad de alianza para muchos industriales.

Socialización con reservas

Para no perder el favor de sus grandes protectores capitalistas, los socialnacionalistas han hecho desde luego concesiones, como ningún otro grupo político en Alemania. En el programa del partido obrero socialista nacionalista se dice: «Exigimos una reforma territorial, adecuada a nuestras necesidades nacionales, y la creación de una ley de expropiación gratuita del suelo para fines de utilidad común». Como la fra-

se «expropiación gratuita» había producido gran revuelo entre los grupos burgueses de la derecha, Adolfo Hitler se vió obligado a dar una explicación el 13 de abril de 1928, manifestando que la frase «expropiación gratuita» se refería solamente a «la creación de posibilidades legales para expropiar en caso necesario el suelo que hubiera sido adquirido de una manera ilegítima o no se administrase según los puntos de vista del bien popular. La frase apunta, pues, en primer lugar, contra las sociedades judías de especulación territorial».

Y para dejar más claro dónde acaba el ideario socialista de los socialnacionalistas y dónde empieza la coincidencia con el capitalismo, el comentador oficial del programa del partido, el diputado socialnacionalista Gottfried Feder, dió una explicación declarando quién había de ser reconocido por los socialnacionalistas como empresario y excluído de la socialización. En este caso se hallan en primer término «los creadores verdaderamente grandes de nuestra industria pesada, los Krupp, Kirdorf, Thyssen, Abbé, Mannesmann, Siemens». En realidad, los socialnacionalistas exigen expresamente en su programa la «incautación por el Estado de todas las explotaciones ya socializadas». Y el comentario de Feder dice todavía con más claridad: «Las gigantescas explotaciones (consorcios, sindicatos y *trusts*) serán estatificadas». Que Emilio Kirdorf sea el fundador del «Sindicato Carbonero Wetfaliano-Renano», que precisamente los Krupp, Thyssen y Mannesmann hayan creado las gigantescas explotaciones, consorcios y *trusts* de la industria pesada, eso poco importa. Las grandes empresas capitalistas, cuyos directores sean políticamente gratos y útiles al grupo Hitler, no tienen nada que temer del furor socializante de los socialnacionalistas.

Estudiantes racistas

Con y entre estos tres grupos sociológicamente bien delimitados, el círculo pangermanista capitalista de Ehrhardt, la Orden burguesa, pero antiplutocrática, de Mahraun, y los socialnacionalistas de Hitler, había y hay en la República alemana una gran cantidad de ligas y asociaciones políticas, cuyo único fin común es poner rápido fin a la democracia parlamentaria. Desde la frase nacionalista, políticamente indiferenciada, hasta el programa defensivo y ofensivo racista radical, están representadas todas las actitudes. La aspereza del tono y la actividad varían con tanta frecuencia como los donantes, que una vez aquí, otra vez allí, manifiestan con pequeñas subvenciones su temple nacionalista y sostienen a flote a las alianzas. A veces, no es más que un puñado abundante de calderilla, a ve-

ces son aportaciones de 50 a 100 marcos, lo que reciben de los padres y amigos de los socios, especialmente las asociaciones juveniles nacionalitas.

Más tenaces y costosas son ya las organizaciones estudiantiles, en cuanto cabe sumarlas a las ligas políticas. Como foco del movimiento racista burgués en las Universidades se ha distinguido la agrupación escolar «Hochschulring für deutsche Art», que prevalece en la mayoría de las Universidades y en casi todas las Escuelas técnicas. El «Hochschulring» se distinguió ya en las luchas contra los comunistas en los primeros años después de la revolución, y por eso mismo se acreditó entre los hombres de la economía como elemento útil de combate. Como consecuencia, goza de abundantes subvenciones, procedentes de los círculos de la gran industria. Alberto Vögler, el director general de los Talleres Siderúrgicos Unidos, que políticamente pertenece al partido popular alemán, apoyó financieramente mucho tiempo al «Hochschulring», a pesar de sus tendencias extremas.

El «Frente Rojo» se disuelve

A las múltiples federaciones y asociaciones de combate de la derecha se contrapone en la extrema izquierda la «Liga Roja de Combatientes del Frente», la vanguardia de los comunistas, la masa de choque en la lucha campal entre la República democrática parlamentaria. En su comportamiento exterior, la «Liga Roja de Combatientes del Frente» apenas se distingue de las asociaciones contrarias de la derecha: el mismo equipo semi-militar, la misma militar contextura, los mismos desfiles al compás de los tambores y bajo las banderas tremolantes. Según una memoria del jefe del «Frente Rojo», Werner Jurr, la Liga Roja y la sección juvenil, su allegada, el Frente Juvenil Rojo, contaban en 1926 con 118.000 miembros, en 1927 con 120.000 y en 1928 con 101.000. El cambio en el número de socios era desde luego muy brusco; con todo, la organización era muy austera y por lo tanto muy costosa.

Respecto a la financiación, la Liga Roja se distingue fundamentalmente de las asociaciones derechistas. Cuando las cuotas de los socios no bastan, ayuda la Internacional de Moscú. Pero ésta no es muy espléndida, y por eso la Liga Roja se encuentra en constantes apuros de dinero, lo mismo que las federaciones de la derecha. Cuando en la primavera de 1929 la Liga Roja fué disuelta en todo el Reich, se presentaron en el Ministerio del Interior docenas de acreedores con sus reclamaciones. Aunque la policía se incautó de todas las cuentas de la Liga, todavía existentes en los Bancos, el balance resultó miserable.

La Liga Roja dejaba más de 100.000 marcos de deudas, para responder de las cuales sólo había un activo de 12.000 marcos. Los acreedores exigían tumultuosamente que se anunciase liquidación judicial y que el Reich respondiese de los perjuicios sufridos ; pero no encontraron eco. La Liga Roja no existía ya jurídicamente después de la disolución, y a una entidad que no existe no se la puede declarar en estado de quiebra.

El partido comunista se aplicó enseguida la experiencia de la Liga Roja. Cuando la agitación del partido comunista adoptó en 1929 formas más agudas y por lo tanto tuvo que contar con que todo el partido, a pesar de los 54 diputados comunistas del Reichstag, fuese disuelto por la policía, como asociación extraparlamentaria de combate, la dirección del partido se preocupó a tiempo de la cuestión financiera. Para que los importante bienes del partido, especialmente las imprentas de periódicos y la Casa Karl Liebknecht de Berlín, no fuesen confiscados, se resolvió vender los bienes inmuebles en cuanto a la forma. La asamblea comunista que se celebró en junio de 1929 en Berlín-Wedding, confirmó expresamente la adopción de esta medida previsora. En el curso del mismo año se entablaron distintas negociaciones de venta, en las cuales el valor de las fincas e imprentas del partido se tasó en 8,5 millones de marcos, de los cuales habían de pagarse por adelantado dos millones. También se trató de un gran crédito bancario para organizar de nuevo las imprentas. El resultado de estas gestiones quedó en la sombra ; sin embargo, parece que los comunistas lograron eliminar de la política la fortuna de su partido, hasta el punto que puede ya considerarse a salvo de las ingerencias de la policía.

El presupuesto de la «Reichsbanner»

Las asociaciones de combate de derecha y de izquierda acabaron por hacer necesario que también los partidos democráticos republicanos se organizasen «federalmente» para responder a las maniobras extraparlamentarias con procedimientos extraparlamentarios. Así, después del alzamiento de Hitler, en la primavera de 1924, surgió la «Reichsbanner», como organización de lucha de la coalición de Weimar : de la Socialdemocracia, de los demócratas y del Centro. El mayor contingente, con mucho, de los miembros lo aportó la Socialdemocracia, y con la actividad de los sindicatos libres y de los partidos la «Reichsbanner» se transformó en una organización de más de un millón de miembros.

Como la «Reichsbanner» descansa sobre la base de los obreros y empleados sindicalmente organizados y de sus familiares, la aportación de las cuotas de socio se desenvuelve aquí mejor

que en otras alianzas políticas; porque los sindicalistas están acostumbrados a cotizar para la organización en que están inscritos. Con las cuotas de los socios, que oscilan mensualmente entre 40 *pfennigs* y un marco, se recaudan al año unos seis a siete millones de marcos. Sin embargo, tampoco la «Reichsbanner» podría sostenerse, si no recibiese de vez en cuando mayores aportaciones de los círculos de la burguesía republicana, sobre todo de los comerciantes.

En conjunto, la «Reichsbanner» tiene anualmente unos ingresos de 10 a 12 millones de marcos. También los gastos ascienden a cifras muy respetables. Así, en 1929 se gastó millón y medio de marcos para la construcción de una escuela propia y de un estadio con piscina de natación. Como atracción especial para los miembros hay una caja de seguros, que garantiza a los miembros de la «Reichsbanner», en caso de accidentes al servicio de la liga, una indemnización, y en caso de muerte un subsidio de 1.500 marcos a los parientes; pero además, paga un pequeño socorro a la familia si el socio fallece de muerte natural antes de los cincuenta y cinco años.

Los gastos de la «Reichsbanner», que sostiene a sueldo en cada uno de sus 30 distritos y en los grupos locales de más importancia secretarios y jefes de oficina, no son mayores, en comparación con su número de miembros, sino menores que los de las asociaciones más pequeñas de la derecha. Sin embargo, por las cifras aducidas se desprende que las asociaciones políticas requieren en Alemania mucho más dinero que los partidos políticos. El presupuesto anual de las organizaciones federalistas puede muy bien calcularse entre 25 y 30 millones; por consiguiente, no es muy inferior a los gastos de una elección del Reichstag. Pero no hay qne olvidar que en estas cifras tan elevadas se contiene una buena parte de lo que hoy gasta la juventud, políticamente interesada, para sus diversiones, sus fiestas y sus viajes.

Con la «Reichsbanner» se cierra el cerco de organizaciones federalistas, que hoy envuelve a toda Alemania. Así como los grupos antiparlamentarios, que aspiran a la dictadura de izquierda o de derecha, acaban por penetrar en el Parlamento para proseguir allí la lucha política, así los grupos republicanos parlamentarios se lanzan a la calle, para defender su interés fuera del Parlamento, para hacer prosélitos de sus ideas y para atraer a la juventud, que gusta del aparato militar de las alianzas. La lucha por el poder la sostienen todos los partidos y todas las tendencias dentro y fuera del Parlamento. Pero también en la zona extraparlamentaria de combate se mezcla el dinero en la política, interviene el capital y procura asegurarse la preponderancia. Precisamente porque aquí no se procede según las reglas severas de la mayoría, propias del parlamentarismo; precisamente porque aquí no decide solamente el número, sino la organización

más disiplinada y a veces el mejor armamento, se puede obtener con dinero mucho más que en la lucha electoral.

Si, a pesar de todo, sólo son muy reducidos sectores capitalistas los que apoyan activamente a las organizaciones federalistas de combate, ello depende de que en la lucha de la calle se sabe muy bien dónde se empieza, pero no dónde se acaba. El parlamentarismo podrá acarrear al capital muchos disgustos y peligros ; pero, sabiendo bordearlos, el Parlamento es el medio más inocuo para transformar el dinero en poder.

Capítulo cuarto

El dinero en la Prensa

El conducto por el cual el ciudadano se pone diariamente en contacto con la política, es la Prensa. El pertenecer a un partido o a una liga política presupone ya un interés político activo, y el ciudadano no organizado difícilmente es llevado a las asambleas políticas fuera de la época de las elecciones. El alemán no sólo es peor orador que el francés o el italiano, sino también peor oyente. La palabra hablada no produce en él tanto efecto como la escrita e impresa. No se deja arrastrar tan fácilmente; quiere ver en letra de molde aquello en que ha de creer. Así lo exige su sentido de la autoridad, sino también su afán de solidez y exactitud.

Muchas veces no puede comprobar si lo que se le expone en la Prensa es exacto o dudoso, políticamente desinteresado o tendencioso, como no compare la exposición de los mismos hechos en varios periódicos. Sin embargo, para que el lector se decida a esto, «su» periódico tiene que extremar de algún modo la nota, o ha de intervenir algún estímulo de fuera. En conjunto, el lector alemán tiene gran confianza en el periódico por el cual se decidió una vez. Las posibilidades de comprobación personal resultan más difíciles en Alemania, por la exclusividad del sistema de suscripción. Mientras en el Extranjero la venta de los periódicos en la calle constituye la regla, y el habitante de la ciudad puede sentir así la tentación de comprar alguna vez otro periódico distinto del «suyo», el alemán es el lector típico de un solo periódico. Recibe en casa «su» periódico, y para renunciar a la suscripción ha de hacer un esfuerzo, al que no se resuelve de buenas a primeras.

Según esto, para influir en los lectores hay que empezar por influir en el periódico, y este es el punto en que otra vez se encuentran el dinero y la política. Los métodos de ejercer influencia política sobre el periódico por medio del dinero han sufrido muchas transformaciones. El método más antiguo y más barato era el soborno de los periodistas. En Alemania este método fué corriente desde los principios de la Prensa política en el sentido de hoy; por lo tanto, ya desde los tiempos de Metternich hasta la era de Bismarck. La corrupción la practicaban los Gobiernos, menos para fines de política interna, pues en ese

orden se salía del paso generalmente con el medio todavía más barato de la censura, que para fines de política exterior. Los distintos Estados alemanes daban subvenciones secretas a la Prensa en el propio país, y a ser posible también en las capitales de los demás Estados alemanes, para atacar al vecino en el momento oportuno. Estas subvenciones redundaban generalmente en beneficio de los redactores, pero con anuencia del editor, que por esta causa mermaba los sueldos, y así se aprovechaba también indirectamente. Muchas veces el editor y el redactor-jefe eran entonces una misma persona.

Más difícil fué la situación para los centros oficiales, cuando en la segunda mitad del siglo XIX se formó una clase de editores potentados. Entonces ya no se conseguía nada con doscientos ni con mil marcos. El periódico, que antes era una institución de ideas, el portavoz de publicistas políticos aislados o el instrumento de políticos poderosos de incalculable fortuna, se convirtió ahora en una empresa comercial y, si el negocio iba bien, en una potencia económica.

La influencia de los anunciantes

La base del negocio no era la suscripción, que muchas veces no bastaba para cubrir los gastos, sino la sección de anuncios. En adelante, el peligro para la independencia de la Prensa consistía en que el editor quedaba en relación de dependencia respecto del anunciante. Por el camino del anuncio no se podía llegar, generalmente, a una influencia inmediata sobre la política, pero sí a una influencia sobre la información económica. La intervención más importante para el público y más vigorosa fué la de los industriales y banqueros, que publicaban en los diarios los balances, convocatorias de asambleas generales, emisiones de empréstitos y cosas parecidas, y que por la cuantía de sus encargos estaban en situación de ejercer presión sobre el editor. Este método se hallaba particularmente en boga por los años de las fundaciones.

La subordinación del periódico a los grandes anunciantes disminuyó, naturalmente, a medida que creció la potencia financiera de algunos grandes editores, que ya no necesitaban guardar consideraciones a un solo anunciante ni a un grupo de anunciantes. Pero ni aun hoy ha desaparecido por completo en la gran Prensa, que da el tono en la política, aun cuando la influencia de los anunciantes suele ser exagerada por el público. En conjunto, ni los mismos insertantes de anuncios caros y continuos como por ejemplo los propietarios de grandes almacenes, logran imponer a los grandes periódicos de las ciudades una actitud político-fiscal o político-social que les agrade.

Mayor es la dependencia que tiene del anunciante el editor de las pequeñas ciudades. Una de las notas características de la Prensa de las pequeñas ciudades es que en ella un anunciante puede ejercer una influencia decisiva sobre la sección política; por ejemplo: el Estado, que utiliza el periódico como órgano oficial de publicidad. Así, los boletines de los consejos cantonales prusianos eran antiguamente un instrumento político, de que los conservadores hacían diligente uso, sobre todo antes de las elecciones. A partir de la guerra, la industria pesada ha procurado sistemáticamente dominar a la Prensa desde la sección de anuncios. Más adelante, hemos de volver a hablar de estas relaciones tan importantes para la orientación de la opinión pública.

La estructura financiera del periódico moderno sobre la base del anuncio es algo que al público le parece repugnante. Por eso muchas veces se ha sugerido que, para purificar a la Prensa y crear una opinión pública independiente, debe desaparecer de la Prensa diaria el anuncio, o por lo menos debe estatificarse la inserción. Pero la experiencia enseña que, dados los elevadísimos gastos que causa un extenso servicio de noticias, la mejor garantía de independencia del periódico es la buena cimentación financiera de la Empresa, y esa cimentación es imposible sin los anuncios.

Cabría, pues, defender más bien la tesis de que una empresa periodística, organizada de una manera puramente comercial sobre la base de los anuncios, responde mejor a las exigencias de la Prensa independiente. En efecto; una empresa que no persiga otros intereses que los comerciales y que se mantenga libre de todas las demás influencias precisamente por miras comerciales, será la más dispuesta para responder en su actitud política a la voluntad y los deseos del público y para reflejar lo que se llama opinión pública. Lo ideal sería un editor, que por principios puramente comerciales publicase periódicos de todas las tendencias, desde el comunismo hasta el nacionalismo racista más extremo, y que, sin forzar ni esta ni la otra tendencia, dejase al público, al suscritor y al anunciante, adoptar la tendencia de su predilección. En los grandes consorcios periodísticos, como el de Ullstein, el de Mosse y antiguamente también el de Scherl, y con más intensidad todavía en algunas empresas de provincia, de las llamadas imparciales, hay ya antecedentes de estos verdaderos almacenes de la opinión pública, pues un editor, dentro de una determinada tendencia (democrática, populista, nacionalista), publica periódicos de distintos matices, que muchas veces discrepan notablemente entre sí en cuestiones políticas.

A las indiscutibles ventajas de este principio periodístico se opone la desventaja de que un editor, sólo interesado comercialmente, tiene que prestar demasiada atención a todos los

estados de ánimo y cambios de humor, y muchas veces aun al supuesto cambio de temple del público, y de que los periódicos contribuyen así, de una manera completamente involuntaria, a la psicosis de las masas, al afán de guerra inspirado por cualquier conducto, al entusiasmo artificialmente atizado en favor de este o del otro movimiento.

La Prensa de tipo «General-Anzeiger»

Más cómoda que la diferenciación política es para el editor que sólo piense comercialmente, la neutralización del periódico. El afán de servir al lector con los menos prejuicios posibles ha llevado en Alemania a la creación de ese tipo de Prensa, que se llama Prensa «General-Anzeiger». De los 3.152 periódicos que aparecían el año 1925 en Alemania, 1.635 de ellos, por consiguiente la mitad, aproximadamente, se llamaban imparciales (1).

Estos periódicos, no ligados políticamente a un partido y que presumen de imparciales o sobreparciales, tienen para la vida política de un país una importancia extraordinaria. Su influencia es mucho mayor que la influencia de la gran Prensa llamada política, del par de periódicos de Berlín, de Frankfurt y de Colonia, cuyas manifestaciones ejercen, desde luego, cierta presión sobre el Gobierno y los Parlamentos, pero que sólo disponen de un número relativamente pequeño de lectores, y para eso con capacidad crítica, por lo tanto difícilmente influenciables.

Los «General-Anzeiger» predominan sobre todo en las grandes ciudades de provincia. Políticamente, adoptan un línea media burguesa. Antes de la guerra, ostentaban un matiz liberal-nacionalista; actualmente lo ostentan populista, pero según la coyuntura y las circunstancias locales se adaptan al estado de ánimo general. En ocasiones se arriesgan hasta el ala derecha de los demócratas; pero con más frecuencia se orientan hacia la derecha y fomentan, siempre bajo la máscara de la imparcialidad, la política nacionalista alemana, procurando evitar en lo posible extravagancias y desplantes antisemitas o antisociales, por respeto a su variado público.

Económicamente, suelen ser para su editor un negocio extraordinario. La tirada pasa, no pocas veces de 100.000 ejemplares, y en algunos casos llega a los 200.000. Pero sobre todo

(1) Hans Kampfinger (Institut für Zeitungsforschung an der Universitat München), «Die deutschen Zeitungen», «Deutsche Allgemeine Zeitung», 28 junio 1926.

estos periódicos son, dentro de su región, las carteleras de anuncios por excelencia. Sus editores suelen disfrutar de una posición muy holgada, por lo cual difícilmente se dejan influir desde fuera. Precisamente en este campo se había iniciado antes de la guerra una amplia concentración, y una docena de los mayores «General-Anzeiger» se encontraban en manos de un solo editor, de la familia Huck.

El fundador del consorcio Huck, Augusto Huck, procedía de Offenbach am Main, donde sus padres poseían una gran fundición tipográfica. El primer periódico que adquirió Augusto, ya por los años del 80, fué el «Breslauer General-Anzeiger». Después de la transformación de la fábrica de Offenbach en una sociedad por acciones, Augusto Huck se retiró de la empresa, se trasladó a Frankfurt am Main y desde allí se dedicó a comprar y fundar periódicos en otras localidades, como por ejemplo el «Nürenberger General Anzeiger», el «Münchener General-Anzeiger», más tarde «Münchener Zeitung», el «Würzburger General-Anzeiger», el «General-Anzeiger für Halle», el «Dresdner Neuesten Nachrichten». Juntamente con la casa Madsack & Co., estaba interesado en el «Hannoverche Anzeiger», y, por unión con la casa editorial Fuchs & Co., en el «Danziger Neuesten Nachrichten». La fortuna de Augusto Huck se calculaba ya a su muerte, en 1911, en 10 millones de marcos.

Sus hijos, Waldemar y Wolfgang Huck, han ensanchado todavía desde Berlín el círculo de intereses. Así, en Stuttgart y Stettin, han reformado los periódicos del consorcio y los han dotado de un servicio propio de noticias. El nombre «General-Anzeiger» fué abandonado, pero el carácter de los periódicos siguió siendo el mismo. La tirada total de los periódicos de Huck es aproximadamente tan grande como la de los de Ullstein y mucho mayor que la de los de Mosse o de Scherl, con lo cual ya se puede calcular cuánta será la influencia política del «apolítico» consorcio Huck.

La Prensa de la industria pesada

Mientras que el consorcio Huck es acaso el que representa hoy en Alemania el tipo más puro de empresa editorial, en los años de la guerra se desarrolló otro tipo de editor, que no considera ya el periódico como empresa industrial, sino ante todo como medio de propaganda económico-política, como órgano de una voluntad política y económica. La eficacia política ha de ser la norma y no la consideración de si el peródico trabaja con *superávit* o con *déficit*.

La potencia que creó este tipo en Alemania, es la industria

pesada. Ya mucho antes de la guerra, tenía este tipo antecedentes, Bethel Henry Strousberg, el gran empresario de ferrocarriles de los años de las fundaciones, que también era periodista por tradición de familia, fué tal vez el primero que reconoció la importancia de la Prensa para alcanzar determinados fines económico-políticos, y el primero que intentó conscientemente robustecer por este conducto su influencia y su poderío. A fines de los años del 60, fundó en Berlín el diario «Die Post», que más tarde llegó a ser órgano del partido conservador libre, y después de muchas transformaciones acabó por perecer en la crisis periodística de los años de la inflación. Con su periódico no hizo Strousberg ningún negocio inmediato, pero tampoco se propuso hacerlo. La aventura le costó unos 80.000 escudos.

También la industria pesada de Renania y Westfalia sintió ya antes de la guerra la necesidad de tener en Berlín un órgano, y para este fin afinanzó el «Berliner Neuesten Nachrichten», que nunca alcanzó importancia política ni gran difusión. El «Deutsche Kurier», fundado algunos años antes de la guerra por los diputados liberales nacionalistas, Fuhrmann y Hirsch-Essen, allegados a la industria pesada, tampoco tuvo éxito especial. Más tarde se fundió con «Die Post», y ambos se transformaron por último en el «Tag» de Scherl. La influencia ejercida en el antiguo «National Zeitung» tampoco fué de gran alcance. Todos estos ensayos de la industria pesada por penetrar en la Prensa tuvieron algo de episódico y también de caprichoso, por lo cual se estacionaron en los principios.

Los esfuerzos de la industria pesada por apoderarse de la Prensa no toman grandes proporciones hasta la guerra, cuando los encauza de un modo consciente el director general de Krupp, Alfredo Hugenberg. Las ganancias de la guerra y de la inflación son los dos pilares sobre los cuales se levanta ahora el poderío político de la industria pesada de Renania y Westfalia. La conquista de poder por el capital industrial marcha exactamente paralela con la decadencia de las antiguas potencias aristocráticas feudales. Cuanto más palidece el antiguo poder del Estado, tanto menos propende el capital industrial a comprometerse financieramente en propagandas políticas, como ocurría en los últimos años antes de la guerra. La industria pesada no quiere ser ya el humilde peón de la casta noble dominadora; quiere dominar por sí misma, hacer su política sin ingerencia de nadie y representar sin limitación sus propios intereses.

Los dueños del carbón y del hierro barruntan, sin embargo, antes que la nobleza agraria prusiana, que una nueva era está en formación. Aun cuando se sienten en sus explotaciones tan señores de su casa como los terratenientes del este del Elba y aun cuando la democracia les repugna en el fondo tanto como a

los hidalgos de la Marca, reconocen que para el porvenir tienen que contar políticamente con las masas. Por lo tanto, hay que copar a las masas y atraerlas a su campo. Para eso les ha de servir el instrumento de la Prensa.

Sistemáticamente se planea y se ejecuta el ataque. Por tres lados procura Hugenberg apoderarse de la Prensa hasta entonces independiente. Cuando resulta posible, se compran empresas periodísticas y casas editoriales enteras; pero además se establece un servicio propio de noticias y colaboraciones, controlado por la industria pesada, que ha de influir de la manera apetecida en la Prensa mediana y pequeña de provincias, y se intenta también conquistar el campo desde la sección de anuncios.

La compra del «Lokal-Anzeiger»

La primera fortaleza que se rindió fué el «Berliner Lokal-Anzeiger». Augusto Scherl había transformado su «Lokal-Anzeiger», después de treinta años de asiduo trabajo, de una revista semanal de aluvión y de novelas de escalera de servicio, las primeras de las cuales las había escrito él mismo, en uno de los diarios alemanes más leídos, con bastante más de 200.000 suscripciones. Era el periódico de la pequeña burguesía de Berlín y de la clase media, políticamente crédula y bienintencionada. A continuación, damos una estadística profesional de sus abonados, que Augusto Scher publicó a principios de la guerra para fines de reclamo, pues caracteriza la clase de lectores de aquellos periódicos, que poco a poco fueron comprados por la industria pesada. Los suscritores del «Berliner Lokal-Anzeiger», del «Organo central de la capital del Reich», se distribuían el año 1915 de la siguiente manera:

Propietarios, rentistas, pensionados, sin profesión declarada	56.597
Comerciantes	27.461
Empleados públicos	17.451
Mujeres, profesiones femeninas	17.394
Artesanos	15.582
Fondistas, industrias hoteleras, tablajeros, panaderos	13.405
Académicos, médicos, maestros, maestras, empleados.	11.441
Industrias pequeñas	10.940
Artistas, escritores, arquitectos, etc.	7.169
Militares, agricultores, nobles, directores, etc.	6.557
Joyeros, establecimientos, asociaciones, farmacéuticos, dentistas	4.764
Criados	4.298
Obreros	2.061

Suscritores extranjeros, librerías de estación, venta callejera 58.648

Con paz y con guerra, sin acentuar la nota política partidista, Augusto Scherl había educado a este cuerpo de lectores en la lealtad al emperador y al Gobierno, en el amor al orden y en la ideología conservadora, pero también, como requería el mercado para la masa, en la tolerancia liberal. Era, pues, un cuerpo de lectores, muy propicio para el asalto de sectores hábiles de interesados. También económicamente ofrecía el «Berliner Lokal-Anzeiger», a pesar de su imponente volumen, la mejor superficie de ataque. Augusto Scherl había llegado a ser un hombre sumamente rico gracias a sus empresas editoriales. De los 20 millones de marcos de capital de la Compañía «August Scherl» poseía él la mayoría : 11.920.000 marcos; pero, a pesar de todo, era uno de esos empresarios que siempre están sufriendo calamidades pecuniarias. Este hombre, sin duda el más genial entre los editores alemanes de periódicos, no salió de hacer experiencias durante toda su vida. Junto con su negocio principal, o sólo en lejana relación con él, se entregó a los proyectos más fantásticos—la construcción de un ferrocarril rápido de un sólo riel, la «Emporlese-Bibliothek», el sistema de cajas de ahorro a base de lotería, por él ideado—, y los desgraciados intentos de realizar estos planes le costaron mucho dinero. Así, algunos años antes de la guerra, había caído en cierta dependencia de sus acreedores, es decir, de los grupos bancarios de Berlín y del Sur de Alemania.

A principios del año 1913 había llegado Augusto Scherl al extremo de poner a la venta ocho millones de marcos de las acciones de fundador de su Compañía. Como hombre fiel al Gobierno, lo puso en conocimiento del canciller del Reich, Bethmann-Hollweg, pero no sin segundas intenciones. El representante de Scherl dejó entrever que la editorial Scherl caería en manos de Rudolf Mosse, por consiguiente en manos de la oposición, si el Gobierno no se adelantaba. Todavía era tiempo de intervenir, y el Gobierno necesitaba pagar hasta un millón menos de marcos que la editorial Mosse. Bethmann-Hollweg tomó el caso con interés, como su índole lo requería. Pero tampoco en este campo era hombre de acción, y así dejó la iniciativa al ministro prusiano de Agricultura, Schorlemer. Este, a su vez uno de los hombres más ricos que se han sentado en los Consejos del Imperio alemán, obtuvo de Scherl, en condiciones desfavorables, una opción sobre la compra, y reunió entonces a tambor batiente a un grupo de personas adineradas, que habían de aportar los fondos necesarios. No deja de ser curioso que para ahuyentar el «peligro judío»—como se llamaba en los círculos gubernamentales a la eventual compra de Scherl por

Mosse—, se recurriera a dos banqueros de Colonia de estirpe semita: al barón Simón Alfredo von Oppenheim, de la Casa Salomón Oppenheim (junior), y a Luis Hagen, cuyo primitivo nombre era Levy. Poco a poco, se reunieron 59 financieros, dispuestos a cumplir el deseo del Gobierno. La compra se hizo por un precio de 10 millones de marcos.

Fué un negocio genuinamente Scherl. Después de haber leído Augusto Scherl el proyecto de contrato, que le había redactado un abogado de Berlín, muy competente, manifestó: «Excelentísimo señor Consejero de Justicia: sólo falta una pequeñez, sin la cual yo no firmo el contrato. Tenemos que añadir una cláusula, por la cual yo pueda rescindirlo cuando me convenga. El experto Augusto Scherl logró encontrar una fórmula adecuada, y más tarde todavía costó varios millones eliminar definitivamente de su casa al fundador de la editorial.

Los 59 mecenas del Gobierno, que entre tanto se organizaron para fundar en Düsseldorf una «Sociedad Editorial Alemana», no estaban muy contentos de su compra. En general, eran banqueros e industriales, que del negocio periodístico entendían tan poco como del arte de la propaganda política. El *déficit* de la Editorial Scherl, en el que estaban comprometidos, además del «Lokal-Anzeiger», una docena más de periódicos y revistas y varias editoriales de libros, se agravó. El mismo Augusto Scherl no cesaba de acudir con nuevas exigencias, y el asunto acabó por ser demasiado costoso para los nuevos dueños. En el primer año de la guerra, cuando el dinero no abundaba mucho en Berlín, enviaron una carta muy enérgica al Gobierno, diciendo que tuviese la bondad de encargarse de la Editorial Scherl y de poner a disposición de la Sociedad Editorial Alemana, «de cualquier fondo que fuese, a ellos no les importaba», un anticipo sin interés de ocho millones de marcos (1).

Interviene Hugenberg

Efectivamente, el ministro prusiano del Interior, contra toda norma, se mostró dispuesto a aprontar, de la Caja central de Cooperativas prusianas, dos millones de marcos para sanear la Editorial Scherl. Pero tampoco esta suma bastaba; y como los banqueros se ponían cada vez más impacientes, Schorlemer se dirigió, en el invierno de 1915, a un círculo más pequeño de industriales rhenano-westfalianos de la industria pesada: a Krupp von Bohlen, Emilio Kirdof, director de «Gelsenkirchen», Beukenberg del «Phönix», y a Roberto Müser, director general de la Compañía minera «Harpen». Estos hombres, cuyas em-

(1) Ludwig Bernhard, Der «Hugenberg-Konzern», Berlin, 1928, pág. 49.

presas habían ganado formidablemente con los armamentos de guerra—en la Empresa Krupp la ganancia líquida había subido desde 1913 a 1914 de 33,9 millones a 86,4 millones de marcos— y que todavía pensaban ganar más con nuevos suministros, no se negaron. El director general de Krupp, Alfredo Hugenberg, que ya antes se había ocupado algo de cuestiones de propaganda para la industria pesada, recibió el encargo de reorganizar la Editorial Scherl.

Hugenberg aceptó el honorífico encargo bajo la condición de que se le garantizase la posibilidad de «negociar sin obstáculos por medio de influencias laterales». Proyectó un plan de saneamiento, según el cual el grupo de la industria pesada había de aprontar siete millones de marcos, para cancelar las deudas bancarias, y más tarde otros diez millones para sanear la Editorial Scherl. Los industriales aportaron, por lo pronto, 6,1 millones de marcos y recabaron, en cambio, de la «Sociedad Editorial Alemana», hasta entonces propietaria de la Editorial Scherl, un paquete proporcional de acciones ; pero aun así no tenían la mayoría. A fin de asegurarse un poder ilimitado, exigieron se duplicase la proporción de votos para las nuevas acciones. De los 17 puestos del Consejo de administración de la «Sociedad Editorial Alemana» ocuparon ellos nueve, y de los siete puestos del Consejo de Scherl, cuatro. Con esto, la industria pesada había alcanzado, el año 1916, la mayoría absoluta sobre una de las mayores editoriales alemanas, que hasta hoy sigue siendo el núcleo central del consorcio Hugenberg.

No tardaron en hacerse sentir los efectos políticos del cambio de propietarios. Ya con motivo de la resolución de paz del Reichstag, en el verano de 1917, y con motivo de la crisis subsiguiente Bethmann-Hollweg, el «Berliner Lokal-Anzeiger», que hasta entonces había sido bastante partidario de Bethmann, se inclinó del lado de los anexionistas inflexibles y abogó con entusiasmo por los intereses bélicos de la industria de los armamentos.

La fundación de la «Ala»

Casi al mismo tiempo que la adquisición del «Lokal-Anzeiger» se llevó a cabo la fundación de la «Ala», sociedad filial de la «Auslands-Anzeigen G. m. b. H.» de Essen, también sostenida por la industria pesada. La empresa estaba montada exteriormente como una agencia imparcial, puramente comercial, de anuncios ; pero los propósitos accesorios o más bien principales de la fundación no constituían ningún secreto en los círculos industriales. Ante los ataques, sobre todo del «Ber-

liner Tageblat»—la Editorial Mosse era la más directamente perjudicada, y se puso enérgicamente a la defensiva contra la competencia de la industria pesada—, el síndico de la Cámara de Comercio de Hannover, Hocke, expuso en la revista «Der Weltmarkt», en agosto de 1918, los fines concretos de la «Ala».

«En una parte de la Prensa alemana se ha señalado la anomalía de que la sección de anuncios se utilice para el reclamo de la industria y se pone de buen grado a su disposición, mientras en la sección de texto se advierte un gran menosprecio de los industriales anunciantes, y en parte se combaten sus intereses. El deseo de que las cosas cambien es muy comprensible, desde el punto de vista de los industriales. Ellos nunca han pretendido poner en entredicho la independencia de la Prensa ni ejercer en este sentido una presión inadmisible. Pero no estará de más distribuir mejor las órdenes de publicidad, porque también hay otros periódicos que reciben anuncios, aunque hasta ahora han sido menos favorecidos por las agencias unilateralmente organizadas.»

Ante todo, por la nueva fundación de la «Ala» debían afluir más anuncios pagados a aquellos periódicos, «que tienen el valor de defender con resolución el punto de vista patriótico y de fomentar vigorosamente la política de patria, sin cuidarse angustiosamente del efecto producido en el Extranjero ni halagar los instintos de las masas en el país».

Paralelamente con la compra de la gran Prensa, se atendía, como dijo acertadamente un experto, a influir en la Prensa pequeña más débil por medio de los grandes industriales, interesados en el negocio de los armamentos. Los honrados periódicos de provincias recibían subvenciones en forma de anuncios. Este sistema resultó excelente. La «Ala» logró establecer íntimo contacto con una serie de periódicos de provincias, pero además conquistó una gran clientela por la fusión con la antigua oficina de anuncios «Haasenstein & Vogler», que a su vez se había ampliado antes por compenetración con la agencia de anuncios «Daube», de suerte que de la empresa inicial, subvencionada pòr la industria pesada, se llegó pronto a un negocio de buenos rendimientos.

La «Telegraphen-Union»

Menos lucrativo fué el tercer camino seguido por la industria pesada para llegar a la Prensa : la fundación y adquisición de agencias telegráficas. No bastaba atraer a los periódicos financieramente débiles por el rodeo de los anuncios. La misma importancia tenía llegar también a la Prensa de sólidos re-

cursos económicos, y, por lo tanto, capaz de resistencia. Para este fin sirvió la fundación y reorganización de agencias, que suministraban a los periódicos materias primas para el texto, tales como noticias, en las que hábilmente se introducía un comentario o una determinada tendencia, o bien productos más elaborados, artículos de fondo, estudios críticos, recopilaciones tendenciosas, y hasta matrices o cartones estampados, que el editor de las pequeñas ciudades no tenía más que entregar a los talleres para tener compuesto y terminado «su» periódico. Estas colaboraciones eran suministradas por los grupos de la industria pesada a un precio relativamente barato, y, como tras de ellas había una gran organización centralizada de noticias y además recursos financieros que equilibraban todo *déficit*, pronto estos servicios llegaron a gozar de gran aceptación.

El centro de esta red de colaboraciones y noticias lo formaba la «Telegraphen-Union», que bajo la égida de Hugenberg llegó a ser una de las empresas más grandes e influyentes de la Prensa alemana. La «Telegraphen-Union» surgió el año de 1913 de la fusión del «Deutsche Telegraph», fundado por Rodolfo Dammert, y de la «Presszentrale», dirigida por Alejandro Moszkowski. Entre los financieros de la «Presszentrale» se contaba una serie de conocidas personalidades, como el yerno del banquero Carl Fürstenberg, Henoch, el conde Oppertsdorf, y, dato muy importante, el antiguo ministro de Comunicaciones, Podbielsky, que a la sazón ponía mano en todas las empresas comerciales posibles. La «Presszentrale» no llegó a ejercer gran influencia política. A este tronco fundamental de la «Telegraphen-Union» se añadió el mismo año la agencia telegráfica «Herold» de Frankfurt am Main y la antigua agencia telegráfica «Hirsch» de Berlín, que en lo esencial se limitaban a la elaboración de la gran Prensa.

El hombre que llevó a cabo todas estas fusiones y dirigía la nueva empresa era un consejero de Legación, von Schwerin, talento extraordinario, menos experto en el campo del reportaje que en el arte de acopiar dinero. Ya antes de la guerra la «Telegraphen-Union» disponía de un capital de más de dos millones de marcos. Pero la obtención y difusión de noticias suele costar más de lo que produce, y así Schwerin tuvo que echarse a buscar dinero nuevamente durante la guerra. Se dirigió al grupo económico que mejor marchaba entonces, a la industria pesada, y también allí encontró amistosa acogida. Para que la subvención recibida no trasluciese, fundó Schwerin una sociedad que respaldase a la «Telegraphen-Union», la «Westend-Verlag G. m. b. H.», de Charlottenburg, en la que ahora tenía parte Hugenberg como hombre de confianza de la industria pesada rhenano-westfaliana. En 1919 adquirió Hugenberg la

mayoría de las acciones, dotó de nuevos medios a la «Telegraphen-Union» y reformó notablemente el servicio de noticias.

La Prensa de Otto Wolff

Pero no llegó a ser una gran empresa hasta que Hugenberg, en la primavera de 1921, logró comprar otra gran oficina de correspondencia de Berlín, la «Dammert Verlag G. m. b. H.», y refundirla con la «Telegraphen-Union». También este servicio de colaboraciones había sido fundado algunos años antes de la guerra por el Dr. Rodolfo Dammert y había llegado a ser una gran empresa, en la que trabajaban 75 periodistas y en total 250 empleados. Ya poco después de la guerra intentó Hugenberg apoderarse de esta importante agencia; pero Dammert se opuso a venderla. Al aumentar la depreciación del marco, llegó a ser más difícil la situación de la oficina de colaboraciones, y Darmmert aceptó una oferta que el consejero de Gobierno, Pablo Schwarz, le trasladó en nombre de los grandes industriales de Colonia, Otto Wolff y Ottmar Strauss, que habían prosperado mucho durante la guerra y eran propietarios de «Phönix» y «Rheinstahl». Otto Wolff adquirió el 60 por 100 de las acciones de la Compañía «Dammert».

Como el sostenimiento de un gran servicio de noticias durante la inflación resultaba cada vez menos rentable, Hugenberg repitió su propuesta al nuevo propietario. Ottmar Strauss, que en cierto modo dirigía la sección político-diplomática del consorcio Otto Wolff, se negaba al principio a entregar la «Telegraphen-Union» a la industria pesada competidora, abandonando con ello este importante instrumento político a la derecha. Porque contrastando con la antigua industria pesada renano-westfaliana, con Kirdorf, con Thyssen, con Stinnes y con todo el sector que tenía por exponente a Hugenberg, los nuevos industriales Wolff y Strauss, procedentes del comercio del hierro, permanecían fieles al nuevo Estado. Personalmente, no eran políticos de cepa; para ellos, la política constituía sólo un medio de hacer negocio. De ahí que su táctica comercial, y por lo tanto su táctica política, fuese nadar con la corriente y no contra la corriente, como el resto de la industria pesada. Durante la guerra, Ottmar Strauss se había entendido perfectamente con las autoridades militares y había logrado de ese modo grandes encargos para la empresa de hierros Otto Wolff & Co.; ahora estableció estrecho contacto con el Gobierno republicano y le ayudaba contra viento y marea.

También para la Prensa de los partidos centristas, por ejemplo para la «Kölnische Volkszeitung», el gran periódico rhenano del Centro, y para «Zeit», órgano del partido popular de

Stresemann, daban dinero Wolff y Strauss, sin estar especialmente interesados en estos periódicos. Desde luego, con sus empresas periodísticas nunca llegaron a ejercer en la política gran influencia, pero tampoco lo pretendieron. Eran más bien negocios de pasatiempo a corto plazo. Precisamente por eso no querían indisponerse con el Gobierno, entregando la «Telegraphen-Union» a los enemigos más encarnizados y peligrosos de la república.

Cuando Hugenberg vió que por camino derecho no adelantaba nada y ni siquiera podía llegar a una colaboración entre la «Telegraphen-Union» y la editorial Wolff-Strauss-Dammert, eligió un rodeo y echó por delante a un testaferro, como en otros casos. La «Patria Literarische Verlags G. m. b. H.» adquirió para el grupo Hugenberg todas las acciones de la Editorial Dammert. El mismo Dammert, que, como solía ocurrir con las acciones de Hugenberg y Stinnes, no fué advertido previamente de la reventa de su oficina, se apartó al saberlo. Con esto, había sido asaltado un baluarte muy precioso para influir en la Prensa media de provincias.

Opinión pública al por mayor

En torno a la «Telegraphen-Union», robustecida por Dammert, se agrupó en los años siguientes toda una serie de agencias de noticias. El servicio internacional de noticias se amplió por contratos de intercambio con la «United Press» y la «Associated Press» de Norteamérica, y con la «Exchange Telegraph» de Inglaterra. A éstas se añadieron la oficina parlamentaria berlinesa de Beckler y Gutmann y varias agencias parlamentarias del Sur de Alemania. La «Kulturbeiträge», la «Berliner Dienst» y, sobre todo, la bien informada «Deutsche Handelsdienst», que, durante algún tiempo estableció en Essen un servicio filial (el «Westdeutsche Handelsdienst»), suministran a los abonados de Hugenberg todo cuanto necesitan saber. Además, se cultivan ciertas especialidades, que infunden al lector el horror ante la República, ante la democracia y ante otras instituciones odiosas para Hugenberg. A esta misión se dedica especialmente la «Deutsche Pressedienst», agencia por la cual el escritor nacionalista Adolfo Stein pone en circulación todas las semanas sus cartas «Rumpelstilzchen», acerados comentarios en forma de folletón, pero de gran eficacia política, sobre los bajos fondos de Berlín y sobre las torpezas de la República.

A los pequeños periódicos de provincia, que, por lo menos técnicamente, no están en situación de moldear por su cuenta toda esta riqueza de espíritu de Hugenberg, se les sirve de otro modo. De la central de Berlín se les envían matrices, es decir cartones

estampados para estereotipia, que contienen todo el material necesario en la Prensa provinciana con excepción de las noticias locales. La «Wirtschaftsstelle der Provinzpresse» (Wipro), fundada en 1922 por Hugenberg, cultiva este ramo de fabricación de opinión. Pero además adquirió Hugenberg otra agencia mayor de matrices, la «Zentralbüro für die Deutsche Presse», de Antón Levin, que entre tanto había caído, como la agencia de Dammert, bajo el control de Wolff y Strauss. Cada una de estas dos agencias de matrices surte de alimento espiritual a varios cientos de pequeños periódicos de provincias.

La «Telegraphen-Union» sirve, por medio de hilos telegráficos propios y de una estación propia de radio, por lo menos a 1.600 periódicos, es decir a la mitad de los periódicos alemanes, parte de los cuales ni siquiera reciben las noticias de la oficina telegráfica oficiosa Wolff, sino que están supeditados completamente a la organización de Hugenberg. En conjunto, pues, unos dos tercios de los periódicos de Alemania están servidos por las agencias de este político. Diariamente se derrama sobre el país un poderoso raudal de noticias y comentarios, que han pasado antes por la criba de la central de Hugenberg. Los editores y redactores de provincias suelen dar a sus lectores, sin variación, lo que reciben de Berlín. Porque, aun con la mejor voluntad del mundo les sería imposible formarse juicio sobre el valor objetivo de la información que se les ofrece. Así, millones de lectores están sometidos diariamente sin sospecharlo a la influencia política de Hugenberg.

Financiación de la Prensa de provincias

Para sojuzgar también directamente a la Prensa de provincias y al mismo tiempo para dar una base financiera a los demás negocios periodísticos, estableció Hugenberg una serie de sociedades financiadoras. También en este orden los principios se remontan ya a la época de la guerra. En 1917 surgió la sociedad editorial «Vera», como una especie de consultorio y centro de revisión para los periódicos que habían llegado a un estado precario. Al principio los que buscaban consejo y ayuda en la «Vera» eran periódicos de la industria, defectuosamente dirigidos. Pero luego, el radio de acción de este centro se extendió también a periódicos que todavía no eran afines a la industria, y que sólo fueron atraídos al círculo de Hugenberg por medio de un «convenio de revisión y de asesoramiento técnico». Como sociedad encargada de comprar para la «Vera» a los periódicos adheridos, servía la «Deutsche Handels G. m. b. H.».

Para orientar confidencialmente a la «Vera» se fundó en los peores tiempos de la inflación, cuando muchos periódicos marchaban mal, es decir en el otoño de 1922, la sociedad de préstamos «Mutuum», que había de someter al control de Hugenberg, por la vía del crédito, a los periódicos arruinados. Al mismo tiempo se formó otra sociedad financiadora, la sociedad de crédito «Alterum».

Ya estos nombres raros indican que se trataba de genuinos productos de la época de la inflación. Todo debía desarrollarse con el mayor misterio y la mayor complicación. El camino tortuoso parecía siempre mejor que el camino recto. Para infundir confianza en los clientes de estas sociedades afinanzadoras, la administración se instalaba de la manera más confortable. En la «Mutuum» actuaba como representante del presidente del Consejo, Hugenberg, el diputado nacionalista del Reich y jefe de partido, Oscar Hergt. En la «Alterum» ocupó la presidencia del Consejo de Administración Alberto Vögler, director general de la Compañía Minera Germano-Luxemburguesa de Stinnes. Poco a poco fueron cayendo bajo el control de los bancos de Hugenberg 14 grandes periódicos.

Otra fundación de este período es la ya citada «Wipro». Según el registro comercial, el fin de la «Wipro» es «salvaguardar los intereses económicos de la Prensa alemana de provincias, especialmente por medio de sociedades editoriales de toda clase, como también todos los demás negocios que sean adecuados para realizar y apoyar con éxito los fines sociales». En realidad, la «Wipro», a favor de la cual hizo Hugenberg una activa propaganda, y de la que se formularon reiterados elogios por su imparcialidad en la Prensa técnica, logró introducirse en un sector importante de la Prensa de provincias. Entre la «Wipro» y la «Vera» se estableció todavía un lazo más firme por unión personal. Como que la coherencia personal y financiera de todas estas sociedades es tan estrecha, que no se las puede considerar como empresas distintas. Son los miembros de un mismo grupo, y sirven en conjunto y en particular a la misma misión : influir en la opinión pública bajo la inspiración de Hugenberg y de los sectores políticos y económicos allegados a él.

Hugenberg como banquero

La particularidad del aparato financiero de Hugenberg no consistía solamente en el ensamblaje de unas sociedades con otras, que al fin también llegó a estar muy en boga en otros consorcios formados durante la época de la inflación, sino en el acoplamiento de sociedades periodísticas con empresas que

aparentemente no tenían nada que ver con la Prensa. Con arreglo a la doble actitud que Hugenberg adoptó en la vida económica, primero en la agricultura del Este de Alemania y luego en la industria del Oeste, también los hilos de sus empresas periodísticas corren en dos sentidos diferentes. Por un lado, Hugenberg pone sus manos en los negocios agrarios, y no precisamente en bien de la agricultura; por otro lado, controla los bancos industriales; y en ambos sentidos se mezclan intereses periodísticos.

El Banco industrial más importante del consorcio Hugenberg es la «Deutsche Credit-Verein AG.», de Berlín, fundado el año 1922, en el cual Hugenberg ocupa personalmente el cargo de presidente del Consejo. Entre los miembros del Consejo del Banco Hugenberg se encuentra, con ex-ministros y generales, el director editorial Enrique Droste, en cuya «Industrie-Verlag und Druckerei AG» aparecen el «Deutsche Bergwerks-Zeitung», el «Mittag», de Düsseldorf, y otros periódicos del Rhin. Por medio de la familia Droste se tiende el puente hacia la casa de banca «Droste & Tewes» de Bochum. El copropietario de esta casa de banca, Guillermo Droste, pertenece también al Consejo del «Deutsche Credit-Verein» y de otras sociedades de Hugenberg. Los negocios del «Deutsche Credit-Verein» se siguen con especial interés en la Bolsa de Berlín. Porque cuando la «Deutsche Credit-Verein» hace encargos, ya se sabe en la Burgstrasse que es la industria pesada la que compra o la que vende. Mientras Hugenberg político se presenta como defensor del capital inmobiliario y mira con cierto menosprecio todos los negocios puramente bancarios y bursátiles, Hugenberg banquero interviene aquí con la mayor desenvoltura como comisionista en la especulación de efectos y transacciones de Bolsa de la industria pesada renano-westfaliana.

Aparte de este grupo bancario, que vive, por decirlo así, a la sombra y del humo de las chimeneas, existen los bancos Hugenberg del Este de Alemania; sólo que a Oriente y Occidente del reino de Hugenberg figuran siempre los mismos hombres en los Consejos. Los recatados institutos agrarios del Este de Alemania parecen más adecuados que los bancos industriales para ocultar a su espalda a las verdaderas sociedades periodísticas e informativas. En realidad, esta parte del Consorcio Hugenberg es la que ha merecido hasta ahora menos atención, aunque algunas de las sociedades Hugenberg del Este tropezaron con dificultades financieras y tuvieron que ser saneadas a costa del Estado.

Como foco central de estas extrañas sociedades mixtas, que defienden intereses agrarios y periodísticos, puede considerarse el «Ostdeutsche Privatbank», banco fundado por Hugenberg en 1922 y dotado más tarde de un capital de seis millones de

marcos. Oficialmente, este Banco había de salvaguardar los intereses y el desarrollo de los negocios del antiguo Banco Cooperativo Agrario de Posen, en el cual Hugenberg había sido director veinte años antes. Pero el destino lo quiso de otro modo. El banco, fundado para un fin tan poco capcioso, llegó a ser, precisamente porque estaba tan a la sombra, la sociedad *holding* más importante del consorcio de prensa Hugenberg. Al «Ostdeutsche Privatbank» pertenecen oficialmente 16,75 millones de los 20 millones de capital de la «August Scherl G. m. b. H.». También la «Ala» y la «Telegraphen-Union» están controladas por él, y en la «Vera» tiene participación preponderante.

Pero al mismo tiempo, este Banco, juntamente con otros grandes accionistas del grupo Hugenberg, tenía influencia decisiva sobre el «Landbank AG.», compañía de colonización de la provincia de Grenzmark. El «Landbank», que debía establecer ante todo a los alemanes expulsados de Polonia, fué declarado por el Estado prusiano de utilidad pública, y gozaba, por lo tanto, de subvenciones y privilegios oficiales. Sin embargo, la actividad colonizadora no se desplegaba bajo el control de Hugenberg. En el invierno de 1925, el «Landbank» estaba a punto de quebrar, y el Estado prusiano, después de grandes dispendios financieros, tuvo que intervenir para separarlo del consorcio Hugenberg y encauzarlo hacia su propio fin.

No fué muy distinta, cuatro años más tarde, la suerte del «Ostbank für Handel und Gewerbe», en el que también participaban con el 40 por 100 el «Ostdeutsche Privatbank» y otras sociedades Hugenberg. También aquí hubo de intervenir el Estado prusiano con un millón de marcos, para evitar pérdidas a los pequeños acreedores del banco Hugenberg. El «Ostbank» fué después absorbido por el «Dresdner Bank».

Casi al mismo tiempo que el «Ostdeutsche Privatbank» surgió la «Neuland AG» por la fusión de varias sociedades de colonización. Según la inscripción del Registro de sociedades, se trataba de una sencilla empresa colonizadora, que no pretendía sino crear colonias en el Este con miras a la utilidad común. A los ojos del público, esta sociedad, de cuyo Consejo formaba parte Hugenberg, parecía trabajar solamente en el dominio agrícola. La «Neuland AG» ejercía influencia preponderante en el «Roggenrentenbank», participaba en el «Preussische Pfandbriefbank» y en el «Agrar und Commerzbank» y adquirió el «Getreiderentenbank für Landwirtschaft». Pero además, aunque menos públicamente, intervenía también en el campo del periodismo. Era sociedad cofundadora de aquellas dos ominosas sociedades de financiación a las que Hugenberg dió vida en el otoño de 1922 : la «Mutuum» y la «Alterum». En la fundación de la «Mutuum» habían tomado parte, ade-

más de la «Neuland AG» y del «Ostdeutsche Privatbank», la «August Scherl G. m. b. H.» y algunos empleados de Scherl. Como fundadores de la «Alterum» figuran la «Neuland AG», la «Scherl G. m. b. H.» y dos jefes comerciales de la editorial «Auslands-Verlag G. m. b. H.», también perteneciente al grupo Hugenberg. Otra filial de la «Neuland AG» era la ya citada «Deutsche Handels G. m. b. H.», sociedad encargada de las compras de la «Vera». A su vez el «Ostdeutsche Privatbank» estaba interesado en la «Wipro», centro económico de la Prensa de provincias.

La organización del consorcio Hugenberg

Todo esto sucedía paso a paso. Por consiguiente, no cabe dudar que, al multiplicarse las sociedades agrarias y periodísticas, no se trataba de enlaces casuales, sino de una simulación y disfrazamiento conscientes. La financiación del consorcio Hugenberg debía resultar lo menos transparente posible. Las fundaciones colonizadoras y cooperativas, con sus nombres de sabor campesino, eran el solar sobre que, y al mismo tiempo la fachada, tras la que se albergaba el verdadero edificio, el *truts* de propaganda política.

Hacia fines de la época de la inflación, el edificio estaba coronado en lo esencial. Pero mientras los demás fundadores del tiempo de la guerra y de la inflación, incluso el acaparador Stinnes, se esforzaban ahora, después de la estabilización de la divisa, por reorganizar austeramente sus consorcios y prestarles una contextura clara, como requería la economía racional, en el consorcio Hugenberg todo seguía enredado y oscuro. En los asuntos de Hugenberg no hay ninguna sociedad culminante, visible de lejos, ni siquiera una administración central. Las distintas sociedades del consorcio se unen simplemente por una interna comunidad de intereses. En el verano de 1922, las más importantes sociedades Hugenberg se funden en la «Werbegemeinschaft». El verdadero fin de esta comunidad de intereses es equilibrar el riesgo financiero entre las diferentes partes del consorcio y prestar ayuda dentro del mismo a las sociedades necesitadas. En realidad, Hugenberg, al hundirse el «Landbank» y el «Ostbank», demostró que no le importaba dejar arruinarse a sociedades que estaban íntimamente ligadas con su nombre. Pero aquéllos eran institutos financieros, que sólo servían indirectamente a sus fines políticos. Cuando se trata de empresas políticamente importantes, hay que remolcarlas, aunque trabajen con *déficit*. Tal es la misión expresa

de la «Werbegemeinschaft». Los distintos miembros tienen que contribuir a prorrateo, cuando se trata de promover o conservar una obra política, inspirada por Hugenberg. La «Werbegemeinschaft» es, pues, la caja política de reserva del consorcio, de la que es árbitro el presidente Hugenberg.

Dada esta orientación de la comunidad de intereses, no es extraño que puedan ser admitidas en la «Werbegemeinschaft» incluso sociedades que no pertenecen directamente al consorcio propagandista de Hugenberg. Para cubrir los *déficits*, para subvencionar las empresas políticas, los forasteros y correligionarios son bien acogidos. La «Werbegemeinschaft» alcanza, pues, a otras sociedades, como se dice en el manifiesto oficial del consorcio Hugenberg. Tampoco falta aquí la amalgama entre los intereses agrícolas y propagandistas, pues junto a las empresas periodísticas pertenece a la «Werbegemeinschaft» la «Neuland AG».

El enlace con la industria pesada se establece ante todo por medio de la «Deutsche Gewerbehaus AG». La «Gewerbehaus», que dispone de un capital propio de 11 millones de marcos, es, por sus estatutos, una sociedad territorial, a la que pertenece el «Zollernhof» de Berlín (Unter den Linden), y cuya misión había de ser proporcionar en Berlín a las distintas grandes empresas industriales «un edificio social representativo». Pero ya la composición del Consejo de Administración permite deducir que esta sociedad aspira a más altos fines, pues entre los 20 consejeros se encuentran los nombres más destacados de la industria pesada del Oeste de Alemania : el director general Alberto Vögler, el director general Fahrenhorst y el anciano Kirdorf de los Talleres Siderúrgicos Unidos, el director general Winkhaus y el director general Springorum del Consorcio Hoesch, los hombres dirigentes de la Asociación Minera, y, hasta su muerte, el Dr. Sorge de Krupp. Como la misión de una sociedad territorial no puede ser responder subsidiariamente del *déficit* de empresas políticas de propaganda, se desprende que aquí se halla uno de los resortes financieros por los cuales el consorcio Hugenberg se ampara en la industria pesada. La «Deutsche Gewerbehaus AG» absorbió, juntamente con el «Ostdeutsche Privatbank» y la «Aussendienst G. m. b. H.», en la primavera de 1927, a la «August Scherl G. m. b. H.», mientras la antigua sociedad *holding* de la editorial Scherl, la «Deutsche Verlagverein», desapareció completamente de la escena por liquidación.

La «Ufa» busca comprador

La industria pesada renano-westfaliana, que había prestado

el dinero para comprar la editorial Scherl y la «Telegraphen-Union» y para fundar la «Ala» y la «Vera», apadrinó también durante la última gran expansión del consorcio Hugenberg la compra de la «Ufa». Realmente el consorcio periodístico Hugenberg se había robustecido en los primeros años después de la estabilización, que fueron extraordinariamente favorables para la industria periodística alemana, hasta tal punto que Hugenberg hubiera podido adquirir la mayor empresa cinematográfica alemana sin subvenciones directas de la industria pesada. Pero no se hubiera lanzado a un negocio tan costoso y arriesgado, si no hubiera contado antes con la aprobación de sus amigos y protectores, pertenecientes a esta industria.

Era lógico que el consorcio Hugenberg, por contraste con otros consorcios periodísticos, se apoderase también del cinematógrafo. Porque Hugenberg no aspira a ser propiamente editor, sino empresario de la propaganda política. Por eso no podía dejar escapar el instrumento moderno más importante de propaganda después de la Prensa, el *film*. Hugenberg reconoció muy pronto la importancia de la película como medio proselitista. Ya durante la guerra, cuando trabajaba sistemáticamente en la formación de su *trust* de propaganda, fundó la «Deutsche Lichtbildgesellschaft», sociedad que había de adquirir barato para fines económicos y políticos de proselitismo, y naturalmente también para fines culturales, aparatos de proyección, diapositivas y libros. Eran unos comienzos modestos, sin éxito resonante.

En 1920 se añadió la «Deulig Filmgesellschaft», cuyo enigmático nombre se deriva de la primera fundación Hugenberg, de la «Deutsche Lichtspielgesellchaft». La «Deulig» fabricaba películas, especialmente revistas políticas semanales, inspiradas por Hugenberg, a juzgar por las cuales el mundo parecía reducirse a desfiles de la flota inglesa, maniobras de las tropas francesas e inauguraciones de monumentos patrióticos. Aun cuando se logró proyectar normalmente la «Semana Deulig» en los cines, y por añadidura en las sesiones de variedades, ante centenares de miles de personas, la influencia de Hugenberg sobre el *film* siguió contenida dentro de estrechos límites. El desarrollo de una gran empresa cinematográfica propia le parecía demasiado peligroso por razones comerciales, pues los financiadores del *film* alemán rara vez habían escapado hasta entonces con los huesos sanos.

En el invierno de 1926 a 1927 se hallaba a punto de quebrar la empresa cinematográfica más grande de Alemania, la «Universum Film AG», la «Ufa» .Poco a poco, había perdido 50 millones de marcos, cantidad superior a la de su capital social, y el «Deutsche Bank», a quien pertenecía la mayoría de las acciones de la «Ufa», no estaba ya dispuesto a seguir arrastrando aquel lastre. Así, pues, puso a la «Ufa» en venta, consul-

tó al Reich, se dirigió a los grandes consorcios periodísticos democráticos, Mosse y Ullstein ; pero ninguno se atrevía a acometer el saneamiento de la «Ufa». Aun cuando no había reparos de principio, se pensaba que sería una ligereza, comercial y políticamente indisculpable, cargar a una empresa periodística rentable con una empresa cinematográfica improductiva. En vista de eso, el «Deutsche Bank» acudió a Hugenberg, para lo cual sirvió de mediador el cónsul Salomón Marx, ya conocido de la época de los Consejos de burgueses. También Hugenberg se mostró reacio a echar solo sobre sus hombros la carga del *déficit* de la «Ufa». Pero lo que podía hundir a la mayor empresa periodística, es muy fácil de soportar para la industria del carbón y del hierro. Por consiguiente, la decisión acerca de la «Ufa» no podía tomarse en Berlín ; tenía que tomarse en la cuenca del Ruhr.

Por los días en que el asunto «Ufa» estaba sometido a debate, se reunieron precisamente los hombres directivos de la industria pesada en la finca de Emilio Kirdorf, en «Streithof», junto a Mülheim, para presentar sus congratulaciones al organizador de las explotaciones carboneras de Renania y Westfalia con motivo de su octogésimo natalicio. Reinaba aire de fiesta. Los más poderosos directores generales de la industria pesada alemana habían considerado inexcusable asistir personalmente a un desfile de antorchas en honor de su decano. Con tan fausto motivo, Hugenberg les propuso hacer una obra nacional, muy a tono con el espíritu del viejo Kirdorf, y encargarse de la «Ufa». Los festejantes y el festejado cumplieron igualmente su deber.

Respaldado con la aprobación de la industria pesada, pudo Hugenberg cerrar la compra de la «Ufa». Ciertamente no se hizo cargo de la mayoría de las acciones ; pero acaparó las preferentes, que tenían derecho a un número treinta veces mayor de votos, y se aseguró con ello la soberanía sobre la «Ufa». Para guardar las formas, las acciones se distribuyeron entre el «Ostdeutsche Privatbank» y otras sociedades del consorcio Hugenberg. Pero el mismo Hugenberg asumió en seguida la presidencia del Consejo de administración de la «Ufa» y confió al acreditado director general de la editorial Scherl, a Klitzsch, la ejecución del saneamiento. Hasta qué punto se haya logrado económicamente, es cosa que todavía no sabemos.

Tampoco políticamente se efectuó la transformación en la forma, o por lo menos con la rapidez que Hugenberg debía de esperar. Se comprobó que el público cinematográfico, al que continuamente hay que ganar de nuevo, no es tan fácil de tratar ni de influir como el público, más pasivo, que lee periódicos. A pesar de todo, la «Ufa», que controla la parte más importante de la producción cinematográfica alemana, y posee

más de 100 cinematógrafos, constituye una poderosa reserva de energía, que también puede intervenir políticamnte en momento oportuno. Aunque Hugenberg, por motivos financieros, todavía no lo ha intentado, no quiere decir que el cine carezca de importancia como medio de propaganda política.

Los negocios y la ética

Contrastando con los antiguos ensayos de la industria pesada para robustecer su fuerza política por medio de la Prensa y de la propaganda, Hugenberg ha procurado siempre que el aspecto comercial no se subordine demasiado a los fines políticos. A fin de hacer rentables sus empresas, o por lo menos disminuir el *déficit,* ha hecho amplias concesiones al público, no sólo en el *film,* sino también en los periódicos y agencias de colaboración. La política contemporizadora ha sido desarrollada por él con la mayor habilidad en toda su propaganda. Sus periódicos de bulevar apenas se distinguen de los periódicos de bulevar de otras tendencias. En ellos hay de todo : lo sensacional, lo macabro, lo resbaladizo. Sus magasines amenos llegan al colmo de la mundanidad. En cambio, cuando se dirige al pequeño burgués, como en el «Lokal-Anzeiger», adopta el tono de la moral escrupulosa, de la sensiblería y la compasión social. Allí donde es necesaria la neutralidad para reunir clientes, como en el negocio de anuncios y de colaboraciones, la política nacionalista se administra con gran cautela y en dosis homeopáticas. Igualmente magnánimo es en la selección de colaboradores. Mientras propaga el germanismo nativo de pura raza, y ocupa la presidencia de un partido que por principio prohibe la entrada a los judíos en sus empresas periodísticas y cinematográficas, hay docenas de publicistas y de *regisseurs* de raza judía. En el consorcio de Hugenberg, el fin justifica, por lo visto, casi todos los medios.

Con mayor ética se procede, desde luego, en las más profundas galerías del consorcio Hugenberg. Allí no hay primeras ni segundas intenciones de carácter material o de carácter capitalista privado. El consorcio Hugenberg no es propiedad de Hugenberg. Propiamente, no pertenece a nadie. Es más bien una especie de fundación política, una «fortuna destinada a un fin», que aun en caso de disolución del consorcio se ha de aplicar «de un modo permanente a los mismos o semejantes fines de utilidad común». Las supremas atribuciones sobre esta fundación eterna están conferidas desde 1919 a la «Wirtschaftsvereinigung» (Unión Económica), un misterioso grupo de 12 personas. La «Wirtschaftsvereinigung», que ejerce la tutela sobre el «Ostdeutsche Privatbank» y las demás sociedades

culminantes del Consorcio Hugenberg, no es una sociedad-clave en el sentido corriente, ni siquiera una sociedad registrada y jurídicamente capacitada ; por eso no está sometida a ninguna clase de obligación de publicidad ni de control público.

Los doce hombres nacionales

Cuando Hugenberg habló por vez primera de los 12 hombres nacionales, que ocupan la cúspide de su organización, pareció que la obra de Hugenberg se remontaba hasta una altura mística. Pero la sensación se desvaneció tan pronto como se conocieron los nombres de los 12 hombres nacionales. Eran personas muy de mundo, expertas en economía, como las hay en las administraciones de otras empresas : algunos de ellos, agricultores y antiguos funcionarios administrativos ; pero la mayoría, hombres dirigentes de la industria pesada, a todas luces identificados con los financieros del consorcio Hugenberg. La lista de los 12 hombres nacionales, cuya autenticidad no ha sido rebatida por ninguno de los interesados, es la siguiente :

1. *Consejero secreto Alfredo Hugenberg.*
2. *Emilio Kirdof, antiguo director general de la sociedad minera «Gelsenkirchen».*
3. *Dr. Alberto Vögler, director general de los «Vereinigte Stahlwerke» (Talleres Siderúrgicos Unidos).*
4. *Consejero de Minas Winkhaus, director general de la «Köln - Neuessener Bergwerksverein» (Consorcio Hoesch).*
5. *Eugenio Wiskott, vicepresidente de la «Verein für die bergbaulichen Interessen» (Sociedad para la defensa de los intereses mineros).*
6. *Barón de Löwenstein, jefe comercial de la «Sociedad para la defensa de los intereses mineros» y de «Zechenverband» (Asociación Minera).*
7. *Senador Witthoeft, exportador, presidente del Consejo administrativo del «Commerz- und Privatbank» (Banco Privado y de Comercio), de Hamburgo, antes allegado al círculo de Stinnes.*
8. *Capitán retirado Mann, amigo personal de Hugenberg.*
9. *Burgomaestre Dr. Neumann, Lübeck, también hombre de confianza de Hugenberg.*
10. *Becker, ex-ministro de Economía del Reich.*
11. *Dr. León Vegener, antiguo director del «Posensche Landesgenossenschaftsbank». (Banco Cooperativo Agrario de Posen).*

12. *Luis Bernhard, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Berlín, amigo personal de Hugenberg, como Wegener, de su época de Posen.*

Pero el verdadero dominio sobre todo el consorcio no está en manos de esta junta suprema de fideicomisarios e inspectores, sino en manos de Hugenberg mismo, sin limitación apenas. El consorcio de Hugenberg podrá haber nacido de espíritu cooperacionista, como su historiador oficial Luis Bernhard lo describe, pero Hugenberg ha cortado enteramente a la medida de su persona la organización del *trust* de propaganda. Todos los puestos decisivos del consorcio los ocupa él, y se ha procurado un poder abiertamente dictatorial. Los «compañeros» de Hugenberg no están coordinados con él, sino subordinados a él. Domina en el consorcio como podría dominar cualquier empresario capitalista por su número preponderante de acciones sobre una empresa privada. El consorcio Hugenberg es eso: Hugenberg.

La carrera de Hugenberg

No cabe dudar que Hugenberg no es tan solo un talento organizador, sino también un talento propagandista, como Alemania ha producido muy pocos. Por eso resulta más extraño que tardase tanto en entregarse a la propaganda política. Cuando empezó a levantar su consorcio periodístico, era un hombre de más de cincuenta años y tenía ya tras sí una carrera extraordinaria y multiforme. Su ascensión no tuvo retrocesos, aunque dista mucho de ser rectilínea. Es una extraña trayectoria zigzagueante, impuesta por casualidades, por sugestiones externas y por amistades, y transcurrió mucho tiempo antes de que Hugenberg pasase de subordinado a jefe.

Exteriormente, todo le ha resultado más llano que a muchos otros. Procede de una acomodada familia burguesa de Hannover—su padre era consejero del Tesoro—y pudo permitirse una buena y cómoda instrucción, pero sus principios no se ajustaron a las tradiciones estudiantiles todo lo que correspondía a un buen hijo de familia burguesa que aspiraba a ser jurista. Siendo estudiante, entra en contacto con Otto Erich Hartleben, quien le dedica en sus novelas un recuerdo poco halagüeño. Hugenberg figura en ellas como el «pequeño», a quien no hay que tomar muy en serio, con quien se puede pasar el rato y que en cierta ocasión le quita a uno la «novia» que le estorbaba. La amistad con Hartleben pone también alas al pegaso de Hugenberg, y el producto de estos años de trato con las musas es un tomito de poesías líricas, que lleva por título «Cuarteto». De

los cuatro autores, que dan en él paso libre a su inspiración, es Hugenberg el soñador iluso. La época en que se ve apresado, época de hombres duros, poderosos y voluntariosos, no le agrada. El Hugenberg de veintiún años aspira a otros fines :

«Mächtiger ist als jegliche Macht,
Gewaltiger ist als jede Gewalt,
Im Herzen des Menschen die Liebe,
Welche die Schwester des Lichtes ist,
Herrin der Welt ist die Liebe».

Así termina el ciclo de canciones «Fides», que Hugenberg incluye en el «Cuarteto». Pero pronto se dedica a cosas más serias. Después de aprobar sus exámenes y graduarse de «Licenciado», se aplica—cosa rara todavía por aquellos años—a estudios fundamentales de Economía política y obtiene en Estrasburgo el grado de «Doctor rerum politicarum» con un trabajo sobre la colonización de los pantanos del Noroeste de Alemania. Políticamente, figura entre los liberales nacionalistas, partido tradicional de la burguesía de Hannover, y es, al mismo tiempo, miembro entusiasta de la Asociación Pangermanista.

Como asesor y viceconsejero cantonal en el distrito de Wesel, se distingue ya por una rudeza tan prusiana, que la población todavía se acuerda de aquel joven enérgico, que con tanto desprecio trataba a la Asamblea del distrito. Después de haber sobresalido tanto por su inflexibiladad y también por su competencia, aparece como delegado para cooperar en la solución de la cuestión de la Marca oriental. Durante cinco años trabaja en la Comisión colonizadora de Posen, y también allí se hace un nombre por su rudeza. Es de los que primeramente exigen la expropiación forzosa de los terratenientes polacos. Después de un breve período de actividad en el Oberpräsidium de Kassel, pasa a trabajar en organizaciones particulares de la agricultura, llega a ser director del «Raiffeisensche Genossenschaftsbank», del «Neue Landesgenossenschaftbank» y del «Deutsches Lagerhaus», de Posen. Después vuelve a entrar al servicio del Estado, lo cual no era posible más que para los preferidos, y trabaja en el Ministerio de Hacienda prusiano como consejero asesor a las órdenes del barón de Rheinbaben. Pero esta vez, sólo permanece un par de años al servicio de la Administración prusiana. A fines de 1907, se separa definitivamente como funcionario, con el título de consejero secreto de Hacienda, para ocupar un puesto directivo en el «Berg- und Metallbank» de Frankfurt am Main.

Como yerno del poderoso primer burgomaestre de Frankfurt, Adicke, su posición social es todavía más firme, y ya en el otoño de 1909 es llamado a Essen para presidir el directorio

Krupp. Así, siendo todavía relativamente joven, se abre camino a través de la agricultura, el fisco y los bancos, hacia uno de los puestos más importantes de la industria alemana. También en la región del Ruhr se distingue, no sólo por su capacidad comercial y organizadora, sino también por su desenfado y rudeza. Desde luego, en la empresa Krupp, la mayor proveedora del Ejército, no cabía ser tan intransigente, como se permiten serlo a veces los demás potentados de la industria pesada. Contrastando con Kirdof, Hugenberg tiene la prudencia de aceptar la condecoración del Aguila Roja, con que el emperador le distingue, y en ocasiones solemnes se acomoda también al estilo guillermino, que por lo demás no armoniza muy bien con su sencillez burguesa. Hugenberg truena contra el sufragio universal, con el que se pretende impulsar a los obreros «a imponerse a todas las clases populares y a todos los intereses creados». Y, con motivo del centenario de Krupp, el frío y hermético director general vuelve a remontarse al *pathos* lírico de sus primeros tiempos :

«La mirada del emperador vuelve a posarse sobre nosotros y sigue con orgullo la marcha victoriosa de la actividad industrial de la patria. Las hazañas que determinaron con brío y pujanza esa transformación que se observa de 1812 a 1912, eliminan toda duda : todavía somos un pueblo joven... Entre las virtudes de nuestro pueblo, que hay que conservar si queremos permanecer jóvenes y vigorosos, se cuenta también la antigua agresividad germánica, el amor a las armas.»

Así, en la industria de los armamentos, el negocio se traduce siempre en patriotismo, y el patriotismo en negocio. Como Krupp goza del favor especial de Guillermo II, no hay que preocuparse demasiado de los encargos alemanes. (Hay que tener en cuenta que la mitad de los suministros de artillería salían del Extranjero). Pero sí es necesario pisar los talones a la competencia. Para este fin, monta Hugenberg la agencia secreta de noticias de la casa Krupp, cuya misión es averiguar a tiempo los planes de la intendencia militar y comprobar qué ofertas hacen a las autoridades las demás empresas de armamentos.

Poco antes de la guerra, se entabla contra la casa Krupp el proceso por cohecho, a que nos hemos referido más arriba. Los informes secretos de Krupp, que llegan bajo el pseudónimo «Kornwalzer», se hacen entonces famosos en todo el mundo. El asunto es bastante comprometido, y muchos de los industriales dirigentes llegan a perder el dominio de los nervios. Pero Hugenberg conserva su sangre fría y se distingue, incluso ante los tribunales, por su actitud despreocupada.

Propaganda guerrera

Al estallar la guerra, este asunto cae rápidamente en el olvido. Krupp, la mayor empresa de armamentos, se considera desde luego como un santuario nacional, aunque dista mucho de ser un santuario y puede hacer con la guerra los mayores negocios; y Hugenberg, el director de Krupp, parece un hombre que, en cierto modo, pertenece a toda la nación y se levanta sobre los partidos. Pero, aparte de la fabricación de cañones, todavía encuentra tiempo Hugenberg, durante la guerra, para organizar la lucha contra el enemigo interior. Como los demás interesados en la industria pesada, Hugenberg es un anexionista sin limitaciones: Longwy, Briey y, a ser posible, toda Bélgica y los correspondientes redondeamientos por el Este, es lo menos que Alemania puede exigir como indemnización de guerra para la seguridad de sus aledaños. Pero Hugenberg no se limita, como sus colegas del hierro y del acero, a proponer al alto mando, en memoriales rigurosamente confidenciales, estas aspiraciones, sino que procura difundirlas públicamente y minar el terreno a los enemigos políticos, a los escépticos y derrotistas, que abogan por una paz de transacción. Para este mismo fin monta la organización de que luego sale el consorcio Hugenberg.

Después de haber comprado la editorial Scherl y fundar el «Ala» y la «Vera», la dirección de estas empresas de propaganda le roba tanto tiempo, que Hugenberg apenas puede desempeñarla permaneciendo a la vez como director general de Krupp. Por otra parte, le cautiva su nueva misión independiente, en la cual puede obrar como árbitro de toda la industria pesada, mientras que con Krupp no es más que el primer empleado de una empresa, donde las últimas decisiones están reservadas a los propietarios, a la familia Krupp. Así, ya en la primavera de 1918, en momentos en que todavía no se sospecha nada del hundimiento de Krupp como empresa proveedora de armamentos, anuncia Hugenberg su salida de esta empresa, aduciendo como razón que quiere dedicarse a tareas políticas. Inmediatamente después de la revolución, el 1 de enero de 1919, cumple este anuncio, «a fin de tener las manos libres en todos los sentidos para dedicarse a la política».

Hugenberg, Stinnes y Stresemann

Pronto se descubre dónde quiere Hugenberg tener mano libre. No se adhiere, como lo hacen al principio casi todos los elemen-

tos de la industria pesada, el partido populista de Stresemann, sino que se sitúa en la extrema derecha. Como lleva consigo un nombre y dinero, es acogido cordialmente. Los nacionalistas le ofrecen en seguida dos de sus pocas actas seguras para la Asamblea Nacional, y poco después se presenta en Weimar como uno de los oradores más fogosos y violentos de la reacción. Desde luego, las cosas que allí dijo el año 1919, comparadas con sus anteriores y sus posteriores manifestaciones, eran tortas y pan pintado :

«Mi partido, de acuerdo con su programa, apoyará toda clase de socialización por la que aboguen las razones preponderantes del bien común... No se puede crear de buenas a primeras una economía común alemana. Por principio, nos hallamos situados en el terreno de la economía libre, que es la mejor nodriza del bienestar y de la cultura espiritual y moral. En este sentido, somos también nosotros los que más claramente representamos hoy el pensameinto de la política social.»

De todo esto no podría avergonzarse hoy ningún demócrata de izquierda. Pero, en la época de las grandes esperanzas de socialización, tales manifestaciones eran consideradas con razón como indicio de que volvía a robustecerse la preponderancia de las grandes empresas. Hugenberg, aun después de haberse apartado de Krupp, seguía ocupando una posición importante en la industria pesada de Renania y Westfalia, no sólo como árbitro de la propaganda política, sino también en la esfera económica. Seguía siendo presidente del «Zechenverband» y del «Bergbauliche Verein», y ocupaba puestos de consejero en las compañías mineras «Deutsch-Luxemburg» y «Gelsenkirchen». Ya por este motivo estaba en íntimo contacto con el consorcio Stinnes, pues la «Deutsch-Luxemburg» y la «Gelsenkirchen» estaban controladas por Hugo Stinnes.

También entre las empresas periodísticas de Hugenberg y de Stinnes había íntimas relaciones. Sobre todo en los periódicos de Hugenberg de la Alemania central, y también en los bancos berlineses de Prensa, había una serie de soldaduras : los más íntimos colaboradores de Stinnes eran consejeros de las sociedades Hugenberg, y las empresas mineras de Stinnes, como la «Deutsch-Luxemburg» y la «Riebeck-Montan», daban dinero para sostener el consorcio Hugenberg. Este pasaba por ser el exponente de la industria pesada, y lo era en realidad.

Desde luego, en la época en que la constelación de Stinnes se hallaba en el cenit, el nombre de Hugenberg había caído casi completamente en el olvido. Los periódicos de Hugenberg navegaban bajo pabellón extranjero, y mientras la Prensa de Stinnes cada vez redoblaba más los bombos proselitistas en provecho de su señor, las publicaciones Scherl y los demás órganos de Hugenberg procuraban silenciar lo más posible el nombre

de su amo. También en el Reichstag se dejaba ver pocas veces el diputado nacionalista Hugenberg, y todavía menos veces oír. Para el gran público, si es que se ocupaba de Hugenberg, éste no era más que un satélite del gran planeta Hugo Stinnes.

Así, en la época decisiva, Alfredo Hugenberg pudo levantar su consorcio bastante calladamente, con las ganancias obtenidas por la industria pesada durante la inflación. Procedió con un retraimiento que llegó a extremos de abnegación. No parecía sino que le proporcionaba especial deleite recatarse en la sombra y dirigir desde allí los hilos, con que hacía bailar a las marionetas y reñir sus batallas de pluma y sus duelos de palabra sobre el escenario político. Pero, a pesar de todo, no se pudo evitar que poco a poco se trasluciesen detalles sobre el nuevo consorcio nacionalista de propaganda. Se vigiló atentamente cómo procedía el gobernante secreto de aquel consorcio cuando había que tomar decisiones de gravedad, por ejemplo, al votar las leyes Dawes en el Reichstag, y desde la muerte de Stinnes la lucha defensiva de la izquierda contra las ambiciones de poderío de la industria pesada se desarrolló cada vez más bajo el emblema «contra Hugenberg». Aun entonces Hugenberg siguió mudo, prescindiendo de algunos artículos en el «Lokal-Anzeiger» de Berlín. En cambio, eran más violentos en su Prensa los ataques contra el «marxismo», contra la democracia parlamentaria y, sobre todo, contra la política exterior de Stresemann.

Stresemann y Hugenberg, antiguos compañeros de armas del partido liberal nacionalista y de la Asociación Pangermanista, se habían distanciado fundamentalmente. Stresemann creía que la enemistad de Hugenberg no estaba exenta de todo rencor personal, porque una vez, durante los últimos tiempos de la guerra, él había aconsejado a Krupp, von Bohlen und Halbach, jefe de la casa Krupp, que despidiese a su director general Hugenberg. Este, en cambio, muy lógicamente, desde su punto de vista, consideraba a Stresemann como la «desgracia de la burguesía alemana», pues, de hecho, a Stresemann se debía que amplios sectores de esta burguesía se hubiesen puesto al lado de la política de transacción. Como propagandista de Prensa y organizador, Hugenberg era muy superior a su enemigo Stresemann. Este veíase poco favorecido en sus amores por la Prensa, pues todos sus intentos de crear periódicos propios acabaron con un fracaso. Su eficacia—caso raro en Alemania—procedía de la palabra hablada, y en este aspecto las aptitudes de Hugenberg no superan a las de un mediano funcionario de partido. Por eso, en el Parlamento, Hugenberg no se puso nunca frente a su adversario más importante, y, mientras Stresemann fué ministro de Estado, no subió una sola vez a la tribuna del Reichstag. Era una lucha de emboscada.

Desenmascarado

A la larga, Hugenberg no podía contentarse con desempeñar en su partido el papel de la Eminencia Gris. Por las venas de Hugenberg, no corre precisamente la sangre de un Holstein. Y el hombre que creó el instrumento más sutil de la política alemana y acertó como nadie a transformar el dinero en poder, no podía resistir a la tentación de alzarse personalmente con ese poder. Apoyado en el mecanismo por él ideado y perfeccionado, puso a su persona sobre el pedestal. Y del fiduciario, del administrador de fondos ajenos para fines de progapanda, acabó por salir el jefe del partido Hugenberg.

También en este orden procedió sistemáticamente y con la mayor cautela. Después de haber agrupado en torno suyo a cierto número de correligionarios, al grupo pangermanista incluído en el partido nacionalista, consideró llegado el momento de quitarse el disfraz. Los «jóvenes alemanes», sus enemigos más acérrimos del campo de la derecha, le reprochan que es un logrero de la inflación y sólo representa los intereses del gran capital. Necesitan averiguar, necesitan saber lo que Hugenberg ha hecho a favor del movimiento nacionalista. En una Asamblea que los nacionalistas celebran en su distrito electoral, en Herford (Westfalia), a principios de noviembre de 1927, se confiesa fundador de una organización secreta de Prensa y confirma por vez primera la existencia del consorcio Hugenberg :

«Si yo he obtenido ganancias con motivo de la inflación, ha sido porque adquirí periódicos nacionales arruinados, y otros periódicos que hasta entonces no habían seguido rumbo nacional, para una organización a cuya cabeza hay doce hombres nacionales, que determinan cómo debe trabajar esta organización ; y adquirí esos periódicos, bien para acercarlos a la causa nacional, o bien para conservarlos en su trayectoria nacional y no dejarlos caer en poder de las grandes potencias de la Prensa, de las únicas grandes potencias que todavía hay en Alemania en ese orden : Ullstein, Mosse y Frankfurter Zeitung»..

Pocos meses después, redactada por el amigo y colaborador de Hugenberg, Luis Bernhard, aparece la historia oficial del consorcio Hugenberg, historia que no revela mucho más de lo que hasta entonces se sabía por otros conductos, pero que contribuye con gran habilidad a la glorificación del fundador : era cierto que Hugenberg había levantado su consorcio con el dinero de la industria pesada ; pero, llevado de verdadero idealismo, con verdadero espíritu cooperativista, sin mirar al provecho propio ni al interés de los grupos capitalistas. Con esto, el antifaz quedó arrancado y se acabaron los románticos del partido que veían en Hugenberg a un plutócrata.

Jefe del partido nacionalista

Comienza la segunda y más difícil etapa en el camino hacia la jefatura del partido, la eliminación de los hombres representativos de los gremios. Como exponente de la industria pesada, Hugenberg no puede elevarse a jefe de un partido que quiere ser un gran partido popular. Pero también los exponentes de otros grupos económicos de intereses, que por cima de las fronteras del partido sólo quieren salvaguardar los intereses de su clase, cierran el camino a Hugenberg en su ambición de poder. El pensamiento del interés de clase, por alemán que pueda ser, repugna con la concepción rigurosamente prusiana que Hugenberg tiene de la organización y subordinación. La clara actitud de los interesados es inconciliable con su política contemporizadora. Y si las organizaciones de clase disponen además de dinero y medios de propaganda, la situación es peor todavía. Hugenberg rechaza a los sindicatos cristianos, que también están representados entre los nacionalistas alemanes, casi tan rudamente como a los socialistas. Quiere lograr la reconciliación de obreros y patronos por el camino de una difusa «hermandad del trabajo», y con ese motivo llegar a eliminar los seguros sociales del Estado en su forma actual. Tampoco la actividad de la Confederación agraria entre los partidos le sienta muy bien. El preconiza la reconciliación de la ciudad y del campo sobre una base nacionalista alemana.

Según la ley de la menor resistencia, enfila primero al jefe de los dependientes de comercio nacionalistas, al sindicalista cristiano Lambach, quien manifestó dudas en el restablecimiento de la Monarquía, contrarias al programa. Desde luego, Hugenberg, como todos los hombres de tendencias dictatoriales, no es ningún monárquico entusiasta. Pero la ocasión es propicia para eliminar a un enemigo antipático y peligroso. Hugenberg consigue hasta la expulsión de Lambach del partido, expulsión que no se revoca sino después de sometido el transgresor.

Hecho este ensayo general, nada se atraviesa ya en el camino para arrebatar el poder, por lo menos dentro del propio partido. En las nuevas elecciones para la presidencia del partido nacionalista, en otoño de 1928, es proclamado Hugenberg presidente, aunque por pequeña mayoría. Lo más notable es que no logró su propósito como representante de la industria pesada, sino como político, exclusivamente como político; pero en primer término, como árbitro de una poderosa organización de propaganda, como el hombre que dentro de su partido, con ayuda de su Prensa, decide sobre la popularidad y la impopularidad, y a veces sobre la elección o la no elección, sobre la ayuda económica o la ruina.

Su actividad como jefe de partido no ha contribuído hasta

hoy al acrecentamiento de su gloria. Un año después de haber asumido él la dirección, se produce en el partido una franca revuelta: doce diputados nacionalistas del Reichstag, los sindicalistas cristianos, jefes de la Confederación agraria e intelectuales, abandonan la fracción de Hugenberg. En el verano de 1930, cuando la inflexible política de oposición de Hugenberg determina la disolución del Reichstag, se acumulan las deserciones de sus propias filas. De los 78 diputados con que llegó al Parlamento en la primavera de 1928, han vuelto ya 43 la espalda al partido nacionalista y se han hecho independientes en varios grupos de conservadores, populistas agrarios y socialistas cristianos. Como siempre, cuando de la oscuridad misteriosa salen los hombres tardíamente a la luz, hay decepciones. Una parte del público se siente defraudado. Se aguarda la hazaña libertadora y no se recibe más que propaganda. Pero aun cuando Hugenberg fracasó como político práctico y como jefe de partido, sigue siendo el organizador más sobresaliente de la política que ha producido Alemania.

Merced a la hábil obra de mina de su consorcio, y, sobre todo, merced a la rentabilidad de la mayor parte de sus empresas, Hugenberg se ha ido emancipando cada vez más de lleno de los capitalistas de la industria pesada. Pero ésta no tiene por qué arrepentirse de haber puesto muchos millones a la disposición del antiguo director general de Krupp para levantar su organización de propaganda. La Prensa de Hugenberg ha contribuído poderosamente a copar la pequeña y la media burguesía y desplazarla hacia la derecha. Ella ha logrado que artesanos, empleados, campesinos agobiados por la usura, rentistas empobrecidos, hombres con ingresos insignificantes, se empalmen a partidos en que el gran capital prepondera y establece las bases de la política económica.

La organización «Dinta»

Lo que no ha podido el arte propagandista de Hugenberg es arrastrar a las masas obreras hacia la derecha, al lado de los partidos patronales. Para suplir esta falta, la industria pesada ha montado y financiado una segunda organización de propaganda que se dirige directamente al obrero, para prenderle espiritualmente en sus mallas y formarle y educarle según los deseos del patrono. Esta organización lleva el nombre misterioso de «Dinta». Tiénese por uno de sus autores a Oswald Spengler, el filósofo de «La decadencia de Occidente». Su promotor más eficaz en la industria es el director general Vögler de los Talleres Siderúrgicos Unidos, y el verdadero organizador un

antiguo oficial, el primer ingeniero C. R. Arnhold, de la Compañía minera «Gelsenkirchen».

Los elementos de la «Dinta» quieren desplegar oficialmente un trabajo educativo totalmente apolítico; quieren desarrollar más intensamente en el obrero el elemento espiritual, y, en lugar del proletariado de orientación materialista, con espíritu de clase y agresividad de clase, quieren crear un nuevo tipo de hombre con vida interior, enamorado del trabajo, que no se amargue ni aun con las faenas de las minas de carbón, ni aun con los turnos de noche en los altos hornos, ni aun con la escasez de dinero el día de la paga. La idea de la fraternidad en el trabajo, que en la propaganda de Hugenberg no pasa de ser un tópico secundario, se convierte para la «Dinta» en tema fundamental y norte de conducta. Aun cuando la educación de la «Dinta» se mantiene alejada de la política partidista y evita toda polémica respecto a los sindicatos, ya se comprende que del nuevo espíritu laboral ha de surgir una nueva ideología política. El obrero, interiormente libre y exteriormente sosegado, que mira lleno de admiración a su jefe y patrono, no puede ser políticamente un revolucionario.

Naturalmente, semejantes ideas no han de penetrar en el obrero políticamente viciado y marxistamente deformado. Por eso hay que empezar por abajo, por la juventud. Así como Carlos Liebnecht defendía antes de la guerra la tesis de que los obreros debían ser ya revolucionarios socialistamente instruídos cuando a los veinte años marchaban al servicio militar, así los obreros impregnados del espíritu de la «Dinta» deben ser ya anti-revolucionarios convencidos antes de llegar a la mayoría de edad. Tal como van hoy las cosas, no son los padres los que han de llevar a los hijos por buen camino, sino los hijos a los padres. El movimiento de la «Dinta» se dirige, pues, ante todo, a los jóvenes.

Con este fin se fundó, en mayo de 1925, en Bonn, en la asamblea de los fundidores de hierro, el «Deutsche Institut für technische Arbeitsschulung» (Dinta), y un año más tarde tenía ya la «Dinta», en Düsseldorf, edificio propio, merced a los recursos de la industria pesada. Allí se forman en cursos de fin de semana los «ingenieros de la Dinta», que han de infiltrar el nuevo espíritu en los obreros de la industria alemana. Para influir con más rapidez e intensidad, se añadió en seguida a la central de la «Dinta» una gran organización de Prensa. El periódico más importante es la «Hüttenzeitung» que, con diversos títulos, pero con el mismo contenido, se distribuye entre los obreros en más de 50 talleres de la industria pesada. También fuera del círculo de esta industria han encontrado difusión las escuelas «Dinta», y más aún los periódicos «Dinta», de suerte que se han creado hasta periódicos regionales obreristas por

el sistema «Dinta» para las industrias manufactureras. La tirada total de los periódicos «Dinta», que en parte aparecen semanalmente, en parte quincenalmente, pasa de medio millón. Los talleres pagan a la «Dinta» por ejemplar 10 *pfennigs* por término medio, así que ya contribuyen con algo a la formación espiritual de sus obreros.

Editorialmente, el consorcio de periódicos laborales de la «Dinta» está ligado con la «Industrie-Verlag und Druckerei A. G.» de Essen-Düsseldorf, en la cual aparece también el órgano oficial patronal de la industria pesada, la «Deutsche Bergwerks-Zeitung». Con esto, se tiende indirectamente un puente hacia el consorcio de Hugenberg, pues el director de «Industrie-Verlag», Enrique Droste, pertenece, como ya se ha indicado, lo mismo que el padre de la «Dinta», Alberto Vögler, al círculo más allegado a Hugenberg. Así se ha procurado que los dos ramos de la propaganda impresa de la industria pesada, la sección de la clase media de Hugenberg y la sección obrerista de la «Dinta» de Arnold, no se hagan competencia inútil.

El secreto del éxito

Al aparato propagandista de la industria pesada no tiene nada semejante que oponer ningún otro grupo económico ni político. Particularmente el consorcio Hugenberg constituye por su ingeniosa multiplicidad y su coherencia de organización una fuerza que no tiene rival en la Prensa alemana, pues los demás grandes consorcios periodísticos, como el de Ullstein y el de Huk, que alcanzan con sus periódicos todavía mayores tiradas, en la orientación política están subordinados al cálculo comercial corriente. En cambio, Hugenberg, aunque aspire en lo posible a la rentabilidad, puede desarrollar sin trabas la propaganda política, puede presentarse como el «idealista» para quien la política es más importante que el negocio, porque su idealismo se apoya en la seguridad de que la industria pesada cubrirá el *déficit*. En eso reside el verdadero secreto de su éxito y de su eficacia.

Semejante averiguación no ha de servir para desvirtuar la capacidad organizadora de Hugenberg. Que el dinero por sí solo no basta para desarrollar una política eficaz de Prensa, harto lo han demostrado otros grandes industriales. Durante la inflación era ya casi en la industria pesada cosa de buen tono el hacer política a través de la Prensa. De las empresas periodísticas de Otto Wolff ya hemos hablado. Sobre la curiosa manera cómo Hugo Stinnes, modelo a la sazón de todos los arrivistas, se procuró junto con otras conquistas una Prensa propia, hemos de hablar aún a otro propósito. Tampoco

los Haniels, una de las más antiguas y sólidas familias de la industria pesada, pudieron resistir a la tentación de meterse en asuntos periodísticos. Proporcionalmente, con su progreso industrial en el Sur de Alemania adquirieron influencia sobre la Prensa de Baviera. El diario cogobernado por ellos, «Münchener Neuesten Nachrichten», antes decididamente de la izquierda, se convirtió en la época crítica de los alzamientos en un órgano importante de la reacción. Sin embargo, de todas estas compras y fundaciones de periódicos, fuera del círculo de Hugenberg, no resultaron efectos permanentes.

El contrapeso de las fundaciones democráticas

Como se puede suponer, desde que se conoció en cierto modo la estructura de la organización de Hugenberg, otros grupos políticos se esforzaron por rivalizar en el mismo campo. Especialmente por parte de los demócratas se hizo varias veces el intento de crear una contraorganización republicana. Las tres editoriales democráticas más grandes, Ullstein, Mosse y la Frankfurter Societäts-Druckerei (Frankfurter-Zeitung), se pusieron de acuerdo con algunos jefes del partido democrático para fundar una empresa editorial común, «Neuer Staat», por medio de la cual se quería influir en la Prensa de provincias. También se fundaron varios servicios de colaboración, como el «Reichsdienst für die deutsche Presse», del cual se derivaron las «Vertrauliche Nachrichten», la «Aussenpolitische Rundschau», la «Konjunkturkorrespondenz». También se montó una oficina para la Prensa del Centro, «Büro für die Zentrumspresse». Pero todos estos servicios no alcanzaron gran importancia. La «Deutsche Nachrichten-und Korrespondenz G. m. b. H.», a la que estaban adheridos, acabó por pasar a ser propiedad del Estado prusiano.

Más afortunados fueron los esfuerzos del diputado demócrata del Reichstag, Hummel, que pertenece al consejo administrativo de la «I. G. Farbenindustrie». Hummel ejerce el control sobre la «Deutsche Provinz-Verlag G. m. b. H.», en la cual están comprendidos el antiguo servicio de matrices «Arens», el servicio de matrices «Wiemann» y el servicio de matrices «Frankfurt am Main». La «Deutsche Provinz-Verlag» surte a más de 400 pequeños periódicos provincianos y supera, por lo tanto, en difusión a los servicios de matrices de Hugenberg. En 1929, Hummel se interesó también en la «Frankfurter Societäts-Druckerei G. m. b. H.» y entró en su consejo de administración.

El consorcio rojo

La única organización de Prensa que se puede comparar con el consorcio Hugenberg se encuentra—cosa curiosa—en la extrema izquierda. Desde luego, el consorcio comunista Münzenberg no llega en amplitud ni con mucho al consorcio Hugenberg, pero presenta con él cierta semejanza en la estructura y en la decisión de la voluntad política. El fundador y director del consorcio es el diputado comunista del Reichstag, Willi Münzenberg, hombre de extraordinaria capacidad organizadora, que hasta los veinticinco años trabajó de zapatero y de botones, ayudando al mismo tiempo a preparar la Internacional de la juventud socialista, cuyo primer secretario llegó a ser en 1914. Durante la guerra se puso en contacto con Lenin en Suiza, y fué después uno de los primeros y más hábiles propagandistas de la Rusia Soviética en el Oeste capitalista. En los malos tiempos que siguieron a las guerras civiles rusas, cuando por todas partes se ponía la gente en guardia contra el bolchevismo, organizó un movimiento de socorro a favor de la Rusia hambrienta, y de esta organización hizo brotar más tarde la «Internationale Arbeiterhilfe» (I. A. H.), liga proletaria de socorros que se extendió por 16 países. La I. A. H., que Münzenberg dirige desde 1921 como secretario internacional, persigue, en primer término, fines sociales y caritativos, pero apoya también a los obreros en sus luchas económicas, y, políticamente, aunque sólo sea por su estrecha relación con Moscú, se puede considerar como una organización comunista.

Este consorcio político-social es, al mismo tiempo, organización-biombo y poseedor de un consorcio de pura propaganda. Mientras la Prensa comunista, por su rigidez, excluye la posibilidad de propagandas de gran alcance, Münzenberg opta deliberadamente por llevar la idea comunista en forma velada a más extensos círculos de población, valiéndose de empresas económicas que trabajan a estilo capitalista. Lo mismo que Hugenberg, Münzenberg hace concesiones al gusto del público. Tan en cuenta se tiene el interés de los obreros por el deporte y la necesidad de sensaciones de toda índole, que los periódicos de Münzenberg apenas se distinguen, por la presentación y por el tono, de los periódicos burgueses de bulevar, mientras se procura interesar y atraer a los intelectuales con alardes artísticos.

Económicamente, las empresas de Münzenberg preséntanse también como simples sociedades capitalistas por acciones y de responsabilidad limitada ; es decir, trabajan comercialmente y, sin olvidar la finalidad política, se preocupan de la rentabilidad. Estas sociedades suelen llevar nombres neutrales, como «Kosmos-Verlag» ,«Wilhelmstadt G. m. b. H.», «Neuer Deutscher

Verlag». Los mismos disfraces que en el consorcio Hugenberg. Como Hugenberg también, sólo muy tarde y después de violentos ataques desde el campo de los vecinos políticos, se decidió Münzenberg a descubrir algo de los fines y de la estructura de su organización. Con ese motivo se confiesa, no sin orgullo, director de un «Consorcio Rojo» :

Estamos conformes con el nombre de consorcio. Realmente aspiramos a levantar un gran consorcio rojo de empresas económicas. Desde luego, no un consorcio Münzenberg, ni un consorcio Brandler, sino el consorcio de una organización proletaria, bajo el control y con el apoyo inmediato de esa misma organización.

No somos utopistas; no creemos que podamos destruir el capitalismo con empresas económicas. Somos marxistas revolucionarios y sabemos que sólo por la lucha revolucionaria de clases, sólo por el alzamiento armado y por la guerra civil, se puede vencer al capitalismo.

Pero también somos de opinión que es un delito punible dejar sin lucha a los consorcios burgueses y socialdemócratas el monopolio de la influencia sobre las masas. Somos la opinión que se ha de hacer todo lo posible para quebrantar este monopolio, ya sea en el terreno del film, ya en el de la Prensa diaria o de las revistas ilustradas. Las experiencias y los éxitos de los últimos años nos dan en esto la razón, pues demuestran que es posible robustecer y ampliar eficazmente la fuerza de agitación de las organizaciones proletatarias por medio de tales empresas» (1).

Las fundaciones de Munzenberg

Hasta ahora, el mayor éxito lo ha logrado Münzenberg con algunas de sus fundaciones de periódicos y revistas. El «Welt am Abend» llegó a ser rápidamente el peródico socialista más difundido de Berlín. Aparece en la «Kosmos-Verlag G. m. b. H.», y, muy a estilo burgués, se lee en la cabecera : «Cuenta corriente : «Commerz-und Privatbank, Berlín». Peor resultado dió la salida de un diario de la mañana, «Berlin am Morgen», de la editorial «Wilhelmstadt G. m. b. H.» Un periódico vespertino, que apareció en Essen, fué liquidado pronto. También fracasó el ensayo de un servicio de tarjetas. En cambio, ha obtenido gran circulación, una tirada de cerca de 400.000 ejem-

(1) «Der rote Aufbau» (Editor, Willi Münzenberg), mayo 1929, año II, cuaderno 1. Véase también año II, cuadernos 3 y 4 de la misma revista: Willi Münzenberg, Unser Konzern.

plares, la «Arbeiter-Illustrierte Zeitung» (A. I. Z.), que se publica en la editorial «Neuer Deutscher Verlag». En relación con este periódico está la Unión de Fotógrafos Obreros, que dispone de una revista propia, «Arbeiterphotograph», y organiza exposiciones. La Editorial «Neuer Deutscher Verlag» tiene también una extensa sección de librería, que se apoya en una cooperativa librera, la «Universum-Bücherei». Los miembros reciben un magasin: «Für Alle». Por lo demás, la editorial «Neuer Deutscher Verlag», de Münzenberg, no tiene enlaces de ningún género con las demás editoriales conocidas de tendencia comunista y radical izquierdista, como la «Malik-Verlag», de Berlín, de que es principalmente interesado el hijo de Weil, gran traficante cerealista de Frankfurt, y la «Hoym-Verlag», editorial puramente de partido. A la sección de revistas del consorcio Münzenberg pertenecen también algunos boletines de organización: el «Mahnruf», del Socorro Internacional Proletario, el «Der Kommende Krieg», órgano de la Liga Antiimperialista, y, por último, el «Der Rote Aufbau», revista mensual político-económica. Aunque el consorcio Münzenberg no dispone de imprenta propia y hasta las secciones de anuncios de los periódicos están en parte cedidas, ocupa en conjunto a más de 200 personas.

Gracias al grandioso desarrollo artístico del *film* ruso, Münzenberg ha logrado hacer también propaganda por este medio. En Moscú pertenece al Socorro Internacional Proletario la sociedad cinematográfica «Meschrabpom». La «Meschrabpom» ha producido algunas de las películas más importantes e impresionantes, como *El fin de San Petersburgo*, *Madre* y *Tempestad sobre Asia*. En Alemania, las películas «Meschrabpom» se difunden por medio de la sociedad cinematográfica «Prometheus», perteneciente al consorcio Münzenberg, la cual, además del servicio de distribución, tiene también un pequeño taller de producción, pero no cinematógrafos propios. Aunque Münzenberg ha dado vida a una Sociedad Popular Cinematográfica, el negocio del cine—guardando también en esto paralelo con el consorcio Hugenberg—es su iniciativa económicamente más débil. Sin embargo, al contrario que Hugenberg, ha logrado con el *film* los efectos más intensos de propaganda artístico-política. Hasta el punto de que el consorcio Münzenberg, precisamente porque no está tan cargado de cadenas de partido, ha llegado a ser un centro espiritual de gravitación para la izquierda radical.

La Prensa de partido fracasa

Dondequiera que la organización de partido impulsa y con-

trola directamente la propaganda, falla el terreno para la Prensa y para el *film*. La disciplina de partido y el control de partido, que por añadidura están encomendados muchas veces a funcionarios anquilosados, sin temple periodístico, paralizan la movilidad espiritual, sin la que toda propaganda eficaz es imposible. En este orden, la orientación del partido apenas influye. La Prensa puramente partidista presenta en todas partes los mismos síntomas de arterioesclerosis.

En tres campos completamente distintos domina todavía en Alemania la Prensa de partido : en la extrema derecha, en los partidos obreros socialistas y en el Centro. El partido obrero socialista nacionalista ha trabajado con gran entusiasmo desde el resurgimiento del movimiento Hitler, próximamente desde 1927, por la implantación de un aparato propio de Prensa. A fines de 1929 disponía ya de tres diarios y 40 revistas semanales, de las cuales la mitad eran órganos oficiales del partido. A pesar de todo no logró formar una Prensa verdaderamente grande, ni siquiera periódicos que correspondiesen al incremento de sus afiliados.

No ha tenido mejor suerte la Prensa de partido de la extrema izquierda. Es cierto que los comunistas disponen de un número de diarios mucho mayor, algunos de los cuales son una antigua herencia que les correspondió al escindirse el partido socialdemócrata y más tarde el partido socialdemócrata independiente. Pero a pesar del activísimo trabajo proselitista de la organización del partido, la Prensa comunista nunca ha llegado a alcanzar la difusión que corresponde a la plana mayor del comunismo, no digamos ya al ejército de millones de secuaces. Precisamente por eso el consorcio Münzenberg ha encontrado en la extrema izquierda tan amplio campo de actividad para su propaganda, más libre y más hábil.

Que en los grupos de las alas extremas no es el tono rudo y sangriento la causa del poco éxito, lo demuestra la Prensa, mucho más suave, de la Socialdemocracia. La Prensa socialdemócrata descubre de la manera más clara los defectos de los periódicos puramente partidistas. Aunque la Socialdemocracia es el partido más fuerte en casi todas las grandes ciudades alemanas, en casi ninguna de estas ciudades dispone del periódico de más circulación. Los 200 periódicos socialdemócratas, que había en 1928, sólo tenían en junto 1 1/4 millones de suscriptores ; por término medio correspondían, pues, 6.000 a cada periódico.

En los últimos años la Socialdemocracia se ha esforzado celosamente por reformar la organización de la Prensa del partido, por racionalizarla y modernizarla. Como organización-biombo se fundó la «Konzentration AG», que sirve como sociedad fiduciaria, proporciona créditos a los periódicos e impren-

tas adheridos, y a veces se encarga hasta de misiones especiales, como la compra de la casa donde nació Marx en Tréveris. También, después de largas deliberaciones que duraron años, se fundó una sociedad propia de anuncios para la Prensa del partido, la «Inscraten-Union G. m. b. H.», como se fundaron también servicios propios de matrices.

A pesar de todo, para una circulación de capital de 75 millones en todas las empresas periodísticas e impresoras del partido, sólo se obtuvo en 1928 una ganancia líquida de 1,8 millones, que no bastaban para las necesarias innovaciones y ampliaciones. En los años 1925-1928, el partido tuvo que poner todavía a disposición de la «Konzentration AG» más de tres millones de marcos, como suplemento para la Prensa. Esto ocurría al mismo tiempo que los consorcios particulares de periódicos, sobre todo la Prensa de tipo «General-Anzeiger», obtenían grandes ganancias de millones. Las voluminosas tiradas y consiguientemente las ganancias de los periódicos burgueses se fundan en un público que en gran parte se compone de adeptos de la Socialdemocracia. La Prensa socialdemócrata se encuentra exclusivamente en poder del partido, y, a pesar de todos los esfuerzos por dirigir comercialmente las distintas editoriales periodísticas, el mecanismo del partido, ya por la manera de seleccionar los redactores y por el afán de colocar en los periódicos a consumados funcionarios, impide el rápido auge.

La lucha por la Prensa del Centro

Que la posición económica por sí sola no es lo definitivo, se demuestra en la encanijada Prensa partidista del Centro, que se halla casi totalmente en manos de editores particulares. En 1929 había en Alemania 451 diarios católicos, de ellos sólo en Baviera 134. Pero la mayoría de estos periódicos son pequeños órganos de provincias, entre los que hay muchos de los llamados «periódicos de rótulo», con insignificantes tiradas. También en el Centro se han hecho en los últimos años varios intentos de racionalización y transformación de la Prensa. Así, «Germania», el órgano oficioso berlinés del Centro, y «Kölsnische Volkszeitung», principal diario centrista del Oeste de Alemania, se han fundido en comunidad de intereses. El editor Lambert Lensing de Dortmund, domina un gran consorcio de periódicos renano-westfalianos del Centro.

Las dificultades económicas y el afán de formar Prensa del Centro proporcionaron al sector de grandes industriales del Centro ocasión propicia para intervenir financieramente. Especialmente en torno a «Germania» se riñeron una y otra vez vio-

lentas luchas de accionistas, luchas que terminaron con la victoria del ala industrial derecha del Centro. También a la reorganización de la «Görreshaus G. m. b. H.», editorial de la «Kölnische Volkszeitung» y del «Kölner Lokal-Anzeiger», debieron de contribuir financieramente los grandes industriales Pedro Klöckner y Otto Wolff, allegados al Centro.

Con todo, el gran capital se mantiene en la Prensa del Centro más a la defensiva que a la ofensiva. Una influencia decisiva no se ha podido lograr, ya por el mero hecho de que los periódicos del Centro se sienten ligados al partido en mucho mayor grado que, por ejemplo, los grandes periódicos demócratas. La uniformidad espiritual, y también el equilibrio de los conflictos económicos de intereses que existen en el Centro, recibe impulso de la sociedad «Augustinus» para el fomento de la Prensa católica, una organización que atiende al florecimiento periodístico y a la colocación de redactores, a la formación y orientación en sentido clerical. Así ocurre que la Prensa del Centro, análogamente a la Prensa demócrata social, es un reflector, pero no un motor de la política del partido. Con esto pierde interés inmediato para las grandes potencias de la economía.

La Prensa sólo es para la economía un portillo de invasión. Pero no es un camino cómodo, por donde llegar a imponerse políticamente. Como la Prensa alemana no puede alquilarse para campañas aisladas, que es lo que ocurre en parte de la Prensa francesa, hay que poseerla del todo para poder dirigirla totalmente. Pero esto supone una puesta demasiado alta en el juego y un riesgo importante. Alcanzar influencia política por la Prensa es mucho más caro que ejercer influencia directa en los partidos y en las asociaciones políticas. La financiación de la Prensa es un juego por lo alto, que sólo pueden permitirse los grupos más ricos de la economía. Y aun éstos sólo tienen éxito cuando disponen de escamoteadores extraordinariamente hábiles, que conocen los secretos de la Prensa. Entonces sí, la influencia de la Prensa puede llegar a ser, no sólo un negocio políticamente útil, sino también directamente productivo. Acaso esta sea la razón por la cual los financieros de la política tienen especial predilección por el afinanzamiento de la Prensa. Aun cuando no siempre logran hacer política con el dinero, siempre les queda en la Prensa la posibilidad de hacer dinero con la política.

Capítulo quinto

El dinero en el Estado

El Estado dedica en todos los países importantes recursos para imponerse. La táctica de los centros políticos gobernantes no es muy distinta de la de los grupos económicos, que ante todo se esfuerzan por lograr influencia política. También el Estado trabaja con dinero para afianzar y ensanchar su influencia.

Lo procura en dos sentidos : en la política exterior y en la política interior. El grado de intensidad varía en los distintos tiempos y bajo las distintas formas de Gobierno. Pero, con cierta amplitud, esta actuación propagandista se observa en todas partes. Parece indisolublemente unida con el instinto de propia conservación del Estado. También los métodos de la propaganda están sometidos a cierta mudanza, pero no son muy variados. El arte propagandista del Estado llegó en el siglo XIX a gran esplendor. Aparte de algunos procedimientos técnicos, como el *film* y la radio, apenas se ha progresado nada desde entonces. En cuanto a destreza, más bien se ha retrocedido que avanzado. Los medios que se emplean para este fin se han multiplicado en el curso del tiempo, si se atiende a las cifras absolutas ; pero en comparación con los demás dispendios del Estado el presupuesto de la propaganda no ha crecido en importancia, en la generalidad de los países.

Desde luego, no se puede decir con seguridad cuánto dinero gasta el Estado para fines de propaganda política. Los gastos indirectos de propaganda, que sirven para el prestigio político, para edificios públicos, solemnidades, desfiles y cosas semejantes, no se pueden precisar desde luego. Pero también los gastos directos de la propaganda son difíciles de comprobar, porque naturalmente los Estados procuran guardar secreto acerca de ellos. Y aun allí donde los fondos secretos están cuidadosamente consignados en el presupuesto, no acaba uno de formarse de ellos idea clara, pues con los fondos secretos se sostienen en primer lugar los gastos políticos, los militares y, modernamente, también los económicos del espionaje, que no se pueden computar como gastos de propaganda del Estado.

El «fondo de los güelfos»

El Imperio alemán estuvo dotado durante mucho tiempo con un fondo secreto y muy abundante. Después de la victoriosa guerra de 1866, Bismarck creó con la fortuna confiscada del rey de Hannover un fondo secreto, que superaba en importancia a cuanto había existido antes y ha existido después en este orden. El «fondo güelfo», que recibe su nombre de la dinastía güelfa de los reyes de Hannover, llegaba por lo menos a 16 millones de escudos. Debía servir ante todo para contrarrestar las maniobras güelfas, que se dirigían a la restauración de un Hannover independiente; pero luego se aplicó en realidad a todos los fines posibles de propaganda de la política exterior e interior. Así, ya desde 1867, por lo tanto antes de que Baviera se hiciese Estado confederado, y durante veinte años, el rey Luis II de Baviera estuvo cobrando 300.000 marcos anuales del fondo güelfo. El caballerizo mayor del rey de Baviera, conde Holstein, que iba regularmente a Berlín a recoger de Bismarck el dinero, podía reservarse por este servicio, y al mismo tiempo como recompensa por su silencio, una comisión del 10 por 100, o sea 30.000 marcos anuales. Sin duda quería Bismarck afianzar con esta dotación la amistad y más tarde la fidelidad federalista de Baviera hacia Prusia y hacia el Reich. La Prensa fué subvencionada y corrompida en gran escala con el fondo güelfo. También tuvo que soportar el fondo güelfo los gastos de los impresos electorales contra los partidos de la oposición. Hasta qué punto se recurrió a este «fondo de reptiles», como se llamaba al fondo güelfo en el *argot* parlamentario, para fines políticos de propaganda, acaso no pueda comprobarse nunca, porque todas las cuentas acerca del empleo del fondo güelfo las quemó Bismarck en persona, como manifestó su continuador Caprivi en 1891, en la Cámara de Diputados prusiana.

Bajo Caprivi, en 1893, el fondo fué devuelto a la antigua casa real de Hannover. Desde entonces, los fondos secretos fueron más escasos en Prusia y en el Reich. A Guillermo II no le agradaba este sistema de hacer propaganda en la oscuridad y el silencio, muchas veces de manera poco limpia. Prefería luz y redoble de tambores. A su entender, éste era el verdadero camino para lograr efectos propagandistas. A pesar de todo, también en la época guillermina había fondos secretos, por ejemplo en el departamento de Marina y en el Ministerio prusiano del Interior.

Los fondos secretos de la República

Después de haberse gastado durante la guerra sumas fantásticas para la propaganda en el Extranjero, generalmente con muy poca habilidad y sin provecho, se puso empeño, después de la revolución, en practicar un severo puritanismo respecto a los fondos secretos. Debía cesar la diplomacia secreta, y con ella la propaganda del mismo estilo. Pero no prevaleció mucho tiempo este criterio. La propaganda secreta se justificaba por el hecho de que en el presupuesto estaban consignados los recursos indispensables para ella, pero se sustraía al control y hasta a la comprobación del Tribunal de Cuentas. El presupuesto del Reich de 1922 prevé expresamente tales fondos secretos, que «por consideración al fin de su empleo no han de estar sometidos a la fiscalización del Tribunal de Cuentas», y pronto los fondos de esta naturaleza llegan a alcanzar considerable cuantía. En el año económico 1926-1927 se llega tal vez al máximo, pues el Ministerio de Negocios Extranjeros recibe ocho millones de marcos para «gastos secretos» ; el Ministerio de la Guerra, un millón, «a disposición del ministro de la Guerra, para fines especiales», y además se excluyen del control habitual del presupuestos otros 2.760.000 marcos para «fomentar el servicio de noticias alemanas en el Extranjero» y 446.000 marcos para el mismo fin en el interior. Desde entonces, bajo la presión de la crítica pública, los fondos secretos se han reducido.

En el proyecto de presupuesto del Reich para 1930-1931 se consignan ya, como gastos secretos oficiales, sólo 4,5 millones para el Ministerio de Negocios Extranjeros y un millón para el Ministerio de la Guerra ; además, unos 2,5 millones «para fomentar el servicio de noticias», que en parte son administrados por el canciller del Reich, en parte por el Ministerio de Negocios Extranjeros, y están sometidos a cierta revisión parlamentaria. En conjunto, se destinan, pues, según se deduce del examen del presupuesto, ocho millones de marcos a gastos secretos.

Además, el Gobierno, durante los años posteriores a la estabilización, disponía de un fondo muy cuantioso, que había quedado de la lucha del Ruhr, y que nunca había sido consignado claramente en el presupuesto. Hasta el año 1928, este fondo del Ruhr, que importaba unos 10 millones de marcos, era invertido totalmente por el Ministerio de la Guerra, por el Ministerio de Economía y por otros centros para distintos y dudosos fines políticos. Otra fuente de subvenciones políticas, manifiestas y disfrazadas, la constituían los fondos del Ministerio de las Regiones Ocupadas, el cual subsistió desde la lucha del Ruhr has-

ta la evacuación de las provincias renanas, y cuya dirección se halló en manos del Centro hasta la primavera de 1930 sin interrupción.

Pero con los fondos propiamente secretos no se agota en modo alguno el caudal de fondos para propaganda política. En una polémica con el entonces presidente Poincaré, dió Stresemann, poco antes de su muerte, una estadística de las sumas que se incluyen en el presupuesto del Reich «para los llamados fines de propaganda en el Extranjero». Poincaré, teniendo en cuenta todos los recursos empleados para fines científicos y económicos, había afirmado en la Cámara que el Reich alemán sostenía fondos de propaganda de unos 100 millones de marcos. Stresemann, que siempre se interesó especialmente por las cuestiones de propaganda, hizo en seguida un cálculo exacto, según el cual el Reich, en el presupuesto de 1929, había consignado en total 21,6 millones de marcos para fines propagandistas. Este es, por lo tanto, el fondo oficial inmediato, que el Reich tiene a su disposición para la propaganda. Pero además, hay que añadir, como ya demostraremos más en particular, los millones que el Estado emplea para difundir indirectamente su política o contrarrestar la política de sus enemigos, fondos que, aun limitando rigurosamente el concepto, pertenecen también a la propaganda política.

Conspirando contra la República con fondos del Reich

El único fondo que tiene un carácter de lucha expresamente política es el «fondo para medidas de protección de la República». En 1930, se destinan 200.000 marcos a este fin; en 1929, se destinaron 300.000 marcos. Pero ni con esto salió del paso el Gobierno, pues para contener la demanda popular de Hugenberg contra el plan Young se emplearon 350.000 marcos, «con el fin de ilustrar al público alemán». Esta suma, que el Gobierno había de someter ulteriormente a la aprobación del Reichstag, sólo constituye, desde luego, una pequeña parte de los gastos que causó la campaña contra el plan Young. En efecto, el Reich tuvo que soportar también los gastos de la moción y del plebiscito contra el Gobierno, gastos que alcanzaron a 2,7 millones de marcos.

Mientras estos gastos involuntarios de propaganda se pueden considerar como obligaciones impuestas al Estado por la Constitución y la ley, ocurre a veces que el Gobierno presta ayuda financiera para la propaganda contra el Estado actual. Porque hay extraños rodeos y equívocos, cuya última causa está en el

mercantilismo secreto del negocio político de las subvenciones. En el Ministerio del Interior hay, además del fondo para la protección de la República, algunos otros fondos políticos para lucha y propaganda. Así, con la consignación del disuelto Comisariado del Reich para el orden público, se gastaron en 1929 150.000 marcos para un «servicio de noticias» político y secreto. Mucho más espléndidamente, con casi dos millones de marcos, está dotado un «fondo para el sostenimiento de misiones culturales en interés del germanismo». De este fondo, que se destina a las sociedades protectoras de los alemanes residentes en el Extranjero y fines parecidos, llegaron 60.000 marcos en 1928-1929 a manos del mayor Pabst, de la derecha radical. Pabst, que ya se había distinguido al lado de Ehrhardt en la revuelta Kapp, y con ese motivo estuvo perseguido mucho tiempo por orden judicial, intervino de 1928 a 1929 en la misma dirección, como organizador militar de las «Heimwehren» austriacas. El dinero necesario se lo proporcionaron de una manera muy curiosa las cajas de la república alemana.

Otro fondo de propaganda, muy bien dotado, se halla directamente a la disposición del canciller del Reich : el fondo para la «Zentrale für Heimatdienst». Este servicio, que le cuesta al Reich anualmente 1 1/4 millones de marcos, no está destinado a la Prensa, sino que ha de rendir un «trabajo objetivo de ilustración» por medio de folletos, hojas volantes y material de agitación de toda clase, como también por medio de dos hojas informativas. El material de propaganda llega a manos de 30.000 hombres de confianza repartidos por todo el Reich, a maestros de escuela y otras personas que pueden ejercer cierta influencia política. Una asesoría de diputados del Reichstag, en la que entran desde socialdemócratas hasta nacionalistas, se cuida de que la propaganda política del «servicio patriótico» no redunde en beneficio de un solo partido.

La política de prensa del Reich

El medio más importante de propaganda política es también para el Estado la Prensa. Desde que hay una Prensa en sentido moderno, el Estado se ha servido de este medio. En casi todos los países los primeros periódicos eran hojas oficiales u oficiosas. Pero desde que el Estado tuvo que conceder la libertad de Prensa y no pudo utilizar ya unilateralmente este arma, la política oficial de Prensa ha tenido que ponerse cada vez más a la defensiva. Hombres de condiciones editoriales y periodísticas no se avenían fácilmente, por lo menos en tiempos de paz, a seguir la ruta inflexible que exige la propaganda oficial y oficiosa del Estado. A las trabas espirituales correspondía gene-

ralmente un estipendio insuficiente, y así la política oficial de Prensa llegó a ser y ha seguido siendo el ramo más atrasado de la propaganda de Prensa.

A pesar de todo, el aparato oficial de Prensa representa aún hoy un instrumento poderoso en la lucha política, por los grandes recursos que después de todo se invierten en él y por las posibilidades especiales con que cuenta el Estado. Mientras en el Imperio la política de Prensa del Reich era considerada como una bagatela—hasta 1914 el servicio de Prensa del Ministerio de Negocios Extranjeros se componía de un relator, el consejero secreto Hamann, políticamente muy influyente, y de tres relatores auxiliares—, después de la guerra se ha desplegado un gran servicio oficial de Prensa. El entusiasmo por la propaganda de Prensa era tan grande en los primeros tiempos después de la revolución, que el Reich estuvo a punto de tener un Ministerio de Prensa exclusivamente. No se llegó a tanto, sin embargo. La iniciativa quedó limitada a una Sección de Prensa que se articuló con el Ministerio de Negocios Extranjeros, y que al mismo tiempo sirve para la propaganda de Prensa dentro de Alemania. Bajo la dirección de un director ministerial estaban ocupados a veces varios cientos de individuos. La plantilla de personal se fué reduciendo mucho, y ya los gastos llegan sólo a 750.000 marcos.

El servicio de Prensa tiene una doble función. Ha de informar al Gobierno sobre lo que la Prensa trae y en la Prensa ocurre; pero a la vez ha de transmitir a la Prensa las comunicaciones y dictámenes del Gobierno en la forma más eficaz posible. Por medio de conferencias para la Prensa nacional, por medio de tés para los periodistas extranjeros, por medio de la difusión de informaciones y, en fin, por medio de refutaciones vibrantes, sostiene el Reich las relaciones con la Prensa, sin obtener por eso influencia demasiado grande sobre la formación de la opinión pública, pues los periódicos saben muy bien de dónde procede este material, y lo elaboran y aprovechan según su propia tendencia política.

El elemento más importante de la organización oficial de Prensa se halla fuera del servicio de Prensa del Reich y guarda con él muy flojas relaciones. Nos referimos a la Agencia Telegráfica Wolff. Ya desde la época de Bismarck se encuentra la mayoría de las acciones de la Continental-Telegraphen-Compagnie, a la que pertenece la Agencia Wolff, en manos de la casa de banca Bleichröder, antiguo banco de la corte, sin que por parte de este centro se ejerza una influencia política apreciable. El Reich paga las noticias cuya difusión le importa; paga en parte a los corresponsales y subvenciona por este medio a la Agencia Wolff. Por lo demás, los periódicos tienen que pagar una indemnización por los despachos de Wolff, lo mismo

que por cualquier otro servicio de noticias. Para lograr más rentabilidad, la Agencia Wolff ha establecido una serie de servicios no oficiosos. A veces, esto da lugar a desaciertos. Así, en la primavera de 1929, se descubrió que bajo el canciller socialdemócrata Müller existía en la Agencia Wolff un «servicio T» para la Prensa de provincias, que lanzaba noticias de tendencia radical derechista, de tendencia racista.

Aunque la Agencia Wolff posee las grandes ventajas de la información oficial y de los hilos de comunicación diplomáticos, preponderan las desventajas, los obstáculos inevitables y evitables de un servicio oficioso. Por eso hace mucho tiempo que no todos los periódicos se sirven de la Agencia Wolff. Una gran parte de los periódicos alemanes prefiere espontáneamente, o bien bajo presión financiera, la Telegraphen-Union, perteneciente al consorcio Hugenberg.

Como la posibilidad de actuación política de un servicio de noticias, cuyo carácter oficial o semioficial se conoce, es limitada de antemano, el Estado se ha esforzado de antiguo por ejercer influencia en la Prensa de una manera menos diáfana. En el Extranjero reciben del Gobierno apoyo financiero periódicos de lengua alemana y en parte también de otras lenguas, como a mediados del siglo pasado. Con esto, ha ocurrido más de una vez que los mismos periódicos que recibían dinero de la república alemana, entabablan violentas polémicas de orientación monárquica y adoptaban en la política exterior un tono, que contradecía con el rumbo de Berlín. Mas, por temor de que tales negocios de subvenciones pudiesen salir a la luz, los hombres que administran e inspeccionan los fondos de subvenciones solían mirarse mucho antes de retirar el apoyo a tales periódicos.

Para salvaguardar los intereses alemanes en las comarcas limítrofes, poseen el Reich y Prusia una sociedad especial, la «Concordia», que subvenciona especialmente a la Prensa de la región del Saar, de la Alta Silesia y del territorio de Memel. Al frente de esta empresa estaba en un principio el antiguo diputado demócrata del Landtag, Winkler, mientras en la asesoría parlamentaria de la «Concordia» están representados todos los partidos, desde los demócratas sociales a los nacionalistas alemanes. También aquí las tendencias nacionalistas de los periódicos y agencias subvencionadas rebasaban a veces la medida que observaban simultáneamente los Gobiernos del Reich y de Prusia. Los subvencionados se esforzaban, como ocurre muchas veces en esto de las subvenciones políticas, por ser más papistas que el Papa.

a «Norddeutsche Allgemeine»

El capítulo más curioso de la política oficial de Prensa, desde la guerra, lo constituyen los variados esfuerzos del Reich por sostener un gran periódico oficioso. La República había recibido en este orden una herencia poco halagüeña. Desde los años del 60 del siglo pasado, la «Norddeutsche Allgemeine Zeitung» había llegado a ser, después de tormentosos principios, el órgano oficioso de Prusia y luego también del Reich. Había sido fundado con carácter radical pangermanista por Augusto Brass, joven extremista de veintiocho años; pero ya un año más tarde basculó hacia Bismarck, desde luego por una cantidad en metálico. Esto no impidió al editor tomar como colaboradores a sus antiguos conocidos de la izquierda radical, aunque sin poner las cartas sobre la mesa respecto a la financiación de la «Norddeutsche Allgemeine». Así, trató de coquetear con Carlos Marx; y Guillermo Liebknecht trabajó con Brass como redactor. Hasta que llegó un día en que la «Norddeutsche Allgemeine» recibió dinero del Gobierno prusiano, y entonces se acabó todo.

La floja relación que Bismarck había establecido con la «Norddeutsche Allgemeine» por el camino de la simple corrupción, entonces en uso, se orientó por trayectorias normales después de la guerra de 1870 a 1871. Los señores de Ohlendorff, juntamente con el «Norddeutsche Bank», de Hamburgo, se encargaron del periódico y de la editorial, con la obligación de poner a disposición de Bismarck, en caso de necesidad, «un trozo de papel blanco». En cambio recibían las informaciones oficiales y una asignación para gastos de impresión de 30.000 marcos. Pero mientras la Agencia Wolff, del banquero Bleichröder, constituía a veces un negocio muy productivo, en la «Norddeutsche Allgemeine Zeitung» se acumulaba el *déficit*. El «Norddeutsche Bank», de Hamburgo, se cansó pronto. Pero los hermanos Ohlendorff resistieron bravamente y se avinieron a ser indemnizados de la falta de ganancias en la «Norddeutsche Allgemeine» con el título hereditario de barones y otras gracias del emperador.

Durante veinticuatro años, los Ohlendorff se encargaron del *moniteur* de Bismarck y de sus sucesores. Desde luego, este periódico se fué anquilosando poco a poco, hasta convertirse en una hoja oficial ilegible, que sólo tenía algunos lectores involuntarios en las oficinas del Gobierno y en las redacciones de otros periódicos. Cuando los ministros querían dirigirse a un público mayor extraoficialmente, no se servían ya de la «Norddeutsche Allgemeine», sino que utilizaban como altavoz a la «Kölnische Zeitung», al «Berliner Lokal Anzeiger» y durante

algún tiempo también al corresponsal berlinés de la «Frankfurter Zeitung», Augusto Stein («Irenaeus»).

Stinnes compra el órgano oficioso

Durante la guerra, cuando se fomentaba la «ilustración» a velas desplegadas y con incalculables fondos, la «Norddeutsche Allgemeine» fué también sometida a una renovación. El reformador que adquirió el año 1917 el periódico de la familia Ohlendorff se llamaba Reimar Hobbing, un librero muy activo, que, como editor de la «Konservative Monatschrift», había adquirido preciosas relaciones políticas y había ejecutado para el Gobierno grandes encargos de impresión de hojas de propaganda (1). Después de la revolución, la «Norddeutsche Allgemeine», que entre tanto había adoptado el nombre de «Deutsche Allgemeine Zeitung» (D. A. Z.), adoptó, como los demás periódicos burgueses, una línea media, sin oponerse directamente a la política del Reich y de Prusia. El periódico se hallaba en franco auge, cuando en la primavera de 1920 Reimar Hobbing murió de pronto, y la viuda puso a la venta la editorial con el periódico.

La venta se llevó a cabo tan rápida como secretamente, incluso a espaldas de la redacción. El secreto tenía desde luego sus razones, pues el comprador del antiguo órgano oficioso era nada menos que Hugo Stinnes, por entonces el jefe más potente de la economía y al mismo tiempo el más encarnizado adversario del Gobierno democrático del Reich. Stinnes estaba a punto de formar por entonces el consorcio «Elektro-Montan», robusta organización como la economía alemana no la había visto nunca. Con esta expansión económica había de marchar paralelo el afianzamiento de su influencia política. Porque para Stinnes el dinero y la fuerza, la economía y el Estado eran una misma cosa. La compra de la «Norddeutsche Buchdruckerei» y de la «Verlags-Anstalt», por la que se hizo dueño de la «Deutsche Allgemeine Zeitung», era un pronunciamiento contra el nuevo Estado, que había de llamar mucho la atención del público. Pero, en cuanto a la forma, era un negocio particular como cualquiera otro, por el cual no había que hacer aspavientos. Algunos redactores capaces de resistencia abandonaron la D. A. Z., pero la mayoría se sometieron a su nuevo amo, y Stinnes quedó vencedor.

Pero no había terminado con esto la grotesca farsa. Stinnes,

(1) Véase mi artículo «Der Verkauf der D. A. Z.», publica bajo el pseudónimo «Fritz Wolter» en la «Weltbühne» de 8 septiembre, 1925 (XXI, número 36).

político de la oposición, siguió recibiendo las subvenciones del Gobierno del Reich y del Gobierno prusiano, según el desgraciado contrato que el canciller Bethmann-Hollweg había cerrado en 1917 con Reimar Hobbing : el suministro de 5.000 ejemplares para los centros oficiales prusianos, y además la impresión de distintas publicaciones oficiales y semioficiales, como la «Industrie und Handels-Zeitung», «Wirtschaft und Statistik», el «Reichsverkehrsblatt», el «Reichsarbeitsblatt» y, sobre todo, el encargo de impresión del «Reichs und Staats-Anzeiger», que era y sigue siendo un negocio muy lucrativo.

Aunque Stinnes trabajaba en parte, como se ve, con dinero del Gobierno, inmediatamente empezó desde su periódico una batalla en toda la línea contra la política interior y exterior del Reich y de Prusia, de suerte que después de muchas vacilaciones no le quedó otro remedio al Gobierno prusiano ni tampoco al Gobirno del Reich, sino renunciar en cualquier forma a las publicaciones de la «Deutsche Allgemeine Zeitung». Aunque desde entonces Prusia no puso ya gratuitamente a disposición de sus funcionarios un órgano de oposición, persistieron las demás subvenciones indirectas ; caso sin precedente en la política periodística oficial.

El consorcio periodístico Stinnes

Stinnes se aprovechó del apoyo financiero del Gobierno para su política de oposición hasta el último momento. Desde luego, estas subvenciones no alcanzaban para cubrir el creciente *déficit* de la «Deutsche Allgemeine Zeitung». Porque aunque Hugo Stinnes estaba muy lejos de sostener una empresa periodística a la manera, por ejemplo, de los grandes capitalistas ingleses, como se puede sostener una cuadra de caballos de carreras, invirtió desde luego sumas de extraordinaria importancia en su órgano. Puesto que el campo industrial de Stinnes era un campo universal, el órgano de Stinnes tenía que ser un órgano universal. El que la dirección administrativa y literaria de este órgano fuese confiada a oficiales de Marina, que habían viajado mucho, pero no por eso tenían mucho mundo, ni conocían nada de la técnica periodística, hizo todavía más embarazosa y costosa la organización. Pero en aquella época, y para semejante causa, a Stinnes no le importaba el dinero : las ganancias de la inflación afluían a sus manos con tanta abundancia, que fácilmente podía soportar un *déficit* de uno a dos millones de marcos en la «Deutsche Allgemeine Zeitung».

Este periódico fué la conquista más importante, pero no la única, que Stinnes hizo en la Prensa alemana. Al encargarse de la editorial de Reimar Hobbing, llegó a ser Stinnes igual-

mente editor de la revista político-humorística más antigua de Alemania, del «Kladderadatsch». El año 1922 compra Hugo Stinnes el antiguo diario «Frankfurter Nachrichten», para «ilustrar» desde Frankfurt a toda la Alemania del Sur sobre las necesidades de la política económica alemana: inflación a toda costa, recusación de las reparaciones, conversión de los ferrocarriles en empresas privadas, etc. También sostuvo Stinnes durante algún tiempo oficinas de colaboración. A esto se añadieron, como en todos los ángulos y zonas del consorcio Stinnes, adquisiciones incidentales, que no tenían nada que ver con el núcleo de sus empresas periodísticas y de su política de Prensa, por ejemplo, la de la editorial de modas «Vobach», de Leipzig. Más importante fué la anexión de la gran imprenta berlinesa «Büxenstein» y más numerosas las imprentas adquiridas en provincias. En los últimos tiempos de la inflación se emplearon también las imprentas de Stinnes como prensas auxiliares para la emisión de billetes. Es decir, que el papel-moneda, sobre que Hugo Stinnes había levantado su poderío económico y sus empresas políticas, era fabricado en su propia casa.

Al hundirse el consorcio Stinnes en la primavera de 1925, también sus organizaciones de Prensa se dispersaron a los cuatro vientos. Las fábricas de celulosa y de papel que suministraban las primeras materias para los periódicos de Stinnes, encontraron pronto compradores extranjeros. La imprenta «Büxenstein» pasó a poder de la casa «H. S. Hermann», editora del «Berliner Börsen-Courier». El «Reichs und Staats-Anzeiger» y los edificios de la «Norddeutsche Buchdruckerei und Verlagsanstalt» fueron adquiridos oficialmente por Prusia, pero no así, como entonces se dijo, la «Deutsche Allgemeine Zeitung». El órgano de Stinnes, una vez fracasadas las negociaciones con otros grupos industriales, entre ellos con el mismo Hugenberg y con el industrial del partido del Centro Klöckner, fué adquirido por el gran almacenista berlinés de papel Salinger y por el síndico textil Dr. Augusto Weber, uno de los cuales pertenecía al partido popular de la izquierda, y el otro al ala derecha de la democracia.

¿Quién está detrás de la D. A. Z.?

Parecía desde luego algo extraño que aquellos dos señores pudieran tener interés por adquirir un objeto tan caro. Pronto se comprobó que ellos sólo habían participado en la transacción mediante un pequeño corretaje, mientras que el verdadero comprador y financiero era, una vez más, el Estado pru-

siano. Cuando ya el asunto había levantado bastante polvareda, en marzo de 1926, el presidente prusiano Braun pudo comunicar, en el Landtag, que el periódico pasaría muy pronto a manos de un nuevo propietario, de suerte que el Gobierno no tendría ya nada que ver formalmente con el periódico, que seguiría inflexiblemente su curso.

Nuevamente reinó la calma durante algunos meses, hasta que se traslució al público que la «Deutsche Allgemeine Zeitung» seguía recibiendo mensualmente de los fondos del Reich de 75.000 a 90.000 marcos para cubrir el *déficit*. Prusia había vendido, en efecto, la «Deutsche Allgemeine Zeitung» al Reich, por cierto que con la intervención de Jacobo Goldschmidt, que por aquella época había ayudado también al ministro de Negocios Extranjeros, Stresemann, en la financiación de negocios políticos, por ejemplo en la compra del «Täglische Rundschau», periódico del partido popular. Las subvenciones para la «D. A. Z.» salían de los fondos secretos del Ministerio de Negocios Extranjeros y de la Cancillería del Reich ; pero pesaban mucho sobre estos fondos, lo cual era tanto más doloroso cuanto que el canciller del Reich, Marx, al principio no sabía nada de la compra del periódico, hecha bajo su antecesor Luther. En realidad, no se podía precisar quién era el verdadero propietario de la «Deutsche Allgemeine Zeitung». Con asombrosa independencia, seguía prodigando los ataques contra la democracia y contra el sistema parlamentario, mientras ensalzaba a Mussolini y a la Italia fascista. El Reich había hecho la compra tan en secreto, que ni siquiera la redacción sabía quién era el verdadero propietario.

Pero ahora se desencadenó una tempestad en la Prensa y en el Parlamento. En vano procuró Stresemann justificar la compra. Desde todos los campos se exigía que el Reich revendiese el periódico lo más pronto posible. Los más indignados eran los nacionalistas alemanes. El jefe de los socialdemócratas, Müller-Franken, calificaba el experimento de «equivocado», y hasta políticos que juzgaban el caso más suavemente, como el diputado del Centro y más tarde ministro del Reich, Guérard, opinaban así : «Por desgracia, al darse a conocer la propiedad del Reich ha cambiado completamente la situación, y se presenta el peligro de que el periódico pueda volver a adoptar la postura de la antigua «Norddeutsche Allgemeine Zeitung» (1).

Después de algunos esfuerzos, logró Stresemann, nuevamente por mediación de Jacobo Goldschmidt, formar un consorcio de hombres adinerados, que le quitaron la carga de la «D. A. Z.», más por condescendencia que por verdadero inte-

---

(1) Comisión de Presupuestos del Reichstag, sesión del 30 noviembre, 1926.

rés. El día 3 de febrero de 1927, pudo la «Deutsche Allgemeine Zeitung», esta vez con conocimiento de la redacción, comunicar a sus lectores que el periódico había sido adquirido por un grupo, «que estaba compuesto por elementos de la industria, del comercio y de la navegación». No faltaba la declaración de que la independencia del periódico «estaba asegurada como hasta entonces». Con esto terminó el segundo intento desgraciado de hacer de la «D. A. Z.» un órgano oficioso. Al Estado le había costado la aventura 2'5 millones de marcos.

Los nuevos dueños de la «Deutsche Allgemeine Zeitung» forman una sociedad muy compleja, política y económicamente. Los bancos berlineses principales participan cada uno con un 4 por 100 ; mayor participación tiene el director general de la «Hamburg-Amerika Linie», Cuno ; pero la participación más importante corresponde a la industria pesada de Rhenania y Westfalia a través del director general Vögler, de los Talleres Siderúrgicos Unidos. En el verano de 1928 entraron en el consejo de administración de la «D. A. Z.» otros dos representantes de la industria pesada, Brandi y Springorum, y de la reorganización del periódico se encargó a un hombre de la más íntima confianza de Hugenberg, al editor de la «Deutsche Bergwerks-Zeitung», Enrique Droste.

Los accionistas de la «D. A. Z.», todos relacionados con bancos y con la gran industria, tenían desde luego bastante solvencia para cubrir por sí solos el importante *déficit* del diario. Sin embargo, siguen empleándose para este fin recursos públicos. En el otoño de 1929 se descubrió que los ferrocarriles del Reich tienen señalada a la «D. A. Z.» una subvención anual de 300.000 marcos, aparentemente como indemnización por la defensa especial de intereses técnicos. Como el Reich es el propietario de los ferrocarriles, desde luego sin influencia apreciable en las finanzas y en los negocios de la «Reichsbahn-Gesellschaft», dominada por la gran industria, resulta que la «Deutsche Allgemeine Zeitung» sigue indirectamente financiada por el Reich. Mas no por eso ha amainado la actitud antidemocrática de la «D. A. Z.»

Bismarck subvenciona periódicos

Menos desgraciada, pero también menos activa que el Reich, fué Prusia en sus esfuerzos por ganar influencia sobre la Prensa. En Prusia había en este orden una antigua tradición. Ya antes de la revolución de 1848, por consiguiente en los primeros comienzos de la Prensa política, fundó y financió el Gobierno

prusiano en distintas partes del país periódicos, en los cuales más o menos veladamente se hacía atmósfera en favor de la política del Gabinete prusiano, por ejemplo: el «Rheinischer Beobachter»» y, en Königsberg, la «Zeitung für Preussen», para la cual entregaba el Estado anualmente 6.000 escudos. En 1849 se estableció en Berlín, en el ministerio de Estado, un servicio central para asuntos de Prensa, el llamado «Gabinete Literario», y se encomendó su dirección a un funcionario conservador, hijo del filósofo Hegel. Desde 1853 había una filial en Frankfurt am Main, la «Pressestation», cuyo misión principal era influir en la Prensa del Sur de Alemania y promover la lucha contra Austria. La dirección, responsable de la «Estación de Prensa», la llevaba Otto von Bismarck, enviado prusiano cerca de la Dieta federal de Frankfurt. De qué manera se desarrollaba entonces la influencia sobre la Prensa, se desprende de una carta, inédita hasta ahora, de Bismarck, del 16 de enero de 1854, en la cual se dirigía al presidente prusiano Manteuffel, recomendándole una subvención por dos años de 200 florines para la «Evangelische Wochenschrift», que aparecía en Fnankfurt am Main. En esta carta se dice:

«La Prensa ultramontana del Sur de Alemania ha aumentado notablemente desde el año 1848 en extensión y zona de influencia. Desde Colonia hasta Friburgo han surgido toda una serie de periódicos, que representan más o menos resueltamente los intereses del partido ultramontano y en consecuencia la política austriaca. Entre ellos se cuentan expresamente: la «Deutsche Volkshalle» de Colonia, el «Mainzer Journal», la «Nassauische Allgemeine» de Wiesbaden, el «Frankfurter katholische Kirchenblatt», la «Carlsruher Zeitung» de Ludwigshafen, el «Deutscher Volksbote» de Stuttgart, la «Postzeitung», de Augsburgo, y, por último, la «Freiburger Zeitung». Entre estos periódicos, el «Mainzer Journal» (Diario de Maguncia) se halla bajo la influencia directa del obispo Keller, conocido por sus ideas austriacas antiprusianas, y el «Frankfurter katholische Kirchenblatt», bajo la del consejero eclesiástico Beda Weber, de Frankfurt. La «Nassauische Allgemeine» está redactada por un austriaco llamado Prazeck, y la «Carlsruher» recibe de Austria una subvención anual de 300 florines.

Si hubiese algún inconveniente en que el Gobierno de Su Majestad concediese una subvención directa a un periódico eclesiástico, sería tal vez recomendable poner a mi disposición, por mediación de un eclesiástico de ahí. la suma pedida, y yo la haría llegar a la editorial por el debido conducto, para que ni el Gobierno de Su Majestad ni yo mismo apareciésemos complicados en manera alguna con carácter oficial. Pero al mismo tiempo, yo procuraría que la subvención sólo se concediese, si el editor con-

trata a un redactor, cuya positiva actitud evangélica ofrezca bastantes garantías, pues sólo de este modo—como enseña la experiencia—se puede entablar la lucha con éxito contra el partido ultramontano.

Manteuffel no vió con muy buenos ojos la pretensión de Bismarck. Una subvención directa para periódicos eclesiásticos le resultaba, evidentemente, muy enojosa. A pesar de todo, mandó girar a Frankfurt por dos años, de la caja policíaca de reserva, 120 florines cada año. «El adecuado empleo—escribía a Bismarck—lo dejo a la iniciativa de Vuestra Excelencia ; pero me permito suplicarle muy encarecidamente que administre esa ayuda con la mayor discreción, para que no pueda ser objeto de comentarios públicos».

De un modo semejante eran subvencionados constantemente unas dos docenas de periódicos con los fondos secretos de la presidencia del Consejo de ministros, fondos que en total ascendían a 35.000 escudos. Además, el Gabinete Literario suministraba material a la Prensa más pequeña del país por medio de dos servicios oficiosos de colaboración, la «Preussische Korrespondenz» y la «Provinzialkorrespondenz». Quedaba, por último, una misión, que más tarde llegó a ser principal, del Gabinete Literario : la de seleccionar recortes de periódicos para el rey de Prusia. «Cuando lo ve en letras de molde, lo cree»—dijo Bismarck en una ocasión acerca de Guillermo I—. También Guillermo II seguía recibiendo de este centro y de la «Wedekindsche Fürsten-Korrespondenz», que estaba sostenida por todos los príncipes confederados, la mayor parte de lo que leía de Prensa. El Gabinete Literario no fué disuelto hasta después de la revolución de 1918.

El poder de los periódicos de distrito

El instrumento más importante de la antigua política prusiana de Prensa lo constituían los periódicos oficiales de distrito, que estaban apoyados con suscripciones superabundantes de las autoridades, con encargos de impresiones, con el pago espléndido de la inserción de notas oficiales y con el «fondo de reptiles». Como compensación se exigía que los periódicos de distritos, sobre todo antes de las elecciones, se pusiesen incondicionalmente a favor del partido del Gobierno, es decir, a favor de los conservadores. La política de Prensa se hacía localmente en los periódicos de distrito desde los consejos cantonales, y cualquier paso desviado del camino, de que pudieran hacerse culpables los pequeños editores, aunque sólo fuera por distracción, era castigado severamente. Como sin las inserciones oficiales estos pe-

riódicos no podían generalmente vivir, era fácil tenerlos en jaque.

Después de la subversión política de 1918, estos pequeños periódicos pudieron seguir todavía mucho tiempo su antiguo trote, sin que en Berlín se preocupase nadie de ellos. Las subvenciones oficiales seguían afluyendo, pero políticamente aquella Prensa, de extraordinaria importancia para las pequeñas ciudades y para el campo, trabajaba contra el nuevo Estado. Una vez que se había dejado pasar el momento oportuno, creyó el Estado libre de Prusia que no podría someter políticamente a los 400 periódicos de distrito sin una reforma administrativa muy profunda. Quedaba a discreción de las autoridades locales y de las comisiones de distrito el utilizar como órganos oficiales a periódicos de la izquierda o de la extrema derecha. El año 1929, el Reich y Prusia trazaron por fin, de común acuerdo, las líneas directivas para la selección de periódicos en orden a la inserción de las comunicaciones oficiales. Por principio se admiten todos los periódicos, sin atender a su tendencia política; pero se excluyen los que por sistema ultrajan la Constitución o las instituciones constitucionales o tratan de desacreditarlas. Pero aun así, no se ha impedido que periódicos, que desde antiguo pueden llamarse órganos oficiales, fomenten en Prusia una política manifiestamente adversaria al Gobierno.

El Gobierno prusiano advirtió demasiado tarde qué clase de arma había dejado perder para la lucha política. Tan sólo después de una pausa de diez años se emprendió también en Prusia una política activa de Prensa. Con la cooperación del antiguo ministro de Hacienda, Reinhold, que también es por su casa editor de periódicos, se fundó, con recursos del Estado prusiano, la «Zentrale Verlags-Gesellschaft m. b. H.», que había de apoyar financieramente a los periódicos débiles y hasta fundar periódicos republicanos. En el Oeste, la «Zentrale Verlags-Gesellschaft» se hizo cargo del democrático «Kölner Tageblatt», mientras en las regiones agrarias, predominantemente derechistas, del Este de Alemania, sostiene algunos periódicos republicanos, por ejemplo en Köslin, en Stolp, en Osterode.

A fines de 1929, la editorial del Gobierno prusiano adquirió dos agencias de colaboración: la «Deutsche Nachrichten und Korrespondenz G. m. b. H.» y la «Rudolf Dammert G. m. b. H.», que todavía surte a varios cientos de periódicos. La «Zentrale Verlags-Gesellschaft» es dirigida por el antiguo jefe de Prensa del Ministerio prusiano de Hacienda y controlada indirectamente por el servicio de Prensa del Ministerio prusiano de Estado. Las empresas adheridas no se dan a conocer, sin embargo, como oficiosas. Oficialmente, la política del Gobierno prusiano es defendida de una manera hábil desde 1919 por el servicio oficial de Prensa prusiano.

La Marina hace política cinematográfica

Con especial cariño se ha orientado en los últimos años la política propagandista del Estado hacia el *film*. Desde luego, la propaganda en esta esfera es menos consecuente y consciente aún que en la esfera de influencia sobre la Prensa. Más bien se ha tratado solamente de un tanteo incidental, pero costosísimo, para ver la manera de apoderarse del *film* y alejar supuestos peligros creados por productores particulares de dentro y de fuera. La política cinematográfica del Reich era desarrollada bastante confusamente, tan pronto por un centro gubernamental como por otro, en parte de una manera legal, en parte también ilegal y con medios sumamente dudosos.

En este último caso se encuentra sobre todo la participación de la Marina del Reich en la sociedad cinematográfica «Phoebus», participación que dió lugar a uno de los más enojosos escándalos políticos de la trasguerra. El autor de esta aventura cinematográfica fué el jefe de la sección de Transportes Marítimos del Ministerio de la Guerra, capitán Lohmann. Este emprendedor oficial de Marina había ido creando, desde 1924, un fondo especial, con fondos secretos, con recursos normales del presupuesto que propiamente estaban destinados a otros fines y con créditos de bancos públicos y privados, fondo que poco a poco había ido creciendo hasta 20 millones de marcos. Hasta 10 millones procedían del fondo del Ruhr, que se había adjudicado durante la lucha del Ruhr al Ministerio de la Guerra y desde allí se había transferido a la Marina del Reich. Siete millones procedían de créditos, y el resto de sumas sobrantes del transporte de prisioneros de guerra, de la venta de barcos y otros materiales marítimos, y de consignaciones que se habían concedido para cruceros rápidos. Estos fondos los utilizó Lohmann secretamente para financiar todas las empresas posibles, como astilleros de barcos e hidroplanos, explotaciones de patentes y, en parte, también para otros fines, que no tenían nada que ver en absoluto con la Marina, como la compra de acciones bancarias y de fincas, fundación de sociedades de exportación de tocino y sociedades cinematográficas.

Las obligaciones financieras que el capitán del Ministerio de la Guerra había contraído, excedían con mucho de los recursos que poco a poco había ido acumulando. Sólo las fianzas habían crecido gradualmente hasta 29 millones de marcos. Como la mayor parte de las empresas Lohmann trabajaban con *déficit* y estaban completamente supeditadas a subvenciones, el pasivo fué creciendo en el transcurso de cuatro años hasta 37 millones de marcos, a los que sólo se contraponían 20 millones de marcos

de activo. Cuando, en el invierno de 1927 a 1928, se descubrieron los oscuros negocios del «Consorcio Lohmann», el Reich tuvo que apuntarse ya una pérdida de 15 millones de marcos, pérdida que todavía aumentó al desarrollarse las distintas empresas.

El núcleo central de este consorcio secreto de la Marina lo formaba la «Phoebus-Film-A G.», sociedad cinematográfica de mediana amplitud, que incidentalmente hacía películas de Marina, pero que no se diferenciaba de las demás empresas cinematográficas en punto a programa. Lohmann se había puesto en contacto, al parecer, con la «Phoebus-Film» por relaciones de amistad, y se había comprometido en ella con escasos créditos a costa del Reich. Cuando la sociedad «Phoebus» necesitó más dinero, Lohmann se lo facilitó contra la entrega de acciones, y, como gran accionista de «Phoebus», cayó el Reich cada vez más hondo en penuria de dinero. En marzo de 1926, con el aval del ministro de Hacienda Reinhold y del ministro de la Guerra Gessler, el capitán cineasta contrajo para la sociedad «Phoebus» una fianza por valor de más de tres millones de marcos, a la que se añadieron otras fianzas por valor de más de 4,5 millones, y como la sociedad siguió trabajando con pasivo, el Reich llegó a perder siete millones de marcos. Para desarrollar los negocios de «Phoebus» eran todavía necesarios tres millones, de suerte que el Reich tuvo que pagar esta aventura cinematográfica con 10 millones de marcos en total.

Desde luego, no se había logrado ningún éxito político de propaganda, ni aun a estilo del capitán Lohmann, quien con la sociedad «Phoebus-Film» pretendía defender intereses de la Marina y otros embelecos patrióticos. En realidad, era dinero completamente tirado. Si los participantes directos no se habían enriquecido personalmente, en cuanto cabía comprobar, por lo menos se habían manejado los fondos del Estado con la mayor ligereza. Este gran escándalo político se complicaba, como siempre, con una serie de enojosos asuntos personales, que excitaron mucho a la opinión. Primeramente, el Ministerio de la Guerra lo negó todo y hasta amenazó con castigos a la Prensa que dió las primeras noticias; pero, al hacerse la investigación oficial, el cuadro resultó mucho más doloroso. Los más comprometidos tuvieron que retirarse del servicio; al capitán Lohmann siguió el almirante Zenker, jefe de la dirección de Marina, y, por último, el mismo ministro de la Guerra, Gessler, se consideró obligado a presentar su dimisión. En cambio, el director de la sociedad cinematográfica «Phoebus», Correll, fué ascendido por Hugenberg a presidente de la «Ufa».

El Reich adquiere la «Emelka»

De nada aprovecharon las malas experiencias que el Reich había hecho en el orden político y comercial con la sociedad «Phoebus», precindiendo del oscuro origen de los fondos. Ya un año más tarde, el Gobierno empezó a planear nuevos proyectos cinematográficos. Ahora le interesaba especialmente la «Emelka» (Münchener Lichtspielkunst AG.). La «Emelka» había recogido los restos de la sociedad «Phoebus» después de la quiebra Lohmann, y el Reich había llegado de este modo a tener en ella una pequeña participación. Pero ahora, se decía, tratarían de adquirir la mayoría de las acciones de la «Emelka» accionistas extranjeros. Como la «Ufa», acerca de la cual también había tratado incidentalmente el Reich, le pertenecía ya a Hugenberg, algunos ministros veían un peligro para la República alemana en que se perdiese la «Emelka». Uno de los más interesados en el asunto era Stresemann. Un día de noviembre del año de 1928, apenas curado de una larga enfermedad, se presentó ante la Comisión de Presupuestos del Reichstag, con general sorpresa, y exigió categóricamente que los diputados deliberasen sin pérdida de momento sobre la compra de la «Emelka» por el Reich, adoptando y tomando una decisión en el término de veinticuatro horas.

La intervención del ministro de Negocios Extranjeros a favor de la compra de la «Emelka» no obedecía tanto al miedo de que cayese en poder de extraños, cuanto a que Stresemann quería contrarrestar la influencia de su enemigo más encarnizado, del cineasta Hugenberg, con una compañía cinematográfica propia del Reich. Por la misma razón procuró al mismo tiempo adquirir al «Deutsche Bank» un paquete de acciones de la «Ufa», con el fin de neutralizar a su enemigo Hugenberg, al menos por un conducto lateral. Sin embargo, los planes de adquisición de la «Ufa» no prosperaron. Tampoco se hizo nada al principio en orden a la compra de la «Emelka». La Prensa se opuso resueltamente, diciendo que el precio parecía desmedido y la utilidad política de la «Emelka» muy escasa. Porque ni el mismo Hugenberg había logrado hacer del *film* un medio político de propaganda verdaderamente eficaz. Mucho menores eran, por lo tanto, las probabilidades para el Reich con sus variables gobiernos parlamentarios.

A pesar de esta objeción, obvia e irrebatible, el proyecto de la «Emelka» volvió a plantearse una y otra vez. Cierto que los extranjeros no tenían mucho interés en la conquista de la «Emelka». Pero no por eso cesaban los rumores. Tan pronto eran los ingleses, como Hugenberg, como los americanos, los que querían apoderarse de la «Emelka», y en el otoño de 1923 consiguieron su propósito los verdaderos interesados. El Minis-

terio de Hacienda del Reich, sin consultar antes al Reichstag, y valiéndose de curiosos rodeos, adquirió a toda prisa la mayoría de las acciones de la «Emelka» a sus propietarios Krauss y Lustig, a un precio que excedía en el 50 por 100 a las cotizaciones de Bolsa. Con esto, la participación del Reich, al principio pequeña, llevó a mayores compromisos de crédito. La empresa trabajaba con pérdidas, y la cotización de las acciones descendía rápidamente. El Reich había perdido ya muchos millones antes de que llegase a dominar en la «Emelka». Para no perder más, resolvió el Gobierno, en la primavera de 1930, liquidar también esta aventura cinematográfica y poner la «Emelka» en venta.

Funcionarios políticos

Precisamente en la administración de los fondos de propaganda política, que escapan en su mayor parte al control público e incluso al más estrecho control parlamentario, se muestra el gran influjo de los funcionarios profesionales, incluso en la democracia parlamentaria. En Alemania se propende a concebir al Estado como un ser todopoderoso, abstracto e impersonal. Pero en realidad, las medidas políticas se determinan y ejecutan también en los centros oficiales por personas particulares y la influencia política de un relator ministerial puede ser mucho más importante que la de docenas de diputados. La burocracia, el predominio de la «covachuela», puede contenerse, pero no eliminarse.

Para conciliar políticamente la legislación y la administración, el Parlamento y la burocracia, los partidos gobernantes suelen colocar, a ser posible, en los puestos más altos de la Administración a partidarios suyos. Esto no constituye ninguna rareza para el régimen democrático-parlamentario «de comedero», sino una necesidad política, independiente de la forma de Gobierno. En los países autocráticamente regidos, en el antiguo Estado feudal lo mismo que en la Italia fascista y en la Rusia bolchevique, se cae de su peso que el grupo dominante ha de ocupar también los cargos de importancia política. En Prusia, una Real orden de 6 de enero de 1882 decretó, respecto de los «funcionarios políticos», es decir, de los secretarios de Estado, directores ministeriales, primeros presidentes, presidentes de Gobierno y de Policía y consejeros cantonales, «la obligación, sellada por juramento profesional, de representar la política de Mi Gobierno hasta en las elecciones». En los Estados Unidos se da por descontado que, tan pronto como un partido desaloja a otro en las elecciones, cambian con el Presidente los más altos funcionarios y hasta los jueces. Sólo así las elecciones adquieren

toda su importancia, incluso para los financiadores de los partidos.

En la República alemana no se ha reconocido sino muy a remolque el principio de que la mayoría parlamentaria tiene que dominar también en la Administración. La burocracia desempeñaba casi el papel de una Cámara Alta, y era un dique contra el asalto de las clases populares inferiores, que querían llegar al Poder a través del Parlamento. Pero pronto la «economía», la capa capitalista superior de la industria y de la finanza, adoptó una actitud contraria a los funcionarios. Y no precisamente porque los demócratas sociales hubiesen logrado introducir cierto número de sus adeptos en los altos puestos administrativos ; que este peligro no era tan grande. En Prusia, los socialdemócratas no tenían el año 1928 sino 87 de los 532 funcionarios políticos, y eso que hacía diez años que figuraban en el Gobierno, casi sin interrupción, presidentes del Consejo y ministros del Interior pertenecientes al partido. En el Reich, la proporción de socialdemócratas en los puestos superiores de la Administración era todavía mucho menor. Además los socialdemócratas se mostraban muy accesibles en los departamentos ministeriales y en los demás centros importantes, como si se esforzasen por entablar la necesaria inteligencia con la economía capitalista.

Cada consejero, su propio director de banco

La aversión de la economía hacia la burocracia tenía otras razones. Precisamente después que el peligro de una democracia socialista había sido eliminado y el capital había quedado vencedor por el camino de la democracia y del Parlamento, se tropezó en los centros oficiales con una barrera. Los funcionarios no querían lo que la economía deseaba. El poder que ellos mismos ejercían no querían cedérselo a la economía sin más ni más. Se oponían a subordinarse al nuevo sistema, aunque ellos mismos, en su mayor parte, procedían de las mismas capas sociales que los hombres de la economía. Porque también en la República los puestos oficiales más altos, por ejemplo los consejos cantonales prusianos, están ocupados en más del 80 por 100 por antiguos asesores de Justicia y de Gobierno ; y como los hijos de los obreros y pequeños empleados no pueden permitirse en general los estudios jurídicos, ya con eso se impide que pueda penetrar en la alta burocracia demasiado espíritu proletario.

Pero el avance de las potencias económicas en la democra-

cia parlamentaria despertó en los centros oficiales, no sólo cierta resistencia, sino cierto estímulo de imitación. El funcionario que en Alemania, como en todos los demás países, no dispone financieramente de grandes posibilidades de desarrollo, encuentra, mientras está en activo, una compensación de sus ingresos, relativamente modestos, en la fuerza que le da el Estado. El poder, al que otros no pueden aspirar sino por medio del dinero, lo tiene él en virtud de su cargo ; pero mientras en el antiguo Estado autoritario le bastaba al funcionario, para tener el prestigio indispensable, con hacer sentir a los demás su fuerza y portarse como hombre enérgico, en la República se ha operado una profunda transformación bajo la influencia y por el ejemplo de la economía. Por lo menos en la alta burocracia ya no constituye ventaja alguna pasar como funcionario íntegro, severo y temido. Sólo tiene poder quien representa un factor económico de poder. Esta concepción se ha extendido también entre los funcionarios. Y, de acuerdo con ella, se ha procurado en los centros oficiales crearse una fuerza económica. Ya no se aspira sólo a formular disposiciones y sumergirse entre papeles, sino también a cerrar contratos, aceptar y dar créditos, comprar y vender ; en una palabra, a desempeñar el papel de empresario.

El antiguo presidente del Banco del Reich, Schacht, dijo en cierta ocasión, al declarar ante la Comisión investigadora, que todo consejero secreto quería ser hoy su propio director de Banco. Ampliando el concepto diríamos que un director ministerial quisiera actuar desde su despacho como director de cine, el otro como industrial del ramo eléctrico, el tercero como administrador de empréstitos industriales y como banquero del gran comercio. El asunto del capitán Lohmann fué un caso especial por la manera grotesca de hacer sus fundaciones y por el empleo de medios ilegales, pero un brote del espíritu de Lohmann asoma hoy en muchos centros oficiales.

Del afán de los funcionarios por actuar como empresarios de la economía y, a ser posible, como fundadores de consorcios, procede, en gran parte, esa «expansión de la Mano Pública», que en los últimos años tan violentamente ha sido combatida por la economía privada, porque en ella se ve una «fría socialización», el principio de una economía colectiva, consciente de sus fines. Pero en la mayor parte de los casos, cuando el Reich, cuando un Estado o un Municipio se entrometen en esferas económicas, que antes eran coto exclusivo de la economía privada, se trata de algo mucho más inocente : del afán de distinguirse de jefes de negociado excesivamente celosos.

La economía pública y la economía privada

La economía (o capital industrial y financiero) se encontró colocada ante una nueva situación por este cambio de funciones de la burocracia oficial. Pero aunque estaba indignada de que el Estado se atribuyese cada vez nuevas prerrogativas e ingerencias, en la práctica llegó a conformarse. Porque si ya antes era muy ventajoso tener al Estado como cliente, ahora se presentaban más ocasiones aún de hacer con el Estado lucrativos negocios. Las subvenciones del Reich a la economía privada no hubieran crecido hasta 1,2 millones de marcos, a pesar de todos los empalmes económicos del Parlamento, si en los centros oficiales no hubiese prevalecido tanto el afán de empresas. Lo que en la claridad del Parlamento y aun en la penumbra de las comisiones parlamentarias tropieza con resistencias, se puede alcanzar cómodamente dentro de las cuatro paredes de un despacho oficial. El mejor ejemplo de esto fué el pago de los 700 millones de marcos de indemnización «Ruhr» a la industria pesada, que el ministro de Hacienda, Luther, llevó a cabo en diciembre de 1924, prescindiendo del Parlamento.

Pero el capital privado encontró aún otro camino para sacar provecho de la expansión económica del Estado. Si el Estado procedía económicamente con tanta munificencia, había de hacerlo de una manera comercial y nada burocrática. Las empresas económicas públicas habían de quedar despojadas de todo carácter político, habían de sustraerse a la soberanía del Estado y al control parlamentario. Esta fué la exigencia de la economía, que pronto se abrió camino. Las explotaciones del Estado se transformaron, cuanto a la forma, en sociedades por acciones y sociedades de responsabilidad limitada, y los mismos hombres, que como consejeros ministeriales habían desempeñado el trabajo por 12.000 marcos al año, recibían ahora, como directores de las empresas, el quíntuplo y el décuplo. Lo mismo ocurría en los municipios con las empresas comunales.

Para las grandes potencias de la economía se abrieron con esto nuevos horizontes. Las potencias de la economía se aliaron con las explotaciones públicas para formar «sociedades mixtas», en las que pronto asumieron la dirección, como en la Fábrica de Electricidad Renano-Westfaliana. Las dos instituciones de la economía pública más importantes quedaron completamente bajo el control de las potencias de la economía privada: la «Reichsbahn» y la «Reichsbank». El miedo de los acreedores por reparaciones a una mala administración del Estado, miedo que inmediatamente después de la inflación no era infundado por cierto, fué el principio de una emancipación permanente

de ambas instituciones frente al Reich. En las negociaciones sobre el plan Young, esta situación quedó afianzada para muchos decenios por enlaces internacionales, con la cooperación más enérgica de los interesados alemanes. También en la «Reichsbahn» y la «Reichsbank» la declaración de independencia ha proporcionado grandes ventajas pecuniarias a los funcionarios dirigentes.

La posibilidad que tienen los funcionarios de llegar a ocupar puestos bien remunerados en empresas públicas ha contribuído a que dichos funcionarios no se trasladen tan frecuentemente como antes a la economía privada, después de entablar buenas relaciones personales. En los últimos tiempos del Imperio prevalecía mucho esta tendencia entre los funcionarios ministeriales, y todavía durante la guerra dió lugar a casos particularmente burdos, como por ejemplo el traslado del primer consejero secreto de Gobierno, Cuno, a la «Hamburg-Amerika Linie» y del primer consejero secreto de Gobierno, Stimming, al «Nord-deutsche Lloyd», después que ambos señores habían dirigido antes como relatores, en el departamento del Tesoro, las negociaciones sobre la reconstrucción de la flota. Esta gravitación hacia la economía privada ha disminuído notablemente. Los funcionarios, comercialmente interesados, encuentran, si ya no en las empresas públicas, sí en bancos hipotecarios y otros institutos semipúblicos, puestos muy bien dotados.

La lucha de los pagadores contra el número

La tensión exterior entre la economía y el Estado no ha disminuído por las múltiples ventajas que ofrece a la economía el nuevo Estado. No pasa día en que las asociaciones económicas no protesten de la manera más enérgica contra el Estado y aun contra aquellos Gobiernos en que están representados precisamente los mismos círculos económicos. Esta campaña persistente descubre, desde luego, el afán de las organizaciones por atraerse la atención y por formular en el tono más recio posible sus exigencias; pero, además, es la consecuencia inevitable de la actual estructura del Estado. Constituye uno de los medios de que el capital se vale para combatir a la democracia.

Verdad es que el capital industrial y financiero, mientras estuvo en lucha contra las antiguas potencias feudales, exigió y favoreció en parte el predominio de la democracia. Pero en un país cuya política está orientada de un modo predominante

hacia los intereses económicos y en que los obreros constituyen la clase más nutrida de población, la democracia tenía que llevar necesariamente a un Estado puramente obrerista.

El capital ha sabido en Alemania, como en los demás países industriales, desviar artificiosamente el curso de este desarrollo. El capital ha hecho explotar todas las minas, en el Parlamento y fuera del Parlamento, en la elaboración de la opinión pública y en la administración del Estado. El capital compra el poder político a fuerza de dinero y coloca expertos por todas partes, gracias a la mejor instrucción que puede permitirse. El capital somete a la ciencia al servicio de los intereses. El capital pone en movimiento todas las fuerzas físicas y espirituales, para afianzarse con la democracia y a pesar de la democracia.

En los Estados democráticos, el capital tiene que luchar sin interrupción por su existencia. Este fin justifica a sus ojos todos los medios. Desde luego, en este empeño la idea de la democracia política queda muy mal parada. En realidad, se ha hecho del sistema parlamentario una lucha del dinero por la mayoría, y de la democracia una lucha de los pagadores contra el número.

Segunda parte

Otros países

Capitulo sexto

El parlamentarismo francés

Según una opinión muy difundida, las relaciones entre el dinero y la política son en Francia especialmente estrechas y de naturaleza especialmente delicada. Esta fama procede, en primer término, de ciertos asuntos monstruosos, que se han grabado hasta en la memoria de los extranjeros: de los episodios ocurridos bajo el reinado burgués y bajo el emblema «Enrichissez-vous»; del escándalo Panamá, que ha dado nombre a toda una especie de asuntos; de la manera cómo la Rusia zarista corrompió a la Prensa francesa y de los muchos asuntos políticos escandalosos de menor cuantía que a cada paso surgen en Francia.

La verdadera razón de que el dinero y la política parezcan andar tan unidos tiene, sin embargo, raíces más profundas. Consiste, por paradójico que parezca, en que la economía y la política están en Francia más distanciadas que en todos los demás grandes países democráticamente gobernados. La política no se basa tanto en la economía como en Alemania, en Inglaterra y en América. Es, en grado mucho mayor, política de la cultura y política del Estado simplemente, lucha por los problemas administrativos y constitucionales, por la justicia, por los antiguos principios revolucionarios, por los derechos generales del hombre. Mientras en Alemania, ya mucho antes del 9 de noviembre, la política financiera y aduanera y la discordia del capital con la clase obrera constituían el foco de los debates políticos, en Francia dominaban dos cuestiones fundamentales, que no tienen puntos de contacto con lo económico sino muy indirectamente y constituyen la política de la Tercera República: la subordinación del Ejército a la autoridad civil y la separación de la Iglesia y del Estado.

Hasta tiempos muy modernos no empieza a extenderse el «realismo» al estilo alemán y americano, es decir, el interés por las cuestiones económicas, en la política francesa. Resulta característico que en el segundo Gabinete Tardieu se articuló por vez primera con el «Ministère des Affaires», en la primavera de 1930, un subsecretario de Estado para la «Économie Nationale». Aun en punto a lenguaje se ha operado una transformación. La palabra «Économie» no significa ya simplemente

ahorro. En Francia se empieza a reconocer que la economía no termina en el ahorro, sino que es algo más que el afán individual de llevar una existencia prematura de rentista y, por lo tanto, le corresponde también un puesto más amplio en la política.

La política como negocio individual

Pero estos no son más que tanteos. En el fondo, la política francesa queda al margen de la economía. Esta no está tan claramente agrupada ni tan rígidamente coordinada como en Alemania. Sólo hay muy pocas organizaciones de clase que representen un factor serio de fuerza. Faltan los grupos económicos compactos que asalten el Estado con el derecho de la realidad y pongan a la política bajo su férula. Generalmente son personas aisladas las que quieren aprovecharse de la política: aquí, un banquero; allí, un consorcio industrial; más allá, un hotelero que desea explotar una timba. También son individuos aislados, aunque más numerosos que en Alemania o en Inglaterra, los diputados y funcionarios que quieren hacer dinero con la política. La política es, en Francia, un negocio individual y, en todo caso, un negocio consorcial; pero no una lucha en grande del dinero por el Poder.

Este individualismo obedece a la estructura política de Francia y a los fundamentos legales del parlamentarismo francés. El cuerpo electoral francés se mantiene todavía ajeno a la separación por partidos. Sólo el partido socialista y el comunista, éste disociado del anterior, han creado una organización cerrada a ejemplo alemán. El partido socialista, el más fuerte con mucho del país, contiene en sus listas unos 100.000 miembros inscritos, de los cuales pagan regularmente la cuota, a lo sumo, la mitad. Comparado con el millón y medio de electores socialistas, en las últimas elecciones para la Cámara, no parece muy copioso este contingente de miembros. A pesar de todo, el partido socialista representa ya para Francia un caso único.

Los grupos políticos burgueses que se forman en el seno del Parlamento son meros conatos de cristalización de partidos en el país. La más desarrollada de todas sigue siendo la organización de los radicales socialistas, del partido de Herriot y de Chautemps, del ala izquierda burguesa, que se puede comparar aproximadamente con el partido demócrata alemán. Los radicales socialistas, que, como los socialistas, organizan normalmente grandes asambleas, no disponen, es cierto, de

un ejército popular organizado; pero sí de una espesa red de caciques en todo el país; por cierto que éstos son principalmente maestros, que forman el núcleo del partido radical socialista y dirigen continuamente la lucha de defensa contra el clero. También la extrema derecha, el grupito de los realistas, que se agrupan en la «Action Française», sostiene una organización compacta. Sin embargo, la «Action Française» tiene más el carácter de una alianza política extraparlamentaria que de un partido político. Los grupos del centro burgués y de la derecha, de los cuales suele componerse el Gobierno, no tienen tras de sí ninguna organización visible partidista.

Por eso tampoco entre los partidos burgueses hay candidaturas dispuestas desde una central. Los candidatos son proclamados por comités locales, que no se forman hasta poco antes de las elecciones, y están mucho más supeditados a la popularidad en sus distritos electorales que, por ejemplo, los candidatos del Reichstag. Por eso mismo la influencia del dinero y de las grandes organizaciones económicas no puede echarse de ver en la selección de candidatos tan descaradamente como en Alemania. Así se explica también que la Cámara francesa siga siendo hasta hoy el Parlamento de los abogados. Los abogados favoritos del público por sus condiciones retóricas son los que tienen más probabilidades de triunfar en la lucha electoral.

Baratura de las elecciones

Naturalmente, no basta la popularidad entre los conciudadanos para ganar una batalla electoral. También en Francia cuestan dinero las elecciones, y el dinero hay que buscarlo. Lo corriente es que los candidatos entreguen a los burgomaestres de su distrito electoral, políticamente afines a ellos, 5.000 hasta 6.000 francos al comienzo de la campaña para que cuiden de una propaganda eficaz sobre el terreno. Toda la lucha electoral cuesta luego mucho más. Los candidatos socialistas calculan de 15.000 a 20.000 francos; los candidatos burgueses, de 40.000 a 50.000; sin embargo, hay también distritos electorales cuya conquista consume cientos de miles. Por término medio, los gastos de las elecciones para un solo candidato son mucho menores que en las elecciones alemanas del Reichstag, por la pequeñez de los distritos y la estrecha relación personal con los electores.

Según una estadística que se publicó poco antes de las elecciones de mayo de 1928 (1), se encontraban entre los aspirantes

(1) «L' Intransigeant» de 21 abril, 1923.

a diputados 385 abogados, 266 periodistas, 225 obreros, 186 agricultores, 128 industriales, 67 comerciantes, 98 ferroviarios, 41 funcionarios de Correos, pero sólo siete párrocos y, lo que era todavía más sorprendente, sólo ocho banqueros aspiraban personalmente a un puesto en el Parlamento. La gran mayoría de los candidatos no estaba indudablemente en condiciones, por su profesión, de sufragar con sus propios medios los gastos de la lucha electoral ; estaba, por lo tanto, supeditada al apoyo financiero de sus amigos políticos. Una estadística de los financiadores por profesiones hubiera presentado desde luego otro aspecto muy distinto. Precisamente los bancos, al contrario que en Alemania, toman parte muy activa en la financiación de la política. Sin embargo, tampoco faltan industriales que se gastan algún dinero en las elecciones.

Desde luego, el control local que en los pequeños distritos electorales puede ser ejercido por el mismo cuerpo electoral no impide que el dinero desempeñe un papel preponderante en la lucha de las elecciones. Los candidatos que desarrollan una intensa propaganda y arrojan el dinero demasiado descaradamente, despiertan gran desconfianza, y, además, los candidatos han de contar siempre con que, después de la elección, han de ser sometidos a un severo juicio. Precisamente cuando se trata de poseedores de grandes fortunas, la comisión depuradora de las elecciones procede a veces con especial energía. Así, después de las elecciones para la Cámara de 1924, le fué recusada el acta a un miembro de la familia Rothschild, porque Rothschild había comprado una escasa mayoría mediante reparto de dinero entre los electores. Por una razón análoga fué invalidada la elección del perfumista Coty como senador por Córcega. Si bien en Francia no hay limitación legal para los gastos de propaganda, como sucede en Inglaterra, el dinero no puede prodigarse sin trabas en las elecciones.

La «Union des Intérets Economiques»

El hecho de que el dinero sea un arma importante en la lucha electoral y de que la mayor parte de los candidatos esté supeditada al apoyo financiero ha llevado en Francia a un amplio ensayo, que a veces ha tenido éxito, de crear una organización sistemática para la financiación de las elecciones. El hombre que llevó a cabo este plan fué el senador Pablo Ernesto Billiet, y su organización, la «Union des Intérêts Économiques».

La «Union des Intérêts Économiques» existía ya antes de la guerra. Fué fundada en 1910 como sociedad protectora de

las compañías francesas de seguros contra el monopolio de los seguros por el Estado, que se planeaba entonces. Más tarde se adhirieron a esta Unión otras entidades económicas, sobre todo de la industria pesada y del comercio, y también organizaciones comerciales y hasta agrícolas, de suerte que poco a poco llegó a formarse así una especie de confederación de todas las empresas. Aun cuando la «Union des Intérêts Economiques» nunca ha poseído públicamente el poderío ni el prestigio que, por ejemplo, la Asociación de la Industria Alemana, llegó a ser un punto de confluencia del capital, que no había antes en Francia.

Bajo la dirección del senador Billiet, esta organización intervino ahora conscientemente en la lucha política. En las primeras elecciones después de la guerra, en el otoño de 1919, elecciones que, en el delirio de la victoria todavía, proporcionaron al bloque nacional, a la derecha unida, una gran mayoría, la «Union des Intérêts Economiques» sirvió como centro financiador. Billiet debió de reunir entonces—la cifra puede muy bien ser exagerada—treinta millones de francos, que lanzó a voleo en la lucha electoral. Con arreglo a la estructura del parlamentarismo francés, la «Union des Intérêts Economiques» no prestó ayuda económica a partidos aislados, sino a los distintos candidatos, mediante el compromiso de defender una política fiscal, aduanera y social, favorable para la gran finanza. En cuanto a las cuestiones extraeconómicas, por ejemplo al problema de la separación de la Iglesia y del Estado, no se pusieron condiciones. El apoyo favoreció especialmente a la derecha ; sin embargo, la Unión, a fin de tener amigos en todos los campos, facilitó recursos a candidatos dignos de confianza hasta con carácter marcadamente izquierdista.

En las elecciones de mayo de 1924 intentó Billiet repetir el experimento de 1909 ; pero, entre tanto, la situación política de Francia se había modificado. El impulso hacia la izquierda no se podía ya contener, y precisamente la estrecha unión de la derecha con la «Union des Intérêts Economiques» contribuyó a poner en aprieto al bloque de la derecha, a las huestes de Millerand. Los radicales socialistas, muchos de los cuales habían recibido subvenciones de Billiet en las elecciones anteriores, trazaron una rigurosa línea de separación frente a la «Union des Intérêts Economiques» y se unieron para las elecciones con los socialistas, formando el cartel de izquierdas. Billiet tomó la revancha, derramando dinero incluso entre la extrema izquierda para poner en aprieto al cartel aun por este lado. Así, como se averiguó más tarde, en un departamento del Sur un candidato comunista había recibido un cheque de la «Union des Intérêts Economiques». Pero no sirvió de nada. El cartel de las izquierdas triunfó.

El senador Billiet tiene que liquidar

Los vencedores no se contentaron con derribar al jefe de la derecha, al presidente de la República, Millerand, sino que dieron al traste también con la organización de Billiet. La Cámara nombró una comisión investigadora sobre los fondos electorales, y los jefes de las grandes asociaciones patronales tuvieron que presentarse ante la comisión parlamentaria como testigos y declarar sobre su intervención en la propaganda política y su participación en las subvenciones electorales. Esta encuesta no dió por resultado un esclaremiciento exacto, expresado en cifras, pero confirmó en gran parte lo que antes sólo se barruntaba.

El director de la asociación más importante de la industria pesada, el vicepresidente Pinot del «Comité des Forges», explicó en un largo discurso que ni el Comité de Forjas ni la Unión de la Industria Siderúrgica y Minera habían pagado nunca un céntimo a la caja política del señor Billiet ni habían sostenido fondo alguno político de propaganda o apoyado como tales asociaciones a ningún partido. Pero Pinot tuvo que confesar que una serie de fabricantes le habían rogado a él que interviniese como mediador para hacer llegar fondos electorales a aquellos candidatos cuyas ideas económico-políticas coincidían con las suyas.

Todavía más reservados estuvieron en sus declaraciones los industriales del ramo ferroviario. Estos se limitaron a la delicada insinuación de que en todas las grandes sociedades existían fondos de propaganda que se alimentaban con recursos privados y, por lo tanto, no caían bajo el control del Estado. Desde luego, por la declaración del secretario general, Peschaud, se dedujo que la «Union des Intérêts Economiques» había recibido dinero de una liga protectora especial, formada por accionistas yobligacionistas de las compañías ferroviarias.

El testigo más importante de toda la encuesta fué, naturalmente, el mismo Billiet. Pero Billiet estuvo todavía más imperturbable y taciturno que los demás. Se negó a hacer declaraciones y no se dejó intimidar por más que la comisión parlamentaria le formó proceso. Según la legislación francesa, los castigos son bastante suaves en tales casos; oscilan entre 100 y 1.000 francos de multa. Billiet pagó de buen grado los 300 francos a que fué condenado y se guardó el secreto de los millones que habían pasado por sus manos.

Aunque la comisión investigadora no pudo desempeñar su principal comeido, y el audaz golpe de Billiet despertó en algunos sectores el asombro, la «Union des Intérêts Economiques»

sufrió duro quebranto por la averiguación, prolongada durante varios meses, de todos los episodios. Es cierto que no se disolvió, y hasta sigue organizando cada año grandes banquetes, a los que asisten parlamentarios y ministros. El mismo Billiet, que sigue siendo como antes senador por el departamento del Sena, se dirige a veces todavía en circulares secretas a los jefes de fracción de la Cámara, invitándoles a salvaguardar los intereses de la economía. Pero su poder y la influencia de su organización han desaparecido. El único intento organizador de someter coordinadamente al Parlamento bajo el alto mando de las grandes empresas, influyendo en las elecciones, y hacer que la política se subordine completamente a la economía, fracasó después de un primer arranque afortunado.

Dietas y otros gajes

Las componendas político-financieras entre los diputados y la economía no suelen comenzar hasta después de las elecciones. Los favoritos de la provincia, los abogados y periodistas de las pequeñas ciudades, llegan a París, se ven envueltos como diputados en la aureola que en Francia, más aún que en los demás países, irradia del carácter de miembro del Parlamento, se sienten arrastrados a una vida más costosa, se sienten halagados, y no necesitan buscar mucho el camino para encontrar dinero, pues el camino se les abre espontáneamente por uno u otro lado.

Aparte de eso, el Estado o, más exactamente, el mismo Parlamento, procura que los diputados no sufran necesidad, aun sin acudir a ingresos supletorios. Las dietas, en torno a las cuales se combatió en Alemania durante varios decenios, son en Francia desde hace mucho tiempo cosa natural, y desde la estabilidad del franco alcanzan una cuantía más considerable. En diciembre de 1928 se fijaron en 60.000 francos al año, suma que corresponde al sueldo de un alto funcionario ministerial francés. Como no hay pensiones oficiales de ninguna clase para políticos, ni aun para ministros, los miembros de la Cámara han fundado por sí mismos una especie de caja de seguros de edad y de accidentes, la cual paga una pensión a todo diputado que figura en el Parlamento dos períodos electorales completos, es decir, ocho años. Esta original caja de seguros se nutre de descuentos normales sobre las dietas de los diputados y ha resultado de mucho rendimiento.

Pero el favorable arreglo de la cuestión de las dietas no ha retraído a los parlamentarios de procurarse en la economía puestos productivos en gran escala. Aparte de las fracciones políticas, hay en la Cámara, y también en el Senado, más de

cien grupos interfraccionarios en los cuales los diputados se agrupan según determinados sectores de intereses. Los aficionados a la música y los miembros de sociedades protectoras de animales, los feministas y los defensores del aumento de población, los diputados de París y los del Valle del Loire, forman sus grupos especiales. Pero predominan más las uniones puramente profesionales y económicas, cuyo fin es proteger los intereses de determinadas industrias. Y es curioso que en estos grupos la industria esté tan pobremente representada. Mucho más vigorosamente está organizada dentro de la Cámara la agricultura. Algunos de estos grupos, como el de los viticultores, dirigido por el socialista Barthe, tienen gran influencia en la legislación concerniente a sus intereses.

Mil puestos de consejero

El capital industrial y financiero prefiere otro camino para imponer sus deseos en el Parlamento. Ofrece a los parlamentarios puestos de director y de consejero, y a los muchos abogados del Parlamento, cargos de síndico. Sólo con motivo de asuntos escandalosos se descubre qué otras clases de enlace existen. De todos modos, los diputados y senadores hacen amplio uso del camino despejado y recto que les ofrece el enlace con los consejos de empresas.

El punto culminante se alcanzó tal vez bajo el dominio del Bloque Nacional, en la era Billiet, cuando se sentaban en la Cámara y en el Senado unos 300 «Cumilards», diputados que a su mandato político habían acumulado cargos de directores, de consejeros y de síndicos. Después de la victoria electoral del cártel de la izquierda en 1924, descendió el número de parlamentarios consejeros a 201, de ellos 104 diputados de la Cámara y 97 senadores, que, en total, investían unos 900 puestos de consejero y otros cargos de la economía. En el curso del período electoral aumentó aún el número de parlamentarios consejeros. Así, sólo el año 1926 se añadieron 12 diputados y senadores, y el número de los puestos administrativos subió a más de 1.000. También en la Cámara de 1928 es muy considerable el contingente de cargos de consejero y puestos económicos semejantes. En la primavera de 1930 había 144 diputados y 118 senadores que, en total, ocupaban 1.019 puestos administrativos (1).

Ciertamente, tampoco en el Parlamento francés los parlamentarios consejeros son siempre consejeros políticos. Precisa-

(1) Según la lista de «Parlementaires et Financiers» de R. Mennevée «Los Documents Politiques», París, abril, 1930.

mente los diputados que disponen de mayor cantidad de cargos de consejero, como Loucheur o Francisco de Wendel, han llegado ya al Parlamento como grandes industriales, llevando consigo toda una colección de puestos administrativos de la economía. Otros parlamentarios, y sobre todo los numerosos abogados del Parlamento francés, no han adquirido su colección de cargos de consejero y de síndico sino muy despacio, durante su carrera parlamentaria, y de algunos no cabe dudar que sin el mandato parlamentario nunca hubieran llegado a puestos económicos tan importantes.

Contra esta categoría se dirigía principalmente la crítica pública dentro y fuera del Parlamento. Los esfuerzos por echar la llave al parlamentarismo comercial son muy antiguos. Pero han tenido que pasar muchos decenios hasta lograr establecer por lo menos algunas trabas legales. La Constitución de la tercera República concedía gran importancia, de acuerdo con la antigua doctrina de Montesquieu, a la separación de los poderes políticos—así, ciertos grupos de funcionarios administrativos no podían ser al mismo tiempo parlamentarios—, pero en lo que no se pensaba todavía era en una separación del poder legislativo y de las potencias económicas. Sólo después de las quiebras de los años del 70 y del 80 se prohibió a los diputados poner su nombre al pie de anuncios de empréstitos ferroviarios y se vedó en general a los miembros del Senado expresar públicamente su puesto parlamentario en prospectos o en informes comerciales de empresas privadas. Un caso especial dió además por resultado que se prohibiese a los miembros del Parlamento aceptar puestos de consejo en la compañía Transatlántica, la mayor compañía naviera del país. De este modo tratábase de alejar a los parlamentarios, por los menos, de las Sociedades que estaban subvencionadas directamente por el Estado. Por lo demás quedaban completamente libres en cuanto a su actividad económica, y hasta los ministros eran muy dueños—en contraste con la legislación alemana—para conservar sus puestos de consejero.

Interviene Poincaré

La Cámara protestó violentamente una y otra vez contra tal estado de cosas. Así, en 1921, fué aceptada por 435 votos contra 15 una moción presentada por el después presidente del Consejo de ministros, Herriot, según la cual la Cámara resolvía «evitar toda ingerencia de la política en la finanza y de la finanza en la política, prohibiendo a los miembros del Parlamento, a los funcionarios y ministros, tomar parte en los consejos de administración de sociedades de crédito». Sin embargo, se vol-

vió a repetir el mismo juego: no se acabó de salir de propuestas y mociones y nunca se llegó a un proyecto de ley.

Sólo bajo la impresión del escándalo de la «Gazette du Franc», en diciembre de 1928, logró sacar adelante el presidente del Consejo de Ministros, Poincaré, una ley sobre las «incompatibilités parlementaires», sobre los cargos económicos incompatibles con el mandato parlamentario. También ahora hubo fuertes resistencias. En el Senado, el antiguo ministro de Hacienda, Francisco Marsal, que era consejero 32 veces, se lamentó de que en Francia no hubiese relaciones más estrechas entre la política y la economía, y de que acudiesen al Parlamento tan pocos economistas.

Sólo por la intervención de Poincaré, cuya autoridad en Francia estriba a su vez en su incorruptibilidad y en su desinterés personal, se logró que fuese aprobado el proyecto con algunas atenuaciones. Actualmente, les está prohibido a los diputados y senadores el ejercicio de cualquier función retribuída por el Estado, con excepción de los cargos de ministro y secretario de Estado y de puestos docentes académicos, como también el ejercicio de cargos de directores y consejeros de sociedades, que en todo o en parte estén apoyadas por el Estado o dependan de él en alguna forma, y en fin la aceptación de puestos administrativos en sociedades financieras y de crédito y la firma de prospectos económicos y documentos de propaganda de empresas particulares. Con esto se ha dado un paso importante hacia la purificación externa del Parlamento francés.

El caso Berthelot

Pero hasta llegar a esta decisión, el Parlamento y el Gobierno tuvieron que pagar caro el aprendizaje. El asunto, que después de la guerra ha levantado más polvo políticamente, es el escándalo de la «Banque Industrielle de Chine». El presidente del consejo de administración de este banco era el senador Andrés Berthelot, hermano del más alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, Felipe Berthelot. Como el banco experimentase dificultades en 1921, Felipe Berthelot inició, sin consultar a Briand, ministro de Asuntos Exteriores, una gestión diplomática. Dió instrucciones a los representantes franceses en China y Japón para que desmintiesen todos los rumores desfavorables sobre el banco, y tranquilizó a los círculos financieros de Londres y Nueva York, haciéndoles ver que el Gobierno francés estaba interesado en la suerte del Banco Industrial de China y se había formado ya un consorcio de protección.

Al conocerse estas medidas, se produjo en la Cámara gran

revuelo. Los socialistas exigían el nombramiento de una comisión investigadora, medida que Briand eludió, como en otros casos semejantes, por ejemplo con motivo del asunto de la falsificación húngara de francos, presentando la cuestión de confianza. Entre tanto, ya los tribunales se ocupaban del Banco de China. Para Felipe Berthelot, aun cuando no había tomado parte financieramente en los negocios de su hermano, la situación era muy enojosa, y antes de que se le obligara a ello, presentó su dimisión. Pero con esto no quedaba zanjado el asunto. Por iniciativa del presidente del Consejo de Ministros, Poincaré, se abrió un expediente disciplinario contra Berthelot, en el cual Poincaré había de dictar el fallo personalmente. Aunque Berthelot encareció que la gestión protectora a favor del Banco Industrial de China, el banco más importante del Extremo Oriente, se había estimado urgente, no por consideración a su hermano, sino en interés de la política francesa, se le suspendió de empleo por diez años, teniendo en cuenta que era un hombre bien entrado ya en los cincuenta.

Esta enérgica medida fué muy criticada y se atribuyó a la antigua enemistad personal del inflexible y burocrático Poincaré contra el fino diplomático Berthelot. El entonces jefe de Prensa del ministerio francés de Asuntos Exteriores, Juan Giraudoux, tomó partido públicamente por Berthelot en su novela «Bella», en la cual se describe el conflicto entre Poincaré y Berthelot bajo nombres fingidos. También Giraudoux tuvo que abandonar pronto su cargo. Sólo en 1925 fué amnistiado Berthelot y repuesto en su influyente cargo del Quai d'Orsay como primer funcionario y hombre de confianza de Briand.

Madame Hanau compra a la Prensa

Siete años más tarde, con motivo del asunto de la «Gazette du Franc», demostró Poincaré que no sólo había tratado de eliminar a un enemigo político, sino de establecer la separación entre la política y los negocios, pues aquel asunto tal vez hubiera quedado en el silencio sin su intervención. Desde luego ocurría también en este caso que los políticos especialmente comprometidos se hallaban en el campo contrario. En primer lugar, se trataba del sector afín al periódico radical-socialista «Le Quotidien», que pertenecía al diputado y ministro de Agricultura, Hennessy.

La figura central del «affaire» era una mujer, Madame Hanau, de dotes geniales para los negocios. La señora Hanau, que en el invierno de 1928 llegó a ser de pronto la heroína del

día más allá de las fronteras de Francia, procedía de una familia de pequeños comerciantes del Norte de París, y sostuvo más tarde con su marido un negocio de mercería. Posteriormente se dedicó a la venta de artículos de tocador, y durante la guerra a la preparación de refrigerios para los soldados: negocios todos de amplitud muy modesta. Por medio de una amiga rica llegó la señora Hanau a disponer de cierto capital, y entonces se desarrolló su espíritu comercial de una manera muy ingeniosa.

Fundó una sociedad que había de hacer especulaciones de Bolsa a favor del pequeño ahorro. El cebo para los clientes no consistía tanto en las posibilidades de ganancia que la señora Hanau les ofrecía, cuanto en los altos intereses en firme. Mientras los grandes bancos pagaban el 2 ó el 3 por 100 por imposiciones de dinero, la sociedad de la señora Hanau, que se había amparado bajo el sugestivo nombre «Groupement Technique de Gérance Financière», prometía a su clientela el 8 por 100. Como órgano de reclamo para su empresa y para los valores con que especulaba compró la señora Hanau la «Gazette du Franc», uno de los muchos boletines de Bolsa de París, fundación del conde de Courville, antiguo director de los talleres Schneider-Creusot.

El plan dió resultado. Los clientes acudieron en masa al banco de la señora Hanau. El dinero que ingresaba en esta forma se utilizó, en gran parte, para fines de propaganda. Contra la participación de un tanto por ciento y el pago de 500.000 francos anuales arrendó para sus fines la sección comercial de la nueva revista «La Rumeur», que editaba el publicista de mala nota, pero muy hábil, Jorge Anquetil, como también el «Reveil du Nord» y varios pequeños boletines de Bolsa. Por medio de una agencia financiera, «Interpresse», alquiló también por 280.000 francos mensuales la sección comercial del «Quotidien», para poder hacer desde allí propaganda sin limitaciones a favor de su empresa y de los negocios con ella relacionados.

Esplendor y fin de la «Gazette du Franc»

Pero su principal apoyo siguió siendo la «Gazette du Franc», donde batía el tambor del reclamo con seguro instinto de la coyuntura política. En la época peor del derrumbamiento del franco, en 1926, la «Gaceta» apelaba al patriotismo de los franceses, afirmando que no podrían hacer cosa mejor para la estabilización de su divisa que invertido el dinero en los valores franceses recomendados por la señora Hanau. Cuando la So-

ciedad de las Naciones, después del ingreso de Alemania, llegó a estar de moda, la señora Hanau se puso al servicio de la inteligencia entre los pueblos : la «Gazette du Franc» se convirtió en la «Gazette des Nations». Como los políticos suelen estar asombrosamente desorientados sobre el carácter de la Prensa extranjera, la «Gaceta» de la señora Hanau consiguió colaboraciones originales de los principales estadistas de casi todos los grandes países. Desde Mussolini a Tchicherin, pasando por Chamberlain y Stresemann, ninguno se negó. Pero también dentro del Gobierno francés había mucha desorientación sobre las reconditeces de esta famosa «Gaceta», pues para un número extraordinario, publicado con motivo de la firma del Pacto Kellogg, dedicaron a la revista de la señora Hanau algunas líneas incluso Poincaré y Briand.

Como los políticos tomaban la «Gaceta» tan en serio, adquirían más peso las noticias comerciales que la señora Hanau difundía desde sus columnas. Madame Hanau se aprovechaba de la confianza y ofrecía a sus clientes cada vez nuevas maravillas. En poco tiempo, fundó sucesivamente cinco sociedades financieras para negocios de especulación de distinta clase, con un capital de 17 millones de francos en total. Las acciones se colocaron entre el público y hasta se aceptaban como pago en lugar de los intereses vencidos. Pero todo esto no eran más que pasos preliminares para el golpe decisivo. Las cinco sociedades proponíanse abrir juntas un empréstito de 170 millones de francos y prometían a los suscritores el 8 por 100 de intereses, aparte de un beneficio suplementario de hasta el 40 por 100 sobre las ganancias que se esperaban.

Pero con este atrevido plan tendió el arco demasiado la señora Hanau. La gran Prensa de París siguió la pista al curioso proyecto de consorcio Hanau y alarmó al público y a los tribunales. Los miles de modestos suscritores que habían confiado su dinero a las sociedades de la señora Hanau se atropellaron hacia las cajas ; pero pronto se cerraron las ventanillas. La señora Hanau fué arrestada, y el sueño especulador llegó a su fin. El resultado fué un enorme balance pasivo y un escándalo que tuvo en jaque a toda Francia durante varios meses. Porque a las pérdidas financieras se añadían ahora los descubrimientos relacionados con la corrupción de la Prensa y con misteriosos enlaces políticos. El consocio de la señora Hanau, Jorge Anquetil, fué condenado a una fuerte pena de reclusión por maniobras engañosas y chantagistas.

Más enojosa fué la participación del «Quotidien» en los negocios de la señora Hanau. El antiguo fundador y director del periódico, Dumay, que estaba interesado personalmente en el arriendo de la sección comercial, tuvo que escapar a toda prisa ; pero también para el ministro de Agricultura, Hennes-

sy, propietario de la famosa fábrica de coñac, el asunto era muy desagradable, pues Hennessy era gran accionista del «Quotidien» y, antes de que el arriendo de la sección comercial aliviase el presupuesto, había cubierto normalmente el *déficit* del periódico. Pero, además, en los libros de la señora Hanau se encontraban indicios de que en sus sociedades había existido una cuenta secreta a favor de 62 personalidades, al parecer amigos políticos, que la habían ayudado en algunas transacciones. La señora Hanau se negó tozudamente a dar informes sobre esta cuenta, como se opuso a dar otras facilidades a las autoridades de justicia, y acabó por imponer su libertad condicional con una huelga de hambre. Con esto, el nudo político del asunto quedaba en la sombra.

Sólo se habían puesto en claro los métodos financieros de que se sirven en Francia hasta los grandes diarios políticos. El descubrimiento de estos enlaces resultó especialmente sensacional en el «affaire» Hanau, porque se trataba, por un lado, de una empresa manifiestamente estafadora, y por otro de un periódico, como el «Quotidien», que primitivamente se había fundado sobre base cooperativista con el dinero de 6.000 pequeños contribuyentes, precisamente para crear un órgano de la izquierda, independiente de la alta finanza. Por lo demás, el método, de que la señora Hanau y el «Quotidien» se habían servido, no tenía nada de nuevo.

Dinero zarista

De los documentos del archivo ruso, que en la primavera de 1924 publicó el diario comunista «Humanité», se desprende irrebatiblemente que en los últimos diez años antes de la guerra el Gobierno zarista asignó metódicamente a la Prensa francesa sumas de dinero, con el fin de crear en Francia mejor ambiente para colocar los empréstitos rusos. En las listas de los cheques enviados aparecían los nombres de casi todos los grandes periódicos de París. En un proceso, que el «Matin» entabló contra la «Humanité» por injuria formal, el antiguo presidente ruso del Consejo de Ministros Kokowzow corroboró la autenticidad de los documentos. El mismo Poincaré habla en sus memorias de estas «tristes maquinaciones» (1) de los rusos, pero también de los austriacos y de los italianos en París, contra las que él se había encontrado indefenso.

La campaña corruptora de los rusos se remonta, como puede demostrarse, hasta el año 1904. Los rentistas franceses, que habían colocado miles de millones en papel del Estado ruso, se

(1) Raymond Poincaré, Memoiren, Der Ausbruch der Katastrophe 1913 bis 1914, Autorisiarte deutsche Ausgabe, Dresden 1928, pág. 58.

habían intranquilizado a causa de la exacerbación del conflicto ruso-japonés y empezaban a vender sus valores rusos. Para tranquilizar al público francés, el ministerio de Hacienda ruso encargó a su agente en París, el consejero secreto Raffalowitch, que lanzase en la Prensa francesa una serie de artículos, y puso a su disposición para este fin 200.000 francos. Raffalowitch procedió muy hábilmente, y pronto logró que en una serie de grandes periódicos parisinos apareciesen artículos rusófilos. Los autores, cuando se trataba de periodistas conocidos, recibían de 1.000 a 2.000 francos; pero los periódicos donde los artículos aparecían cobraban sumas mucho mayores.

Cuando por fin estalló la guerra entre Rusia y Japón, el fondo de propaganda hubo de aumentarse. El presidente de la Cámara de Corredores de Bolsa de París, Verneuil, manifestó por escrito a Raffalowitch que era imposible cotizar en Bolsa nuevos empréstitos rusos, si durante toda la guerra no se ponían a disposición de la Prensa mensualmente 200.000 francos. Efectivamente, como se deduce de una liquidación del ministerio de Hacienda ruso, el año 1905 se mandaron a Francia para fines de propaganda más de 1,5 millones de francos, de los cuales sólo una pequeña parte era para anuncios. El contingente mayor se entregaba directamente a los periódicos. Las subvenciones secretas se adaptaban exactamente a la coyuntura política. Cuanto peor les iba a los rusos, tanto más pagaban:

Desde el 1 de enero de 1905 hasta la batalla de Mukden.	247,700	frs.
Después de la batalla hasta la firma de la paz	1.035,000	»
Después de firmada la paz	100,000	»
En diciembre, época de los movimientos revolucionarios.	300,000	»
Total	1.682,700	frs. (1)

Las subvenciones continuaron en los años siguientes, porque los rusos cubrían siempre sus necesidades de dinero con nuevos empréstitos en el mercado francés. Los más abundantemente favorecidos eran los editores de periódicos, al mismo tiempo parlamentarios, como el senador Perchot, director del «Radical».

En los últimos años antes de la guerra la campaña rusa de Prensa influye directamente en la gran política. Mientras a los representantes del Gobierno zarista en París sólo les importaba una buena colocación de los empréstitos del Estado ruso, preferían los grandes periódicos informativos y de público. Pero ahora buscaban también una presión política sobre los periódicos de la izquierda burguesa, de los socialistas radicales, que oponían dificultades a la política rusófila de Poincaré. Para cam-

(1) Hinter den Kulissen des franzosischen Journalismus. Von einem Pariser Chefredakteur, Berlín 1925, pág. 91

biar el tono de estos periódicos, piensa el embajador ruso en París, Iswolski, como escribe el 12 de julio de 1913 al ministro ruso de Asuntos Exteriores, Sasonow, que se necesitan, por lo menos, tres millones de francos. Desde luego, era éste un gran sacrificio, pero no había que olvidar que el Gobierno turco había empleado cinco millones para influir en la Prensa francesa.

En realidad, también entonces se había girado desde San Petersburgo la suma deseada, y «La Lanterne», periódico de Millerand; «L'Aurore», órgano de Clemenceau, y otra media docena de diarios de tendencia socialista radical recibieron sus cheques. Pero hasta periódicos de la derecha, como el «Figaro» y el «Gaulois», cobraron regularmente su óbolo: sumas de 25.000 y 50.000 francos. El ministro francés del Interior, Klotz, que quince años más tarde entró en presidio, estaba enterado de las subvenciones rusas y procuraba que llegasen a los sitios correspondientes.

Verdad es que estos pagos, que poco a poco habían crecido hasta muchos millones, no influyeron en la política ruso-francesa de alianza, pero sí contribuyeron a que la amistad franco-rusa quedase sellada con un empréstito de 11.000 millones de francos oro. Si una Prensa independiente hubiese protestado a tiempo, seguramente no se hubiera colocado una parte tan importante de la fortuna del pueblo francés en valores rusos, que después de la guerra quedaron reducidos a la nada, y por culpa de los cuales cientos de miles de franceses se quedaron sin sus ahorros.

Campañas por encargo

Las maniobras político-financieras de los rusos han vuelto a ser imitadas después de la guerra. Aun cuando ninguna potencia política ha trabajado ya con tanta esplendidez y fortuna en la Prensa francesa a fuerza de dinero como la Rusia zarista, vuelve a ocurrir muchas veces que algún periódico se ponga a disposición de una potencia extranjera mediante amistosas subvenciones. Tan pronto es Polonia como Grecia o algún otro Estado balcánico, quien se procura por ese procedimiento un portavoz especial ante el público francés. Pero además son las grandes potencias económicas las que compran ahora el favor de la Prensa con más amplitud que antes de la guerra. Sobre todo los consorcios internacionales del petróleo, particularmente el grupo americano «Standard Oil», han sabido adquirir influencia sobre la Prensa francesa.

Contra lo que ocurre generalmente en Alemania, en Francia no es necesario comprar literalmente los periódicos sobre los que se desea influir; es decir, no hace falta adquirir las ac-

ciones de las editoriales. Más bien se opta por alquilar durante un tiempo determinado la sección comercial en algunos diarios, como demuestra el ejemplo de la «Gazette du Franc». Los mismos grandes bancos franceses aplican este procedimiento. Pero no faltan periódicos pequeños, supeditados a subvenciones, que se ponen totalmente a la disposición de la empresa o del grupo que los paga para una campaña. Los periódicos y periodistas de esta naturaleza se asemejan a los abogados, que aceptan la representación de cualquier querellante o querellado a quien no conocían el día anterior, y a quien defienden con todo el ímpetu de su elocuencia y de su energía. Desde luego, hay una diferencia entre el abogado de los tribunales y la actuación abogadil de estos periódicos. Tratándose de un abogado, todo el mundo sabe que ha de cobrar honorarios por la defensa de su cliente. Pero tratándose de periódicos, importa mucho disimular lo más posible las relaciones financieras con los comitentes, pues tan pronto como los lectores lo adviertan, el efecto se malogra.

En este orden, el público francés está acostumbrado a muchas cosas, que no son habituales en otros países. En la gran Prensa de París es cosa muy corriente que se esparzan con habilidad en el texto de redacción, entre noticias y artículos, reclamos pagados de mercancías, almacenes, restaurantes, etc. ; de suerte que el lector apenas advierte que se trata de anuncios pagados y no de comentarios libres de la redacción. Tratándose de comunicaciones sobre bancos o sociedades industriales, también es habitual la inserción pagada en la parte de redacción, y no se considera como deshonrosa. ¿A qué tanto escrúpulo entonces con los anuncios políticos disimulados en el texto, mientras no se comprometan con ello los intereses del propio país? En realidad, una parte de la Prensa francesa ha emprendido ya por sistema esa trayectoria.

La independencia política de la Prensa depende naturalmente, también en Francia, de la capacidad financiera de resistencia de los distintos periódicos. La tirada de los diarios es en parte mucho más elevada que en Alemania. Pero el precio de venta es más bajo, y, lo que todavía es más importante como base financiera del periódico, el negocio del anuncio es mucho más pequeño. Viveros de anuncios, como los que existen en la Prensa alemana, en la inglesa y en la americana, no se ven en Francia. Tampoco la concentración ha progresado tanto en la industria periodística de Francia como en la de Alemania, de Inglaterra y de América. No hay grandes *trusts* periodísticos que representen una gran potencia política. La acción política más coordinada procede acaso de la editorial provinciana de los hermanos Sarraut, en la cual aparece el diario «Dépêche de Toulouse», socialista radical, diario que se difunde por el Sur

de Francia en más de un millón de ejemplares, y que constituye el apoyo propagandista más robusto del partido socialista radical.

Hachette y Coty

Mucho más robusta que en los demás países es por el contrario en Francia la posición de algunas empresas auxiliares de publicidad, cada una de las cuales tiene en su demarcación una especie de monopolio y ejerce así una extensa influencia sobre las editoriales de periódicos. Tales son la agencia oficiosa de noticias «Havas», luego la «Agence Nationale de Publicité», que domina el negocio de los reclamos y anuncios, y cuyo director, León Rénier, es al mismo tiempo presidente del consejo de administración de la «Agencia Havas» ; y por último la casa Hachette, dueña de casi todos los quioscos de periódicos de París, concesionaria de los quioscos de todas las estaciones de ferrocarril y proveedora de las provincias. Como en Francia la suscripción fija no tiene importancia, Hachette ejerce una influencia preponderante en la difusión de los periódicos. Un periódico cuya distribución sea rechazada por Hachette, no tiene posibilidades de subsistir, como no esté respaldado por un capital extraordinario.

En repetidas ocasiones ha hecho sentir Hachette su poder a la Prensa francesa. Sólo una vez se quebrantó la situación monopolizadora de Hachette. Desde luego, había en el campo contrario un enemigo de extraordinaria solvencia : el fabricante de perfumes Coty. El corso Francisco Coty, llamado en su lengua nativa Francesco Giuseppe Spoturno, había formado una fortuna de muchos cientos de millones de francos en el espacio de veinte años con la fabricación de perfumes especialmente favoritos. Una vez desarrollada esta hazaña de empresario, se sintió dominado por la ambición política. Como los perfumes no son, ni aun en Francia, un producto, como el carbón o el acero, a través del cual se pueda influir directamente en la política, a Coty no le quedaba más remedio que abrirse camino con dinero contante y sonante. El intento de entrar en el Senado como representante de Córcega fracasó, y así en lugar del Parlamento, al que desde entonces combatió violentamente, eligió la Prensa. Compró el periódico representativo de la derecha, el «Figaro», del que se constituyó desde entonces en director político ; adquirió además el periódico católico conservador «Gaulois» ; pero con estos periódicos de la sociedad elegante sólo podía abarcar un campo limitado de electores.

«L'Ami du Peuple»

Para conquistar a todo el pueblo francés, Coty tenía que

disponer de un periódico popular. Por eso, en la primavera de 1928 fundó «L'Ami du Peuple», periódico de la tarde, que, análogamente al «Berliner Lokal-Anzeiger», se orienta deliberadamente hacia los problemas y ensueños del hombre modesto, pero al mismo tiempo fomenta una política sumamente reaccionaria, semifascista. El golpe decisivo era que «L'Ami du Peuple», de Coty, había de costar sólo 10 céntimos, mientras todos los demás periódicos costaban 25. Pero con esto se granjeó Coty inmediatamente la encarnizada enemistad de todos los editores. La imprenta del «Echo de Paris», también orientado a la derecha, en la que Coty hacía imprimir al principio su nuevo periódico, le falló repentinamente, y cuando también esa dificultad quedó vencida, los editores de los grandes diarios montaron su artillería pesada. Se atrincheraron detrás de la casa Hachette, y Hachette se negó a vender «L'Ami du Peuple».

Pero tampoco ante esta decisión soberana cedió Coty. Fundó una sociedad propia de distribución y envió por todas partes un ejército de vendedores, para contrarrestar así el bloqueo de los quioscos de Hachette. Efectivamente, «L'Ami du Peuple» a 10 céntimos alcanzó en pocos meses una tirada de más de medio millón de ejemplares. Coty quedó triunfante por añadidura ante los tribunales, y Hachette y los editores de periódicos, que le habían boicoteado, fueron condenados a pagarle una indemnización de dos millones de francos.

Pero la victoria periodística de Francisco Coty no le ha proporcionado grandes éxitos políticos. Coty es considerado, lo mismo que antes, como un bufón intruso, a quien en las esferas políticas no se toma muy en serio. Van muy descaminados los que ven en Coty al Hugenberg francés, como se hace a veces en Alemania. Desde luego, hay una curiosa coincidencia en las orientaciones políticas de ambos hombres : en la inclinación hacia la dictadura fascista y su admiración por Mussolini, en las tendencias monárquicas, en la postura político-social, en el empeño por aparecer como verdaderos amigos del pueblo, en la lucha contra el bolchevismo, en las peculiares concesiones en el campo de la política exterior y en el respeto ante el dinero de América. Pero mientras que Hugenberg es un organizador político de primera fuerza, razón por la cual aplica los sanos principios comerciales, incluso a las empresas políticas, las empresas político-periodísticas de Coty vienen a ser como la cuadra de caballos de un hombre muy rico, a quien no le importa el dinero. Un éxito político apenas significaría para Coty sino lo que para un nuevo rico inglés ganar el Derby con uno de sus caballos. El que hasta ahora le haya estado vedado este éxito político, demuestra que precisamente en la política francesa no se pueden lograr sólo con dinero efectos permanentes.

Intrusos de la política

El perfumista Coty, el hombre del «Figaro» y de «L'Ami du Peuple», y el fabricante de coñac Hennessy, cofundador del «Quotidien», constituyen excepciones dentro del campo industrial con sus ambiciones políticas. También es un caso excepcional el político francés Luis Loucheur, el más célebre de cuantos proceden del sector industrial, propietario del «Petit Journal», de París, y el «Progrès du Nord», de Lille. El afortunado empresario electricista Loucheur, aunque se ha distinguido con bastante frecuencia en negociaciones internacionales, y desde la guerra ha sido varias veces ministro, no se ve completamente libre de la fama de intruso en la economía y en la política. Seguramente esto depende, no sólo de las caprichosas ideas constructivas y de los programas que Loucheur defiende públicamente de vez en cuando, sino de que el salto desde la economía a la política no responde todavía a la ideología francesa. Algunos miembros de antiguas familias industriales, como Francisco de Wendel, perteneciente al campo de la industria pesada de Lorena, o antes Eugenio Schneider, de la industria de armamentos, podrán ocupar en el Parlamento su puesto hereditario y actuar allí con mucha energía en favor de sus intereses económicos, pero en general el afán político de poder es todavía muy pequeño en la economía de Francia.

A esto se debe tal vez el que el gran capital no se afane tanto como en Alemania por conquistar a la Prensa. Sólo la Prensa económica es controlada directamente por bancos y grupos industriales. Así, el «Comité des Forges» tiene una influencia decisiva sobre la «Journée Industrielle» ; la «Information» pertenece a la casa de Banca «Lazare Frères» ; la «Agence Economique et Financière», al antiguo embajador francés en Washington, Enrique Bérenger, que interviene mucho en negocios financieros ; y la «Agence Coloniale», al banquero Octavio Homberg. Pero en Francia no se compra a la Prensa por sistema, como lo hace en Alemania la industria pesada.

El gran capital se conforma con comprar la influencia sobre la Prensa cuando le parece especialmente necesario. Quiere hacer buenos negocios, y para eso emprende en ocasiones una campaña política, pero no quiere dominar al Estado. No hay empeño en transformar el dinero en poder político. En cambio, muchos de los que llegan a la política como pobres diablos y penetran en el Parlamento como simples periodistas o abogados, procuran crearse una fortuna como políticos. El camino de los bienes terrenales no va en Francia del dinero al poder, sino del poder al dinero.

Capítulo séptimo

El parlamentarismo inglés

Inglaterra goza fama de ser la patria del parlamentarismo moderno. Tiene el Parlamento más antiguo y más poderoso del mundo. Pero muchas veces no se repara en que Inglaterra es una de las democracias más jóvenes entre los grandes Estados europeos. Por la reforma electoral de 1832 adquirieron el derecho de voto 500.000 individuos de la clase media. En 1867 se añadió un millón de electores, principalmente de las zonas obreras urbanas. En 1884 se dió el derecho de voto a otros dos millones, especialmente a obreros del campo, de suerte que el cuerpo electoral alcanzó entonces en conjunto la cifra de cinco millones y gozaba del derecho electivo aproximadamente la cuarta parte de la población. Así siguieron las cosas hasta la reforma electoral de Lloyd George, el año 1918, por la cual se concedía el derecho de voto a todos los varones de más de veintiún años, a los soldados ya desde los diecinueve, y a todas las mujeres de más de treinta. Con esto se triplicó el número de electores. Por la reforma electoral de los conservadores, que aprovecharon la experiencia de Alemania de que las mujeres, al votar, se inclinan más a la derecha que a la izquierda, se agregaron en 1928 otros cinco millones de votos femeninos.

En realidad, en Inglaterra no puede decirse que haya habido sufragio universal, y por tanto verdadera democracia parlamentaria hasta después de la guerra. Las famosas luchas parlamentarias del siglo XIX en torno al libre-cambio y al proteccionismo, a la explotación del imperio colonial y a la política social, se desarrollaban sobre la base de un régimen electoral marcadamente plutocrático. Todavía a fines del decenio del 50 se discutía ardorosamente sobre si el derecho de sufragio debía concederse tan sólo a los que pagaban anualmente diez libras de alquiler de casa o ya a los que pagaban ocho libras.

Los partidos rivales, los grandes terratenientes conservadores y los dueños liberales de fábricas y comercios, empleaban sumas muy cuantiosas para imponer sus miras políticas. Como el jefe del Gobierno, lord Derby, pronunciase en la Alta Cámara un fogoso discurso en favor del proteccionismo, los enemigos de las aduanas organizaron en Manchester una asam-

blea de protesta, en la cual, en el espacio de diez minutos, fueron suscritas 25.000 libras esterlinas para la «Liga contra los aranceles sobre los granos». Las luchas electorales eran simples luchas de dinero, en las que no podía participar ningún desheredado. Condados había en los que los candidatos se gastaban en su elección varios cientos de miles de libras esterlinas. En los distritos urbanos más modestos se calculaba a razón de cinco libras por voto. La corrupción, la compra de votos en la forma más primitiva, era cosa corriente. Los mandatarios hacían de ello una industria : agrupaban a los electores en mesnadas y vendían los votos en bloque al candidato que pujaba más. Como los hombres más ricos del país eran los que aspiraban a puestos en el Parlamento, crecían los precios de una manera asombrosa. Con la ampliación del derecho de voto, fué cada vez menor la parte que correspondía a cada elector ; pero los métodos siguieron siendo los mismos hasta muy entrado el siglo XIX.

Contra la corrupción electoral

Para remediar la corrupción, se promulgó ya en 1883 una ley, que regula con la mayor minuciosidad la financiación de las elecciones y pone una tasa máxima a los gastos admisibles para cada voto : la «Corrup and Illegal Practices Act». Con algunas variaciones, esta ley sigue en vigor hasta hoy. Según ella, el candidato parlamentario puede gastar en los distritos agrarios por cada elector seis peniques, y en los distritos urbanos cinco peniques. No se incluyen en estas cifras los gastos personales de los candidatos ni el sueldo de los agentes electorales, sueldo que en los distritos agrarios puede llegar a 75 libras y en los urbanos, a 50. Siendo 45.000 a 50.000 los electores en cada distrito por término medio, resulta que cada candidato puede gastar en la propaganda electoral de 1.000 a 1.200 libras, a contar desde el día de la proclamación. Lo que él o su partido gasten con anterioridad para fines de propaganda, no se toma en cuenta.

De todos estos gastos oficiales hay que llevar contabilidad y rendir cuentas al comisario electoral. Sólo el agente electoral, el *manager* que cada candidato tiene que contratar, y en los grandes distritos electorales también los subagentes, pueden hacer dispendios para asambleas, anuncios de Prensa, circulares y otros medios de propaganda. A quien gaste indebidamente dinero en la propaganda electoral, se le conmina con grandes penas de reclusión y con la pérdida de los derechos civiles.

Este control de los gastos electorales está reglamentado de la manera más minuciosa. Así, los periódicos no pueden repartir ediciones gratuítas con informaciones sobre las asambleas ni con programas electorales. Se exceptúan, y no deja de ser curioso, los mismos editores de periódicos, que aspiren al Parlamento y hagan propaganda con ese fin en su propia Prensa. A los candidatos se les conceden de oficio varios privilegios. Cierto que el Estado no suministra gratis, como en Alemania, las papeletas electorales, pero los candidatos proclamados tienen derecho a enviar dichas papeletas a los electores sin franqueo. Para la celebración de las asambleas electorales se ponen obligatoriamente a disposición de todos los partidos las escuelas públicas mediante la indemnización de los gastos de calefacción e iluminación. Esta disposición se introdujo porque los propietarios de salas en el campo elevaban de una manera desmesurada el alquiler y cerraban así prácticamente los locales a los candidatos que no les eran gratos.

Para que hombres ambiciosos y amigos de diversión no abusen de estos privilegios ni se lancen a una lucha electoral sin riesgo propio, la ley electoral exige de cada candidato una fianza de 150 libras. Si un candidato no reúne por lo menos la octava parte del total de votos, la fianza es decomisada por el Estado. Aunque en Inglaterra la proclamación de candidaturas improbables hace mucho que no es tan usual como en los Estados continentales europeos, en las elecciones de 1929 fué decomisada la fianza de 110 candidatos, de los cuales 21 pertenecían al partido comunista, que en conjunto había proclamado 25 candidatos, y no logró ni una sola acta. Para los partidos nuevos, que disponen de medios menos abundantes aún que los comunistas, la fianza significa, desde luego, un entorpecimiento notable en la campaña electoral.

También para el «Labour Party», para el partido laborista, que presenta candidaturas en casi todos los distritos, constituye una carga sensible el tener que aprontar antes de las elecciones 1,5 millones de marcos en fianzas. Para disminuir por lo menos el riesgo de los candidatos y de los sindicatos que los amparan, el partido laborista ha encontrado una evasiva muy hábil. Ha implantado una Caja de seguros, en la cual cada candidato puede protegerse contra la pérdida de la fianza por 10 libras. En las elecciones de 1929 hicieron uso de esta institución unos 500 candidatos laboristas, y con el fondo reunido fué posible resarcir casi completamente a los 35 candidatos que perdieron su fianza.

Los fondos electorales puestos bajo el control del Estado

Aun cuando la severa ley contra la corrupción no ha suprimido la influencia del dinero en las elecciones, por lo menos ha eliminado las ingerencias más crasas de la plutocracia. En conjunto, las elecciones no son hoy en Inglaterra más caras que en los demás países parlamentariamente gobernados. Por término medio se pueden calcular los gastos electorales inmediatos por candidato en 1.000 libras esterlinas. Las cifras oficialmente comunicadas quedan muy por bajo. Según el informe oficial del ministerio del Interior (1), las elecciones de mayo de 1929 costaron en total 1,2 millones de libras. Como hubo 1.730 candidatos que aspiraron a los 615 puestos del Parlamento, la lucha electoral costó por acta 2.000 libras en cifras redondas, y los distintos candidatos desembolsaron por término medio en la lucha electoral 700 libras, incluyendo sus gastos personales y los sueldos de los agentes.

Pero los gastos electorales de los distintos partidos variaban mucho, según el mismo informe oficial. Las elecciones más caras, con mucho, comparadas con su efecto, son las de los liberales, a los que en casi todos los distritos les cuesta cada voto dos chelines. Los conservadores sólo necesitan gastar, por término medio, 1,5 chelines por voto. A gran distancia respecto de los dos partidos burgueses sigue financieramente el partido obrero, que con frecuencia sólo ha gastado una tercera parte de la suma máxima permitida por la ley para las elecciones, y al que sólo le ha costado cada voto aproximadamente medio chelín. Los siguientes ejemplos, tomados de la lucha electoral del año 1929, indican cómo se distribuyen los gastos electorales entre los tres partidos del Parlamento inglés:

DISTRITO	Número de electores	Candidatos	Gastos máximos legales — Libras	Gastos efectivos — Libras	Votos logrados
Liverpool- East Toxteth	48.812	Conservador	1.017	1.240	17.678
		Laborista	1.017	191	9.904
		Liberal	1.017	848	9.287
Edge Hill	42.516	Laborista	886	500	17.650
		Conservador	886	839	11.622
		Liberal	886	474	2.581

(1) Ecletion Expenses. Printed and published by his Majesty's Stationery Office. Londres, 1930

DISTRITO	Número de electores	Candidatos	Gastos máximos legales — Libras	Gastos efectivos — Libras	Votos logrados
Everton	35.430	Laborista	738	604	14.234
		Conservador	738	648	12.667
Exchange	51.820	Conservador	1.080	866	17.179
		Laborista	1.080	697	16.070
Fairfield	43.183	Laborista	900	788	16.436
		Conservador	900	954	14.614
Kirkdale	40.646	Laborista	847	281	15.222
		Conservador	847	696	14.429
Walton	51.175	Conservador	1.066	1.392	16.623
		Laborista	1.066	378	16.395
		Liberal	1.066	564	5.857
Wavertree	53.089	Conservador	1.125	970	16.880
		Laborista	1.125	412	13.585
		Liberal	1.125	1.016	11.723
West Derby	53.745	Conservador	1.120	726	16.794
		Laborista	1.120	281	14.124
		Liberal	1.120	841	8.368
West Toxteth	47.608	Laborista	992	324	19.988
		Conservador	992	748	16.309
Derby-Belper	44.892	Laborista	1.122	349	15.958
		Conservador	1.122	1.275	13.003
		Liberal	1.122	724	8.149
Chesterfield	48.278	Laborista	1.207	357	20.296
		Conservador	1.207	1.145	9.915
		Liberal	1.207	601	7.329
Clay Cross	42.557	Laborista	1.064	519	24.480
		Conservador	1.064	682	6.055
High Peak	47.066	Conservador	1.177	1.108	16.406
		Liberal	1.177	1.090	11.083
		Laborista	1.177	420	10.567
Ilkeston	42.430	Laborista	1.061	513	20.202
		Liberal	1.061	622	7.766
		Conservador	1.061	766	6.258
North Eastern	49.718	Laborista	1.243	651	21.633
		Conservador	1.243	1.047	9.167
		Liberal	1.243	691	8.861
Southern	63.413	Laborista	1.585	923	25.101
		Conservador	1.585	1.543	17.803
		Liberal	1.585	811	9.998
Western	40.487	Conservador	1.012	962	16.760
		Liberal	1.012	993	13.277
		Laborista	1.012	361	3.660

El partido laborista puede hacer con menos gastos la campaña electoral, porque trabaja en gran parte con auxiliares voluntarios que no cobran. El ejército de los agitadores electorales voluntarios es de mayor importancia, porque en Inglaterra la agitación domiciliaria, la «canvassing», desempeña un papel mucho más importante que en Alemania. Sin «canvassing» no le hubiera sido posible nunca al partido laborista inglés, dado

el defectuoso desarrollo de su Prensa, abrirse camino frente a los dos grandes grupos tradicionales, los *tories* (conservadores) y los *whigs* (liberales), ni llegar a ser en el curso de treinta años el mayor partido del país.

Aun cuando la agitación le cuesta poco, el partido laborista tiene que luchar antes de las elecciones con dificultades incomparablemente mayores que los conservadores y liberales. Está muy de acuerdo con la capacidad oportunista de adaptación del partido laborista inglés su sistema de aceptar dinero para las elecciones, de donde quiera que venga, y hacer en cambio toda clase de concesiones para la proclamación de candidatos. Un testigo nada sospechoso, el corresponsal en Londres del periódico demócrata-social «Vorwärts», escribía (1) poco antes de las elecciones de 1929: «En docenas de ocasiones se han ofrecido las candidaturas en caso de duda a las mujeres y a los hombres, que se mostraban dispuestos a costear los gastos electorales en todo o en parte. Con esto se ha introducido en la práctica del partido laborista británico un elemento plutocrático, que ningún otro movimiento obrero conoce, ni lo sufriría por una sola hora.» Sin embargo, semejantes ayudas no son de mucho peso en el presupuesto total de las elecciones. El «Labour Party», por mucho que se va transformando lentamente, sigue siendo en lo esencial un partido sindicalista, y los sindicatos constituyen también financieramente su columna vertebral, pues ellos aportan más del 90 por 100 de los gastos totales del partido laborista en las elecciones.

El partido laborista, asediado por hambre

La estrecha relación entre la organización económica y la política de los obreros ha sido desde antiguo para los conservadores una grave preocupación. Ya antes de la guerra, la Cámara de los Lores sacó adelante una disposición, según la cual resultaba ilícita toda actuación política de los sindicatos, y fueron necesarias luchas de muchos años para revocar esta prohibición. Después de la huelga de mineros de 1926, los conservadores, que a la sazón tenían mayoría ilimitada en la Cámara Baja, hicieron un nuevo intento de paralizar políticamente a los sindicatos. En efecto, impusieron una ley, que cargaba sobre los sindicatos pesadas cadenas en las luchas obreristas, los hacía responsables de los perjuicios ocasionados por las

---

(1) Egon Wertheimer, Das Antlitz der britischen Arbeiterpartei. Berlín 1929, pág. 113.

huelgas y prohibía la unión con el partido laborista a las organizaciones obreras de los servicios públicos, por ejemplo, a la asociación de funcionarios de Correos. En particular, los sindicatos tenían que recabar en lo sucesivo de cada miembro la aprobación por escrito, si querían aplicar una parte de las cuotas para fines políticos del «Labour Party». El propósito era claro. Los conservadores, no sólo querían quebrantar la fuerza combativa de los obreros organizados frente a los empresarios, sino también asediar por hambre al partido laborista. Era una lucha brutal en torno al dinero en la política: una lucha del gran capital contra el dinero de los humildes.

El riguroso proceder de los conservadores pareció producir al principio el resultado apetecido. Una serie de sindicatos tuvo que apartarse del partido laborista. El número de miembros del «Labour Party» bajó en un año de 3,2 a 2 millones. También los ingresos regulares del partido descendieron rápidamente. Las 40.000 libras, que se recaudaron el año 1927 de las cuotas de los distintos sindicatos, quedaron reducidas al año siguiente a 25.000, las cuales no bastaban ni con mucho para afrontar los gastos del partido. Entonces, el laborismo emprendió por todo el país una gran campaña de propaganda entre sus adeptos. Bajo el atrevido título de «Bid for Power» (suscripción para el Poder), instituyó un fondo para preparar las elecciones, que tenía que ascender mediante colectas a 100.000 libras. Todo un ejército de auxiliares se puso en movimiento para ir llamando puerta por puerta. Y aunque no se logró reunir toda la suma, por lo menos se suscribieron aproximadamente 50.000 libras.

El número de diputados que el partido laborista llevó a la Cámara Baja después de las elecciones de mayo de 1929, demostró que la medida de los conservadores había sido un golpe en el agua. A pesar de todo, el partido laborista, dueño ya del Gobierno, no se atrevió a suprimir las limitaciones financieras que los conservadores le habían impuesto.

Los títulos nobiliarios como negocio de partido

En comparación con las dificultades pecuniarias del partido laborista, resulta muy llano el camino para los dos antiguos partidos burgueses, los conservadores y los liberales. Es cierto que no pueden apoyarse en un gran número de miembros, pues fuera del Parlamento se componen sólo de una organización de hombres de confianza, algo así como el partido radical socialista en Francia. Sin embargo, siempre se encuentran hombres

ricos, que por orgullo personal, por afición deportiva a la política y como protección de sus intereses económicos entregan grandes sumas para su partido.

Con el fin de estimular la munificencia de los amigos políticos acaudalados, ambos partidos burgueses se sirven de un medio particularmente eficaz : de la concesión de títulos nobiliarios. Las oficinas centrales de los partidos presentan al Gobierno la lista de hombres que consideran dignos del simple ennoblecimiento o de la promoción a un grado más alto de nobleza. ¿ Y cómo puede un hombre rico mostrar mejor su interés por el bien común que mediante donaciones ?

Mientras en la monarquía prusiana era corriente que, en el comercio de títulos y condecoraciones, los donativos se aplicasen a determinados fines predilectos de la Corte, en Inglaterra se observa una política más real. Naturalmente, también agradan las fundaciones caritativas, pero resulta más práctico que los donativos favorezcan al partido, que es quien tiene que cuidar después de todo lo demás por medio de una política acertada. Tanto conservadores como liberales han hecho uso de este método en el curso de los últimos decenios con la mayor amplitud y han cubierto de ese modo gran parte de los gastos electorales. Ciertamente, el ennoblecimiento proporciona también a los partidos ventajas políticas inmediatas, pues por el nombramiento de nuevos lores se robustece su fuerza en la Cámara Alta. Pero más importantes son para los partidos las ventajas pecuniarias.

Especialmente los liberales se aprovecharon, mientras permanecieron en el Poder, de la adjudicación de títulos nobiliarios para el afinanzamiento del partido y recaudaron de este modo muchos millones. El negocio de los títulos llegó a su apogeo bajo el Gobierno liberal Campbell-Bannerman, el año 1906. Pero también en la época siguiente tuvo mucha importancia el comercio de títulos. Lo que no aportaba el negocio individual tenía que aportarlo la masa. Mientras de 1880 a 1908 sólo eran nombrados por término medio siete nuevos lores al año, bajo el Gobierno liberal Asquith, de 1908 a 1916, se agregaron al año 11 lores, y bajo el Gobierno liberal-conservador de coalición Lloyd George, de 1917 a 1922, hasta 15. El aumento de baronets alcanzó bajo el Gobierno Asquith a 20 por término medio al año, y bajo el Gobierno Lloyd George, a 43. La dignidad de caballero la recibieron bajo Asquith 182, por término medio, y bajo Lloyd George, 354 personas (1). Además, Lloyd George desplegó en los últimos años de la guerra una activa inflación de condecoraciones.

---

(1) The Labour Year Book, 1928. Labour Publications Department, Londres, p. 225.

El fondo Lloyd George

Es curioso que no sólo creciese el número de personas beneméritas, sino sobre todo el número de comerciantes beneméritos. Mientras bajo el Gobierno Asquith todavía formaban el principal contingente funcionarios y políticos, Lloyd George favoreció con títulos nobiliarios cada vez más a industriales y banqueros. Entre los 89 nuevos lores de la época Asquith, sólo había 12 comerciantes genuinos; entre los 87 del régimen Lloyd George había 29. A la dignidad de baronet llegaron, bajo Lloyd George, 134, y a la de caballero, 481 genuinos hombres de negocios. Cerveceros solamente, fueron elevados 10 al rango nobiliario.

La deferencia que Lloyd George demostró hacia los méritos del mundo comercial, produjo su rendimiento. Los fondos políticos de partido nunca habían sido tan copiosos como después de los años de la coalición, tan pródigos en títulos. Cada uno de los dos partidos gobernantes había designado fideicomisarios para la administración de estos fondos; los conservadores a Lord Farquhar, los liberales al capitán Guest y a Sir William Edge. Cuando murió Lord Farquhar, la porción de los conservadores pasó directamente a la caja del partido. Pero entre los liberales, después de la retirada del capitán Guest, quedó Lloyd George como cajero de los fondos políticos; por cierto que se adjudicaron a él muy personalmente tales fondos, pues no sólo se le dieron libres atribuciones para disponer de ellos, sino que se le confirió el derecho pleno de propiedad, hasta tal punto, que sus herederos pudiesen reclamar dichos fondos por vía legal. Como los fondos estaban colocados también muy hábilmente en empresas periodísticas, el capital fué creciendo poco a poco hasta la suma de 2,5 millones de libras; fortuna destinada a fines políticos, que tal vez sólo tiene paralelo en el consorcio Hugenberg.

Aun cuando Lloyd George nunca hizo uso del dinero para su persona, estos fondos le aseguraban una posición incomparable sobre todas las alternativas políticas. Especialmente con motivo de las violentas disensiones entre los antiguos liberales de la coalición y el grupo liberal independiente de Asquith, el fondo Lloyd George desempeñó un papel importantísimo. Los 2,5 millones de libras, de que Lloyd George disponía, obraron como un imán. Aun después que Lloyd George volvió a ser jefe ilimitado del partido con ayuda de este instrumento de fuerza, se guardó mucho de soltar de las manos el tesoro. Lo único a que llegó fué a poner a disposición de la presidencia del partido liberal en el otoño de 1927, con la munificencia de un Creso, la suma de 300.000 libras esterlinas para preparar las elecciones y a fijar otras 36.000 libras anuales

para los gastos generales de la organización. Pero, en cambio, hizo se le confirmase nuevamente que el fondo no está sometido al control del partido, sino que ha de ser administrado por una junta, que él nombra y sólo ante él es responsable. Con esto, Lloyd George ha llegado a tener completamente en sus manos todos los resortes del partido liberal.

La antigua nobleza formula su protesta

La cuantía y sobre todo el dudoso origen de los fondos de partido, ha sido entre el público muchas veces motivo de escándalo. En el transcurso de los años se han descubierto docenas de casos en que hombres ricos se han mostrado dispuestos a hacer donaciones para la caja del partido a cambio de la seguridad de obtener un título nobiliario. Así, en 1917, Lord Loreburn manifestó en la Cámara Alta que a uno de sus amigos personales se le había hecho tres veces, en el espacio de seis años, la proposición de adquirir por 25.000 libras esterlinas el título de baronet, y por 15.000, la dignidad de caballero. A veces, las ofertas procedían directamente de altos funcionarios del partido; pero con más frecuencia se interponían agentes y mediadores. Porque lo mismo que en la Prusia de anteguerra, se había desarrollado en Inglaterra la profesión de intermediario para el tráfico de títulos. Hombres de buenas relaciones llegaban a pagar 5.000 libras y aun más por la adquisición de títulos de nobleza.

En tales negocios nobiliarios se producían a veces situaciones muy enojosas. Un lord del Sur de Gales, recién salido del horno, había adquirido su título a cuenta. Pero murió antes de haber pagado los últimos plazos, y los herederos se negaron a seguir pagando, porque no tenían interés por el título. Esta historia, que ocurrió antes de la guerra, está garantizada por Lord Rondda, uno de los industriales carboneros más poderosos de Gales. Otro episodio semejante ocurrió después de la guerra con uno de los nuevos baronets. Un fabricante de *whisky*, de Dundee, se quitó la vida poco después de haber llegado a la categoría de sir. Como sus finanzas no se encontraban en orden, los acreedores se echaron a buscar dónde estaba el dinero. Y se descubrió que el difunto Sir John había instituído un fondo de 50.000 libras para fines políticos.

El tráfico de títulos fué tomando poco a poco tal incremento que la misma Real Comisión Nobiliaria se dió por enterada, en 1922, en su informe oficial: «Está fuera de toda duda que hace algún tiempo, y durante la última época en proporción

creciente, hay personas a las que nosotros, a falta de mejor calificativo, optamos por llamar «usurpadoras»; gentes, que han llegado a chamarilear con el pretexto de que tienen influencia para proporcionar títulos nobiliarios a cambio de determinados desembolsos». También en el Parlamento dieron que hablar una y otra vez estas cosas, sin que el Gobierno pusiese mano en el asunto. Altos oficiales y, sobre todo, miembros de la antigua nobleza, formularon su protesta contra la nueva nobleza del dinero. Pero cuando el duque de Northumberland interpeló al Gobierno acerca de los negocios nobiliarios, el primer ministro, Lloyd George, contestó que no quería defender el comercio de títulos, pues sobre ese punto no había discrepancias de criterio; pero que las recompensas de partido estaban estrechamente unidas con el sistema partidista, tan contrastado por el tiempo. Para modificar tal estado de cosas, habría que sustituir la organización política por el caos político. Con esto, se dió por zanjado el ataque.

Más revuelo levantó una carta que el viejo Lord Rosebery, antiguo primer ministro liberal, dirigió en 1927 al «Times», a propósito de «cierto fondo electoral». Con acerada intención contra Lloyd George preguntaba el sucesor de Gladstone, cuál era la cuantía de la suma y cómo y de dónde se había sacado. Lloyd George no escamoteó la respuesta: «Si Lord Rosebery se para a recordar cómo fué financiada su propia elección en 1895, tendrá una respuesta cabal a sus preguntas.

No era de esperar que los partidos burgueses, especialmente el liberal, revelasen espontáneamente sus fuentes financieras y las cegasen para lo futuro. Sólo el partido laborista podía modificar la situación. Cuando el partido laborista empuñó el timón por segunda vez, en el verano de 1929, anunció en seguida una reforma electoral. La revisión—declaró MacDonald—no se extenderá solamente a las rarezas del derecho electoral inglés. También se ha de estudiar cómo se logran las grandes aportaciones que alimentan el fondo de los partidos burgueses. Pero hasta ahora esta encuesta se ha quedado en el anuncio.

Los jefes de la economía van al Parlamento

Por desacreditado que esté el tráfico de los partidos con los títulos nobiliarios, es uno de los negocios políticos más inocentes. Los hombres que se limitan a exigir la dignidad de caballero o el título de baronet como recompensa por amistosas donaciones, son, después de todo, menos peligrosos que los que

aspiran a lograr influencia política con su dinero. Tampoco en Inglaterra faltan hombres de esta clase. La influencia de las potencias de la economía en la política es muy grande, sobre todo dentro del partido conservador. Con relación a los países continentales existe una diferencia, y es que los potentados de la economía en Inglaterra se preocupan de la política más en persona y aspiran muchas veces personalmente a un acta de diputado. El gran capital no envía, como en Alemania, sus directores y síndicos al Parlamento; no deja, como en Francia, la dirección de la política a abogados jóvenes, de condiciones retóricas, sino que quiere representar en persona a la nación de una manera legal. Así, el director del mayor *trust* inglés de la industria, Sir Alfred Mond, pertenecía, como miembro muy activo, a la Cámara Baja, hasta que pasó a la Cámara Alta con el título de Lord Melchett.

El tránsito desde el poder económico al poder político es una cosa obligada. Recorrer ese camino constituye, por decirlo así, un deber de clase. Por cierto que las clases no se distribuyen ya tan rigurosamente como antes entre los dos partidos tradicionales. Los conservadores han dejado de ser, hace mucho tiempo, el partido de los nobles terratenientes. El desarrollo económico de Inglaterra ha contribuído a que la influencia política de la gran propiedad territorial haya retrocedido mucho en la Cámara Baja y hasta en la Cámara de los Lores. La nobleza agraria está cada vez más empobrecida, y no es lo que menos contribuye a ello la carga de impuestos que pesa sobre la herencia, pues los señores feudales se ven obligados a vender sus haciendas o parcelarlas. Los castillos de la nobleza feudal han pasado ya, en parte, a poder de los grandes capitanes de la finanza y de la industria.

Pero con el dinero se ha contraído también el poder de la nobleza terrateniente. Es cierto que el partido conservador de la Cámara Baja sigue componiéndose, en más de un tercio, de propietarios territoriales y rentistas, pero entre los conservadores predomina el capital industrial, que también en las elecciones es el apoyo más fuerte de los *tories*. La organización culminante de la industria inglesa, la «Federation of British Industries», se agenció poco después de su fundación durante la guerra, una propia representación política de intereses: la «British Commonwealth Union». Al principio, esta Unión había de trabajar por cima de los partidos, es decir, estableciendo enlaces transversales con todos los partidos que defienden los intereses de los empresarios industriales. En realidad, pertenecían también al grupo parlamentario de la «British Commonwealth Union» miembros de todos los partidos, incluso del laborista. Pero pronto se comprobó la imposibilidad de este método, y ya después de las elecciones de 1922 la «Commonwealth

Union» se convirtió en una unión puramente conservadora de unos 90 diputados. Casi todos los ramos importantes de la industria, la minería carbonera y la producción siderúrgica, la industria de máquinas y de barcos, las sociedades de electricidad y de petróleo, el gran *trust* del tabaco y las cervecerías, la industria química, y sobre todo las sociedades ferroviarias y de navegación, tienen sus representantes en los escaños de los conservadores. Sólo la industria textil se mantuvo todavía mucho tiempo en las filas de los liberales, hasta que le invadió también el apetito de aranceles protectores y fué desertando cada vez más hacia el campo conservador.

La City se vuelve de espaldas a los liberales

Los liberales, que en el siglo pasado eran el partido de la industrialización y la genuina representación de intereses de los fabricantes, han dejado de desempeñar este papel. Los obreros, particularmente en los distritos mineros, que antes votaban por los liberales, se han adherido al partido laborista, y los patronos encuentran entre los conservadores más fuerte apoyo para sus intereses económicos, desde que los liberales se han apartado de sus antiguas ideas manchesterianas y han tomado un rumbo liberal social en la lucha de competencia con el laborismo.

Tampoco los círculos financieros de la City de Londres son ya tan espontáneamente liberales como antes. La rigurosa separación entre el capital financiero y el industrial, que se produjo en Inglaterra por el alejamiento de los grandes bancos frente al negocio industrial, no existe ya, desde luego. La crisis persistente, las conexiones subterráneas y modernamente también la abierta concentración dentro de la industria, han puesto a ramos industriales enteros bajo el control de los bancos. Los bancos tienen, en gran parte, los mismos intereses que la industria y procuran proteger estos intereses por medio de los aranceles. En julio de 1930 catorce de los principales banqueros de la City abogaron por gravar con impuestos aduaneros en Inglaterra a todas las mercancías que no procediesen del imperio británico: señal evidente del cambio de ideología. Políticamente, esto significaba un apartamiento todavía mayor del capital financiero respecto a los liberales. Sólo aisladas familias de banqueros, como Rothschild, están representadas todavía en la fracción liberal de la Cámara Baja.

La posición prepotente que el gran capital ocupa en el Parlamento inglés se manifiesta en el número elevadísimo de dipu-

tados que al mismo tiempo desempeñan cargos de consejero. Según una investigación (1), basada en la composición del Parlamento a principios de 1923, figuraban en la Cámara Baja 255 diputados que desempeñaban puestos de consejero en 713 sociedades. Prescindiendo de los diputados laboristas, resultaba, pues, que más de la mitad de los miembros del Parlamento estaba directamente interesada en empresas capitalistas. En la Cámara Alta, que sigue considerándose como el asilo de la gran propiedad territorial, había ya también 272 lores consejeros, que, además de los intereses del bien común, tenían que salvaguardar los intereses de 761 sociedades.

Las sociedades navieras estaban representadas en la Cámara Baja con 30 miembros consejeros, y en la Cámara de los Lores con 26; los ferrocarriles, en la Cámara Baja con 24, y en la Cámara de los Lores con 64. En las sociedades de seguros figuraban 41 miembros de la Cámara Baja y 106 lores. Los bancos, que en la Cámara Baja sólo tenían 19 representantes, podían apoyarse en 66 en la Cámara Alta. La industria pesada tenía en cada una de las Cámaras 30 representantes, y la industria manufacturera del hierro 50.

Con el incremento del laborismo, la posición influyente del gran capital se ha limitado algo. Pero el entrelazamiento con la política sigue siendo muy íntimo. Mientras desde las elecciones de 1929 sólo pertenecen por profesión a la finanza y a la industria 127 miembros de la Cámara Baja—77 conservadores, 22 liberales y 28 laboristas—, hay unos 200 parlamentarios consejeros que figuran en los Consejos de administración de 700 sociedades (2). La frase de Bernard Shaw (3), de que las leyes las hacen en Inglaterra los ricos, tiene, pues, su justificación.

Lord Birkenhead pensionista

En medio de todo, tampoco en Inglaterra la profesión de político ofrece directamente muchas ventajas materiales. Las dietas de los miembros de la Cámara Baja sólo importan 400 libras al año. Billetes de libre circulación y otros privilegios, que hay en la mayor parte de los países continentales europeos, allí no existen. Los sueldos de los ministros son, desde luego, mucho más altos que en Alemania y en Francia, pues llegan,

(1) Labour and Capital in Parlament. Prepared by The Labour Research Department. Londres. 1923.

(2) Rudolf Kircher, Wie's die Englander machen, Frankfurt, 1929. p. 67.

(3) Bernard Shaw. Wegweiser für die intelligente Fran zum Socialismus und Kapitalismus. Berlín, 1928. p. 98.

salvo contadas excepciones, a 5.000 libras, y esto ya desde hace cien años. El lord canciller cobra hasta 10.000 libras, pero los subsecretarios de Estado parlamentarios tienen que contentarse ya con 1.500 libras. Las pensiones sólo las concede la Cámara Baja en casos muy excepcionales, cuando los ex-ministros demuestran que durante un largo período de actividad al servicio del Estado han descuidado sus propios intereses.

Sólo el lord canciller tiene derecho a una pensión de 5.000 libras, y para eso es corriente que renuncie a la renta del Estado, si dispone de otros ingresos. Cuando Lord Birkenhead quiso apartarse de esta costumbre en el otoño de 1928, al pasar a la industria privada, produjo su conducta tan penosa impresión en el público que tuvo que resolverse a toda prisa por aplicar la pensión, por lo menos, a fines benéficos.

Ocurre muchas veces que los ministros se separen de su cargo completamente sin recursos y se organicen suscripciones públicas para ofrecerles un donativo, como ocurrió con el primer ministro liberal Asquith. Otro subsidio de vejez para los políticos beneméritos, no sólo para los ministros, lo proporciona el fondo que instituyó el multimillonario norteamericano, oriundo de Escocia, Andrew Carnegie. El primer estadista que recibió de este fondo una renta de 2.000 libras fué Lloyd George.

El apartamiento voluntario de los cargos

Mucho más numerosos que los ex-ministros necesitados de subsidios son, desde luego, los que a su salida del Gobierno aceptan puestos productivos en la economía privada. No suele ser lo corriente que abandonen su cargo, como el antiguo abogado Lord Birkenhead, procedente de modesta esfera, con la excusa de que quieren ocupar un puesto mejor remunerado en la economía. Casi todos aguardan con calma el cambio de Gabinete, para decidir entonces menos llamativamente sobre su carrera política y cambiarla por una actuación más lucrativa en la City. Así, en los años posteriores a la guerra, los antiguos cancilleres del Tesoro, Mac-Kenna y Sir Robert Horne, ambos abogados de profesión y durante muchos años ministros, se convirtieron en hombres de negocios. Horne pasó a la industria del hierro, y Mac-Kenna al Midland Bank. El primer lord del Almirantazgo, Sir Eric Geddes, pasó a ser presidente de la «Dunlop Rubber Company».

También algunos altos funcionarios, sobre todo del departamento del Tesoro, se han dejado seducir por los elevados sueldos de la economía privada y han abandonado el servicio

del Estado. El orgulloso alto comisario de Egipto, Lord Lloyd, apenas había sido destituído de su cargo, cuando apareció ya en el Consejo de administración de la Compañía de Coches-Camas. Por lo demás, también es muy predilecto el tránsito desde el ejército a la economía. Los héroes más conocidos de la guerra, como el almirante Jellicoe y Lord Allenby, el conquistador de Palestina, ocupan puestos muy bien pagados como consejeros en la City. De poco sirvió que hasta el primer ministro conservador, Baldwin, dirigiese duras palabras contra los «Conejillos de indias», contra los hombres que, sólo por el nombre o por el título, pueblan las grandes sociedades y cobran dividendos.

Acciones Marconi entre hermanos

Si la política inglesa goza fama de pureza ejemplar, a pesar de este estrecho maridaje entre la política y la economía, se debe a que los financieros que actúan políticamente, y los políticos que figuran en el campo económico, defienden sus intereses más discretamente que en otros países. Para tropezar con un gran escándalo político, como los que se repiten año tra año en los países europeos y en América, hay que retroceder en Inglaterra a la época de antes de la guerra, al caso Marconi.

El año 1912 el maestre general de Postas inglés, Herbert Samuel, cerró un contrato de monopolio con la «Marconi's Wireless Telegraph Company», para establecer estaciones de radiotelegrafía en todo el Imperio británico. Para la Compañía Marconi, que durante mucho tiempo había marchado mal y que no empezó a trabajar con rendimiento hasta hace poco, bajo la dirección comercial de Godfrey Isaacs, este contrato significaba un refuerzo extraordinario. Ahora, se hallaba en situación de explotar sus filiales extranjeras y comprar a la mayor sociedad competidora americana. Como consecuencia, la Sociedad Marconi americana elevó su capital de 1,5 a 10 millones de dólares. Las nuevas acciones adquirieron pronto un precio fantástico en el comercio, y la especulación remontó todavía más el nivel del cambio.

Pero antes había ofrecido Godfrey Isaacs a sus hermanos grandes paquetes de acciones de la sociedad americana Marconi a un precio mucho más bajo. Uno de los hermanos, consignatario profesional de buques, se interesó inmediatamente en el negocio ; el otro hermano, Sir Rufus Isaacs, que era fiscal general y abogado de la Corona y en este concepto pertenecía también al gabinete Asquith, vaciló al principio, pero luego

aceptó 10.000 acciones, cuyo valor aumentó en pocos días 12.000 libras esterlinas. Para favorecer también algo a sus amigos más íntimos, Sir Rufus Isaacs traspasó una parte de sus acciones Marconi al canciller del Tesoro, Lloyd George, y una parte todavía mayor la vendió con espléndida ganancia a Lord Murray, que administraba los fondos del partido liberal.

Como las acciones Marconi volvieron a bajar rápidamente de cotización y los políticos especuladores no se decidieron a desprenderse de su tesoro con bastante diligencia, los tres acabaron por sufrir una importante pérdida. A pesar de todo, se produjo gran sensación en el público, cuando salió a la luz aquel negocio de especulación. Se nombró una comisión parlamentaria investigadora, y los miembros conservadores de la misma, presididos por Lord Robert Cecil, pronunciaron un fallo muy duro. Pero la mayoría liberal cubrió la espalda a sus correligionarios, y así la investigación no tuvo exteriormente más consecuencias. Lloyd George conservó el cargo de canciller del Tesoro hasta que sustituyó a Asquith y llegó a ser primer ministro. Sir Rufus Isaacs recibió poco después la dignidad de par, y, con el título de lord Reading, llegó a ser virrey de la India. Aun cuando el asunto Marconi tampoco perjudicó personalmente a los interesados, se recuerda en Inglaterra como caso de escarmiento, y, a pesar de su importancia económica mucho más pequeña, tuvo una resonancia casi tan desagradable como el escándalo Panamá en Francia. Desde entonces, en Inglaterra constituye un artículo del código de honor de los miembros de un gabinete renunciar a negocios particulares de toda clase mientras permanecen en el Gobierno.

Especuladores en el «Foreign Office»

Un caso descubierto en febrero de 1928 demuestra que no por eso se suprimió radicalmente en las altas esferas del Gobierno la especulación comercial. El director de la sección de Oriente del «Foreign Office», hombre de mucha influencia, es decir, el subsecretario adjunto de Estado, John Duncan Gregory, que había organizado la expedición de los generales Denikin y Wrangel contra la Rusia soviética y fomentaba una política extremadamente antirrusa, aprovechó en la Bolsa, por bajo de cuerda, sus informes diplomáticos. En particular, se dedicó a especulaciones de divisas, que solía llevar a cabo por medio de su secretaria, valiéndose de una cuenta abierta con pseudónimo. Las divisas belga, italiana y sobre todo la fran-

cesa, constituían su coto de caza. En el curso de tres años su capital circulante ascendió a 250 millones de francos.

A veces, lograba embolsar grandes ganancias, pero luego le ocurrió algo así como a su predecesor en la Alemania imperial, al barón de Holstein: las informaciones diplomáticas resultaron una brújula insegura para las especulaciones con valutas. Cuando el franco se estabilizó, John Duncan Gregory experimentó una pérdida de 39.000 libras, y no pudo pagar las deudas a su banquero. Su compañera intentó alegar que sólo se trataba de deudas irresponsables de juego. Pero el banquero acudió a los tribunales y en el proceso se descubrió todo un consorcio de especulación en el departamento de Asuntos Exteriores. Gregory no tenía tan buenos amigos, y, por consiguiente se le sentó la mano más duramente que a los especuladores de acciones Marconi, Lloyd George y Rufus Isaacs. Tuvo, pues, que abandonar su cargo, y con él fueron procesados por especulaciones con valutas otros dos diplomáticos. Por lo demás, la comisión investigadora comprobó con satisfacción que el departamento de Asuntos Exteriores y el departamento del Tesoro habían procedido con toda limpieza y corrección en estos asuntos.

La Prensa como potencia económica

También la Prensa inglesa tiene fama de intachable e incorruptible. Los casos de soborno son raros. El periodismo se halla a un alto nivel. Y el poder de la economía no pesa tanto sobre la Prensa como en la vida parlamentaria, porque la Prensa representa ella misma una considerable potencia económica, que tiene su puesto propio en el conglomerado capitalista. En los grandes consorcios periodísticos están invertidas sumas de 250 y hasta de 500 millones de marcos. Las acciones y obligaciones de las sociedades periodísticas son objeto predilecto para la colocación del dinero, pues proporcionan al pequeño ahorro una buena renta. La competencia se limita a un par de grandes empresas. En Inglaterra no retoñan nuevos periódicos, como sería natural. Desde 1912 no se ha fundado ningún diario nuevo, y, en cambio, se ha ido limitando constantemente por fusión el número de periódicos. Los periódicos son, en número, la décima parte tan sólo de los de Alemania; pero, en cambio, la tirada de cada uno de ellos es, en promedio, mucho más

elevada. En el distrito de Londres, con sus diez millones de habitantes, había antes nueve diarios vespertinos, y ahora sólo hay tres.

La concentración se ha desarrollado en la industria periodística de Inglaterra mucho más rápidamente que en cualquier otro ramo de la economía. En esta concentración han intervenido de un modo preponderante hombres de otros sectores, como los hermanos Berry, procedentes de la industria minera, y el fabricante de papel Harrison ; pero no por eso han modificado esencialmente la orientación política de la Prensa inglesa. En cambio, dos de los nuevos editores de periódicos han sabido asegurarse una influencia política muy amplia : los dos «lores de la Prensa», Beaverbrook y Rothermere.

Lord Beaverbrook empezó su carrera periodística siendo ya un hombre muy rico, con la fortuna que había acumulado de joven en la industria del acero y del papel de su patria canadiense. Es cierto que se adhirió al partido conservador ; pero hizo su carrera política al amparo de Lloyd George, cuyo ministro de Propaganda fué en el último año de la guerra. Por medio de la compra del «Daily Express», más tarde del «Evening Standard» y del «Sunday Express», y por la anexión de muchos periódicos de provincia, alcanzó una de las posiciones más poderosas en la Prensa inglesa.

Lord Rothermere es heredero de su hermano lord Northcliffe, el más hábil e influyente empresario de periódicos que ha tenido la Prensa inglesa. Rothermere dió al consorcio Northcliffe, cuyo núcleo central lo constituye el mayor diario inglés, el «Daily Mail», una base comercial todavía más amplia, pero conservó la entonación nacionalista y ejecutó los más curiosos esguinces en política exterior. Su campaña más rara fué la emprendida a favor de Hungría, a la que quería libertar de las cadenas del tratado de Paz. Cuando sus periódicos habían gastado bastante pólvora, el hijo de lord Rothermere, el joven diputado Edmond Harmsworth, emprendió un viaje triunfal a través de Hungría, como seguramente no lo había hecho jamás ningún editor de periódicos. En Budapest se engalanaron las casas y las calles ; se celebró una función en la iglesia de la Coronación ; la representación de la ciudad organizó una fiesta para entregar un regalo al joven Harmsworth, y el Parlamento le agasajó con una recepción solemne. Algo parecido ocurrió en todas las capitales húngaras que el hijo de lord Rothermere visitó. Los lectores de los periódicos de Rothermere acaso se recreasen con las detalladas informaciones sobre el viaje triunfal del vástago del editor ; pero a Hungría la campaña no le sirvió de nada.

La cruzada de los lores de la Prensa

Más probabilidades ofrecía una campaña que Beaverbrook y Rothermere emprendieron combinadamente. Los periódicos de ambos lores de la Prensa, sobre todo el «Daily Express» y el «Daily Mail», se hacen uno a otro dura competencia; pero es notorio que esta competencia no debe tomarse comercialmente muy en serio. Porque desde 1923 corresponde a lord Rothermere el 49 por 100 de las acciones del grupo Beaverbrook, mientras Beaverbrook posee 120.000 libras de los dos millones de capital del *trust* «Daily Mail». Desde luego, el público se quedó grandemente sorprendido cuando los dos lores de la Prensa se pusieron de acuerdo, no sólo para negocios comunes, sino también, en el invierno de 1929, para una campaña política. En sus periódicos desarrollaron un programa económico que tenía por objeto explotar todo el Imperio británico, incluyendo Inglaterra, como un territorio coherente librecambista y cerrarlo al exterior por altos aranceles protectores.

Como el partido conservador, al que ambos lores de la Prensa pertenecían, no quiso saber nada del plan, Beaverbrook y Rothermere se independizaron y fundaron el «Partido Unido del Imperio». La nueva cruzada empezó a desarrollarse con todo el empuje de su poderoso aparato de propaganda. A las pocas semanas, se habían adherido ya al partido del Imperio 200.000 hombres y mujeres. En mayo de 1930 el nuevo partido logró llevar a la Cámara Baja el primer diputado, con motivo de una elección complementaria. Todavía constituyó un mayor éxito el que dos meses más tarde, en la ya citada declaración, 14 de los principales banqueros de la City se pronunciasen públicamente por el plan del Imperio. La idea, probablemente debida a Beaverbrook, ha ganado terreno indudablemente; pero ni aun esta campaña ha favorecido el prestigio político de los lores de la Prensa. Ahora aparecen señalados, todavía más claramente, como intrusos, pues no se desea complicar todavía más el tradicional sistema de partidos, que ya sufrió un quebranto por la agregación del partido laborista.

La Prensa liberal, con excepción de algunas empresas de familia, ha seguido varias veces después de la guerra sendas equivocadas. En sentido más estricto que la Prensa conservadora ha de ser considerada la liberal como Prensa de partido, y durante algún tiempo Lloyd George llegó a controlar directamente, con ayuda de su fondo político, a uno de los grandes bloques periodísticos liberales, cuyo elemento más importante era el diario «Daily Chronicle». En 1927 Lloyd George vendió con ganancia el «Daily Chronicle» a dos comerciantes de la India, mien-

tras su amigo lord Reading hacía las veces de delegado político. Un año más tarde, el periódico pasó a pertenecer al fabricante conservador de papel Harrison, bajo el compromiso de no cambiar en nada su tendencia liberal. A los dos años, el periódico estaba maduro para la fusión con el otro gran periódico liberal de Londres, que todavía quedaba, el «Daily News», controlado por el fabricante de chocolates, Cadbury. En el retroceso de la Prensa liberal se refleja el retroceso del liberalismo en Inglaterra.

Los obreros sin periódico

El fenómeno más característico de la Prensa inglesa ha sido durante muchos decenios el que, en el país del más antiguo y más fuerte movimiento obrerista, no tuviesen los obreros ningún periódico. Este estado de cosas no varió en nada, ni siquiera cuando los obreros se organizaron políticamente y el partido laborista llegó a ser un partido de millones de miembros, que a pesar de las trabas del derecho electoral podía mandar al Parlamento más de 40 diputados. El primer ensayo de un periódico socialista lo hizo, poco antes de la guerra, con 300 libras en total, el jefe obrerista Lansbury, pero ya durante la guerra tuvo que limitarse a publicar su diario, el «Daily Herald», una vez a la semana. En 1919 este periódico volvió a convertirse en diario. Al año siguiente, se hallaba abocado a la catástrofe económica.

Entonces, Moscú se ofreció como salvador. El Gobierno soviético se mostró dispuesto a poner a disposición del periódico obrerista inglés 75.000 libras esterlinas. Por telegramas captados se conoció la oferta. Se produjo un ruidoso escándalo, y el editor del «Daily Herald», Lansbury, no tuvo más remedio que hacer de la necesidad virtud y consultar públicamente a sus lectores si aprobaban o no la aceptación del dinero soviético. Aunque muchas contestaciones abogaban por la aceptación, Lansbury rechazó la subvención de Moscú. Entonces intervinieron los sindicatos ingleses. Un antiguo colaborador de Northcliffe se esforzó por modernizar el periódico obrerista ; pero el éxito siguió siendo muy escaso. Aunque la tirada subió poco a poco a 350.000 ejemplares, los sindicatos y el partido laborista tenían que estar aportando constantemente subvenciones, que en el año 1928 llegaron todavía a 16.000 libras. Y lo que era todavía más importante, no por eso irradiaba gran fuerza propagandista del periódico, que, aun en su aspecto externo, se distinguía de la gran Prensa por su pobreza. Los obreros, que querían orientarse sobre los sucesos del día, se veían obligados a leer periódicos liberales y conservadores.

Socialismo con muletas

Después de largas deliberaciones, los sindicatos se resolvieron a una reforma fundamental. Se investigó cuánto dinero sería necesario para editar un diario moderno. Los informes establecían la cantidad de un millón de libras. Tan elevada suma no podían aportarla los sindicatos. Así, pues, tuvieron que emprender el camino de Canossa y, para hacer un periódico socialista legible, aliarse con una editorial altamente capitalista. Se fundó una nueva sociedad editorial, la «Daily Herald (1929) Ltd.». El 51 por 100 de las acciones las adquirió la empresa Odhams, que, además de algunos grandes semanarios populares, publica una revista nobiliaria, un periódico mundano de modas y una revista exclusivamente deportiva, y en cuya imprenta se tira el «Morning Post», diario extremadamente conservador. Los sindicatos se reservaron solamente el 49 por 100 del capital, pero se aseguraron el control político ilimitado.

En marzo de 1930 apareció el «Daily Herald» por vez primera con su nuevo indumento capitalista, como gran diario moderno, con anuncios de columna entera, que antes no había en el periódico obrerista, y con buenos consejos para el ahorrador que quiera colocar su capital. El éxito fué definitivo. En pocas semanas se triplicó la tirada, hasta llegar a más de un millón de ejemplares. El efecto propagandista y aun financiero para el partido laborista no se hará esperar. Pero la forma en que se ha logrado demuestra que el partido laborista gobernante sólo puede moverse con las muletas de sus enemigos políticos. El socialismo empieza a ser un negocio. Pero no es todavía una potencia.

Capítulo octavo

La democracia norteamericana

Cada cuatro años organizan los americanos su gran «match» nacional de boxeo. Todo el pueblo interviene en esta lucha, dividido en dos grupos. Para los situados en la parte de fuera no es fácil averiguar qué es lo que se ventila propiamente, ni en qué se distinguen los dos partidos. Las ideas que patrocinan son tan semejantes entre sí que casi parece superfluo desplegar por tan pequeñas diferencias una lucha, que tiene pendiente durante varios meses a una gran nación. Los portavoces de ambos grupos, de los republicanos y de los demócratas, se esfuerzan, antes del comienzo de la lucha, por descubrir la nota diferenciante y acentuarla tan vigorosamente, que resulte así un programa propio bien perceptible.

Los críticos americanos, no comprometidos por uno ni por otro partido, dan una explicación mucho más sencilla del enorme dispendio de palabras, de tinta de imprenta, de tiempo, de energía y de dinero, con que se desarrolla esta lucha : para que haya «match» han de intervenir, cuando menos, dos ; con uno sólo no hay lucha. Este es el sentido del sistema americano de los dos partidos. Naturalmente, la labor histórica de ambos partidos no se condensa en una fórmula tan sencilla. Pero políticamente, ella sintetiza la esencia del problema.

El sistema inglés de los dos partidos se produce por la competencia de dos grupos económicos : antes por la rivalidad entre la gran propiedad territorial y la industrial ; hoy, por la oposición entre el capital y el trabajo. El sistema bipartidista americano apenas es otra cosa que una regla de juego, que se aplica a toda la vida oficial. La gran lucha por la presidencia de los Estados Unidos, que se riñe cada cuatro años, es la más importante para la política internacional ; pero tan importantes, por lo menos, son para la administración interna y para los distintos ciudadanos del Estado las elecciones regionales y locales, que se desarrollan según la misma regla fundamental. Porque en estas elecciones elige el pueblo sus jueces y sus fiscales, sus recaudadores de contribuciones, y sus prefectos de policía, sus consejeros de instrucción pública y sus directores de hospital, y, en muchos Estados, hasta sus bomberos y sus inspectores de mercados. Como casi todos los cargos públicos se

proveen por el medio de la elección y generalmente sólo para un par de años, las elecciones se multiplican de un modo asombroso. En las capitales de provincia el ciudadano que hace uso puntualmente de su derecho electivo, tiene que votar anualmente 20 veces y decidir si ha de dar su voto al republicano o al demócrata.

Ya se comprende que este exceso de votaciones no acrecienta la afición electoral. El americano medio no es ningún político entusiasta por naturaleza. Hasta en las elecciones para la presidencia, generalmente no usa de su derecho de sufragio más de la mitad de los que tienen derecho a votar. Hacen falta grandes esfuerzos para movilizar a los ciudadanos. A esta faena se dedica todo un ejército de políticos profesionales. En primer lugar, son los candidatos mismos los que promueven la propaganda electoral; es decir, la plana mayor de los funcionarios políticos y los aspirantes a estos puestos. Los jóvenes, que quieren entrar en la carrera política, suelen prestar al principio servicios gratuitos al partido durante algún tiempo. Pero, a pesar de todo, el número de políticos profesionales pagados es en América incomparablemente mayor que en los países europeos. Se calcula su número en 400.000. Aun cuando en esa cifra se contienen los muchos funcionarios políticos, que desempeñan una labor administrativa pública, el politiqueo profesional ocasiona elevadísimos gastos. Aun sin tener en cuenta los gastos ilegales, que van inevitablemente unidos al funcionarismo electoral, el aparato político partidista trabaja mucho más caro que en Europa. Hay que tener en cuenta todo esto cuando los americanos aluden a veces a su Administración pública ejemplarmente barata.

Balance de las elecciones Hoover

No se puede expresar en números la cuantía de los gastos totales del funcionamiento político en América, porque casi todos los gastos se hacen y se cubren localmente. Pero su enorme volumen se puede deducir aproximadamente por los gastos para las elecciones presidenciales, acerca de las cuales se hacen averiguaciones exactas desde la ley federal de 1925. Según el informe de la comisión senatorial sobre los gastos de la campaña electoral (1), en el invierno de 1928 a 1929, la lucha entre Hoover y Al Smith costó 16,5 millones de dólares. Pero en esta

(1) Presidential Campaign Expenditures, Congreso 70, Sesión 2, Informe núm. 2.024.

suma sólo se contienen los fondos ingresados en las cajas centrales y no las sumas, indudablemente todavía muy elevadas, que se recaudaron en los distritos locales y que también se gastaron. En total, los gastos electorales más bien quedan por cima que por bajo de los 20 millones de dólares.

De los 16,5 millones de dólares que, según el citado informe, se gastaron en las elecciones presidenciales, corresponden 9,5 millones a los republicanos y 7 millones a los demócratas. Esta proporción corresponde aproximadamente al número de votos que ambos partidos rivales obtuvieron. Teniendo en cuenta que se batió el «record» del número de electores, pues votaron unos 36 millones de ciudadanos, resulta de dicho informe que cada voto les costó a los partidos, aproximadamente, medio dólar, aunque probablemente les costó de hecho bastante más. Aun sin perder de vista el nivel general de los precios, las elecciones americanas resultan más caras que las costosísimas elecciones parlamentarias de Europa, y muchísimo más caras que, por ejemplo, la elección del presidente alemán del Reich. Desde luego la campaña se desarrolló en el otoño de 1928 con particular energía, contribuyendo a ella todas las fuerzas financieras disponibles. La lucha entre Harding y Cox debió de costar en 1920, según los datos de los partidos, sólo 6,6 millones de dólares, y la victoria del republicano Coolidge sobre el demócrata Davis y el candidato campesino La Follette, en 1924, hasta cuatro millones solamente (1). Sin embargo, estas cifras quedaron mucho más distantes de la verdad que el cómputo oficial sobre las elecciones Hoover.

La lucha financiera en torno a la prohibición

También en la opulenta América tienen los partidos que redoblar muy fuerte en el tambor del reclamo para reunir tan grandes cantidades con destino a fines electorales. Las cuotas de los funcionarios de partido y de los funcionarios políticos, que entregan regularmente a la caja del partido un tanto por ciento de sus ingresos, no bastan ni con mucho. Tampoco las colectas hechas entre los pequeños hombres de negocios son muy cuantiosas, cuando no se trata de elecciones locales. Como grupos auxiliares ayudan a los partidos las grandes organizaciones culturales y sociales, que se han fundado para algún fin especial.

En el campo republicano figura ante todo la poderosa «Anti-

(1) «Literary Digest», de 21 julio, 1928.

Saloon League», la sociedad de los prohibicionistas. Para la lucha por el afianzamiento constitucional de la prohibición ha aprontado esta liga 35 millones de dólares (1). Después que la prohibición del alcohol se ha implantado en toda América, los fondos afluyen desde luego con más parsimonia ; para las elecciones de Hoover la «Anti-Saloon League» aportó solamente 172.000 dólares. Los enemigos de la prohibición, que se han situado al lado de los demócratas, son ahora más activos y dadivosos, y tras de ellos se hallan los interesados en el negocio de cervecerías y tabernas, que agitan a la opinión infatigablemente para que América vuelva a ser húmeda algún día. A disposición de Al Smith, el enemigo de la ley seca, pusieron medio millón de dólares. En algunos Estados hay también asociaciones industriales que han contribuído con su granito de arena a favor de los republicanos ; así, con la esperanza de aranceles protectores más altos, la Asociación Textil de Nueva York. Sin embargo, las organizaciones industriales hace mucho que no pesan tanto en América para el afinanzamiento de las elecciones como en Alemania.

El reaseguro de los multimillonarios

Nota característica de la financiación de las elecciones en Norteamérica son los donativos directos de los ricos a los partidos. El método de dirigirse antes de las elecciones a los banqueros e industriales ricos fué introducido sistemáticamente por vez primera con motivo de la campaña electoral a favor de Mc Kinley en 1896 por el *manager* republicano Mark Hanna. Este administrador electoral prorrateó las cuotas electorales exactamente como la contribución, y recogió de este modo 3,5 millones de dólares (2). Desde entonces el procedimiento se ha generalizado, hasta tal punto, que apenas hacen falta ya grandes exhortaciones. Cuando pasan las listas de suscripción, el dinero está pronto.

Para la elección de Hoover los banqueros Clarence Dillon y Otto H. Kahn, el fabricante de automóviles Chrysler, el fabricante de neumáticos Firestone y muchos otros, contribuyeron cada uno con 25.000 dólares ; Herbert N. Straus, con 50.000 ; la familia Rockefeller, con 85.000, y los Guggenheims, con más de 100.000 dólares. La obligación de hacer públicos

---

(1) Perry Belmon, La Publicité obligatoire des Fonds Electoraux, París, 1926. pág. 12.

(2) James K. Pollock, Party Campaign Funds, Nueva York-Londres, 1926, pág. 65.

los fondos electorales no ha retraído, como pudiera temerse, sino más bien alentado a los grandes banqueros e industriales a participar en los fondos electorales con una suma considerable. A veces, los funcionarios políticos, especialmente los inspectores de contribuciones, ayudan también algo, pues advierten discretamente a los malos pagadores que la excesiva tacañería antes de las elecciones pudiera influir desfavorablemente sobre el tipo de contribución (1). Pero, generalmente, tales presiones no son necesarias. El gran capital sabe muy bien lo que le conviene. Y tampoco se retrae, como por ejemplo la mayoría de los banqueros alemanes, para declararse públicamente por uno o por otro partido, puesto que el pertenecer a los republicanos o a los demócratas no exige ninguna confesión rigurosa de principios. Los donativos electorales en favor de hombres tan excelentes como Hoover y Al Smith no avergüenzan a nadie.

Desde luego, a cada elección, y más aún a cada donativo electoral, va unido un riesgo. Si, por ejemplo, triunfa el enemigo, pudiera tomar a mal que se hubiera apoyado sólo a los republicanos o sólo a los demócratas. Para bordear este peligro, es corriente en las grandes casas de banca y sociedades industriales que los hombres dirigentes—las empresas mismas no pueden hacer donativos electorales de ningún género desde 1907—se distribuyan políticamente, y el uno apoye a los republicanos y el otro a los demócratas. Entonces no puede pasar nada, sea cual sea el resultado de la elección : para cualquier eventualidad se ha cumplido con el deber y se ha ganado la gratitud. La espalda está guardada.

El caso más curioso fué el ocurrido antes de las elecciones de 1928 con el mayor *trust* automovilístico, con la «General Motors Corporation». El vicepresidente de la «General Motors», John I. Raskob, se había arriesgado más de la cuenta, y había aceptado para las elecciones la presidencia de la Junta Nacional Democrática. Además, se puso a la cabeza de todos los donantes demócratas con 129.000 dólares. Otro miembro principal de la «General Motors», el presidente del Consejo de administración, Pierre Du Pont, se puso a disposición de Al Smith para la lucha electoral ; le entregó para el fondo democrático de propaganda 82.000 dólares y, lo que era más peligroso todavía, se declaró públicamente enemigo de la prohibición. Verdad es que ambos adalides democráticos fueron licenciados de sus puestos administrativos por el tiempo de la campaña electoral. De todos modos, los compradores de automóviles podían escandalizarse de esta parcialidad política y llegar a pen-

(1) Merriam and Gosnell, The American Party System, Nueva York, 1929, pág. 154.

sar que la «General Motors» se mezclaba en la lucha por la ley seca. Como medida previsora, el Consejo de administración hizo la advertencia de que él era ajeno a todas las tendencias húmedas. Y para subrayar aún más su paridad política, el presidente de la «General Motors», Alfred P. Sloan, entregó 25.000 dólares a los republicanos.

Ya este doble seguro de los grandes consorcios industriales y financieros contribuye a que ambos partidos no se diferencien mucho en su estructura económica. Es cierto que el partido republicano sigue siendo el protector del gran capital, de los intereses de *trust,* de los propietarios. Pero sería equivocado sacar de aquí la consecuencia de que los demócratas sean el partido de los desheredados. Precisamente la lista de los financiadores demuestra cuán grande es el número de millonarios y multimillonarios que figuran en el partido demócrata. En ambos partidos un par de cientos de grandes capitalistas, de los cuales cada uno aportó más de 5.000 dólares, contribuyeron, aproximadamente, con un tercio de los gastos totales de la elección. Entre los republicanos fueron 300 las personas que entregaron juntas 3,5 millones de dólares para las elecciones de Hoover ; entre los demócratas fueron escasamente 200 las que apoyaron la candidatura de Al Smith con 2,5 millones de dólares por junto. Propiamente, la participación del gran capital en el fondo democrático fué todavía más alta, pues algunos hombres de partido, muy ricos, suscribieron además un empréstito electoral democrático de 1,5 millones de dólares. La máquina del partido funciona, pues, en ambos campos con la misma esencia.

¿Quién llega a senador?

Algo parecido a lo que ocurre en las elecciones presidenciales, ocurre también en las elecciones para los dos parlamentos federales, el Senado y la Cámara de Representantes. En comparación con los parlamentos de las democracias europeas, les corresponde menor importancia por la posición preponderante del presidente de los Estados Unidos. A pesar de todo, especialmente en punto a legislación económica, son bastante importantes para justificar los grandes dispendios electorales. Por la ley contra el soborno de 1925 (The Corrupt Practices Act), calcada sobre la inglesa, los gastos individuales están limitados a 10.000 dólares por cada candidato del Senado y a 2.500 dólares por cada candidato de la Cámara de Representantes, o sea a tres centavos por voto ; sin embargo, aun según esta cuenta, los gastos electorales de cada candidato no pueden rebasar de 25.000 dólares para el Senado ni de 5.000 dólares para la Cámara de Representantes.

En la práctica estas sumas no bastan, ni con mucho. La conquista de un puesto del Parlamento cuesta, si el candidato es grato y no tiene ningún adversario igual, unos 50.000 dólares; pero ocurre también que los gastos electorales se remonten a medio millón. Los desembolsos más fuertes los impone la propaganda para las «primeras elecciones», es decir, para la proclamación de los candidatos dentro del partido. Así, en las primeras elecciones de Pennsylvania y de Illinois, hechas en el verano de 1926, se gastaron para tres candidatos del Senado 2,5 millones de dólares (1). La financiación de las primeras elecciones no se halla sometida en casi ningún Estado a una limitación legal; de suerte que aquí hay un cómodo recurso para bordear las prescripciones sobre los gastos máximos.

El Senado se ha ido transformando poco a poco en una asamblea de hombres acaudalados; sin embargo, predominan los magnates de provincia, que no desempeñan un puesto directivo en la vida económica del país. Para los hombres de la primera investidura, procedentes de las grandes ciudades, se presentan estorbos en el camino hacia el Parlamento, por el hecho de que sólo pueden acudir a las elecciones candidatos que vivan en el distrito electoral. Pero la mayor parte, tampoco tienen afán por pasar la vida como políticos en Washington. Los astros de primera magnitud, como John Pierpont Morgan, como Owen D. Young, acuden alguna que otra vez a las grandes conferencias internacionales, cuando persiguen algún negocio de envergadura mundial, pero a Washington no van nunca.

Modernamente, parece que se inicia en este sentido cierta transformación. Así el antiguo consocio de Morgan, Dwight M. Morrow, se hizo elegir senador por el rodeo de la diplomacia. También el «Gabinete de los Millonarios», que formó Hoover, y al que fué llamado como ministro de Comercio el director general de las Fundiciones Americanas de Hierro, Robert Lamont, es tachado de que el gran capital cada vez se quiere mezclar más entre los políticos profesionales. Por lo pronto, constituye todavía una rara excepción el que uno de los hombres más ricos, gran accionista del mayor consorcio del aluminio, Andrew W. Mellon, se haya mostrado dispuesto a administrar el departamento del Tesoro como Secretario de Estado bajo tres presidentes. Predomina la concepción de que los grandes hombres de la economía son demasiado buenos para la política profesional. Porque la política no se hace; la política se deja hacer.

---

(1) Edward M. Sait, American Parties and Elections, Nueva York y Londres, 1927, pág. 528.

Los actores de la política

Esta concepción parece ya justificada por el mero hecho de que los miembros del Parlamento americano se sienten actores de la política mucho menos que los parlamentarios de la Europa occidental. Ellos representan al pueblo, representan al cuerpo electoral, como un representante de comercio los intereses de su empresa. No son propiamente los legisladores, sino los ejecutores de la voluntad del pueblo. ¿Pero cuál es la voluntad del pueblo? El cuerpo electoral tampoco en América da a los diputados instrucciones fijas; los programas de partido no determinan exactamente la treyectoria que se ha de seguir. El partido, se ha dicho, se asemeja a una concha en la que se puede introducir cualquier molusco político (1). El partido es una estructura hueca y sonora, un resonador, que reproduce lo que se le vocea.

Las estaciones emisoras, que dan el tono, a las que tiene que atender el político, son las grandes asociaciones de intereses, las organizaciones económicas o bien las religiosas y sociales, donde el pueblo se reúne. Sin embargo, también estas organizaciones de masas son muchas veces tan sólo el tornavoz de las grandes potencias del dinero, a cuyo apoyo financiero están supeditadas.

Por dos caminos distintos, desde fuera y desde dentro, sojuzga el gran capital a los políticos. Por una parte, derramando su dinero sobre la Prensa, sobre las sociedades y asambleas de propaganda, con lo cual sugiere a los políticos que la opinión pública reclama esta o la otra medida. Los medios que aportan para este fin las grandes empresas exceden con mucho de la medida corriente en Europa. Así, en los últimos años, la Asociación de Fabricantes de Azúcar de Remolacha, la «United States Beet Sugar Association», gastó más de medio millón de dólares para ilustrar a la opinión pública sobre la necesidad de altos aranceles para el azúcar y lanzó artículos de propaganda en 500 periódicos. Las «Public Utilities», las sociedades privadas de agua, gas y electricidad, pudieron vanagloriarse de haber colocado su material de propaganda en varios miles de periódicos.

Los «lobbyistas» dominan en Washington

A esta andanada de papel impreso y de acuerdos de socie-

(1) André Siegfried, Die Vereinigten Staaten von Amerika. Zurich-Leipzig, 1928, pág. 202.

dades suele seguir la lucha inmediata en Washington o en las capitales de los distintos Estados. Para este segundo método de influir en la política, se ha desarrollado un especialismo profesional. Los hombres, que se dedican a esta profesión, se llaman «lobbyistas», porque en el *lobby*, en la antecámara de los despachos oficiales, y en los pasillos de los parlamentos, es donde desarrollan su labor de propaganda. Están pagados por los bancos, por los *trusts* y por las asociaciones industriales, para que impongan las exigencias arancelarias, influyan en la legislación fiscal, arranquen concesiones y, sobre todo, lancen proyectos de ley, de los cuales puedan obtenerse suministros, por ejemplo, para la industria de los armamentos.

Los «lobbyistas» son los verdaderos mediadores entre los negocios y la política. Tienen que ejercer funciones semejantes a las de los parlamentarios consejeros en los países europeos; sólo que ellos cumplen este cometido todavía con más desenvoltura y rudeza, porque no ostentan ninguna responsabilidad política y sólo tienen que salvaguardar los intereses de sus representados. Cuando los parlamentarios y los funcionarios políticos vacilan todavía sobre si lo que se dice en la Prensa será o no la verdadera voluntad popular, la misión de los «lobbyistas» es convencerles de la bondad y de la necesidad de las exigencias de los empresarios. Naturalmente, la fuerza de persuasión es mayor, si detrás se halla un poderoso capitalista, un financiero indispensable para las elecciones, o, a ser posible, apuntan otras ventajas inmediatas. Se calcula que el número de los «lobbyistas» que trabajan en Washington es de 5.000, y su intervención es tan importante, que se habla del *lobby* exactamente como de una «tercera Cámara», que hace política juntamente con el Senado y con la Cámara de Representantes, y sin la cual no sale adelante ninguna ley. Los «lobbyistas» no están ligados al tiempo ni al espacio. Cuando tiene lugar fuera de Washington una conferencia importante, allí están ellos también en la antecámara, porque ellos aparecen en todas partes, donde hayan de recaer decisiones políticas que puedan influir de rechazo en el negocio.

El escándalo de los armamentos

Detrás del monstruo del *lobby* se va amontonando mucha basura política; porque con los puros intereses pecuniarios se entrelazan las intrigas políticas, la ambición de jurisdicciones y el afán de gobierno. Un asunto *lobby*, particularmente feo, fué sacado a la luz en septiembre de 1929 por el mismo

presidente Hoover. En previsión de la Conferencia anglo-americana del desarme, que había de celebrarse por entonces, el Gobierno de Washington tenía interés en descubrir las maquinaciones que había tramado la industria de los armamentos en combinación con la Marina, con motivo de la Conferencia Naval anterior, celebrada en Ginebra.

Para sabotear el desarme naval, los empresarios americanos de los armamentos habían contratado a un acreditado «lobbyista» de Washington, llamado Shearer. Después de una carrera muy agitada, como ingeniero de minas, electrotécnico y director de teatro, William B. Shearer, había arribado durante la guerra al departamento americano de Marina, se impuso bien en cuestiones navales y se buscó buenas relaciones personales. Con motivo de una visita de la flota del Pacífico a Nueva York, los miembros de la plana mayor se franquearon con él. Los oficiales de Marina estaban sumamente preocupados, porque temían el desarme de la flota del Pacífico. Como Shearer había intervenido ya, poco después de la guerra, en la propaganda a favor del aumento de los efectivos navales, los almirantes del Océano Pacífico vieron en él al hombre indicado para iniciar una nueva agitación en torno a la flota.

Shearer no defraudó a sus comitentes. En seguida lanzó una serie de artículos en la Prensa, que pintaban el lastimoso estado de la Marina de guerra con los más sombríos colores. Con esto, se atrajo la atención de la industria americana de los armamentos, que acordó enviar a Shearer como hombre de confianza a la Conferencia del desarme de Ginebra. Tres de las mayores empresas de armamentos, la «Bethlehem Shipbuilding Corporation», la «Newport News Shipbuilding Company» y la «American Brown-Bovery Company», le entregaron para el viaje a Ginebra 25.000 dólares, y los almirantes le proporcionaron las cartas necesarias para que pudiera trabajar eficazmente como «lobbyista» en el palacio de la Sociedad de las Naciones.

En Ginebra se encontró Shearer con lord Riddell, presidente de la Asociación inglesa de editores y editor por su parte de «News of the World», el mayor semanario inglés, quien estaba encargado de la alta dirección de la propaganda inglesa. Lord Riddell había intervenido ya con el mismo carácter en anteriores conferencias, y especialmente en la Conferencia Naval de Washington se había hecho muy benemérito de los intereses de Inglaterra. Pero mientras el lord inglés cumplía su misión con la delicadeza necesaria, Mister Shearer empezó a portarse de una manera tan chocante, que la delegación inglesa se disgustó de sus manejos y se quejó a Washington. El secretario de Asuntos Exteriores, Kellogg, que estaba preparando entonces precisamente su pacto en pro de la paz, no quiso que se llegase a un escándalo, transmitió la queja al departa-

mento de Marina, y este departamento hizo una indicación a la industria de los armamentos para que retirase a Shearer. Inmediatamente, los industriales de los armamentos le destituyeron de su puesto de propaganda.

Pero, como suele ocurrir en tales casos, hubo después diferencias financieras. Shearer afirmaba que las tres sociedades de armamentos le habían prometido por su campaña de propaganda 250.000 dólares y sólo le habían pagado 50.000. Con este motivo se llegó a un pleito, al que puso fin el presidente Hoover con su intervención. Iniciada una investigación parlamentaria, aparecieron comprometidos, a pesar de todos los embustes, no sólo los industriales de los armamentos, sino también algunos altos oficiales de Marina, y se amonestó a todos para que no procediesen del mismo modo en la siguiente Conferencia del desarme que había de celebrarse en Londres. También fracasó el intento de una camarilla de marinos que quisieron salvar al patriota Shearer. Como Shearer pretendiese dar una conferencia pública en una de las mayores salas de Nueva York sobre las «intrigas internacionales contra el poderío marítimo de los Estados Unidos», acudieron tan pocos oyentes, que el mismo «lobbyista», curtido a prueba de rayos, tuvo que retirarse. Desde luego, la industria de los armamentos resistió muy bien esta prueba.

Un Panamá del petróleo

Mientras que el asunto Shearer, a pesar de su carga venenosa, acabó por estallar como una pompa de jabón, sin hacer el menor daño serio a ninguno de los circunstantes , hubo, en los últimos años, otro escándalo político-comercial que excitó de nuevo al público americano y dió también por resultado cierto proceso depurador. El escándalo «Teapot Dome», a que nos referimos, puede compararse, aunque sólo sea por los intereses y las personas de que se trataba, con los mayores asuntos escandalosos de anteriores decenios y merece conservar el nombre de «Panamá americano».

El origen de este asunto estaba en el «Teapot Dome-Terrain», comarca petrolífera de uno de los Estados occidentales, no lejos de las Montañas Rocosas. Ya el Gobierno americano, bajo la presidencia de Teodoro Roosevelt, se había preocupado de los importantes tesoros petrolíferos que yacen bajo la «Tapa de Tetera», como también de otra demarcación petrolífera de California. Estos depósitos habían de servir para abastecer de petróleo algún día a la Marina americana. Pero la explotación de tan enormes reservas petrolíferas no acababa de encajar con la política económica americana, orientada completamente hacia

la propiedad particular, y así aquellos campos quedaron por mucho tiempo sin aprovecharse. El departamento de Marina de Washington los administraba oficialmente, sin preocuparse mucho de ellos.

Sólo después de la guerra, cuando el petróleo llegó a ser la materia prima más codiciada, aspiraron a la explotación de los magníficos terrenos petrolíferos dos magnates del petróleo, que habían conservado su independencia frente a la «Standard Oil», a saber : Harry Sinclair y Edward Doheny. La ocasión se presentaba favorable. En el Gobierno figuraba a la sazón un antiguo y buen amigo de Doheny, el secretario del Interior Alberto B. Fall. El convenio llegó a cerrarse. A nadie le extrañó que el Ministerio del Interior cooperase tan celosamente a la inteligencia con los dos industriales petroleros. Sinclair recibió en arriendo a un precio extraordinariamente favorable la cuenca del «Teapot Dome» y pudo ganar con ellos, en brevísimo tiempo, tres millones de dólares. Doheny escapó todavía mejor. Por deseo de la dirección de Marina se encargó de establecer una estación petrolífera en Hawai, y se le adjudicaron a cambio los campos petrolíferos de California, que, según tasación del propio Doeny, representaban un valor de 100 millones de dólares.

En Washington nadie sospechaba nada fuera de las personas bien enteradas, porque se había prescindido del Parlamento; pero en las inmediaciones del «Teapot Dome» empezó a trascender poco a poco que en los campos petrolíferos no estaba todo en orden. Un senador del vecino Estado de Montana dió el toque de alarma ; sin embargo, el Gobierno se mostraba extrañamente sordo. El Senado puso manos en el asunto, y la comisión investigadora parlamentaria descubrió muy pronto que había sobrada razón para procurar que no se ventilase demasiado la «Tapa de Tetera». Doheny había entregado en metálico, antes de cerrar su contrato petrolero, al Secretario de Estado, Fall, para que se comprase una buena finca, 100.000 dólares, y un confidente de Sinclair había hecho llegar al administrador de las grandes propiedades del secretario de Estado 68.000 dólares para un fin misterioso. Sinclair se había hecho acreedor ante el Estado, o, por lo menos ante el Gobierno, por otros merecimientos todavía mayores y más antiguos. Ya para las elecciones del presidente republicano, Harding, a quien Fall debía su cartera ministerial, había entregado subvenciones extraordinariamente cuantiosas, y cuando después de la elección se advirtió en la caja del partido un grave déficit de 1,5 millones de dólares, no vaciló en entregar una parte de sus ganancias de «Teapot Dome» para tapar la brecha.

La acción depuradora

Hechas las primeras pesquisas, el Parlamento aprobó una ley especial, incitando al Gobierno a rescindir los ominosos contratos de arriendo con Sinclair y Doheny y a proceder criminalmente contra los dos magnates del petróleo y contra Fall. Aunque el presidente Harding, ante cuyos ojos había ocurrido todo, no vivía ya, y en su lugar residía Coolidge en la Casa Blanca, la investigación judicial avanzaba muy lentamente. Sobre todo Sinclair apelaba al cielo y al infierno, para retardar el proceso, pero también los jefes del partido republicano se esforzaban activamente por echar tierra sobre el asunto. Habían ocurrido demasiados cohechos con los fondos electorales; estaban enredados en el asunto demasiados nombres de los más conocidos. Era un menguado consuelo que, al parecer, Sinclair se hubiese asegurado también la espalda entre los demócratas con cuantiosas subvenciones electorales. Los más comprometidos esta vez eran los republicanos.

Como entre tanto aparecían cada vez nuevos charcos de petróleo, no se pudo evitar la acción judicial. Fall y Doheny, ambos hombres de alrededor de los setenta, comparecieron ante el jurado por soborno y fueron... absueltos. Sinclair, el más contumaz en la lucha, no quiso confiarse a la suavidad de los jueces y se permitió, en previsión, un intento de soborno. Esto excedía la medida de lo soportable. Fué condenado a seis meses de prisión, y en mayo de 1929 el príncipe del petróleo y cien veces millonario—gran triunfo de la Justicia—tuvo que encaminarse, efectivamente, como un simple mortal a la cárcel. También Fall fué condenado, al fin, a prisión por el Tribunal Supremo, por «explotación fraudulenta de los Estados Unidos».

El eco de todos estos episodios fué extraordinario, aparte ya de la afición a sensaciones fuertes. El hijo de John D. Rockefeller obligó al director de la «Standard Oil Company» de Indiana, que había participado en las ganancias de Sinclair, a retirarse. El presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos manifestó, en un discurso público, que el mundo comercial tenía que librarse de aquellos piratas.. Owen D. Young no encontró palabras menos ásperas. Los hombres directivos de la industria y de la finanza se apartaban de los cómplices del asunto «Teapot Dome» como de leprosos.

¿Era esto solamente cómoda hipocresía, porque aquella vez no había intervenido Wall street? ¿Era sólo moral barata de domingo, porque los surtidores de petróleo habían salido casualmente por otro lado y los grandes *trusts* no habían podido aprovecharse nada de ellos? ¿La escrupulosa indignación de Mr. Rockefeller no sería, después de todo, un medio para

deshacerse de un director y gran accionista desagradable? ¿Es acaso el petróleo un líquido que se pueda manejar sin mancharse los dedos? Asalta, desde luego, la sospecha de que la indignación por el escándalo «Teapot Dome» no obedecía solamente a razones éticas, pero esta sospecha nada tiene que ver con lo esencial.

El dinero y el Estado son una misma cosa

El gran capital no tiene ya necesidad hoy en los Estados Unidos de acudir a los procedimientos de Sinclair y Doheny. Ha sobrepasado ya los métodos con que tuvieron que amasar su fortuna Rockefeller y Gould, Vanderbilt y Astor. No necesita ya equipar bandas armadas para arrebatarse mutuamente la presa, para preparar emboscadas y sobornar a los funcionarios. El capital tiene la fuerza, el capital gobierna, y por eso no necesita comprar al Gobierno de una manera ilegal. Las leyes, con que se intentaba contener el auge de los *trusts* multimillonarios, siguen en vigor todavía, pero los magnates no las temen ya. El camino para bordear estas leyes está trillado y allanado, como una buena autopista.

Tampoco en el Extranjero necesita el gran capital americano recurrir a la fuerza de los puños. Cuando se trata de conquistar nuevas fuentes de materias primas, cuando se quiere asegurar en Asia la posesión de terrenos petrolíferos, cuando se explotan en Africa o en América del Sur plantaciones de caucho, cuando más allá de la frontera se benefician minas de cobre o se quiere arrebatar el predominio sobre el nitrato de Chile, el gran capital tiene tras de sí los recursos de fuerza de un Estado poderoso. Desde que América ha pasado a ser, de un país cargado de deudas, el mayor acreedor del mundo, puede hacer alta política por el camino de los empréstitos. Pero también en eso marchan de la mano Wallstreet y Washington. El dinero y el Estado son una y la misma cosa.

La publicidad como principio comercial

Ciertamente, hay a veces todavía diferencias de criterio. Los excesivos beneficios de las sociedades particulares de electricidad han excitado en el pueblo gran disgusto y han dado por resultado limitaciones e intervenciones legales. Pero cuando en la Conferencia Internacional de la Energía, celebrada en Berlín durante el verano de 1930, el embajador americano en Alema-

nia, Sackett, que procede también personalmente de la industria eléctrica, quiso criticar públicamente estos beneficios excesivos, el poderosísimo industrial electrotécnico de Chicago, Samuel Insull, se trasladó a toda prisa a Berlín y logró que el embajador renunciase, por lo pronto, a su discurso crítico. Sólo, cuando ya era conocido por la Prensa el paso dado por Sackett, pudo el embajador americano emitir sin trabas su opinión en el Congreso.

En conjunto, la posición de fuerza del gran capital está tan afianzada y es tan inconmovible, que no necesita ya de recurrir a subterfugios ni ocultar nada. El gran capital puede permitirse el lujo de la publicidad. La publicidad en la vida de los negocios, la declaración del capital circulante, de las ganancias y hasta de las listas de impuestos, no ha perjudicado en lo más mínimo al capital. Por el contrario, ha contribuído a que los ricos sean todavía más considerados y respetados. El principio comercial de la publicidad goza de tanto crédito, que comienza a aplicarse incluso en política y también en política empiezan a publicarse los extractos de contabilidad. ¿Por qué se ha de ocultar que la gran industria y la alta finanza pagan una parte importante de las elecciones y que, cualquiera que sea el elegido, ellas ayudan al presidente a ocupar su puesto? Mientras una sabia política de recompensas y el afán de todo el mundo por ganar dinero contenga el triunfo de las ideas socialistas, mientras la propiedad sea un santuario intangible, no es necesario que ningún periódico se recate de hablar. El dinero da la fuerza: eso lo sabe todo el mundo. ¿Por qué, pues, no declarar también abiertamente los caminos por donde se convierte en fuerza el dinero?

Tal vez llegue también en América un día, en que la ingenua afición de los espectadores a la publicidad se transforme en una crítica severa, y la crítica en el deseo expreso del control. Pero, entre tanto, el dinero basta para enfrenar la crítica y limitar el control en la medida que se cree conveniente como medio preventivo. Por eso, ya se pueden nombrar en Washington comisiones investigadoras, que manden al diablo a los «lobbyistas» e informen públicamente sobre el afinanzamiento de la política. Entre tanto, hay publicidad, hay reclamo.

Capítulo noveno

El fascismo y la dictadura militar

El fascismo italiano ha sido el mayor juego de banca en que se ha metido el capital, en los países del Occidente de Europa. El movimiento fascista fué, al principio, por su estructura social, completamente proletario. Nació de las organiaciones de combatientes, que después de la desmovilización, en la época de la primera grave crisis económica, se quedaron en la calle. Eran, en parte, los mismos hombres, que habían colaborado con los petardistas del sindicalismo y del comunismo, y se confiaban ahora a Benito Mussolini, que no sólo les prometía una Italia más grande, sino, sobre todo, un pedazo de tierra, un cortijo propio. Pero este Mussolini había sido también socialista pocos años antes, y a raíz de su ruptura con el partido había declarado que seguiría siendo socialista siempre. Aun cuando los fascistas se presentaron ahora como revolucionarios de orden, aun cuando combatían públicamente al bolchevismo, se oponían en la calle a las manifestaciones comunistas y hasta prestaban «ayuda técnica de urgencia» durante las huelgas, resultaba bastante peligroso para la burguesía parlamentar con aquellos violentos camaradas.

Probablemente la burguesía no se hubiese atrevido a hacerlo, si no hubiese experimentado la impresión de que había llegado su última hora. No eran sólo los tumultos obreros, la incautación transitoria de las fábricas en las ciudades ni las devastaciones en el campo, lo que intranquilizaba a la propiedad. Más amenazador era todavía lo que ocurría en el Parlamento. Los socialistas habían ganado un tercio del total de las actas en las primeras elecciones de trasguerra. A la derecha de ellos había un gran partido campesino católico-radical, el partido de los populistas, y no había que descartar el peligro de que obreros y campesinos se aliasen contra el capital e impusiesen en el Parlamento, de una manera completamente legal, una legislación anticapitalista.

Ya los gobiernos burgueses habían hecho inadmisibles concesiones. El demócrata Nitti había introducido un impuesto sobre la herencia y sobre la fortuna. Su continuador, el viejo liberal Giolitti, llegó más allá. Su odio se dirigía contra los «tiburones», contra los proveedores de la guerra, que en Italia

se habían enriquecido todavía más descaradamente que en los demás países. Así entabló una investigación sobre los gastos bélicos, propuso una ley para la confiscación de las ganancias de guerra, agravó las contribuciones sobre la herencia, atacó en lo vivo a la gran propiedad territorial y no se detuvo siquiera ante las órdenes religiosas. La expropiación parecía estar en marcha bajo dirección burguesa.

Este fué el punto en que empezaron a vacilar hasta los principios democráticos más firmes. Si esto era posible en un Estado parlamentariamente regido, ¿no convendría apoyar más bien a los jóvenes que, bajo la insignia de los fascios, hacían manifestaciones contra el Parlamento y aspiraban a la dictadura?

Los primeros protectores del fascio

El miedo de que apoyando a los fascistas se huyese de Herodes para caer en Pilatos contuvo todavía al capital financiero, y, en gran parte también, a la industria, para no ligarse demasiado estrechamente con las huestes de Mussolini. Más dispuestos estaban los propietarios del campo a abrazar el fascismo y apoyar financieramente al partido fascista. Es muy característico que, todavía en la primavera de 1922, los agricultores proporcionasen billetes de libre circulación para el ferrocarril a los participantes en el gran desfile fascista de Milán (1). Tan sólo muy lentamente se prestaron también los industriales y banqueros a entregar sumas importantes para el movimiento de Mussolini. El afinanzamiento no se hizo, al principio, por conducto del partido, que todavía era una formación completamente desarticulada, sino por conducto del periódico fascista de Mussolini, del «Popolo d'Italia».

En el desarrollo de este periódico se refleja la historia del fascismo desde sus principios más lejanos. En el otoño de 1914, Mussolini había abandonado el cargo de redactor-jefe en el órgano del partido socialista, el «Avanti», para fundar en Milán un periódico propio: el «Popolo d'Italia», que se dedicó a hacer propaganda, en oposición con los demás socialistas, a favor del ingreso de Italia en la guerra al lado de la *Entente*. Naturalmente, asomó en seguida la sospecha de que Mussolini hubiese recibido de Francia el dinero para su nuevo periódico. No en vano Mussolini había exclamado poco antes en una

---

(1) Robert Michels, Sozialismus und Fascismus in Italien. Munich 1925, II, pág. 261.

asamblea socialista: «También nosotros llevamos en nuestras venas el amor a Francia». Al parecer, pronto había llegado la recompensa contante y sonante por esta declaración de amor y por su entusiasmo guerrero. Se hablaba de que la casa francesa Hachette, que posee en Francia el monopolio de la distribución de los periódicos, adquiría diariamente miles de ejemplares del «Popolo d'Italia».

También los socialistas recogieron esta versión y no cesaban de lanzar esta pregunta: «*Chi paga?*» En la asamblea del partido, celebrada en Milán en noviembre de 1914, asamblea en que Mussolini fué expulsado del partido socialista, se repitió el reproche. Mussolini prometió, bajo palabra de honor, justificarse de aquella acusación. Efectivamente, un tribunal arbitral comprobó más tarde que Mussolini no había recibido dinero alguno de Francia. Y su biógrafa oficiosa, Margarita G. Sarfatti, declara: «La base económica del periódico se reducía a un anticipo sobre futuros anuncios y a 4.000 liras, que habían sido prestadas contra letras» (1).

Cómo se equipó a los «Camisas negras»

Después de la guerra, el «Popolo d'Italia» necesitó más dinero. Mussolini, que se sentía tan ofendido por la acusación de haber recibido subvenciones del Extranjero, no se recataba en lo más mínimo para aceptar dinero de sus compatriotas con fines políticos. Un hombre de confianza del «Popolo d'Italia» empezó a visitar a las empresas industriales y a los bancos, para recaudar fondos con destino al periódico. Aquello era algo excepcional, en un periódico que todavía representaba aspiraciones político-sociales tan radicales como el «Popolo d'Italia», y se llegó a considerar como signo seguro de que el período socialista de Mussolini se acercaba a su fin. Cuanto más favorable era la acogida que Mussolini encontraba en el gran capital, sobre todo en los industriales del Norte de Italia, tanto mayor era la deferencia que él demostraba también hacia las necesidades de las empresas y hacia su significación en la economía política. Ciertamente, no era que el fascismo se hubiese dejado comprar simplemente. Era una acción recíproca. La aproximación espiritual marchaba paralela con el apoyo financiero, o más bien se adelantaba. Pero también en este caso, el dinero resultó ser una excelente ligadura política.

---

(1) Margherita G. Sarfatti, Mussolini, Lebensgeschichte, Leipzig, 1926, pág. 179.

Aun cuando Mussolini y los demás jefes fascistas no sacaron, al principio, ventajas materiales de las subvenciones que recibían, tampoco hubieran logrado nunca adueñarse del poder, si el capital no se hubiera puesto de su lado. El último movimiento defensivo de la izquierda contra el fascismo, la asociación de los «Arditi del Popolo» fracasó por falta de medios pecuniarios. El «fascio», en cambio, tuvo bastante dinero para equipar a 10.000 «camisas negras», para dotarlos de armas y ponerlos en movimiento. La «marcha sobre Roma», el avance triunfal de los fascistas, fué, en buena parte, una victoria del dinero.

Una vez que los fascistas habían logrado su fin, empezó para sus protectores el período peligroso. Porque los fascistas presentaban un programa muy complejo, que también para la clase obrera contenía grandes promesas político-sociales. Los fascistas exigían la publicación de las listas de tributos y la comprobación pública de las herencias, «para poder ejercer el control sobre las obligaciones financieras de todos los ciudadanos con relación al Estado», y a la vez atacaban muy duramente «la explotación parasitaria de la economía nacional por parte de los grupos plutocráticos». Y para estos designios, un hombre sanguíneo, insolvente, un Mussolini a la cabeza... Aquello podía proporcionar al gran capital sorpresas muy desagradables.

El capital fuera de peligro

Pero no ocurrió así. Ya al cabo de un año se vió que Mussolini no pensaba en hacer daño al capital. Por el contrario, sus primeras medidas legislativas fueron mucho más favorables al capitalismo que las de sus antecesores parlamentarios burgueses en el Gobierno. El impuesto sobre la herencia y algunos gravámenes sobre el lujo fueron suprimidos ; el impuesto sobre los automóviles se moderó y, en cambio, la contribución sobre la renta se extendió a los obreros y a los pequeños arrendatarios y campesinos. Los ferrocarriles del Estado y los servicios de Correos habían de pasar a la economía privada, y las explotaciones económicas indigentes, sobre todo la industria pesada y las sociedades navieras, recibieron espléndidas subvenciones. Sólo una vez, en la primavera de 1925, se atrevió Mussolini a proceder contra un gran núcleo capitalista, contra la Bolsa de Milán, para contener la especulación y oponerse a una baja todavía más pronunciada de la lira. Pero una huelga de protesta de los concurrentes a la Bolsa y unas cuantas advertencias de los bancos y de los círculos industriales afectos a Roma bastaron

para que el ministro de Hacienda de Mussolini, Stefani, revisase a toda prisa sus enérgicas medidas bursátiles.

En vista de la gran condescendencia del Estado, la industria y los bancos encontraron muy razonable apoyar el régimen fascista. Hasta aquellos sectores que hasta la marcha sobre Roma todavía se habían mostrado reacios, abrieron ahora generosamente sus cajas, para demostrar al nuevo señor su simpatía. El «Popolo d'Italia» de Mussolini fué transformado en una sociedad editorial, cuyas acciones fueron adquiridas de muy buen grado por grandes comerciantes e industriales. En lugar de los cuatro estrechos locales de la redacción, situada en una callejuela próxima a la catedral de Milán, surgió un edificio moderno en una de las calles principales de la ciudad, y más tarde apareció también en Roma un periódico filial: el «Popolo di Roma».

Un día se sugirió a los accionistas del «Popolo d'Italia» que regalasen sus acciones al jefe del Gobierno y fundador del periódico. Naturalmente, nadie pudo oponerse a tal insinuación, y así Benito Mussolini, con su hermano Arnaldo, redactor-jefe del periódico, quedó como dueño casi exclusivo de la editorial.

Tampoco el partido fascista necesitaba tener ya preocupaciones financieras. Los grandes bancos, la gran industria y las sociedades comerciales aportaban dinero a millones. Así, con motivo de un gran escándalo bursátil, el industrial textil y gran especulador, Brusadelli, se vanaglorió públicamente en Milán de haber entregado al partido fascista más de 12 millones de liras. Si los fascistas, como dijo Mussolini, habían llegado «desnudos a la meta», pronto se habían vestido, y bien.

Se reorganiza el partido

Las abundantes subvenciones de los extraños no contribuyeron, por el pronto, a robustecer interiormente al partido. Para el dinero surgieron golosos con tanta rapidez como para los cargos, que ahora confería en todos los órdenes el partido fascista. El ambiente que rodeaba a Mussolini púsose de manifiesto con motivo de los escandalosos asuntos que condujeron al cabo al asesinato del diputado socialista Matteotti, en el verano de 1924. Matteotti fué eliminado por los fascistas, porque se proponía formular en la Cámara graves acusaciones contra el subsecretario del ministerio del Interior, Finzi. Este se había aprovechado de su posición política para toda clase de negocios particulares. Todavía más gravemente comprometidos estaban el jefe del servicio de Prensa, Rossi, y Filipelli, director del «Corriere Italiano», nuevo periódico fascista de grandes vuelos, que aparecía en Roma. La indignación, que el asesinato de Mat-

teotti produjo en todo el mundo, obligó a Mussolini a emprender a fondo una labor de saneamiento y a organizar más rigurosamente el partido.

Desde entonces, el partido fascista ha ido formándose también una base financiera propia con la recaudación normal de las cuotas de los miembros. Cada miembro del partido tiene que pagar anualmente 30 liras, que pasan a la caja central de Roma. Como el contingente es de 1,2 millones de miembros, esto representa un ingreso anual de 36 millones de liras. Pero las distintas secciones y agrupaciones regionales del partido recaudan de todos los miembros acaudalados otras aportaciones «libres», escalonadas según la capacidad económica de cada uno y que llegan hasta 2.000 liras al año. Así, en Milán, pagan 500 liras anuales varios corredores de bolsa fascistas, y de 100 a 200 liras aquellos de sus empleados que pertenezcan también al partido. Hasta ahora, nunca se han rendido cuentas públicamente sobre las finanzas del fascismo.

Si los fascistas no están ya supeditados a ricos protectores como en los primeros años, saben con todo apreciar muy bien las ventajas del dinero. Aunque el partido fascista de Italia, análogamente al partido comunista de Rusia, ha llegado a ser poco a poco una orden, en la que por principio sólo se admite a los retoños de la organización juvenil fascista, en casos especialmente lucrativos se hacen excepciones. Así, el año 1929, fué admitido en el partido, contra el pago de una elevada cantidad de entrada, uno de los hombres más ricos de la Italia del Norte, Carlos Feldrinelli, después de su elección para el cargo de presidente del consejo administrativo del Crédito Italiano.

Pero, a medida que el partido y el Estado se fueron identificando, los financiadores particulares extraños han llegado a ser más insignificantes. Es característico el presupuesto político de un pequeño banco con 25 millones de liras de capital. De 1920 a 1927, este banco entregaba cada año, al principio al «Popolo d'Italia» y luego al partido, de 5.000 a 10.000 liras, prescindiendo de subvenciones especiales de propaganda con motivo de las elecciones. En los años 1928 a 1930, las subvenciones llegaron ya tan sólo a 2.500 liras. Desde luego, ocurre todavía muchas veces que un perfecto fascista se dirija a un círculo de hombres adinerados y les invite, con suficiente claridad, a entregar dinero para este o el otro fin. Pero, en conjunto, el fascismo ha pasado ya de esta fase.

El Parlamento corporativo

La emancipación financiera ha hecho también al fascismo más independiente del gran capital en el terreno económico-

político. La nueva Constitución corporativa impone al empresario notables limitaciones en su libertad comercial. En cambio, todo empresario tiene la perfecta seguridad de la paz del trabajo, ese estado a que en Alemania aspiran los defensores de los sindicatos amarillos.

A pesar de la estructuración corporativa de la economía, resulta inexacto ver en la Italia fascista un Estado corporativo. Las corporaciones, es decir, la economía obligatoriamente organizada, no gobiernan al Estado, como empieza a suceder en la democracia alemana. No forman siquiera el cimiento del Estado. Apenas son otra cosa que un medio auxiliar de organización, del que se sirve la superioridad fascista para poder gobernar más cómodamente.. El Parlamento corporativo es nombrado con distintos rodeos por el Gran Consejo del partido fascista. La elección se reduce a la mera confirmación de la lista única, presentada por los fascistas. El dinero no puede, por lo tanto, influir en las elecciones como en las democracias parlamentarias. Los hombres que aspiran al Parlamento, pueden, a lo sumo, demostrar con donativos su buen espíritu, el cual constituye un requisito indispensable para ser diputado.

Las dietas de los diputados, que en la última Cámara política, desprovista de influencia, eran muy bajas, y precisamente poco antes de cerrarse sus puertas se elevaron a 15.000 liras anuales, más una indemnización de 100 liras por sesión, ascienden en el nuevo Parlamento corporativo a 24.000 liras al año. Además, los diputados tienen billete de libre circulación en los ferrocarriles. De modo que, en este orden de cosas, el fascismo ha recogido sin inconveniente las costumbres de las democracias parlamentarias.

Pero los gastos que ocasiona el pseudoparlamento desaparecen al lado de los demás gastos políticos del régimen fascista. La base del poder fascista la constituye la milicia del partido, de unos 300.000 hombres, milicia que el Estado ha de pagar, además del ejército regular. Pero también los gastos políticos en sentido más estricto, los gastos de propaganda, sobrepujan con mucho lo que se dedica a ese fin en los países parlamentariamente gobernados. Dada la identificación del partido con el Estado, no siempre se puede discernir claramente qué es lo que sirve para la propaganda política y qué para la ilustración político-económica. Así, en la primavera de 1930, el Estado, a ejemplo soviético, envió al campo, para estimular el cultivo del trigo, nueve automóviles expositores, que organizaron sesiones de cine y de radio, hicieron prosélitos a favor de una agricultura racional y ensalzaron, de paso, las glorias del fascismo.

La Prensa amordazada

Para la dictadura fascista resulta desde luego muy sencilla la propaganda de Prensa. Los periódicos no gratos al fascismo, y casi todos lo eran, cuando el «fascio» empuñó el timón, fueron en parte completamente ahogados por una ley draconiana de Prensa, y aquéllos, a los que se dejó subsistir, fueron sometidos a una enérgica censura. Periodísticamente sólo puede actuar quien obtenga de los prefectos de policía un certificado político irreprochable de buena nota y además sea inscrito en una lista oficial. Con esto, la profesión periodística ha llegado a ser un privilegio del Estado. Los periodistas reciben también del Estado ciertos privilegios sociales. Así, el producto de las antiguas contribuciones periodísticas del Timbre pasa a nutrir la caja de pensiones de los periodistas. Pero Mussolini se ha abstenido prudentemente de estatificar la Prensa y echarse encima de ese modo una grave carga económica. También el partido fascista se ha guardado de sostener más que unos cuantos noticieros oficiales. La mayor parte de la Prensa ha quedado en manos de particulares; el «fascio» ha procurado solamente que esté en buenas manos.

Pasó mucho tiempo hasta que la Prensa fué arrancada a los antiguos editores liberales y demócratas y transferida a hombres fascistas de toda confianza. Los editores y publicistas de los grandes periódicos opusieron una tenaz resistencia a los nuevos tiranos, y como los fascistas no querían destruir los periódicos, sino solamente conquistarlos para su causa, tuvieron que proceder en este orden con más cautela que en otros, para no ahuyentar a los lectores.

El primer gran periódico adquirido por un financiero del fascismo, fué el «Secolo» de Milán, que se hallaba últimamente en posesión de un rico senador socialista, del banquero Della Torre. El antiguo periódico democrático era ya una empresa deficitaria, y, al añadirse la presión política, creyó Della Torre, miembro del consejo administrativo de la mayor compañía naviera italiana, que no podía soportar más tiempo aquella carga. De acuerdo con los fascistas, recogió su herencia uno de los negociantes más afortunados de la guerra, el senador Borletti, que de relojero había llegado a ser fabricante de granadas y era uno de los principales interesados en el gran banco financiador de las fundaciones de la guerra, en la «Banca di Sconto». Al quebrar este banco padeció mucho, ciertamente, la fama de Borletti; pero su ideología política y su condescendencia financiera le salvaron, y así pudo entrar a figurar en la serie de los principales editores italianos de periódicos. A los pocos años, el «Secolo» dejó de existir.

Mayores dificultades ofreció la conquista de la «Stampa»,

de Turín, que seguía las tradiciones liberales nacionalistas de Cavour bajo la dirección del antiguo embajador italiano en Berlín, Alfredo Frassati. El periódico combatía, es cierto, las extralimitaciones terroristas, pero usaba, por lo demás, para con el fascismo un lenguaje muy suave, de suerte que no era posible echarle nada en cara. Sólo se presentó ocasión para intervenir, cuando un incauto informador advirtió que en una maniobra había sido saqueada una cervecería. Inmediatamente, el periódico fué suspendido y se advirtió a Frassati que no se consentiría que el periódico siguiese aquella orientación. Al editor no le quedó más remedio que retirarse y vender sus acciones, salvo un pequeño resto. Como comprador se presentó, además de una fábrica de papel, uno de los industriales italianos más poderosos, el propietario principal de los talleres «Fiat» de Turín, senador Agnelli, que ya se había distinguido como entusiasta protector del fascismo.

El «Corriere della Sera» tiene que capitular

El que más tiempo resistió fué el periódico italiano más importante: el «Corriere della Sera» de Milán. Con su tirada de más de 600.000 ejemplares, era el «Corriere» una empresa extraordinariamente productiva, que todavía el año 1925 obtuvo un *superavit* de 13 millones de liras. Los principales accionistas, los fabricantes de algodón Crespi, consideraban al «Corriere» como un buen negocio, sin preocuparse de su actitud política. Los directores intelectuales eran los hermanos Albertini, a los que pertenecía más del 40 por 100 de las acciones. Pero los Albertini proseguían, a pesar de todas las prohibiciones y amenazas, la tendencia liberal que el periódico había observado desde su fundación. Para desalojar a los hermanos Albertini de la dirección del «Corriere», las autoridades fascistas suscitaron a los Crespi en su empresa principal, la fábrica de algodón de Bergamo, dificultades tras dificultades, hasta que se mostraron dispuestos a separarse de los Albertini. En el contrato social, que habían cerrado años antes con los hermanos Albertini y que debía seguir rigiendo hasta 1930, descubrieron de pronto una falta formal, que había de aducirse ahora como pretexto para la rescisión. Como principales accionistas tenían ellos la propiedad de la editorial; así que los Albertini tuvieron que cederles a ellos sus acciones, y la nueva dirección se encargó de consumar políticamente el tránsito al fascismo.

Con métodos parecidos a los aplicados a los tres periódicos más importantes, fué puesta toda la Prensa de Italia

bajo la dominación del «fascio». En las grandes cuestiones de la política económica, los periódicos tienen que someterse naturalmente a las orientaciones generales dadas por el Gobierno. Sin embargo, con esto no es compatible la intervención de grupos particulares de intereses en los periódicos. Así que la atrevida frase de Mussolini (1) : «No hay en todo el mundo otra Prensa más libre que la italiana», ni siquiera es exacta, aunque por libertad de Prensa se entienda solamente la independencia de los periódicos con relación a los grupos capitalistas. Al Estado fascista le ocurre, con relación a las grandes potencias del dinero, algo así como al protagonista de la comedia de Savoir, «Lui», que se figura ser Dios. Le agrada desempeñar el papel de Omnipotente, y, cuando llueve, se consuela con que podría hacer lucir el sol si quisiera... ; pero no quiere.

El nieto de Garibaldi

Mientras el Estado fascista se proporciona dentro de Italia el medio de hacer propaganda política de Prensa a poca costa, cometiendo atropellos de toda clase, en el extranjero trabaja con dinero para hacer conquistas políticas y poner fuera de combate a sus contradictores. Sobre todo, el trabajo de espionaje, fenómeno inevitablemente anejo a todas las dictaduras, le cuesta importantes sumas. Donde más tristemente documentada quedó esta actividad del Gobierno italiano fué en el asunto del coronel Garibaldi, que en el invierno de 1926 a 1927 ocupó a los tribunales franceses.

Ricciotti Garibaldi, nieto del gran héroe italiano de la libertad, hacía años que vivía en París, y allí se distinguía entre los italianos como jefe de la oposición antifascista. En 1924 quiso emprender, con una patrulla de emigrantes italianos, una marcha contra Roma ; mandó que sus partidarios se hiciesen camisas rojas para distinguirse de los «camisas negras» fascistas, y bajo el título «Empréstito a favor de la libertad» organizó una colecta, a la que contribuyeron incluso muchos que no eran italianos. De la anunciada marcha sobre Roma no se hizo nada. Sin embargo, Garibaldi seguía gozando de la confianza de sus compatriotas, hasta que se descubrió que estaba sirviendo en París como reclamo de la policía fascista, y por ese concepto había recibido ya de las autoridades italianas 650.000 liras. No sólo azuzaba a sus amigos italianos contra el fascismo, para entregarlos luego en momento oportuno a la policía italiana, sino que estaba en comunicación con los revolucionarios catalanes, que aspiraban a desmembrar de España

(1) Alocución ante los periodistas italianos en Roma, el 10 octubre, 1928.

a Cataluña bajo la dirección del coronel Maciá. También en este caso, Garibaldi había intervenido a todas luces como agente provocador. Con Maciá, tuvo que comparecer ante los tribunales de París y fué condenado a dos meses de prisión.

Albania y el Vaticano

Hasta qué punto el régimen fascista trabaja con dinero, se descubre en un sitio donde le importa alcanzar fuerza directamente: en Albania. El nuevo Estado albanés está financiado casi totalmente por Italia, y con gran esplendidez, por cierto. El soberano de Albania, Achmed Zogu, recibió tres millones de francos-oro para que se cerrase la alianza que hizo a Albania de hecho una colonia italiana. Además, como presidente del Estado, antes de que se coronase rey, cobraba anualmente un sueldo de 480.000 francos oro..., más del doble que el presidente del Reich alemán. Desde luego, tampoco el rival de Italia en Albania había escatimado dinero. Todavía poco antes de concertarse el tratado italo-albanés, los yugoeslavos invirtieron en Albania cinco millones de dinares (unos 370.000 marcos), pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. Italia quedó vencedora indiscutible, como más fuerte y de mayor capacidad financiera.

Tampoco ha reparado en gastos la Italia fascista en la otra gran empresa política que Mussolini ha realizado con éxito: en el arreglo de las desavenencias con el Vaticano y en el restablecimiento del Estado eclesiástico. Ya durante las primeras negociaciones con la curia, el Gobierno italiano se mostró extraordinariamente generoso hacia los institutos financieros clericales. El «Banco di Santo Spirito», de más de tres siglos de antigüedad, fundado por el papa Paulo V, fué reorganizado con ayuda del banco emisor italiano. Poco después fueron saneados por el banco de emisión 12 bancos católicos de provincias, que experimentaban dificultades. Merced al tratado lateranense, el Vaticano recibió del Estado italiano 1.750 millones de liras: 750 millones al contado, y el resto en un empréstito al 5 por 100. Con esto, la Iglesia católica, que en los años anteriores había tenido que vencer muchas necesidades pecuniarias, ha llegado a conseguir una base financiera segura y vuelve a ser en la economía política un factor importante de fuerza, incluso para las Bolsas. La administración financiera de la curia colocó el dinero que recibió al firmar el tratado de paz con la Italia fascista, parte en acciones industriales italianas y bonos-dólar del Gobierno italiano, parte también, y no sin miras políticas, en títulos de la deuda del Estado de Polonia.

Primo de Rivera quiere salvar a España

El sistema fascista de Mussolini es el dechado luminoso de todos los conatos actuales de dictadura, cuando no están orientados hacia el comunismo y hacia Moscú. Sin embargo, en las dictaduras y semidictaduras que han surgido de hecho desde la guerra fuera de Italia, en la Europa meridional y oriental, y que se han sostenido algún tiempo, el fascismo no ha ejercido sino una influencia secundaria. Aunque con algunas diferencias y con ciertos modernismos, presentan todavía en lo esencial el tipo de la antigua dictadura militar : predominio de generales, apoyado sobre las bayonetas del ejército, en provecho de una pequeña camarilla de jefes de alta graduación y de sus amigos.

La dictadura que más semejanza presentaba con el fascismo, era la dictadura española del general Primo de Rivera, quien deliberadamente prentendió edificar su régimen de fuerza según el modelo fascista. Cuando Primo de Rivera, hombre de rancia nobleza, dió su golpe de Estado desde Barcelona en 1923, anunció, como todos los dictadores, que quería librar al país de las escorias del parlamentarismo. El no iba contra la democracia ni contra la representación popular como tal, sino sólo contra el Parlamento, anticuado y corrompido. Todo se reducía a una labor purificadora, a preparar el tránsito hacia una democracia mejor y más limpia. Para lograr este fin, empezó por disolver el Parlamento, pero llegó su caída sin que lo hubiese restablecido aún en forma democrática.

Es indiscutible que en el parlamentarismo español no faltaban fenómenos de corrupción y podredumbre. En un pueblo que, aparte de las capitales, consta, en sus dos terceras partes, de analfabetos, y que, prescindiendo del Norte catalán, presenta un sello más oriental que latino, las elecciones eran, naturalmente, cuestión de dinero. Para la propaganda política, por medio de periódicos y manifiestos, sólo había un limitado campo de actividad. Lo decisivo era la influencia por la palabra hablada y la todavía más eficaz que nace de un inteligente apretón de manos. El duro, la importante moneda de cinco pesetas, era en muchos distritos el argumento electoral más convincente. La adecuada distribución de las «duras» monedas de plata se hacía por medio del cacique, quien conocía exactamente a su gente y la sabía manejar. El caciquismo formaba primitivamente un sano contrapeso frente al excesivo centralismo administrativo, derivado de la época napoleónica, que no se concilia muy bien con el estilo orgulloso e individualista del español. Pero poco

a poco se había ido convirtiendo en un despotismo local, en un régimen favoritista de prebendas y sobornos.

El rey, el novelista y el negociante

La amalgama de los negocios con la fuerza política no se limitaba a los centros locales más bajos, sino que se extendía por todo el país hasta las más altas esferas, alcanzaba hasta el Parlamento y el Gobierno, y no se detenía, por lo visto, ni ante la propia familia real. Los rumores de que también el rey alternaba los negocios del Estado con los negocios particulares provocaron una apasionada campaña del gran novelista republicano Blasco Ibáñez contra Alfonso XIII. En un folleto, que se difundió en grandes cantidades por toda la Europa occidental y por América en 1924, Blasco Ibáñez acusaba al rey de España (1) de haber recibido de una compañía naviera 3.000 acciones liberadas, de haber aceptado acciones de la Compañía del Metropolitano de Madrid, por él favorecida, de haber querido adjudicar a un español enriquecido en América, llamado Pedraza, varias concesiones de ferrocarriles sobre una base de reciprocidad, y de estar en inteligencia con toda clase de negociantes y hombres de honorabilidad dudosa.

Este escrito acusador que, a pesar de las severas medidas de censura adoptadas por Primo de Rivera, se introdujo también de contrabando en España, despertó allí la mayor excitación. Nuevamente se formó proceso a Blasco Ibáñez, que ya desde su primera juventud había estado varias veces en la cárcel y en el destierro por su actuación republicana y pacifista; se borró su nombre de las calles y plazas que lo llevaban, y se confiscaron sus bienes. Como Blasco Ibáñez vivía en Francia y no era posible detenerle, se ordenó a la embajada española en París que promoviese contra él un procedimiento ante los tribunales franceses por «injurias a una potencia amiga». En París se produjeron animados debates en la Cámara y emocionantes manifestaciones de simpatía hacia el novelista desterrado; tanto que Alfonso XIII mandó decir al presidente del Consejo de Ministros, Herriot, que renunciaba a llevar adelante el proceso.

De otro orden fué, y, desde luego menos ruidosa, la resonancia que el ataque de Blasco Ibáñez alcanzó en Alemania. Aquí, sólo se levantó una voz autorizada: la del antiguo director del Banco Alemán, Arturo de Gwinner. Rompiendo las cos-

(1) Edición francesa: Alphonse XIII démasqué. La Terreur militariste en Espagne. Flammarion, París.

tumbres del mundo bancario, el financiero más influyente del último Imperio reveló documentos íntimos en defensa de Alfonso XIII y contra su acusador. No porque el director del banco berlinés llamase al novelista español, universalmente famoso, un «literato mediocre», y le presentase como enemigo infame de Alemania—cuando en realidad Blasco Ibáñez sólo había combatido al militarismo alemán, para saludar luego con simpatía a la República y a la democracia alemanas— ; no porque pusiera en duda hasta la ideología republicana de Blasco Ibáñez, se desvirtúan, naturalmente, las noticias que el jefe del Banco Alemán dió a conocer sobre los negocios políticos del novelista español.

En el invierno de 1906 a 1907, intervino como árbitro, designado por Guillermo II (1), en un litigio entre el Banco Alemán y el Gobierno turco, a propósito de los ferrocarriles de Oriente, el presidente del Consejo de Ministros español, don Segismundo Moret. Con este motivo parece que Blasco Ibáñez, según le contó el mismo Moret a Arturo de Gwinner, se presentó ante el presidente del Consejo de Ministros y le rogó que decidiese a favor de los turcos. En recompensa, Moret había de recibir el productivo monopolio de aprovisionamiento de luz eléctrica para Constantinopla. Moret no se dejó seducir por esta oferta y resolvió en el punto principal del litigio a favor de la compañía de ferrocarriles, es decir, a favor del Banco Alemán. Como recompensa, se conformó con los honorarios previamente estipulados de 100.000 francos oro, honorarios que propiamente habían de ser pagados a medias por ambas partes, pero que fueron aprontados en su mayor parte por los alemanes, pues los turcos no pagaron íntegramente su mitad.

Pero, ¿por qué conductos se puso el novelista español en contacto con este asunto político-financiero? También sobre esto da informes exactos Arturo de Gwinner. Blasco Ibáñez, en un viaje de recreo a Constantinopla, se comprometió, por lo visto, a servir de mediador para la oferta sobornadora. Como indemnización, se le dió el encargo de suministrar una gran partida de rieles para el ferrocarril de Hedjaz, encargo que él convirtió a toda prisa en dinero, pues lo trasladó a una empresa de hierros de Bilbao. Los talleres bilbaínos suministraron, efectivamente, los rieles ; pero los turcos se olvidaron de pagar. Así recuperaron, por lo menos, lo que se les había sacado con motivo del arbitraje español.

Los negocios de la dictadura

Se comprende que Blasco Ibáñez contase con la posibilidad

(1) Arthur v. Gwinner, «Cosas de España», Deutsche Allgemeine Zeitung», del 22 marzo, 1925.

de llegarse a entender hasta con sus compatriotas más encumbrados para un negocio político-financiero, si se tienen en cuenta otros sucesos que precedieron y acompañaron a la dictadura. Es cierto que Primo de Rivera adoptó diversas medidas legales, para establecer una separación algo más limpia entre los negocios y la política. En diciembre de 1928, por lo tanto en su último año de gobierno, a la vez que elevaba el sueldo de los ministros de 30.000 a 50.000 pesetas, dictó una disposición, según la cual les estaba prohibido a los ministros, a los subsecretarios y a otros altos funcionarios del Estado entrar en los consejos de administración de sociedades financieras durante el ejercicio de su cargo y aun cinco años después. También a los diputados del falso Parlamento nombrado por Primo, se les prohibió aceptar puestos de consejero en instituciones financieras durante el desempeño de su mandato y hasta pasados dos años más.

En cambio, Primo de Rivera utilizó el dinero en la lucha política, privando de este medio de combate a sus enemigos. Tan pronto como alguien se hacía sospechoso de rebeldía, era castigado con multas de extraordinaria importancia. A los generales que se sublevaron contra Primo, se les confiscó toda su fortuna. Así, los bienes del general rebelde Aguilera, por valor de dos millones de pesetas, fueron subastados públicamente a favor del Estado. También la fortuna del conde de Romanones, último presidente parlamentario del Consejo de Ministros y a la vez el hombre más rico de España, estuvo secuestrada durante algún tiempo, y sólo se levantó el embargo después que hubo pagado una multa de 500.000 pesetas. Como Romanones, después de la restitución, tratase de vender un paquete de acciones de la Compañía Hispano-Marroquí del Rif a un grupo financiero francés, se le indicó suavemente que aquella operación le costaría una multa de cinco millones de pesetas, con lo cual se suspendió la venta. Este riguroso proceder contra la propiedad particular de personajes desafectos contribuyó, seguramente, a refrenar durante algún tiempo la oposición contra la dictadura.

Mientras los rebeldes eran castigados con tanta dureza, los simpatizantes recibían también su recompensa bajo el Gobierno de Primo de Rivera, tan fanático de la pureza. El mismo Primo recibió, poco antes de su retirada, en el verano de 1929, sin causa especial, un donativo nacional de cuatro millones de pesetas. Los principales donantes, que atestiguaban de ese modo al dictador su gratitud, eran elementos de la industria.

Poco después del derrumbamiento de la dictadura, se dió a conocer un asunto político muy escabroso. Para la construcción del ferrocarril de Santander a Valencia había concedido el Gobierno de Primo de Rivera, contra la legislación hasta entonces vigente, una garantía de capital de 343 millones de pesetas y

además, por noventa y nueve años, una garantía de interés de 17,5 millones. Ahora, se comprobaba que la compañía ferroviaria había entregado a ciertos personajes que habían prestado especiales servicios para la realización del negocio 35 millones de acciones liberadas. También al contado había repartido la compañía otros 12 millones, cuyo empleo no se podía determinar. Era muy lógico sospechar que no en vano habían sido tan extraordinariamente favorables las condiciones oficiales de concesión. La dictadura había desplazado, ciertamente, el sector de los aceptadores de dinero, pero no había eliminado del mundo la aceptación de dinero por servicios políticos.

Negocios con cargos y suministros para el Estado

Comparada con las otras dictaduras militares del Sur de Europa, la dictadura de Primo de Rivera descuella ciertamente por su alba pureza. Los vecinos de Primo, los dueños del mando dictatorial portugués, retrocedieron al medio empleado en la antigua Roma del tráfico de cargos. Para desgravar la caja del Estado y sanear el presupuesto, el ministro de Hacienda, Oliveira Salazar, elaboró en el verano de 1928 un plan de reforma por el cual todos los cargos de funcionarios medios y bajos quedaron suspendidos. Sólo los ministros, los jefes de sección y los directores generales de la administración pública conservaban su carácter de funcionarios y recibían del Estado un tanto alzado, por el cual tenían que comprometerse a pagar, mediante un contrato de carácter privado, al personal que necesitasen dentro de su esfera administrativa. El que acertase a proporcionarse elementos auxiliares baratos, podía guardarse el resto del tanto alzado.

Todavía más expeditivo y tosco fué, en Grecia, Pangalos, el fugaz dictador. Los pocos meses de su dictadura, en el año 1926, le bastaron para desplegar una política comercial muy activa. Después de la caída de la dictadura se entabló un proceso contra el ministro de Comunicaciones del Gabinete Pangalos, Tawularis, por haber pagado a una fábrica italiana de aceros un anticipo extraordinariamente alto de 800.000 dólares a cuenta del suministro de 100.000 cañones de fusil. El ministro del Interior del Gobierno Pangalos, Voghopulos, fué también acusado de negocios fraudulentos en torno a los suministros para el Estado, especialmente por haber hecho con Rusia costosísimos contratos de suministro de trigo. Contra el mismo Pangalos se presentó también toda una lista de delitos, y, después de larga investigación, el ex-dictador fué condenado

a dos años y medio de prisión, por haber hecho una concesión para un casino en Eleusis, junto a Atenas, con perjuicio del Estado. Aun cuando estos procesos eran, hasta cierto punto, maniobras de descrédito político y habían de servir como escarmiento para los aficionados a la dictadura, también es cierto que el breve episodio de la dictadura le costó al pueblo griego muchos millones.

Métodos electorales balcánicos

Los métodos dictatoriales aparecen, desde luego, menos comprometedores en estos países, porque tampoco bajo el sistema parlamentario se procede allí de un modo muy distinto. La diferencia entre la dictadura y la democracia es muy poco perceptible, poque los gobiernos proceden de una manera muy dictatorial en las elecciones para el Parlamento, y sólo en casos muy raros dejan de obtener mayoría los que empuñan el timón. Todo el toque está en si se ha de trabajar en las elecciones más con dinero que por terror. Los hombres que durante mucho tiempo tuvieron en las manos el negocio del Gobierno, como Bratiano en Rumania y Pasic en Yugoeslavia, no hacían gastos inútiles para las elecciones, sino que preferían recurrir al terror, oficialmente organizado.

En los países balcánicos se han elaborado para este fin fórmulas muy concretas, que sólo incidentalmente se completan con nuevas invenciones. Se disuelven las asambleas electorales, se intimida a la oposición con la amenaza de boicoteo, se detiene a los oradores electorales, se impide la oportuna inscripción de las listas de candidatos y se recurre a otros procedimientos análogos. El mismo día de las elecciones, en los distritos contrarios, la policía toma las calles que conducen al local de la elección. Hasta se bloquea de pronto el tráfico en pueblos enteros, con el pretexto de que hay peligro de epidemia. Un medio muy favorito es también dejar acercarse primeramente a la urna electoral a los electores del Gobierno y luego, cuando forman cola los contrarios, declarar terminadas prematuramente las elecciones. Si todo esto no produce el resultado apetecido, se falsean las actas.

Los gobiernos jóvenes, que no dominan con firmeza el aparato administrativo, tienen que mejorar su situación por medio del dinero, lo mismo que los partidos de la oposición. En ninguna elección falta el tráfico de papeletas, la doble votación y la

compra sistemática de votos. Para hacer elecciones más correctas, hay que servirse de medios defensivos muy originales. Así en Grecia, bajo el presidente Venizelos, se deliberó muy en serio, antes de las elecciones de 1928, sobre la siguiente medida de control : los electores, antes de salir del local de la votación, habían de meter el dedo anular derecho en un líquido amarillo, cuya mancha durase por lo menos doce horas ; así se quería evitar que se votase varias veces. Pero este famoso plan fracasó, porque los químicos declararon que no había ningún líquido tan indeleble.

La Hungría de Horthy

Entre los Estados balcánicos hay que contar también a la Hungría actual, en lo que concierne a los métodos electorales ; tanto más, cuanto que fuera de las grandes ciudades y distritos industriales las elecciones no son secretas, de suerte que los centros gubernamentales pueden descargar su real cólera sobre los electores de la oposición. En conjunto, el parlamentarismo húngaro, bajo el régimen del almirante Horthy, no es más que una farsa. Hasta el otoño de 1928 se mantuvo el estado de excepción impuesto al principio de la guerra. Cuando ya no se pudo justificar esta medida, se legalizaron las arbitrariedades, que la situación excepcional del Gobierno cohonestaba por medio de una serie de leyes especiales sobre Prensa y libertad de reunión, sobre asociaciones y sindicatos, con lo cual el Gobierno siguió siendo de hecho omnipotente.

Por su estructura interna, el Gobierno húngaro constituye una mezcla curiosa de feudalismo y de fascismo. La zona gobernante económicamente preferida es la nobleza territorial rica. Pero desde la época del terror blanco, que siguió al período rojo de la dictadura de Bela Khun, las asociaciones nacionalistas extremas—las públicas están fundidas en la «Unión de Sociedades Cooperativistas» y las secretas en la «Unión Fraternal»—han ejercido gran influencia en la política. De estas asociaciones, que se reclutan principalmente entre los círculos de oficiales y funcionarios, se va formando lentamente una nueva nobleza de la espada, que encuentra también reconocimiento oficial por parte del jefe supremo del Estado, del administrador del país Horthy, mediante la concesión del título de «héroe» (vitez). Los «héroes», como los señores feudales de la Edad Media, reciben tierras en recompensa de sus servicios guerreros a favor del Estado húngaro.

Los falsificadores húngaros de francos

Como en torno a esta casta dominadora se agrupa en el país, en parte por convicción, en parte por miedo, todo lo que significa dinero y fortuna, tampoco le faltan medios financieros. Mas para la financiación de grandes hazañas, como las que fraguaban los desesperados del movimiento nacionalista, no bastaba evidentemente el espíritu de sacrificio de sus adeptos. Así, hacia el fin de la época de la inflación, a una camarilla de nobles y altos funcionarios del Estado se les ocurrió la idea peregrina de procurarse medios para ejecutar una gran campaña política por medio de falsificaciones de billetes. Por lo pronto, ni los mismos autores del plan veían claramente qué era lo que habían de hacer con el dinero. En general, con ayuda de los falsos billetes, se quería fomentar el movimiento irredentista en las regiones, antiguamente húngaras, de Checoeslovaquia, Yugoeslavia y Rumania, y reconquistar así estas regiones para la corona de San Esteban.

El corifeo de la empresa era el antiguo ministro húngaro de Subsistencias, príncipe Luis Windisch-Graetz. Durante muchos años había preparado meticulosamente el plan de falsificación y en parte lo había financiado. Todavía durante la inflación, había aportado de su peculio 100.000 francos suizos, y en total había metido en la empresa 130.000 dólares. Además, se contaba con otros medios.

Pero más perfecta que la preparación pecuniaria fué la preparación política. Porque el príncipe Windisch-Graetz tenía a su disposición prácticamente todo el aparato oficial húngaro. El jefe de la policía nacional, Nadossy, se encargó de que los falsificadores de billetes pudiesen trabajar tranquilamente, les extendió pases falsos para los viajes indispensables al extranjero y sirvió como amparador político. Los billetes falsos fueron fabricados por los expertos más inteligentes del Instituto Cartográfico Oficial, a cuya cabeza había un general. Para dar a la empresa el necesario prestigio, se mezcló también en ella a un sacerdote. El obispo castrense Zadravecz tomó juramento a todos los cómplices de que habían de ejecutar con fidelidad y escrupulosidad su cometido y no habían de delatar nada.

Después de estos preparativos pudo empezar el trabajo. El programa consistía al principio en fabricar 40.000 billetes de 1.000 francos franceses, que a la sazón representaban un valor de 10 millones de marcos-oro. El haber preferido precisamente la divisa francesa, tenía sus razones políticas. Se quería tomar hasta cierto punto represalias contra Francia, la protectora de la pequeña *Entente* y principal responsable de las pérdi-

das territoriales húngaras. Pero era también lo más cómodo. Se contaba con que los grandes industriales alemanes tendrían buena ocasión de emplear los falsos billetes de francos en la región ocupada del Ruhr.

Con la evacuación del Ruhr caducó parte del programa, pero el plan fué ejecutado, por lo demás, en todos sus detalles. Se habían fabricado unos 30.000 billetes falsos de 1.000 francos, y en parte se habían puesto ya en circulación en varios países europeos, cuando en Holanda fueron detenidos algunos agentes de la central falsificadora de Budapest, y la policía húngara, bien o mal, tuvo que iniciar investigaciones. Las autoridades húngaras se resistieron todavía cuanto pudieron, y afirmaban que el laboratorio de los falsificadores de billetes tenía que estar en el extranjero. Unicamente después de la intervención de los tribunales franceses y ante la enérgica presión del enviado francés en Budapest, el Gobierno húngaro se avino a detener a los principales culpables y a formarles proceso.

Las averiguaciones comprobaron que el Gobierno de Horthy tenía sobrada razón para echar tierra al asunto, pues quedaban al descubierto de la manera más deplorable, por las declaraciones de los testigos, los más altos empleados del país, incluso el presidente del Consejo de Ministros, conde de Bethlen. Los principales falsificadores fueron condenados a varios años de reclusión, pero el tribunal de Budapest no se recató de certificar que los acusados se habían dejado llevar solamente de «sentimientos patrióticos» y no eran, en modo alguno, delincuentes vulgares, sino «víctimas de la catastrófica desgracia, cuya consecuencia fué la desmembración de Hungría». A los dos años fueron indultados. El presidente del Consejo de Ministros, conde Bethlen, bajo cuyo Gobierno y en cuya proximidad se había desarrollado todo, no tuvo necesidad de dimitir, porque el administrador del país, Horthy, le amparaba. El régimen de dictadura resistió con facilidad este feo escándalo político de la trasguera.

La alta nobleza apoya a Pilsudski

Desde la primavera de 1926 gobierna también en Polonia una semidictadura. Es cierto que en Varsovia se han conservado las formas de la democracia parlamentaria, el sufragio universal y la subordinación del Gobierno a la confianza del Sejm; pero en realidad, el Gobierno y la política del país están a merced del mariscal Pilsudski, que por medio de un

golpe de Estado arrebató el poder y lleva el timón como ministro de la Guerra.

La dictadura militar polaca se distingue de las dictaduras militares de los países del Sur, y aun del régimen húngaro de Horthy, en cuanto que José Pilsudski no es oficial de origen. Los decenios anteriores a la guerra los vivió en actitud sumamente antimilitar, como socialista antirruso, y no consiguió el bastón de mariscal sino como caudillo revolucionario, y luego en las luchas de defensa de la joven República de Polonia contra Rusia. Pero la forma de su Gobierno es la dictadura militar típica, pues no ha brotado, como ocurre todavía en Hungría, de una determinada zona social, ni protege exclusivamente los intereses de esos elementos, sino que reserva la fuerza y las ventajas materiales a un pequeño círculo de favoritos y amigos del dictador, agrupados bastante fortuitamente. En la estructura social del país, mezcla todavía no equilibrada de elementos primitivamente agrarios e industriales, feudales, campesinos y proletarios, tampoco ha modificado nada esencial la soberanía de Pilsudski.

Desde luego, bajo la política interior aparentemente neutral de los dominadores militares ha logrado la antigua nobleza feudal afianzarse vigorosamente a costa de los campesinos. Las familias ricas nobles no han escatimado el dinero para fines políticos. Las elecciones del bloque gubernamental, que sólo constituye un tercio del Parlamento, pero que puede afianzarse por las disidencias de la oposición y por las constantes amenazas de Pilsudski con medidas extraparlamentarias, son financiadas en su mayor parte por la caja del Estado. El resto de los gastos electorales lo soporta la alta nobleza, en particular el príncipe Janusz Radziwill, el príncipe Zdislaw Lubomirski y el conde Zdislaw Tarnowski. El grupo de magnates, que por lo demás se muestra complaciente con el Gobierno, logró en las elecciones del invierno 1927 a 1928 penetrar en el Sejm con 30 diputados. Ya antes de las elecciones le fué adjudicado a este grupo por Pilsudski el ministerio de Agricultura, desde el cual impide la reforma agraria, la distribución de las grandes posesiones, anunciada desde la fundación de la república polaca.

La influencia de estas familias de la alta nobleza tiene tanto alcance porque están ligadas con el alto clero por lazos de parentesco y de amistad y poseen los más importantes periódicos clericales del país. Como el grupo de magnates se ha constituído en centro del gran capital, también se han adherido a él políticamente los ricos de la burguesía urbana. Los grandes industriales textiles Grohmann y Poznanski de Lodz, el industrial azucarero de Posen, Zychlinski, los principales directores de bancos de Varsovia, como el antiguo ministro Gliwicz, se han sumado políticamente a la nobleza feudal clerical. El interés

del capitalismo puede más que todas las diferencias de ideología. Así, el jefe de la asociación de comerciantes judíos, Wislicki, se presenta candidato en la misma lista electoral que el presidente de la asamblea católica, príncipe Radziwill.

Frente a este bloque financiero, los demás partidos se hallan en desfavorable situación. La derecha política que forma la oposición, los demócratas nacionales, recibe apoyo de algunos intrusos de la nobleza menos acaudalada. Los partidos campesinos recogen a veces antes de las elecciones fondos cooperativistas para fines políticos. Los demócratas sociales encuentran apoyo en los sindicatos y en muchos municipios. Pero, en conjunto, el dinero trabaja a favor del Gobierno.

«Tengo las manos limpias»

El proceso seguido contra el antiguo ministro de Hacienda, Czechowicz por los tribunales demuestra cuán desenfadadamente practica Pilsudski la lucha política con medios pecuniarios. Czechowicz fué acusado porque durante su actuación ministerial se gastó una suma de 500 millones de *zloty* sin aprobación del Sejm para armamentos y ferrocarriles; pero, especialmente, porque había empleado antes de las elecciones, quebrantando el derecho presupuestario, ocho millones de *zloty* (unos cuatro millones de marcos) para manifiestos fines políticos de propaganda, mientras el ministro del Interior sólo disponía para ese fin de un fondo de 200.000 *zloty,* y el presidente del Consejo de Ministros, sólo de 1,5 millones de *zloty*. Entre violentísimos insultos del Parlamento, declaró el mariscal Pilsudski, como testigo principal, que había empleado los ocho millones bajo su responsabilidad, y hasta había exigido que no se consignase por escrito la resolución del Consejo de Ministros sobre la elevación autónoma del fondo disponible. Naturalmente, nadie se atrevió a llevar al mariscal ante los tribunales. El proceso contra el ministro de Hacienda, que entre tanto había logrado ya un puesto muy productivo como director general del Banco Agrario, fué suspendido hasta nueva orden, y los acusadores tuvieron que oír, por añadidura, al dictador: «Señores, mis manos están limpias y no huelen tanto como las de ustedes».

El grave reproche de Pilsudski contra el Parlamento no encuentra justificación suficiente en los hechos divulgados. Escándalos de corrupción también los hay en Varsovia. Así, en la primavera de 1929, un diputado hizo que un grupo bancario holandés le pagase 4.500 dólares, a cambio de intervenir en el Sejm a favor de la compra de acciones petrolíferas por el Estado. Pero, en conjunto, tales métodos balcánicos constituyen en

Polonia verdaderas excepciones. La conexión entre la política y la economía adopta las formas de Occidente. Dada la pequeña importancia que todavía tiene el Parlamento, es más trascendental para las grandes potencias económicas del exterior y del interior encontrar las puertas abiertas cerca del Gobierno y de la alta burocracia ministerial. Para lograr esto, existe un actívisimo intercambio de personal entre los grupos industriales y bancarios y los centros gubernamentales.

Especialmente la industria de la Alta Silesia hace abundante uso de este procedimiento. Los consejos de administración de las sociedades mineras de la Alta Silesia han llegado a convertirse en institutos de aprovisionamiento para antiguos ministros y altos funcionarios provinciales. El antiguo ministro polaco de Comercio, Kiedron, el ex-ministro de Obras Públicas, Kaminski, el antiguo *woijwode* de Silesia, Buinski, y algunos otros, han pasado como mediadores políticos a las direcciones y consejos administrativos de la industria pesada. El Gobierno polaco favorece este trasvase entre política y economía, y especialmente los círculos militares afines a Pilsudski fomentan sistemáticamente la politización de la industria para obtener así mayor influencia en la economía. En el distrito fronterizo de la Alta Silesia, donde, con dispendio de grandes recursos, sigue por ambas partes la lucha germano-polaca de nacionalidades, la politización significa al mismo tiempo la polonización de la industria, pues está forzosamente enlazada con la eliminación de los últimos directores alemanes.

La derrota de Korfanty

La parte de la Alta Silesia adjudicada a Polonia no sólo es una palestra nacional frente a la minoría alemana, sino también, dentro de Polonia, un baluarte, por el cual se ha combatido encarnizadamente durante muchos años con recursos económicos. Esta lucha evoca los nombres de Pilsudski y Korfanty. Wojciech Korfanty, jefe de los nacionalistas polacos de la Alta Silesia, había trabajado sistemáticamente desde la fundación de Polonia por polonizar la industria de la Alta Silesia, para dar así una base material a sus aspiraciones políticas de expansión. Mediante varias transacciones hábiles de acciones, que llevó a cabo con ayuda del capital francés, aseguró al Estado polaco muy pronto algunos puntos importantes de apoyo y se procuró él mismo una serie de cargos de consejero, de suerte que durante algún tiempo no sólo era el hombre más poderoso políticamente, sino también económicamente, en el ámbito de la industria polaca.

Pero Korfanty tropezó con resistencias tan pronto como in-

tentó arrebatar desde la Alta Silesia el predominio en Varsovia. El gabinete por él formado sólo resistió un día. También financieramente se le cerró el camino fuera de la Alta Silesia. El Banco de Comercio e Industria de Varsovia quebró tan pronto como Korfanty se apoderó de la mayoría de las acciones. Su decadencia llegó a ser irremediable, cuando, pocos meses después, llegó al poder su antiguo enemigo Pilsudski. Korfanty, oriundo de Laurahütte, junto a Kattowitz, veía en los alemanes al enemigo hereditario. Las campañas de Pilsudski se dirigían siempre, desde sus días revolucionarios, contra Rusia. Para él, Korfanty sólo era un sátrapa de provincia, muy hablador, a quien había que eliminar para poder establecer en Varsovia un Gobierno central omnipotente.

Al principio apartó a Korfanty del cargo que todavía ocupaba como hombre de confianza del Gobierno polaco en el Banco de Silesia. Mediante la colocación de personas de su particular confianza en la industria de la Alta Silesia, logró Pilsudski desalojar también de allí a su enemigo Korfanty y cerrarle las fuentes financieras con que contaba. Después envió el mariscal a un nuevo partidario suyo, al *woijwoden* Grazynski, a la Alta Silesia, quien procedió rigurosamente contra todos los movimientos de independencia y de minoría. La lucha entre la metrópoli y la provincia llegó a situaciones tan extrañas que Korfanty encontró a veces apoyo hasta entre los industriales alemanes. Korfanty estaba cada vez más desplazado. Las autoridades polacas promovieron la escisión en el periódico «Polonia», de Kattowitz, afecto a Korfanty. Siete redactores se apartaron y fundaron un periódico partidario de Pilsudski, evidentemente con el apoyo oficial. Por último, acabó con el grupo Korfanty la disolución del Sejm de la Alta Silesia y una lucha electoral conducida con abundantes recursos del Gobierno.

El «saneamiento», como Pilsudski llamaba a la lucha contra Korfanty, estaba conseguido; la dictadura militar salía triunfante. Pero las grandes potencias económicas no tienen motivo para lamentar esta victoria, pues ellas únicamente tienen que demostrar su simpatía a otros hombres distintos de antes. Por lo demás, también les queda libre el campo bajo el mariscal ex-socialista.

Capítulo décimo

El régimen soviético

En un país como Rusia, que, por el número de habitantes, casi comprende un tercio y, por la extensión, casi la mitad del continente europeo, los bolcheviques han acabado con el capitalismo, salvo menguados restos. Y han logrado otra cosa todavía más difícil: hacer despreciable para 150 millones de hombres la adquisición del dinero y la posesión privada del dinero. Ellos han trastornado el concepto fundamental de la sociedad burguesa: tener dinero, tener mucho dinero, tener más dinero que los otros, no es, en la Unión Soviética, ninguna señal de distinción: es una afrenta.

Esta supresión ascética de todas las ideas occidentales acerca del valor de la propiedad particular la han conseguido, ante todo, impidiendo que el dinero se transforme en poder. Con el dinero todavía se pueden comprar en la Rusia soviética artículos de consumo que los muy indigentes no pueden permitirse. Pero con dinero no se puede comprar poder. El dinero no da ya ningún derecho de disposición sobre los demás hombres y, desde luego, ningún poder en el Estado. La plutocracia, invariablemente unida al capitalismo, se ha convertido allí, por el contrario, en una pauperocracia, en la soberanía de los pobres. El dinero degrada, en la vida social y en la vida política. Quien tiene más que los ingresos directos de su trabajo, quien ocupa a fuerzas extrañas y saca de ellas un sobreprecio, pierde automáticamente en todas partes su derecho de sufragio. Quien quiera ser admitido en la esfera superior gobernante, es decir, en el partido comunista, ha de someterse a una enérgica limitación de sus ingresos.

Pero todas estas medidas deliberadamente anticapitalistas, todas estas limitaciones propias no evitan que en la política soviética el dinero desempeñe un papel importantísimo. La Unión Soviética quiere ser algo más que la fundación de un nuevo orden socialista en Rusia. Según la concepción comunista, es el primer paso dado en el camino de la revolución universal. Para convencer a los hombres, dentro y fuera de Rusia, del buen resultado de este primer paso, es necesario propaganda, y la propaganda cuesta dinero.

El Gobierno soviético no rinde cuentas públicamente acerca

de lo que gasta en el interior y en el exterior para fines de propaganda. Pero está en la esencia del sistema y se trasluce en todo que allí se trabaja con un gran presupuesto para la propaganda. Aun cuando los rusos soviéticos, por la escasa paga de sus altos funcionarios, tienen gastos personales más bajos que los Estados capitalistas; aun cuando logran efectos extraordinarios con medios sencillos, con ocurrencias originales y curiosos métodos de propaganda, no por eso se privan de representación en el extranjero. Su diplomacia se adapta de una manera generosa a las formas de Occidente. Apenas hay una exposición internacional en la que no esté representada ampliamente la Rusia soviética. Una literatura oficiosa de propaganda, que se distingue por su cantidad y su calidad, acompaña a todos los actos económicos y culturales.

La verdadera propaganda política no la hace, sin embargo, el Estado, sino que es misión del partido. El partido comunista de la Unión Soviética, que sirve de modelo al partido fascista de Italia, sólo se acopla directamente con la máquina del Estado en su vértice superior. A la Oficina Política, la comisión más reducida del comité central del partido, pertenecen los más altos funcionarios del Estado, y desde este centro dirige el secretario general del partido, Stalin, realmente la política del país. Pero, oficialmente, el partido comunista es una estructura abiertamente separada del Gobierno, una organización política con su propio estatuto, sus propias finanzas y sus propios gastos, una simple sección de los Komitern, de la Internacional Comunista, establecida también en Moscú. El partido comunista de Rusia es la fuente financiera de los Komitern, el *regisseur* y cajero de la propaganda soviética internacional.

El sueldo más alto: 225 rublos

El partido comunista se sostiene en lo esencial con las cuotas de sus miembros. El que no paga su cuota, es expulsado del partido a los tres meses. Sólo los sin trabajo están libres de la obligación de cotizar. Pero el peligro de los pagadores morosos no es grande, porque a los miembros del partido que trabajan en servicios del Estado se les descuentan las cuotas como si se tratase de un impuesto sobre el jornal. Según el severo reglamento del partido, de 1926, cada miembro tiene que pagar a la caja del partido, por lo menos, el medio por ciento de su salario. En una escala bastante rápida, las cuotas van creciendo hasta el tres por ciento, según se elevan los ingresos del trabajo. Pero, además, todo aquel que aspira a ingresar en el par-

tido tiene que pagar el tres por ciento del salario como cuota de entrada. Como el partido se mantiene reducido de intento y sólo cuenta con 1,3 millones de miembros, no podrían ingresar por este concepto en la caja sino muy pocos millones de rublos, puesto que un miembro del partido no puede cobrar al mes, como sueldo fijo, más de 225 rublos.

Pero esta limitación de los ingresos personales, que en los países capitalistas sólo se encuentra en las órdenes religiosas, asegura al partido la segunda fuente importante de ingresos. Todo aquel que cobra de algún modo más de 225 rublos al mes tiene que entregar el exceso, en todo o en gran parte, a la caja del partido. Los miembros del partido, que intervienen en la administración de empresas económicas y cobran por ello tantiemas, tienen que entregárselas al partido obligatoriamente desde 1928. Las tantiemas van a nutrir un fondo especial para los miembros necesitados de apoyo. Otra cosa ocurre con los ingresos procedentes de trabajos literarios y artísticos que rebasan los 225 rublos. En este caso se practica una contribución espontánea a favor del partido. Sin embargo, tratándose de ingresos literarios, es corriente que los miembros del partido entreguen por lo menos a la caja del mismo la mitad de sus honorarios especiales. Así y todo, los escritores y artistas siguen constituyendo en la Rusia soviética una de las profesiones mejor situadas. También los diplomáticos soviéticos del extranjero, que pertenecen al partido, suelen hacer entregas sobre el tres por ciento obligatorio. Quien escamotea sin razón adecuada estos donativos voluntarios, se hace pronto sospechoso y corre el peligro de ser incluído entre los proscritos en la primera campaña depuradora.

Sin embargo, ocurre muchas veces que personas de ingresos más elevados salgan del partido para ganar más. Porque el afán de llegar a tener algo de dinero en forma lícita o ilícita no se ha extinguido completamente ni aun fuera del sector de los difamados comerciantes de la «Nep» y de los *kulaks* o ricos campesinos. En el VIII Congreso de los Sindicatos soviéticos, el jefe Tomski comunicó que en el primer semestre de 1928 habían ocurrido en los sindicatos escamoteos de casi medio millón de rublos. Generalmente, los presidentes se habían enriquecido en el consejo de explotación, en las cajas de socorro, en los *clubs* de trabajadores, en los centros de pago, en las cajas de distrito y de región. «Se puede decir—declaró Tomski—que casi roban en igual medida los sin partido y los comunistas, los jóvenes y los que permanecen desconocidos. Y lo peor es que nuestra juventud comunista, nuestro porvenir y nuestro orgullo, ha participado en los escamoteos con el 12,2 por 100.»

También entre los funcionarios, en los bancos públicos y en otros centros donde hay algo que escamotear, se oye hablar con frecuencia de defraudaciones, y eso que están perseguidas de manera severísima, en casos graves hasta con pena de muerte. Pero, en conjunto, sería equivocado generalizar tales episodios, que las autoridades soviéticas fiscalizan mucho. La opinión generalizada de que los gobernantes soviéticos se llenan los bolsillos, mientras millones de rusos perecen de hambre, es una leyenda. Pertenecer al partido comunista es, en la Unión Soviética, la condición previa para casi todos los puestos públicos importantes ; pero pertenecer al partido comunista, si proporciona poder y prestigio, no proporciona ninguna ventaja material. Para los dotados de especiales aptitudes más bien constituye una reducción de los ingresos.

El «plan de los cinco años» en la Prensa

Aparte de las cuotas y donativos especiales de los miembros, el partido comunista tiene otra fuente de ingresos. Lo mismo que los partidos socialistas, en los países capitalistas, dispone de una serie de periódicos partidistas propios. Los siete principales diarios, de los cuales sólo uno, la «Prawda» de Moscú, pertenece al partido, obtienen una ganancia anual de cinco millones de rublos. Desde luego, en total, la Prensa soviética, que en su mayor parte está editada por centros oficiales y por sindicatos o cooperativas, es una empresa costosa. Los 700 periódicos aproximadamente, que había en Rusia entre 1927 y 1928, con su tirada de doce millones de ejemplares, tenían un presupuesto de gastos de 80 millones de rublos, y sólo ingresaban en caja 65 millones.

También para la Prensa se estableció un «plan de cinco años», según el cual la tirada total de los periódicos habría de triplicarse para el año 1933. Los gastos han de elevarse a 161 millones, y los ingresos, a 145 millones de rublos. Se cuenta, por lo tanto, para lo futuro con un alto *deficit* de propaganda. Sobre todo, los periódicos campesinos y los periódicos de la juventud comunista han de intensificar su circulación. Algunos periódicos están dotados de amplias imprentas, que preparan gigantescas tiradas de volantes de propaganda y los entregan a las autoridades. Por este procedimiento, la Prensa de partido está subvencionada también por el Estado indirectamente.

Los «Komintern» como fuente financiera

¿Y cómo emplea el partido comunista los medios que le llegan por tan distintos caminos? Prescindiendo de los gastos inmediatos de administración, tiene en la Rusia soviética misma menos gastos que los grandes partidos de otros países. Porque allí no hay competencia alguna. En Rusia no hay elecciones que financiar. Y además el partido comunista goza de privilegios, que en otros sitios han de conseguir por dinero los partidos políticos. Para las oficinas comunistas se han de proporcionar locales gratuitamente dentro de las explotaciones. Para las manifestaciones de masas, esas oficinas han de proporcionar banderas y otros materiales de propaganda. Aun cuando el partido fomente la propaganda en el país con tanta intensidad, le quedan de sus ingresos normales muchos millones, que puede poner a disposición de los Komintern para la propaganda internacional.

Pero tampoco cabe formarse ideas exageradas sobre la cuantía de estos recursos internacionales. Además, no hay que olvidar que los fondos rusos se cobran en rublos y para gastarlos en el exterior hay que cambiarlos antes en divisas extranjeras. Dada la constante escasez de valutas extranjeras, los rusos meditan mucho, cuando se trata de gastos políticos en el extranjero, lo mismo que cuando se trata de gastos económicos, si merece la pena hacer el dispendio. Por último, los rusos no piensan ni con mucho en quitar a los comunistas de otros países la preocupación financiera. Los Komintern tienen por norma que las organizaciones comunistas se busquen los medios en todos los países donde haya núcleos de obreros capaces de sostener los gastos. La central de Moscú exige de los grupos de otros países la más rigurosa subordinación. Por eso envía inspectores y pone también a disposición de los camaradas extranjeros los asesores y organizadores que necesiten, pero no se presta fácilmente a conceder subvenciones financieras.

Propaganda y penuria

Esto se ha comprobado repetidas veces. Muchas instituciones comunistas han experimentado dificultades por carestía de recursos, y la central de Moscú no ha creído necesario intervenir. En el verano de 1929, por ejemplo, la organización comunista de Noruega fué declarada judicialmente en quiebra por un pasivo de 7.000 coronas.

Por la misma fecha hubo, en Francia, otra quiebra comunista más ruidosa. Los comunistas franceses habían creado una

Caja de ahorros y la habían transformado en un verdadero banco. Este «Banque Ouvrière et Paysanne» recogió en pocos años imposiciones por valor de 28 millones de francos, en veinticuatro cajas depositarias. Las imposiciones las prestaba otra vez, en gran parte, a los servicios comunistas. El órgano del partido en París, la «Humanité», recibió tres millones de francos; las cooperativas comunistas de provincias, 3,5 millones; una sociedad cinematográfica, un millón, y así sucesivamente. Con motivo de una *razzia* política, la policía francesa se incautó del alcázar financiero comunista y llevó a cabo un severo registro y examen de cuentas. Aunque hasta entonces todos los imponentes había rescatado religiosamente su dinero, la policía declaró que no quedaban bastantes recursos para responder, cerró las ventanillas y formó proceso al director del banco.

Con la destrucción de su institución financiera, también la «Humanité» experimentó dificultades. Tuvo que disminuir hasta la extensión del periódico. Pero Moscú no movía ni un dedo. En julio de 1930 se había llegado hasta tal punto que hubo que organizar una suscripción pública entre los comunistas franceses para salvar a la «Humanité» de la subasta forzosa.

Un tercer ejemplo, que por cierto no afecta directamente a la central del partido comunista, nos lo ofrece un episodio que ocurrió en Berlín. En 1927 fué fundada la «Deutsch-Russische Film-Allianz-AG» (Derussa), que había de explotar en Alemania principalmente las películas de la sociedad cinematográfica oficial rusa «Sowkino». Las acciones de la «Derussa» pertenecían a un hombre de negocios que no tenía nada de comunista, a Jorge Sklarz, conocido por muchos procesos, y fueron vendidas luego a un grupo cinematográfico inglés. Pero el carácter soviético de la «Derussa» se conservó, pues quedó bajo el control de la representación comercial rusa en Berlín, de la cual recibía también grandes préstamos. Como la sociedad, después de negocios muy originales, experimentase apuros financieros, los rusos de Moscú dejaron que también este instituto de propaganda diese origen a un ruidoso escándalo.

La revolución mundial

La central de Moscú se muestra más generosa cuando se trata de emprender una acción directa. Para los movimientos revolucionarios de rebeldía y también para disturbios parciales más pequeños, que merecen la aprobación de los Komintern, se envían fondos desde Moscú. Y no es que tras de cada revuelta que estalla en el mundo se esconda el oro soviético. Para

las autoridades de policía y para los Gobiernos que no quieren convencerse de que también sus propios ciudadanos pueden inquietarse alguna vez, la infección rusa constituye una explicación muy cómoda. Pero, aun hoy, muchas veces se encienden hogueras revolucionarias, sin que hayan sido atizadas previamente con rublos soviéticos.

Es indiscutible, sin embargo, que los auxiliares de los Komintern llegan, a veces, muy lejos y aparecen en sitios inesperados. Así, el antiguo consejero de la embajada rusa de París, Bessedowsky, un desertor de los Soviets, cuenta que desde la primavera de 1929 los Komintern se interesaron especialmente por el movimiento de los árabes en Palestina. Una delegación comercial rusa, bajo la dirección de Ostachow, antiguo miembro de la embajada soviética en Tokio, recorrió en 1929 la Arabia hasta el Yemen y debió de repartir en aquella ocasión 10.000 dólares entre distintos jeques árabes. También las organizaciones árabes debieron de recibir de los rusos dinero. Lo que parece muy dudoso es que los disturbios árabes antisionistas, que estallaron en Palestina en agosto de 1929, y que tan desagradables fueron para los ingleses, tengan relación con este viaje ruso de propaganda. Las minuciosas investigaciones de los ingleses sobre las causas de los tumultos árabes no han proporcionado ninguna prueba para afirmarlo. Desde luego, como se ha demostrado en muchas rebeliones del Oriente, una bolsa de oro, y hoy más aún un paquete de billetes de dólares o de libras, ejerce sobre la población árabe indígena un efecto mucho más intenso que la bandera verde del Profeta.

En las regiones más importantes para la propaganda no se ha trabajado con sumas tan modestas como las repartidas a los jeques árabes. La propaganda soviética en los Balcanes, por los años 1922 a 1925, debió de costar cinco millones de dólares (1). El partido comunista de Polonia recibió a veces de Moscú hasta 100.000 dólares al mes. El pequeño partido comunista de los Estados Unidos era apoyado con 100.000 dólares al año y además la Internacional Sindical Comunista subvencionaba con 25.000 dólares a la Liga de la Propaganda Sindicalista americana. También hacia América del Sur se enviaron el año 1926 algunas decenas de miles de dólares para fines de propaganda.

Dinero a Inglaterra

Los Komintern trabajan con especial actividad en los dominios del Imperio británico, pero esto no obecede solamente a la

(1) Grijorij Bessedowsky, Im Dienste der Sowjets. Leipzig-Zürich, 1930, pág. 96.

orientación de la política rusa, sino también a que en Inglaterra no hay ninguna organización comunista que, por sus propias fuerzas, pueda dirigir en el Imperio los trabajos de propaganda ni financiarlos. Por eso la central de Moscú se ha esforzado durante muchos años por establecer en Inglaterra un punto más fuerte de apoyo. Según las manifestaciones que el ministro conservador antirruso del Interior, Sir William Joynson-Hicks, hizo en junio de 1928 en la Cámara Baja, el partido comunista de Inglaterra recibe constantemente de Moscú grandes sumas. En los primeros dos años de su existencia, este partido, que había sido fundado en 1920, recibió del extranjero 61.500 libras esterlinas, mientras sólo recaudó 700 libras por suscripciones en el interior. En 1925 los Komintern de Moscú giraron al partido 16.000 libras. En los años 1927 a 1928 fueron pagadas a los comunistas ingleses por los rusos soviéticos 28.000 libras, por cierto a través de la filial londinense del Banco Narodny, de Moscú, con la mediación del agregado comercial de la embajada soviética.

Sólo estas tres subvenciones, que la policía política de Londres dió a conocer, arrojan un total de más de dos millones de marcos. Pero los fondos políticos de Moscú no han ejercido un efecto visible sobre el obrerismo inglés. El único comunista, que llegó a sentarse en la Cámara Baja desde 1924, fué derrotado en las elecciones de 1929.

Otra cosa ocurrió con las sumas, que durante la huelga minera inglesa de 1926 fueron enviadas a Inglaterra desde Moscú. Desde luego, no se trataba entonces de subvenciones políticas en sentido estricto. Moscú, no sólo es la sede central del partido comunista, sino también el centro de la Internacional Sindical Comunista (Profintern), que el año 1928 contaba ya con más de trece millones de miembros, de los cuales diez millones correspondían a la misma Rusia. En los años 1925 a 1927, por lo tanto precisamente en la época de la gran lucha de los obreros ingleses, los sindicatos ingleses afiliados a la Internacional social democrática de Amsterdam establecieron una relación más estrecha con las organizaciones sindicalistas rusas, que encontró su expresión en un comité permanente anglorruso.

Así como la Internacional Sindicalista de Amsterdam, de carácter moderado, interviene financieramente en las grandes luchas obreristas y proporciona desde otros países apoyo económico a los obreros en huelga, también la Internacional Sindicalista de Moscú proporcionó recursos a los mineros ingleses durante su huelga de cinco meses, por cierto en un grado que rebasaba con mucho las subvenciones internacionales corrientes para huelgas. Según datos proporcionados por parte de los Soviets, la Internacional Sindicalista de Moscú hizo llegar a los mineros ingleses once millones de rublos. Dada la rigu-

rosa organización y el elevado número de miembros, constituye la Internacional Sindical Comunista un fuerte apoyo financiero en las grandes luchas obreras fuera de Rusia, y constituye también, por lo tanto, un importante factor político internacional.

Otra tercera organización financiera internacional, aparte de los Komintern y Profintern, ha encontrado Moscú en la «Internationale Arbeiterhilfe» (IAH), organizada por el alemán Willi Münzenberg. Ya más arriba hemos hablado del grupo alemán de la IAH, que es el mejor montado de todos. En conjunto, la IAH sostiene organizaciones proletarias en dieciséis países. Como en todas partes se adhieren a ella las organizaciones comunistas de carácter partidista y sindical, el número de sus miembros—individuales y colectivos—se cifra en más de quince millones. La sociedad cinematográfica «Meschrabpom», de Moscú, perteneciente a la «Internationale Arbeiterhilfe», ocupa a 400 obreros y empleados y cuenta con un capital de 1,2 millones de rublos. La IAH ha proporcionado recursos pecuniarios en muchas luchas obreras, como, por ejemplo, en el *lock-out* de la región del Ruhr, en la huelga de los astilleros de Hamburgo, en la lucha de salarios de los obreros textiles del Norte de Francia, en la lucha de los obreros agrarios checoeslovacos, en la huelga de los fontaneros de Berlín. Su presupuesto anual asciende a varios millones de marcos, de suerte que, prescindiendo de su hábil propaganda cultural, también le corresponde financieramente cierta importancia política.

El capital se pone a la defensiva

La manifiesta tendencia a procurar desde Rusia el triunfo de la revolución mundial, el sostenimiento de fuertes centros de propaganda en Moscú y, sobre todo, la realidad de una gran nación socialista, tenían que provocar en el mundo capitalista vigorosos movimientos de reacción. Hasta que se formó el Estado soviético, las aspiraciones socialistas no habían pasado de ser temas literarios, cuya eficacia propagandista resultaba incómoda de vez en cuando, pero a la que se ponía remedio con censura, con policía y, en caso necesario, con leyes especiales. Pero ahora se creó de golpe una realidad, a cuya disposición estaban los medios de una poderosa nación. Rusia, económicamente medio colonial todavía, enfrenada por la fuerza bruta de una clase feudal, se convirtió de pronto en un peligro para el capitalismo internacional.

Cualquiera que fuese el peligro de contagio, había que hacer algo contra aquel foco de infección de Moscú ; así se argumen-

taba en los países capitalistas. Dos métodos de tratamiento había para dominar la plaga bolchevique. O se establecía en torno al Estado soviético un bloqueo de cuarentena, localizando el foco epidémico y aguardando hasta que el pueblo ruso venciese la enfermedad por sus propias fuerzas y volviese a un sano régimen capitalista, o se empuñaba el bisturí del cirujano y se extirpaba el bolchevismo radicalmente por medio de operaciones militares. En cualquier caso no había que escatimar dinero. La situación era demasiado grave para reparar en gastos.

Los gastos de guerra del ejército blanco

Los aliados se decidieron primeramente por el método quirúrgico, y las tropas alemanas del Báltico emprendieron el mismo camino. Las potencias vencedoras y las vencidas, aun antes de que la paz se hubiese restablecido, se unieron así en la cruzada contra la Rusia bolchevique. No se puede decir exactamente cuánto costó la guerra mundial antibolchevique de los años 1919 a 1920, porque todavía se aprovechaba el material remanente de la guerra, y los caudillos del ejército blanco financiaban la empresa de un modo algo desordenado, por medio de colectas y también con la emisión de billetes propios. De todos modos, también los aliados llegaron a convenios financieros normales. Así para la campaña al Norte de Rusia, de acuerdo con Londres, París, Roma y Wáshington, se convino un gasto de 200 millones de rublos, de los que había de responder en Londres una reserva de divisas, para lo cual se estableció el cambio de 40 rublos por una libra esterlina. Judenich, jefe del ejército del Báltico, recibió de los aliados 900.000 libras esterlinas, con la garantía de las cuales emitió billetes, los «Judenki».

Más copiosamente fué provisto de dinero extranjero el ejército de Koltchak en Siberia. El financiamiento de la campaña siberiana, acerca del cual se han publicado documentos exactos sacados de archivos rusos, permite formar juicio de los gastos que se impusieron los aliados en la lucha contra el bolchevismo (1). El principal financiador para Siberia fué Francia, que en enero de 1919 llegó a un convenio militar especial con el general Koltchak. Francia pagaba mensualmente 50 millones de francos, que a la sazón conservaban todavía casi todo su valor

(1) N. Kakourine, «Le role de l'Entente dans l'organisation économique des armées blanches», en «Les Alliés contre la Russie», París, 1926, págs. 361-377.

oro. Además, proporcionaba mensualmente material de guerra, que no le llegó a ser pagado, por valor de 18 millones de francos. En total había gastado ya en Siberia, aproximadamente, unos 500 millones de francos, cuando en París se consideró demasiado pequeño el efecto útil, comparado con el coste, y en agosto de 1919 se suspendieron las subvenciones financieras. Inglaterra fué más económica, y contribuyó sólo con 79 millones de rublos para la aventura de Siberia.

Mientras Francia e Inglaterra aportaban directamente sus fondos como subvención de guerra, América y el Japón procuraban hacer con ese motivo un negocio. Estas dos potencias intervinieron exclusivamente como proveedoras. En América se prepararon suministros por valor de 25 millones de dólares, cuyo pago había de hacerse en dos o tres años. Además, el Gobierno provisional siberiano había de depositar en América una cantidad de oro como garantía. Los proveedores particulares americanos fueron todavía más cautos. Se mostraron dispuestos a conceder un crédito de cinco millones de dólares, si el Gobierno siberiano enviaba antes a una casa americana pieles por el mismo valor. Como el gran crédito americano, garantizado por suministros, necesitaba la aprobación del Congreso y la decisión de éste se retrasó, parece que no llegaron a enviarse muchos auxilios americanos.

El Japón cooperó en alto grado como proveedor del ejército blanco. Sólo los encargos del Gobierno de Siberia se elevaron a 30 millones de yens y 30 millones de dólares. Aun cuando en otras plazas rusas del teatro de la guerra los aliados fueron menos espléndidos en prestar apoyo contra el bolchevismo, por estas cifras se puede deducir que el primer gran ataque contra la Rusia soviética les costó a los Estados capitalistas muchos cientos de millones, por no decir miles de millones.

La derrota del ejército blanco y el fracaso político de la cruzada antibolchevique contribuyeron a que los Estados capitalistas recurriesen desde entonces a procedimientos conservadores, menos sangrientos, frente a Rusia. Emprendieron desde entonces un bloqueo político y económico de la Unión soviética. Nada de dinero, nada de mercancías, nada de representantes diplomáticos para Rusia : tal era ya la consigna de batalla. Pero también este intento de aislar del mundo exterior a la Rusia bolchevique no se ejecutó rigurosamente, porque se advirtió muy pronto que, a pesar de toda la enemistad contra el régimen soviético, no se podía ignorar políticamente a la larga a una nación de la importancia de Rusia, ni se podía prescindir a la larga, económicamente, del mercado ruso.

Deterding entra en escena

Las alternativas entre el querer y el no querer, entre el desdén político y la negociación con los proscritos bolcheviques, entre la propagación y la interrupción del bloqueo soviético, constituyen los capítulos más curiosos de la historia de trasguerra. Las más enérgicas amenazas de bloqueo salían de los sectores que antes de la guerra habían colocado su dinero en la Rusia zarista y lo habían perdido bajo el régimen bolchevique por la incautación de la propiedad privada. Se trataba ante todo de rentistas franceses y belgas, que en la época de la amistad franco-rusa habían suscrito por recomendación de su propio Gobierno empréstitos rusos, y ahora exigían, por medio de sus asociaciones protectoras, que no se reconociese políticamente a la Rusia soviética, ni se firmasen contratos comerciales con los rusos, mientras Moscú se negase a reconocer las antiguas deudas. También algunos banqueros influyentes de las capitales occidentales apoyaron esta pretensión.

Pero más eficaz políticamente fué la conducta de los grandes interesados en negocios de petróleo, que habían perdido sus preciosas posesiones en el Cáucaso por la estatificación de la industria petrolífera rusa. Estos no aspiraban solamente a obtener una indemnización por los terrenos petrolíferos expropiados, sino que querían recobrar nuevamente el pleno dominio sobre las fuentes caucásicas de nafta. Naturalmente, esto sólo era posible con el derrumbamiento del régimen soviético, Como consecuencia, el capital petrolero se constituyó en primer adversario de Moscú.

Quien más gritaba en la contienda era sir Henri W. A. Deterding, director del consorcio petrolífero anglo-holandés, de la «Royal Dutch-Shell». La «Royal Dutch» había adquirido poco antes de la guerra las grandes posesiones petrolíferas de Rothschild, próximas a Bakú, y sufría perjuicios especialmente graves por la socialización del petróleo caucásico. Deterding no dejó de entablar negociaciones al principio con los nuevos dominadores bolcheviques. Pero su odio contra el bolchevismo se acrecentó a medida que los rusos explotaban su industria petrolífera, se presentaban en el mercado mundial como exportadores de petróleo y entraban en relaciones comerciales con la gran competencia americana del consorcio Shell, con la «Standard Oil», de Rockefeller. En vano intentó Deterding formar un frente único de todas las potencias capitalistas contra Rusia. Y como los magnates de la economía no acababan de ponerse de acuerdo, empezó a tratar con un grupo de fantaseadores políticos y militares desesperados.

Generales auténticos y «chervonezs» falsos

Un pequeño núcleo de emigrantes georgianos fraguaba hacía años desde Berlín el derrumbamiento del régimen soviético. Los georgianos habían establecido contacto con círculos alemanes de la derecha, y hasta habían encontrado en Munich protectores, que apoyaron sus aventureros planes con 10.000 y 20.000 marcos. En esto no se procedía siempre desinteresadamente. Algunos de los donantes se sentían seducidos pensando que el dinero había de emplearse primeramente en Bulgaria, y había de servir para proporcionarles el título búlgaro de cónsul. También el capitán Ehrhardt fué contratado como experto en alzamientos militares. Otro complicado fué el general ruso Wrangel, a la sazón residente en París, jefe del ejército antibolchevique del Sur, quien se ofreció inmediatamente a poner en pie de guerra 50.000 hombres para una nueva campaña desde Crimea. El elemento más brillante y más decorativo de toda la camarilla de conspiradores era el general alemán Hoffmann, antiguo jefe de Estado Mayor de Ludendorff. Hoffmann había ya preconizado antes públicamente repetidas veces una acción conjunta de Alemania, de Francia y de Inglaterra contra Moscú, y sostenía relaciones con políticos antibolcheviques en estos países ; en Alemania principalmente con la Orden de la Juventud. Su plan de guerra contra Rusia, que llegó a someter al ministerio inglés de Asuntos Exteriores en una memoria, era algo más real que el de Wrangel. Hoffmann concedía la mayor importancia a una sólida base financiera. Para este fin, se dirigió a sir Henri Deterding.

Deterding, aconsejado por el antiguo magnate ruso del petróleo, Nobel, pareció interesarse también vivamente por el proyecto militar de Hoffmann y recibió al general alemán en Londres. A esta entrevista siguieron negociaciones por escrito sobre la financiación. Se llegó al acuerdo «de que no se debía conceder más para la liberación de Georgia que lo que el grupo petrolífero de Bakú había perdido en los diez años de la soberanía bolchevique» (1). Además, Deterding quiso ponerse primero en comunicación con la «Standard Oil» para proceder combinadamente. Los americanos tenían por lo visto pocos recursos disponibles para el plan del general alemán. Y también el interés de Deterding se extinguió, cuando el general Hoffmann le dijo que no bastaba libertar el Cáucaso, sino que había que dar un golpe decisivo contra Moscú. Para una empresa tan gigan-

---

(1) Interviú con el georgiano Karumidze, «Vossische Zeitung», 12 julio, 1929.

tesca y tan expuesta al fracaso no quería abrir la mano el «Napoleón del Petróleo», y así se desentendió de Hoffmann.

Los georgianos habían ensayado entre tanto otro medio de aniquilar a la Rusia soviética. Siguiendo el ejemplo de los falsificadores húngaros de francos, habían establecido en Alemania una fábrica de «chervonezs» en la cual fabricaban billetes falsos rusos. Efectivamente, lograron poner en circulación algunos cientos de billetes falsificados, hasta que la policía dió con la pista, y los georgianos y sus cómplices alemanes fueron detenidos. Después de tramitaciones de dos años comparecieron ante los tribunales y, como entre tanto se había concedido en Alemania una amnistía por delitos políticos, primeramente fueron indultados, pero luego fueron condenados a varios años de presidio.

Petróleo robado

Después de su *intermezzo* con los conspiradores germano-georgianos, sir Henri Deterding volvió a dedicarse a una política más seria. La Rusia soviética, en lugar de capitular ante una acción militar, habría de capitular ante el bloqueo, y por este camino podía él apuntarse pronto un éxito verdaderamente grande. La ruptura de Inglaterra con la Unión Soviética, que el Gobierno conservador acordó en mayo de 1927 sin ningún motivo exterior visible, después de un registro infructuoso en el domicilio de la sociedad comercial rusa «Arcos», de Londres, fué obra, en su mayor parte, de sir Henri Deterding. En las asambleas generales de las dos sociedades, que se hallan en estrechas relaciones con el consorcio petrolífero de Deterding, la dirección comercial declaró que el grupo Shell «no era inocente de la ruptura de las relaciones comerciales con los Soviets» y que «sir Henri no dejaría de emplear ningún medio de presión sobre el Gobierno británico actual o futuro» (1).

Esta manera de combatir era más económica que una campaña militar en el Cáucaso. Sin embargo, no se logró el último propósito de Deterding, el frente único contra Rusia y el derrumbamiento del régimen soviético. La conducta de Inglaterra no encontró imitadores. Por el contrario, los americanos se aprovecharon de ella. Pocos meses después de la ruptura de las relaciones anglo-rusas, dos sociedades del *trust* Rockefeller, la «Vacum Oil Company» y la «Standard Oil Company», de Nueva York, cerraron un contrato de suministro a largo plazo con el sindicato ruso de la Nafta, por el cual se obligaban

(1) Wilhelm Mautner Der Kampf um und gegen das russische Erdol, Viena-Leipzig, 1929, pág. 129.

a comprar grandes cantidades de petróleo caucásico y a colocarlas en la región mediterránea, particularmente disputada.

Deterling bufaba de ira. Pero sus maldiciones contra todos los que compraban «petróleo robado» a los Soviets de nada sirvieron. Los contratos petrolíferos fueron firmados y fueron cumplidos. Al antibolchevique Deterding no le quedó más remedio que amoldarse a la nueva situación y pactar también con los bolcheviques. En inteligencia con el grupo «Royal Dutch Shell», la «Anglo-American Oil Company», perteneciente al *trust* «Standard Oil», firmó en la primavera de 1919 un convenio con los rusos, que aseguraba por tres años la colocación de un millón de toneladas de petróleo ruso en el mercado inglés. También las sociedades Shell participarían indirectamente, en lo futuro, en la venta del petróleo ruso. A pesar de las restricciones del contrato, no era ya posible dudar de la capitulación de Deterding, y él mismo tuvo que confesar públicamente : «El que nosotros restablezcamos las relaciones comerciales con Rusia significa que haremos en adelante lo que otros países, Gobiernos y sociedades han estado haciendo durante todo el tiempo que nosotros mantuvimos rotas las relaciones. Y teniendo en cuenta que los rusos, para forzar el mercado del petróleo, lo vendían a nuestros competidores a precios de «dumping», nos hemos visto obligados a tomar nuestras medidas».

Una vez restablecida la paz petrolera, ya no tropezó con dificultades el acercamiento político. El partido laborista inglés, que todavía en las elecciones del otoño de 1924 había sido derrotado por su política simpatizante con Rusia, pudo desarrollar y ganar la lucha electoral en mayo de 1929, bajo la consigna : «paz con Rusia». Una de las primeras medidas del Gobierno laborista de Mac Donald fué el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Poco después siguió un tratado comercial anglo-ruso. El patróleo soviético había vencido ; y el comisario ruso de Negocios Exteriores, Tchicherin, pudo recordar orgulloso a los suyos una antigua leyenda :

«Un príncipe persa mandó llamar a su hijo único a su lecho de muerte y le entregó un anillo adornado con una gran perla. Entonces, le dijo : Hijo mío, si tu país fuese atacado algún día por los enemigos, enséñales el puño cerrado, pero de tal manera que puedan ver la perla de tu anillo. Inmediatamente te dejarán en paz y se volverán unos contra otros, y tú salvarás de ese modo el país y la perla. La Rusia soviética posee una perla mágica semejante. Basta que se la enseñemos a nuestros enemigos, e inmediatamente se vuelven unos contra otros. Esa perla es nuestro petróleo.»

El espectro del bolchevismo

La victoria rusa del petróleo, aun cuando fué muy preciosa para Moscú, no ha puesto fin a la lucha permanente entablada entre el mundo soviético y el orbe capitalista. La desconfianza, que nace de dos concepciones económicas fundamentalmente distintas, sigue persistiendo y sale a flote en todos los contratos de los Estados capitalistas con la Unión soviética. Una y otra vez se recuerda al Gobierno soviético y a los diplomáticos acreditados oficialmente su deber de abstenerse de toda propaganda política en el extranjero. La fina distinción entre la política oficial soviética y la política de los Komintern, que siempre se acentúa en Moscú, se considera en el Extranjero más o menos como una farsa. No pasa año en que no se llegue sobre este punto en algún país a graves incidencias y los diplomáticos rusos tengan que abandonar sus puestos.

Como no podía menos de suceder, se ha desarrollado una floreciente industria política de espionaje, que explota esta desconfianza y la atiza con documentos unas veces auténticos y las más de las veces falsificados. Ya la famosa carta de Zinovief, que tuvo una influencia decisiva en las elecciones inglesas del otoño de 1924, carta que constituía una instrucción del Komintern para socavar el ejército británico y la industria de los armamentos, fué probabilísimamente una falsificación pagada por los enemigos de los Soviets. Algunos años más tarde, surgen en París documentos de los cuales se deduce que el influyente senador americano Borah ha sido sobornado por los rusos con 100.000 dólares para que trabaje en los Estados Unidos por el reconocimiento del Gobierno soviético. En un proceso que llegó a tramitarse en Berlín con extraordinaria publicidad, se averiguó que los documentos habían sido fabricados por un emigrante ruso en Alemania, por el consejero de Estado, Orlow, y que distintas agencias de noticias estaban suministrando constantemente a las autoridades informaciones y documentos falsos antibolcheviques, para lo cual estaban pagadas con fondos secretos del Reich.

Los fondos públicos, que seguramente no se emplean sólo en Alemania para tales fines, son insignificantes en relación con las cantidades que reciben de particulares las asociaciones políticas y económicas para la lucha contra el bolchevismo. Aun

cuando estas organizaciones, que fomentan la lucha contra Moscú, persiguen en realidad muchas veces otros fines, el espectro del bolchevismo es el medio catequizador más cómodo y socorrido para procurarse dinero con destino a fines políticos. Ninguna póliza de seguro le parece demasiado alta al capital, para defenderse contra el peligro que le amenaza desde Moscú.

Indice

Páginas

PRIMERA PARTE. — ALEMANIA

SEGUNDA PARTE. — OTROS PAISES

Páginas

OBRAS PUBLICADAS POR
EDITORIAL CENIT, S. A.

Novelistas nuevos

Mi madre, por Oheng Tcheng, prólogo de Paul Valéry, traducción y conversación literaria con el autor, de J. G. Gorkin; 204 páginas, 5 pesetas.

Manhattan Transfer, por Jhon Dos Passos, traducción directa del inglés y prólogo de José Robles Pazos, 2.ª edición; 420 páginas, 6 pesetas.

Mi madre y yo a través de la revolución china, por Oheng Tcheng, traducción del francés por Antonio Buendía Aragón; 208 páginas, 5 pesetas.

Un libertino (novela), por Herman Kesten, traducción directa del alemán por Fermín Soto; 248 páginas, 5 ptas.

Babbitt, por Sinclair Lewis, traducción directa del inglés y prólogo de José Robles Pazos, portada de Manuela Ballester, primer premio del concurso celebrado por «Cenit» para esta obra; 419 páginas, 6 pesetas.

Demian (La historia de la juventud de Emilio Sinclair), por Hermann Hesse traducción directa del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres; 231 páginas, 5 pesetas.

Codine (infancia de Adrián Zograffi) por Panait Istrati, traducción directa del francés por Manuel Pumarega; 208 páginas, 5 pesetas.

Mijail (Mocedades de Adrián Zograffi), por Panait Istrati, traducción de E. Díez Canedo; 228 páginas, 5 pesetas.

Cumbres de espanto, por O. F. Ramuz, traducción directa del francés por José María Quiroga; 252 páginas, 5 pesetas.

A diestra y siniestra, por Joseph Roth, traducción directa del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres; 288 páginas, 5 pesetas.

La risa negra, por Sherwood Anderson, versión española de A. Centeno Rilova; 244 páginas, 5 pesetas.

Emigrantes, por Ferreira de Castro, traducción directa del portugués por Luis Díaz Amado Herrero y Antonio Rodríguez de León; 306 páginas, 6 pesetas.

LA NOVELA DE LA GUERRA

Los que teníamos doce años, por Ernesto Glaeser, traducción directa del alemán y prólogo de W. Roces, 3.ª edición; 304 páginas, 5 pesetas.

El Sargento Grischa, por Arnold Zweig, traducción directa del alemán por Salvador Vila, 2.ª edición; 457 páginas 6 pesetas.

Cuatro de Infantería (Sus últimos días en el frente occidental en 1918), por Ernst Johannsen, traducción directa del alemán por J. Pérez Bances; 238 páginas, 5 pesetas.

El fuego (Diario de una escuadra), por Henri Barbusse, nueva edición corregida y con un prólogo especial del autor, traducción del francés por Antonio Buendía Aragón (Edición popular); 309 páginas, 3,50 pesetas.

Imán (la novela de la guerra de Marruecos), por Ramón J. Sender; 272 páginas, 5 pesetas.

Sangre en el trópico (novela de la intervención yanqui en Nicaragua), por Hernán Robleto; 278 páginas, 5 pesetas

Los generales mueren en la cama, por Charles Yale Harrison, traducción del inglés por Javier Ledesma; 248 páginas, 5 pesetas.

LA NOVELA PROLETARIA

El cemento, por Fedor Gladkov, prólogo de Julio Alvarez del Vayo, versión española de José Viana, 2.ª edición; 427 páginas, 6 pesetas.

El desfalco, por Valentín Kataev, versión española de Carmen Gallardo de Mesa; 242 páginas, 5 pesetas.

El delator, por Liam O'Flaherty, traducción del inglés por Manuel Pumarega; 227 páginas, 5 pesetas.

Schkid. La república de los vagabundos, por Belyk y Panteleev, traducción del alemán y prólogo de W. Roces: 423 páginas, 6 pesetas.

Santa miseria, por Sillenpaa, versión española de Manuel G. Santana; 351 páginas, 5 pesetas.

Un patriota 100 por 100, por Upton Sinclair, traducción directa del inglés por Manuel Pumarega; 302 páginas, 5 pesetas.

El torrente de hierro, por Alejandro Serafimovitch, versión española de Manuel Pumarega; 241 páginas, 5 pesetas.

Sobre el Don apacible, por Miguel Cholokhov, versión española de Vicente S. Medina y José Carbó; 447 páginas, 6 pesetas.

El obrero, por Stijn Strenvels, prólogo de A. Habaru, traducción directa del holandés por G. Gosso; 203 páginas, 5 pesetas.

Rojo contra rojo, por José Breitbach, traducción directa del alemán por Salvador Vila; 264 páginas, 5 pesetas.

Judíos sin dinero, por Michael Gold, traducción del inglés por Márgara Villegas; 312 páginas, 5 pesetas

LA NOVELA HISTÓRICA

Los Borgia (Novela de una familia), por Klabund, traducción directa del alemán por Fermín Soto; 239 páginas, 5 pesetas.

Vidas extraordinarias

Tres maestros, (Balzac, Dickens, Dostoiewski), por Stefan Zweig, traducción directa del alemán y prólogo de W. Roces; 242 páginas, 5 pesetas.

Mi vida, por Isadora Duncan, traducción directa del inglés por Luis Calvo; 366 páginas, 6 pesetas.

Mis andanzas por Europa, por Charlie Chaplin, edición ilustrada con 8 fotografías, traducción directa del inglés por A. Rodríguez de León y R. Rodríguez Fernández-Andés, biografía por Carlos Fernández Cuenca; 285 páginas, 5 pesetas.

Mi vida, por León Trotsky, traducción directa de la edición alemana por W. Roces; 612 páginas tamaño cuarto y 16 láminas, 18 pesetas; encuadernado en tela, 22 pesetas.

Crítica social

El problema religioso en Méjico (Católicos y cristianos), por Ramón J. Sender, prólogo de D. Ramón del Valle-Inclán; 230 páginas, 5 pesetas.

La revolución española (1808-1814, 1820-1823, 1840-1843), por Carlos Marx, nota del «Instituto Marx y Engels», de Moscú, traducción directa del ruso por Andrés Nin, citas aclaratorias de divulgación histórica de Jenaro Artiles; 196 páginas, 5 pesetas.

Un notario español en Rusia, por Diego Hidalgo, prólogo de Henri Barbusse, 3.ª edición ilustrada con 17 fotografías; 284 páginas, 5 pesetas.

El Arte y la vida social, por Jorge Plejanov, traducción directa del ruso por Jorge Korsunsky; 200 páginas, 5 pesetas.

Hombres y máquinas, por Larisa Reissner, prólogo de Carlos Radek, traducción directa del alemán por W. Roces; 260 páginas, 5 pesetas.

La revolución desfigurada, por Leon Trotsky, versión española de J. G. Gorkin; 307 páginas, 5 pesetas.

Rusia al desnudo, por Panait Istrati, traducción del francés por Francisco Altamira; 534 páginas, 8 pesetas.

Tres días con los endemoniados (La España desconocida y tenebrosa), por Alardo Prats y Beltrán, edición ilustrada con 17 fotografías; 205 páginas, 5 pesetas.

Rocinante vuelve al camino, por Jhon Dos Passos, con un prefacio especial del autor para la edición española, traducción directa del inglés por Márgara Villegas; 232 páginas, 5 pesetas.

Los hombres en la cárcel, por Victor Serge, prólogo de Panait Istrati, traducción directa del francés por Manuel Pumarega; 312 páginas, 5 pesetas.

Los hombres de la dictadura, por Joaquín Maurín; 248 páginas, 5 pesetas.

El aire podrido (El ambiente social de España durante la dictadura), auto en cuatro misterios por Angel Samblancat; 200 páginas, 5 pesetas.

El baedeker de los locos, por Arthur Holitscher, traducción directa del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres; 224 páginas, 5 pesetas.

El teatro político

Teatro de la Revolución («Dantón» y «Los Lobos»), por Romain Rolland, prólogo de Luis Araquistain, traducción revisada y autorizada por el autor, de J. G. Gorkin; 198 páginas, 5 pesetas.

El Teatro político, por Erwin Piscator, traducción directa del alemán de Salvador Vila; 272 páginas, tamaño cuarto, 31 láminas, 18 pesetas.

Documentos vivos

El acorazado "Potemkin". Historia de la sublevación de la escuadra rusa a la vista de Odesa en el año 1905. Relatada sobre documentos históricos por F. Slang, traducido del alemán por Fermín Soto; 160 páginas, 3 fotografías y 17 cuadros sacados de la película, 6,50 pesetas.

Panorama

El Partido Socialista ante la realidad política española, por Gabriel Morón, prólogo de Alvaro de Albornoz; 202 páginas, 4 pesetas.

La Internacional sangrienta de los armamentos, por Otto Lehmann, traducción directa del alemán por Luis de Navia; 205 páginas, 4 pesetas.

La economía mundial y el imperialismo, por N. Bujarín, prólogo de Lenin, versión española de Luis F. Bustamante; 272 páginas, 4 pesetas.

Carlos Marx (Ensayo para un juicio), 2.ª edición, por R. Wilbrandt, traducción directa del alemán y prólogo de G. Franco; segunda edición, 224 páginas, 4 pesetas.

Folklore

Cuentos judíos, por Raimundo Geiger, versión española de J. G. Gorkin; 300 páginas, 6 pesetas.

Antología negra, por Blaise Cendrars traducción del francés por Manuel Azaña; 380 páginas, 7,50 pesetas.

Razas, paisajes, pueblos

La isla mágica (Haití), por W. B. Seabrook, prólogo de Paul Morand, versión española de J. Canalejas, edición ilustrada con 8 láminas; 284 páginas en cuarto, 12 pesetas.

Este libro se acabó de imprimir
en la imprenta Argis
el día 30 de
diciembre
de 1930